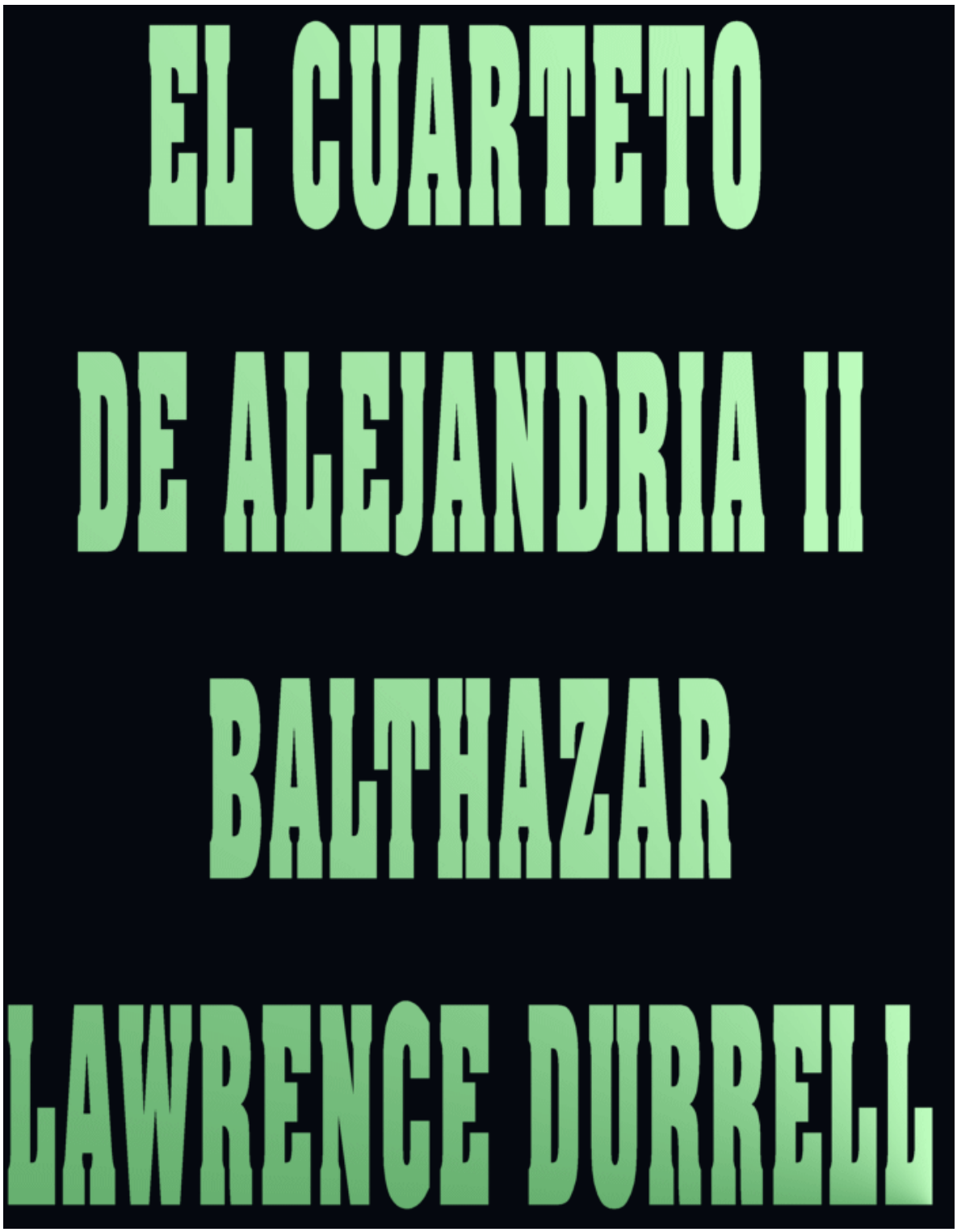
EL CUARTETO DE ALEJANDRIA II, BALTHAZAR
LAWRENCE DURRELL



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A mi madre,
estas memorias de una ciudad
nunca olvidada.

NOTA

Los personajes y situaciones de esta novela, la segunda de un grupo, -hermana, no sucesora de *Justine*- son imaginarios, como también lo es el narrador. La ciudad misma no podría ser menos irreal.

Como la literatura moderna no nos ofrece Unidades me he vuelto hacia la ciencia para realizar una novela como un navío de cuatro puentes cuya forma se basa en el principio de la relatividad. Tres lados de espacio y uno de tiempo constituyen la receta para cocinar un continuo. Las cuatro novelas siguen este esquema. Sin embargo, las tres primeras partes se despliegan en el espacio (de ahí que las considere hermanas, no sucesoras una de otra) y no constituyen una serie. Se interponen, se entretejen en una relación puramente espacial. El tiempo está en suspenso. Sólo la última parte representa el tiempo y es una verdadera sucesora.

La relación sujeto-objeto es tan importante para la relatividad que he debido emplear los dos tonos: el subjetivo y el objetivo. La tercera parte, Mountolive, es una novela estrictamente naturalista en la cual el narrador de Justine y Balthazar se convierte en objeto, es decir, en personaje. Este método. no debe nada ni a Proust ni a Joyce, pues a mi entender sus métodos, ilustran la noción de "duración" de Bergson, no la relación "espacio-tiempo".

El tema central del libro es una investigación del amor moderno. Estas consideraciones pueden parecer un poco presuntuosas e incluso grandilocuentes. Pero valga la pena tratar de descubrir una forma, adecuada a nuestro tiempo, que merezca el epíteto de "clásica". Aunque el resultado sea "ciencia-ficción" en la verdadera acepción del término.

L. D.
Ascona, 1957

El espejo ve al hombre hermoso, el espejo ama al hombre; otro espejo ve al hombre horrible y lo odia; y es siempre el mismo ser el que produce las ímpresiones.
D. A. F. DE SADE: Justine.

Si, insistimos en esos detalles, mientras usted los cubre con un velo de pudor que borra todo su borde de horror; sólo queda aquello que es útil para quien quiera familiarizarse con el hombre; no se imagina usted hasta qué punto esos cuadros pueden servir al desarrollo del

espíritu humano; quizá nuestro respeto ciego por esa rama del saber deriva de la estúpida reserva de quienes pretenden entender de esas cuestiones. Dominados por terrores absurdos, enarbolan puerilidades familiares a todos los imbéciles y no se atreven á asír con audacia el corazón humano y revelarnos sus gigantescas particularidades.
D. A. F. DE SADE: Justine

PRIMERA PARTE

I

Tonalidades del paisaje: del castaño al bronce, horizonte escarpado, nube baja, suelo de perla con sombras nacaradas y reflejos violetas. El polvo leonado del desierto: tumbas de los profetas que, viran al zinc y al cobre cuando el sol se pone en el antiguo lago. Sus enormes fallas en la arena como filigranas que traza el aire; verde y cidra que desembocan en metal oxidado, en una única vela color de ciruela oscura, húmeda, palpitante, ninfa de alas pegajosas. Taposiris ha muerto entre sus columnas desmoronadas y sus balizas, los Harponeros han desaparecido. .. Mareotis bajo un cielo de lila caliente.

verano: arena color de cuero, cielo de mármol ardiente.
otoño: grises de magulladura tumefacta.
invierno: nieve crujiente, arena fría
paneles de cielo claro, destellos de mica.
verdes lavados del delta.
magníficos campos de estrellas.

¿Y la primavera? Ah, no hay primavera en el delta, no hay sensación de rejuvenecimiento y renovación en las cosas. Se sale bruscamente del invierno para caer en la efigie de cera de un verano demasiado caliente, irrespirable. Pero aquí por lo menos, en Alejandría, las bocanadas del mar nos salvan del. peso inmutable de la nada del verano, trepan por encima de la barra, entre los barcos de guerra, y agitan los toldos rayados de los cafés en la Grande Corniche. Nunca hubiera ...

La ciudad, a medias imaginada (y sin embargo absolutamente real) empieza y termina en nosotros, tiene sus raíces plantadas en nuestra memoria. ¿Por qué debo volver a ella noche tras noche, escribiendo junto al fuego de algarrobo mientras el viento del Egeo se aferra a esta casa isleña, la aprieta y luego la suelta, doblando los cipreses como arcos? ¿No he dicho ya bastante de Alejandría? ¿Me dejaré contaminar otra vez por los sueños de la ciudad y el recuerdo de sus habitantes? ¡Esos sueños que creí cerrados bajo llave en el papel, confinados en las cámaras blindadas de la memoria! Se diría que me complazco en mi desdicha. Pero no es así. Un solo factor casual ha cambiado todo, me ha obligado a volver sobre mis pasos. La memoria, echándose un vistazo en el espejo.

Justine, Melissa, Clea ... Se hubiera dicho -tan pocos éramos- que cabrían fácilmente en un solo libro, ¿verdad? Yo también lo hubiera dicho, lo *dije.* Dispersos ahora por el tiempo y las circunstancias, el contacto interrumpido para siempre ...

Me había impuesto la tarea de rescatarlos en palabras, de restablecerlos en la memoria, de adjudicar a cada uno y cada una su posición en mi tiémpo. Por egoísmo. Y cuando terminé esa obra, me sentí como si hubiera cerrado con llave la casa de muñecas de nuestros actos. En realidad veía a mis amantes, a mis amigos, no ya como personas vivientes sino como imágenes en colores surgidas de mi

espíritu, habitantes, no de la ciudad, sirio de mis pápeles, figuras de un tapiz. Era difícil otorgar más realidad a esos personajes que a las palabras con que me refería a ellos. ¿Qué es lo que me ha hecho volver sobre mí mismo?

Pero para poder seguir, es. preciso retroceder, no porque sea falso todo lo que he escrito sobre ellos, nada de eso. Pero en ese entonces no disponía de la,totalidad de los hechos. Tracé un cuadro provisional como quien reconstruye una civilización perdida a partir de algunos fragmentos de vasos, de una inscripción en una tableta, un amuleto, algunos huesos humanos, una máscara fúnebre de oro, sonriente. "Vivimos -escribe Pursewarden- vidas que se basan en una selección de hechos imaginarios. Nuestra visión de la realidad está condicionada por nuestra posición en el espacio y en el tiempo, no por nuestra personalidad, como nos complacemos en creer. Por eso toda interpretación de la realidad se funda en una posición única. Dos pasos al este o al oeste, 5 todo el cuadro cambia." Algo por el estilo. . .

En cuanto a los personajes humanos, sean reales o inventados, son animales que no existen. Cada psiquis es en realidad un semillero de predisposiciones antagónicas. La personalidad concebida como una entidad con atributos fijos es una ilusión. . . ¡pero una ,ilusión necesaria si *queremos enamorarnos*!

Por lo que respecta a ese algo que permanece constante. . . por ejemplo, el beso tímido de Melissa se puede predecir (de un modo incierto, como las primeras obras salidas de la imprenta), y el. ceño de Justine que vela el resplandor de los ojos oscuros, órbitas de la Esfinge a mediodía. "Al final -dice Pursewarden- todo podrá ser cierto de cualquiera. Santo y Malvado son copartícipes." Tiene razón.

Hago todo lo que púedo por acercarme a los hechos ... En su última carta Balthazar me escribía: "Pienso en usted a menudo y no sin cierto malhumor. Se ha retirado a su isla creyendo disponer de todos los datos sobre nosotros y nuestras -vidas. No cabe duda dé que nos va a juzgar en el papel a la manera dedos escritores. Me gustaría conocer el resultado. Seguramente no tendrá nada que ver con la *verdad* -quiero decir, con esas verdades que yo podría decirle acerca de nosotros y quizá de usted mismo-. O con las verdades de las que podría hablarle Clea (está en París y ha dejado de escribirme). Me lo imagino, hombre sabio, leyendo escrupulosamente Moeurs, los diarios íntimos de Justine, de Nessim, etc., convencido de que va a encontrar la verdad en ellos. ¡Error! ¡Error! Un diario íntimo es el último lugar al que hay que acudir si se quiere conocer la verdad sobre una persona. Nadie se atreve a confesarse en el papel las últimas verdades, por lo menos en lo que se refiere al amor. ¿Sabe de quién estaba realmente enamorada Justine? Me dirá que de usted, ¿verdad? ¡Confiese!"

Mi única respuesta fue enviarle el enorme atado de papeles que se había acumulado penosamente bajo mi pluma y al cual yo había dado, con cierta vaguedad, el nombre de *Justine,* aunque el de *Cahiers* hubiese prestado los mismos servicios. Han transcurrido desde

entonces seis meses de silencio, un silencio que me tranquiliza pues indica que mi crítico, satisfecho, ha debido optar por callarse.

No puedo decir que he olvidado la ciudad, pero dejo dormir su recuerdo. Está y estará siempre allí, suspendida en el espíritu como el espejismo que los viajeros encuentran con tanta frecuencia.

Pursewarden describe el fenómeno con las siguientes palabras: "Estábamos todavía a tal distancia de la costa que no la distinguiríamos antes de dos o tres horas de navegación, cuando de pronto mi compañero lanzó un grito y señaló el horizonte. Vimos en el cielo la imagen invertida de la ciudad, de tamaño natural, luminosa y trémula como si estuviera pintada en una Seda polvorienta, pero con exactitud concienzuda.Podía reconstruir claramente y de memoria sus detalles, el palacio Ras El Tin, la mezquita Nebi Daniel y así sucesivamente. La representación era tan alucinante como una obra maestra pintada con toques de rocío. Se mantuvo suspendida en el cielo largo rato, quizá veinticinco minutos, antes de disolverse lentamente en la bruma del horizonte. Una hora más tarde apareció la ciudad *real,* un borrón que se fue hinchando hasta adquirir las dimensiones de su espejismo."

Los dos o tres inviernos que hemos pasado en esta isla han sido solitarios, inviernos duros, barridos por el viento, veranos tórridos. Por fortuna, la niña es demasiado pequeña para sentir como yo la falta de libros, de conversación. Es alegre y vivaz.

Con la primavera llegan ahora las largas calmas, los días sin mareas, sin perfumes, de la premonición. El mar se amansa y permanece atento. Pronto vendrán las cigarras con su música crepitante que sirve de fondo a la planta seca del pastor entre las rocas. La tortuga y la lagartija son nuestros únicos compañeros.

Debo explicar que nuestro solo vínculo regular con el mundo exterior es el correo de Esmirna que una vez por semana cruza por delante del promontorio rumbo al sur, siempre a la misma hora, a la misma velocidad, justo después de la puesta del sol. En invierno desaparece tras la mar. gruesa y el viento, pero ahora me siento a esperarlo. Al principio sólo se oye el débil tamboríleo de las máquinas. Luego el barco se desliza alrededor del cabo, trazando su línea de espuma sedosa en el mar, brillantemente iluminado en la oscuridad diáfana de la noche egea, condensada pero sin contornos, como una inquieta nube de luciérnagas. Pasa velozmente y desaparece demasiado rápido detrás del promontorio próximo, dejando tras de sí el fragmento indistinto de una canción popular -o la cáscara de una mandarina que encontraré al día siguiente, remojada, en la larga playa de guijarros donde me baño con la niña.

La pequeña glorieta de laurel rosa bajo los plátanos: ese es mi escritorio. Después de acostar a la niña, me siento aquí, delante de la vieja mesa manchada por el aire marino, y espero al visitante, sin resolverme a encender la lámpara de parafina antes de que haya pasado. Es el único día de la semana que conozco por su nombre:

jueves. Parecerá una tontería, pero en una isla donde no hay la menor distracción, espero esa visita semanal como un escolar su día feriado. Sé que el barco trae cartas por las cuales tendré que esperar quizá veinticuatro horas. Pero nunca lo veo desaparecer sin pesar. Y cuando ha pasado, suspiro, enciendo la lámpara y vuelvo a mis papeles. Escribo con tanta lentitud, con tanto esfuerzo. Pursewarden me dijo una vez, hablando de la tarea de escribir, que el sufrimiento que acompaña la creación se debía, en los artistas, tan sólo al miedo a la locura: "Fuerce un poco la mano y dígase que le importa un rábano volverse loco, ya verá que la cosa viene más rápido, que la barrera se rompe." (No sé hasta qué punto es así. Pero el dinero que me legó en su testamento me ha sido de gran ayuda, y todavía me quedan algunas libras que se interponen entre mi persona y los demonios de las deudas y el trabajo.)

Describo esta diversión semanal con cierto detalle porque en ese marco hizo irrupción Balthazar una tarde de junio, de una manera tan imprevista que me sorprendió -iba a escribir "que me ensordeció" (no hay aquí nadie con quien hablar). Esa tarde se produjo una especie de milagro. El barquito, en lugar de desaparecer como de costumbre, viró bruscamente describiendo un arco de $^{1}5^{0}$ grados y entró, en la laguna, donde se detuvo, envuelto en el capullo aterciopelado de sus luces, para arrojar, en el centro del 'charco de oro que había creado, la larga y lenta cadena del ancla que es el símbolo mismo de la búsqueda de la verdad. Conmovedor espectáculo para quien como yo, recluido en espíritu al igual que todos los escritores -como el velero en la botella; que no navega a ninguna parte-, miraba como el indio debe haber mirado la primera embarcación del hombre blanco,que abordó las orillas del Nuevo Mundo.

Luego el chapoteo irregular de los remos quebrando la oscuridad, el silencio, y al cabo de.. una eternidad, las pisadas de zapatos ciudadanos en los guijarros. Una voz ronca indicó el camino. Después, el silencio. Al encender la lámpara y hacer subir la mecha para librarme del maleficio que entrañaba esa ruptura del orden, la grave y oscilra cara de mi amigo, como una aparición con cabeza de chivo surgida del otro mundo, se materializó entre el follaje espeso de los mirtos. Respiramos profundamente y nos quedamos mirándonos, sonriendo bajo la luz amarilla: los oscuros rizos asirios, la barba de Pan.

-No... ¡soy yo en persona! -exclamó Balthazar lanzando una carcajada, y nos abrazamos frenéticamente. ¡Balthazar !

El Mediterráneo es un mar absurdamente pequeño; la magnitud y la grandeza de su historia nos hacen imaginarlo más grande de lo que en realidad es. Alejandría -tanto la verdadera como la imaginada- está a sólo unos cientos de millas marinas hacia el sur.

-Voy a Esmirna -dijo Balthazar- desde donde pensaba enviarle esto. -Puso sobre la vieja mesa cruzada de cicatrices el manuscrito que yo le había enviado, un enorme paquete de papeles ajados, cubiertos de

frases y párrafos intercalados, constelados de signos de interrogación. Se sentó frente a mí con su aire mefistofélico y dijo en voz más baja, más vacilante:

-Mé he preguntado mucho tiempo si debía decirle ciertas cosas que he puesto ahí. Por momentos me parecía una locura y una impertinencia. Después de todo, ¿cuál fue su propósito? ¿Pintarnos como individuos de carne y hueso o como "personajes de ficción"? No lo sabía. Ni lo sé. Estas páginas pueden ser la causa de que yo pierda su amistad sin añadir nada a todo lo que usted sabe. Usted ha pintado la ciudad, pincelada tras pincelada, sobre una superficie curva; ¿cuál fue su objeto: la poesía o los hechos? Si le interesaban los hechos, hay algunas cosas que tiene el derecho de conocer.

No me había explicado aún su sorprendente aparición, tan impaciente estaba por referirse al motivo central de su visita. Al advertir mi asombro ante la nube de luciérnagas que brillaban en la bahía habitualmente desierta, me dijo sonriendo:

-El barco se retrasará unas horas debido a una avería en las máquinas. Es de la flota de Nessim. El capitán es Hasim Kohly, un viejo amigo, ¿se acuerda de él? ¿No? Bueno, pues de sus someras descripciones deduje dónde vivía usted; ¡pero desembacar así, a la puerta de su casa! ...

Era maravilloso oír su risa una vez más.

Pero yo apenas lo escuchaba, pues sus palabras me habían sumido en una agitación, en un deseo violento de estudiar sus comentarios, de revisar, no mi libro (que nunca había tenido la menor importancia para mí porque no se publicaría siquiera), sino mi visión de la ciudad y'de sus habitantes. Pues mi Alejandría personal había llegado a serme tan cara en aquella soledad, como un método de introspección, casi una monomanía. Estaba tan emocionado que no sabía qué decirle.

-Quédese con nosotros, Balthazar ... quédese un tiempo...

-Partimos dentro de dos horas- -me respondió, y dando golpecitos en el montón de papeles que tenía delante, en tono de duda añadió-: Quizá esto le provoque visiones, le dé fiebre.

-Bueno... no pido nada mejor.

-Todavía somos personas réales -añadió-, por mucho que usted diga, al menos los que seguimos- viviendo. Melissa, Pursewarden no pueden, responder porque están muertos. En fin, es lo que se cree.

-Es lo que se cree. Las mejores respuestas vienen siempre del otro lado de la tumba.

Nos sentamos y comenzamos a hablar del. pasado con cierto envaramiento. Balthazar había comido a bordo y yo no tenía nada que

ofrecerle salvo un vaso, del buen vino de la isla que sorbió lentamente' Después quiso ver a la hija de Melissa y lo conduje a través del bosquecillo de adelfas hasta un lugar desde dónde podíamos contemplar la gran habitación iluminada por el fuego, donde dormía la niña, hermosa y grave, el. pulgar metido en la boca. Los ojos sombríos y crueles de Balthazar se suavizaron mientras la miraba dormir, conteniendo el aliento.

-Algún día -dijo en voz baja- Nessim querrá verla.

Muy pronto, se lo advierto. Ya ha empezado a hablar de ella, aunque le sorprenda. Con los años comenzará a sentir la necesidad de apoyarse en su hija, recuerde lo que le digo.

Y me citó en griego esta frase: "Primero los jóvenes trepan, como las viñas, por los melancólicos soportes de sus. mayores, que se complacen en sentir sus dedos suaves y tiernos; luego los viejos se apoyan en los hermosos cuerpos de los jóvenes para descender a sus propias muertes."

No respondí nada. Ahora era la habitación misma la que respiraba, no nuestros cuerpos.

-Usted ha estado muy solo aquí -dijo Balthazar. –Pero espléndidamente, envidiablemente solo. -Sí, lo envidio. De veras.

Luego advirtió el retrato inconcluso de Justine que Clea me había dado en otra vida.

-Ese retrato -dijo- que fue interrumpido por un beso... ¡Qué alegría verlo de nuevo, qué alegría! -sonrió-. Es como escuchar una frase musical que amamos, que nos es farniliar y nos produce una emoción siempre renovada, siempre fiel.

No dije nada. No me atrevía. Se volvió hacía mí

-¿Y Clea? -añadió por último, con la voz dé quien interroga a un eco.

Le contesté:

-No tengo noticias de ella desde hace dos años, quizá más. El tiempo no cuenta aquí. Espero que se haya casado, que se haya ido a otro país, que tenga hijos, que llegue a ser una pintora célebre... todo lo que se le puede desear. Me miró con curiosidad y sacudió la cabeza.

-No -dijo, pero eso fue todo.

Era pasada la medianoche cuando los marinos lo llamaron desde los oscuros olivares. Lo acompañé hasta la playa, entristecido viéndolo partir tan pronto. Un bote esperaba en la orilla; el marinero tenía ya los remos preparados. Dijo algo en árabe.

El mar tenía una tibieza tentadora después de un día so leado de primavera, y cuando Balthazar subió al bote, se me ocurrió acompañarlo a nado hasta el barco que estaba a menos de doscientos metros de la orilla. Así lo hice y me mantuve a flote para verlo trepar la escala.

Después izaron el bote.

-Cuidado, que no lo atrape la hélice -me gritó-. Váyase antes de que echen a andar las máquinas...

-Sí ...

-Espere... antes de irse...

Se metió en un camarote, volvió a salir en seguida y arrojó algo al agua. Sentí a mi lado una leve salpicadura. -Una rosa de Alejandría -dijo-, de la ciudad que puede ofrecer todo a sus amantes salvo la felicidad -lanzó una risita ahogada-. Désela a la niña.

-¡Adiós, Balthazar! -¡Escríbame... si se atreve!

Preso como una araña en una red de luces, y volviéndome hacia los charcos amarillos que seguían flotando entre la orilla sombría y yo, agité la mano y él me contestó.

Con la rosa entre los dientes, hablando conmigo mismo, nadé hasta la playa de guijarros donde había dejado la ropa. Y allí, sobre la mesa, a la luz amarilla de la lámpara, el nutrido comentario de *Justine,* como he dado en llamarlo. El manuscrito estaba acribillado de tachaduras, de garabatos casi indescifrables; de preguntas y respuestas escritas en tintas de distintos colores y hasta a máquina. Me pareció entonces en cierto modo un símbolo de la realidad misma que habíamos compartido, un palimpsesto en el cual cada uno de nosotros había dejado sus huellas personales, capa por capa.

Y ahora, ¿tendré que aprender a verlo todo con otros ojos, deberé acostumbrarme a las verdades que Balthazar ha añadido? Me es imposible describir la emoción con que leí sus notas -a veces tan detalladas, a veces tan breves y secas-, como por ejemplo en la lista que había titulado: "Algunas falacias y falsas interpretaciones", donde decía fríamente: "Número 4. Que Justine estaba 'enamorada' de usted. Si de alguien estuvo 'enamorada', fue de Pursewarden. ¿Qué significa esto? Que se veía obligada a utilizarlo a usted como señuelo para proteger a Pursewarden de los celos de Nessim, su marido. En cuanto a Pursewarden, no le importaba nada de ella, ¡suprema lógica del amor!"

Una vez más evoqué la ciudad irguiéndose contra el espejo chato del lago verde y los lomos irregulares de piedra arenisca que señalaban los límites del desierto. La política del amor, las intrigas del

deseo, el bien y el mal, la virtud y el capricho, el amor y el crimen se movían oscuramente en los rincones sombríos de las calles y plazas de Alejandría, en los burdeles y salones, como un gran banco de anguilas en el fango de las conspiraciones y contraconspiraciones.

Era casi el alba cuando abandoné el fascinante montón de papeles con sus comentarios sobre mi verdadera vida (interior), y como un borracho me fui a la cama tambaleándome, con la cabeza a punto de estallar, resonante de los ecos de la ciudad, la única ciudad donde todavía pueden encontrarse y unirse todas las razas y todas-las costumbres, donde se entrecruzan los destinos más íntimos. En el momento de hundirme en el sueño, oí la voz de mi amigo que me repetía: "¿Qué es lo que le *interesa* saber?... ¿qué más le *interesa* saber?" "Tengo que saberlo *todo* para liberarme - por fin de la ciudad" -respondí en mi sueño.

"Cuando se arranca una flor, la rama vuelve a su posición primitiva. Con las cosas del corazón no ocurre lo mismo", decía un día Clea a Balthazar.

Y así, con lentitud, con repugnancia, volví al punto de partida, como un hombre que al final de un viaje terrible se entera de que lo ha hecho dormido. "La verdad -me dijo una vez Balthazar mientras se sonaba en un viejo calcetín de tenis-, la verdad... no hay nada que, con el tiempo, se contradiga más."

Y Pursewarden, en otra ocasión, aunque no menos memorable: "Si las cosas fueran siempre lo que parecen, ¡qué empobrecida quedaría la imaginación del hombre!"

¿Cómo me libraré para siempre de esta ciudad ramera entre todas las ciudades: mar, desierto, minaretes, arena, mar?

No. Tengo que ponerlo todo por escrito, fríamente, hasta que pase el tiempo de la memoria y el deseo. Sé que la llave que trato de hacer girar está en mí mismo.

II

Le cénacle: así solía llamarnos Capodistria en la época en que nos reuníamos por la mañana temprano para hacernos afeitar en el salón tolemaico de Mnemjian, con sus espejos y palmeras, sus cortinas de cuentas y el delicioso simulacro de agua caliente y limpia, de lienzos blancos: mortajas y perfumes para los cadáveres. El jorobado de ojos violetas oficiaba en persona, porque éramos clientes de categoría (faraones muertos metidos en su baño de natrón, paca sacarles las tripas y el cerebro, purificarlos y volverlos a su sitio). Muchas veces el barbero no había tenido tiempo de afeitarse, pues acababa de llegar corriendo del hospital donde había acicalado a un muerto. Nos encontrábamos allí un momento en los sillones tapizados, en los espejos, antes de que nos separaran nuestras ocupaciones: Da Capo que salía a encontrarse con sus cambistas, Pombal que se encaminaba

tambaleando al Consulado francés (boca pastosa, resaca, sensación de llevar sobre los párpados todo el peso de la noche), yo a mi escuela, Scobie al Departamento de Policía ...

Tengo en alguna parte una fotografía desteñida de ese ritual matutino, tomada por el pobre John Keats, corresponsal de la Global Agency. Ahora resulta extraño mirarla. Huele a mortaja. Es el retrato elocuente de una mañana de primavera en Alejandría: rumor apacible de los molinillos de café, arrullos espesos de las gordas palomas. Reconozco a mis amigos por sus ruidos particulares: los típicos *¡puah!* de Capodistria a ciertas observaciones sobre política, y luego esas- secas risotadas ... como eructos de un vientre de metal; la tos de Scobie, *"Teuch, Teuch",* provocada por el tabaco; el suave, musical "Vaya, vaya'', de Pombal.

Y en un rincón estoy yo, con mi impermeable raído, perfecta imagen del maestro de escuela. En el otro rincón está sentado el pobrecito Toto de Brunel. Keats lo ha pescado en el momento en-, que alza un dedo con anillo hasta la sien... la sien fatal.

¡Toto! Es un *original,* un *caso*. Sus rasgos de bruja macilenta y sus ojos castaños de muchachito, el pelo que se implanta en pico, sobre su frente, su extraña sonrisa *art nouveau.* Era el encanto de un círculo de viejas demasiado orgullosas para pagarse *un gigolo. "Toto, mion chou, c'est toi!"* (Madame Umbada) ; *"Comme il est charmant ce Toto!"* (Athena Trasha). Vive de esos secos mendrugos de aprobación, hombre para mujeres viejas, con los hoyuelos hundiéndose cada día más en la piel arrugada de una cara sin edad, muy- feliz, supongo. Sí.

"Toto, comment vas-tu?" -*"Si heureux de vous voir, Madame Martinengo!"* Era lo que Pombal llamaba despectivamente "un Caballero de la Segunda Decadencia". Su sonrisa cavaba la tumba del interlocutor, su bondad resultaba anestesiarte. ' A pesar de su pequeña fprtuna, de sus moderados excesos, se movía con soltura -en el gran mundo. No se podía. hacer nada por el, supongo, porque era femenino; pero si hubiera nacido mujer, se habría. considerado mucho tiempo antes en decadencia. A falta. de encanto personal, su pederastia le daba una especie de importancia ilícita. "*Homme serviable, homme gracieux."* (Conde Banubula, General Cervoni, ¿qué más puede. pedirse?).

Aunque no tenía; sentido del humor, un día descubrió que podía hacer reír. Hablaba un inglés y un francés mediocres, pero cuando le faltaba una palabra empleaba otra cuyo sentido no conocía, y la grotesca sustitución solía ser deliciosa. Esa afectación que llegó a ser corriente en él, a veces lindaba casi con la poesía, como cuando decía "Han salido algunas moscas de mi máquina de escribir", o "El auto está hoy en trepanación". Podía hacerlo en tres lenguas. Así se excusaba de no aprenderlas. Hablaba una lengua-Toto de su invención.

Invisible detrás del objetivo, estaba aquella mañana Keats, el prototipo del Buen Muchacho, libre de malas intenciones. Olía ligeramente a transpiración. *C'est le métier qui exige.* Alguna vez quiso

ser escritor, pero eligió el mal camino, y ahora su profesión lo ha acostumbrado tanto a permanecer en la superficie de la vida real (hechos y referencias a hechos) que ha contraído la típica neurosis de los periodistas (beben para acallarla) consistente en pensar que Algo ha ocurrido o está a punto de ocurrir en la' próxima esquina, y que sólo se enterarán cuando sea demasiado tarde para pasar el dato. Este temor obsesivo de perder un fragmento de la realidad que de antemano reconocemos trivial y hasta desprovisto de toda significación, había comunicado a nuestro amigo ese tic convencional que se observa en los niños cuando tienen ganas de ir al excusado y se agitan en la silla, cruzando y descruzando las piernas. Al cabo de unos minutos de conversación se ponía de pie, inquieto, y decía: "He olvidado algo... volveré dentro de cinco minutos." Ya en la calle lanzaba un ruidoso suspiro de alivio. Nunca iba lejos; se limitaba a dar una vuelta a la manzana para tranquilizar los nervios. Sin duda todo parecía siempre bastante normal. Se preguntaba si debía telefonear a Mahmud Pashá sobre el presupuesto de gastos militares, o si era mejor esperar hasta el día siguiente... Llevaba un bolsillo lleno de maníes, rompía las cáscaras con los dientes y las escupía, desasosegado, nervioso sin saber por qué. Después de caminar un rato, volvía de prisa al café o a la barbería, sonriendo tímidamente, como pidiendo disculpas: un "corresponsal de Agencia", el tipo mejor integrado de nuestro mundo moderno. No había en John nada que anduviera especialmente mal, salvo el plano en que había elegido vivir, pero se podría decir lo mismo de su célebre homónimo, ¿verdad?

Le debo a él esta fotografía amarillenta. (Mucho más tarde lo matarían en el desierto, en plena posesión de sus debilidades mentales.) ¡La manía de perpetuar, de registrar, de fotografiar todo! Supongo que eso nace de la sensación de no gozar plenamente de nada, de sentir que la flor de todas las cosas se escapa con cada soplo de aire que exhalamos. Sus "ficheros" eran enormes, reventaban de menús firmados, de vitolas de cigarros conmemorativos, de sellos de correos, de tarjetas postales... Después ese fichero resultó útil, pues Keats había pescado algunos de los *obiter dicta* de Pursewarden.

Más lejos, hacia el este, está sentado el bueno de Pombal con su gran panza y una verdadera valija diplomática debajo de cada ojo. Por fin alguien a quien se puede prodigar un poco de afecto. Su única preocupación es perder su empleo o volverse *impuissant,* inquietud común a todos los franceses, desde Jean-Jacques. Nos peleamos bastante, aunque siempre amistosamente, pues compartimos su pequeño departamento siempre lleno de fruslerías sin valor y fruslerías más caras: *les femmes.* Pero es un buen amigo, un hómbre de corazón tierno, y realmente ama a las mujeres. Cuando tengo insomnio o estoy enfermo: "*Dis donc, tu vas bien?"* Con rudeza, como un *bon copain: "Ecoute. , . tu veux une aspirine?" o* si no "Ou *bien... j'ai une jaune amie dans ma chambre si tu veux..."* (No es una errata: Pombal llamaba *"jaunes femnnes"* a todas las *poules.) "Hein? Elle ni'est pas mal.. . et c'est tout payen, mon cher. Maís ce matin, moi je me sens un tout petit peu annti-féministe... j'en ai marre, he1n!"* En esos momentos la sociedad lo abrumaba. "*Je deviens de plus en plus anthropophage",* decía revolviendo los ojos de una manera cómica. Además su trabajo le

preocupaba; su reputación era bastante mala, las gentes empezaban a hacer comentarios, sobre todo después de lo que él llama '*l'afaire Sveva" ;* y el día antes el Cónsul General lo había sorprendido en momentos en que se estaba limpiando los zapatos en las cortinas de la Cancillería... *"Monsieur Pombal! je suis obligé de vous faire quelques observations sur votre comportement officiel!" Ouf!* Un sermón de primera.

Eso explica el gesto abrumado de Pombal en la fotografía: reflexiona en todos sus problemas con expresión de abatimiento. A partir de entonces nos hemos distanciado bastante por causa de Melissa. Está furioso porque me he enamorado de ella que no es más que una bailarina de cabaret y por. lo, tanto indigna de que se la tome en serio. Hay también una cuestión de esnobismo, porque de hecho ella vive ahora en el departamento y Pombal considera que eso es degradante y quizá hasta imprudente desde el punto de vista diplomático.

"El amor -dice Toto- es un fósil líquido": realmente, un epigrima oportuno. Enamorarse de la mujer de un banquero sería perdonable, aunque ridículo... ¿Sería de verdad perdonable? En. Alejandría sólo se admira sinceramente la intriga *per* se; pero enamorarse es cubrirse de ridículo ante la sociedad. (Pombal es en el fondo un provinciano.) - Pienso. en la terrible calma de Melissa muerta, en su dignidad, el frágil cuerpo envuelto en bandas, vendado como si hubiera sufrido un accidente mortal, irreparable. En fin.

¿Y Justine? El día que fue tomada esta fotografía, el cuadro de Clea quedó interrumpido por un beso, dice Balthazar. ¿Cómo podré lograr que esto sea inteligible cuando me es tan difícil visualizar esas escenas? Según parece, tengo que tratar de 'ver una nueva Justine, un nuevo Pursewarden; una nueva. Clea.. . Quiero decir que debo hacer la tentativa de arrancar la membrana opaca que se interpone éntre mi persona y la realidad de los actos de todos ellos, membrana tejida, supongo, con mis propias limitaciones de . visión y de carácter. Mi envidia hacia Pursewarden, mi pasión por Justine, mi piedad por Melissa. Espejos deformantes ... Hay que buscar el camino entre los hechos. Debo registrar todo lo que sé y tratar de hacerlo comprensible o plausible para mí mismo, si es necesario, por un acto de imaginación. ¿O es posible dejar que los actos,queden librados a sí mismos? ¿Se puede decir: "él se enamoró" o "ella se enamoró" sin tratar de adivinar su sentido, de situarlo en un contexto de circunstancial plausibles? "Esa perra" dijo una vez Pombal de Justine, *"Elle a 1´air d'étre bien chambrée!" Y* de Melissa: *"Une pauvre petite paule quelconque..."* Quizá tenía razón, pero su verdadero significado está en otra parte. Aquí, así lo espero, en este papel garabateado que he tejido como una araña con la substancia de mi vida interior.

¿Y Scobie? Bueno, por lo menos él es comprensible como un diagrama, simple como un himno nacional. Parece particularmente satisfecho esta mañana, pues acaba de alcanzar su apoteosis. Después de desempeñar durante catorce años funciones de Bimbashi en la policía egipcia, "en el crepúsculo de su vida", como él dice, acaban de

nombrarlo. .. apenas me atrevo a escribir las palabras, porque lo veo sacudido por un estremecimiento de misterio, veo su ojo de vidrio girando pavorosamente en su órbita ... en el Servicio Secreto. Gracias a Dios como ya no vive, no puede leer estas palabras y echarse a temblar. Sí, el Viejo Marinero, el pirata secreto de la calle Tatwig, el mismo. Cuánto lo echa de menos la ciudad. (Su manera de decir "¡inquietante!")

En otra parte he contado cómo respondí un día a un misterioso llamado paca encontrarme en una habitación de magníficas proporciones con mi amigo, el antiguo pirata que me miraba desde atrás de su escritorio, silbando entre su desajustada dentadura postiza. Creo'que sus nuevas funciones lo desconcertaban tanto como a mí, su único confidente. Desde luego, hacía mucho tiempo que estaba en Egip to y conocía bien el árabe; pero su carrera había sido relativamente oscura.

¿Qué podía esperar de él un Servicio Secreto? Más aun: ¿qué podía esperar él de mí? Yo había aclarado con lujo de detalles que el pequeño círculo que se reunía todos los meses para escuchar las explicaciones de los principios de la Cábala a cargo de Balthazar, nada tenía que ver con el espionaje; era simplemente un grupo de estudiosos de ciencias herméticas- atraídos por el tema de las conferencias. Alejandría es una ciudad de sectas, y la investigación más superficial le hubiera revelado la existencia de otros grupos análogos al que se interesaba por la filosofía hermética, a cuya cabeza estaba Balthazar: steinerianos, adeptos de la ciencia cristiana, ouspenskystas, adventistas... ¿Por qué prestaba tanta atención a Nessim, Justine, Balthazar, Capodistria, etc. ? Ni yo lo sabía, ni él podía decírmelo.

-Andan tramando algo -repetía débilmente-. Así dice El Cairo.

En apariencia ni siquiera sabía quiénes eran sus amos. Por lo que pude entender, un ser invisible le dictaba confusamente sus tareas por teléfono. Pero "El Cairo", quienquiera que fuese, pagaba bien, y si Scobie tenía dinero para tirar en investigaciones absurdas, ¿quién era yo para impedirle que me lo ofreciera? Pensé que mis primeros informes sobre la Cábala de Balthazar bastarían para enfriar todo interés por ella, pero no. Querían cada vez más.

Y esa mañana, el viejo marinero de la fotografía estaba celebrando su nombramiento y el aumento de sueldo consiguiente, haciéndose cortar el pelo en la ciudad alta, en la más cara de las peluquerías: la de Mnemjian.

No debo olvidar que esta fotografía ha fijado también un *"rendex-vous* secreto", lo cual explica el aire perturbado de Scobie. Porque está rodeado de los espías cuyas actividades es necesario investigar, sin hablar de un diplomático francés de quien se murmura que es el jefe del *Deuxié*me francés...

En tiempos normales Scobie hubiera encontrado ese establecimiento demasiado caro para su minúscula pensión de marino y su exiguo sueldo de la policía. Pero ahora es un hombre importante.

No se atrevía siquiera a hacerme un guiño en el espejo mientras el jorobado, con el tacto de un diplomático, elaboraba en el aire un sabio corte de pelo, pues la calva resplandeciente de Scobie estaba apenas guarnecida por esa especie de plumón que tienen los patitos en la rabadilla y hacía años ya que había sacrificado la barba en forma de torpedo, rala como un arbusto en invierno.

---Debo decir --declara en ese momento con voz gutural (en presencia de tanta gente sospechosa, los "espías" debemos hablar "como todo el mundo")-., debo decir, viejo, que aquí lo tratan a uno como a un rey; Mnemjian sabe realmente lo que hace -se aclaró la garganta-. Arte puro --adoptaba una entonación agorera para pronunciar términos técnicos--. Cuestión de diploma; me lo dijo un amigo íntimo, peluquero de Bond Street. Se ve que usted lo tiene.

Mnemjian agradeció con su voz aguda de ventrílocuo. -Nada de eso -dijo el viejo con gesto magnánimo-. Conozco los trucos.

Ahora podía hacerme un guiño. Yo le repliqué. Los dos desviamos la mirada.

Aliviado, se puso de pie con un crujido de huesos y exhibió su mandíbula de pirata con un aire de salud pletórica. Examinó complacido su imagen en el espejo.

-Sí -dijo, haciendo con la cabeza un gesto autoritario de aprobación-. Está bien.

-¿Masaje eléctrico del cuero cabelludo, señor?

Scobie meneó noblemente la cabeza y se plantó el *tarbush* como un tiesto en el. cráneo.

--Me hace salir granos -y añadió con una sonrisa afectada-: Alimentaré lo que queda con *arak.*

Mnemjian saludó esta muestra de ingenio con un gesto rápido. Éramos libres.

Pero no estaba nada contento: Desanimado, caminó lentamente conmigo por Cherif Pachá hacia la Grande Corniche. Se golpeaba pensativo la rodilla con el matamoscas de crin de caballo, chupando su pipa de brezo archirremendada. Meditaba. Luego, con una repentina impaciencia, declaró:

-No puedo aguantar a ese Toto. Es un marica confeso. En mis tiempos lo hubiéramos...

Refunfuñó para sí. un largo rato y luego recayó en el silencio.

-¿Qué pasa, Scobie? -le pregunté.

-Estoy preocupado -admitió-. Realmente preocupado. Cuando se paseaba por la ciudad alta había en su manera de andar y en todo su

porte una arrogancia artificial -la imagen misma del Hombre Blanco rumiando los problemas específicos del Hombre Blanco, su fardo, como se diceA juzgar por Scobie, era pesado de llevar. Sus menores gestos eran de una artificialidad flagrante, su manera de palmearse la rodilla, de morderse el labio, de adoptar un aire de profunda reflexión delante de los escaparates de las tiendas. Contemplaba a la gente que lo rodeaba como si estuviera subida en zancos. Sus gestos me recordaban vagamente a esos héroes de las novelas inglesas . que delante de una chimenea Tudor, se golpean solemnemente las botas con la fusta.

Pero apenas llegábamos a las inmediaciones del barrio árabe, perdía toda afectación. Recobraba la naturalidad, empujaba el *tarbush* hacia atrás para enjugarse la frente, y echaba a su alrededor esas miradas de afecto que sólo nacen de una larga familiaridad. Pertenecía a ese barrio por adopción, allí se sentía realmente -en su casa. Con gesto de desafío, bebía del caño de plomo que salía de una pared, cerca de la mezquita de Goharri (una fuente pública), aunque el Hombre Blanco que había en él hubiera debido saber que el agua estaba, lejos de ser puta. Al pasar delante del mostrador de un confitero, tomaba un pedazo de caña de azúcar o una algarroba que mordisqueaba ostensiblemente. Allí lo saludaban a gritos y respondía radiante: *-Y'alla, ef fendi, Skob.*

-Nabarak .raid, ya Skob. -Allah salímak.

Lanzaba un suspiro y decía:

-Una gente estupenda -y luego-:- Cómo me gusta este barrio, usted no se.imagina -haciéndose a un lado para dejar pasar un camello de ojos líquidos que bajaba meciendo su joroba por la estrecha callejuela, a riesgo de. tirarnos al suelo con un golpe de sus alforjas llenas de *bercim,* el trébol silvestre utilizado como forraje.

-Que tu prosperidad aumente.

-Con.tu permiso, madre mía.

-Que este día te sea propicio.

-Acuérdame tu gracia, oh Sheik.

Scobie caminaba por aquellas calles con la soltura dé un hombre que ha llegado a,sus dominios, lentamente, fastuosamente, como un árabe.

Aquel día nos. sentamos un rato a la sombra de la antigua mezquita y escuchamos los chasquidos de las palmeras y los mugidos dé los barcos que zarpaban abajo, en la dársena invisible.

-Acabo de ver una nota -dijo por fin Scobie con una vocecita triste y marchita- sobre lo que ellos llaman un "pedirasta". Viejo, la cosa me dejó tambaleando. No me avergüenza decir que no conocía la palabra.

Tuve que leerla dos veces. Cueste lo que cueste, dice la nota, tenemos que suprimirlos. Son peligrosos para la seguridad de la red.

Lancé una carcajada y por un momento el viejo dio algunas señales de querer responder con una risita falsa, pero su depresión,, más fuerte que el impulso, la redujo a un pequeño hueco en las mejillas rojo cereza. Aspiró con furia su pipa.

-Pederasta -repitió desdeñoso y hurgó en el bolsillo buscando la caja, de fósforos-. Creo que mis connacionales no entienden nada -dijo tristemente-. Y a los egipcios les importa un rábano que un hombre tenga Tendencias... con tal de que sea la Decencia misma, como yo -hablaba en serio-. Pero si tengo que trabajar para el... Usted sabe Qué... yo debería decirles... ¿qué le parece?

-No sea tonto, Scobie.

-Bueno, no sé -dijo melancólico-. Quiero ser honesto con ellos. No es que yo haga ningún daño. Supongo que uno no debería tener Tendencias... como tampoco debería tener verrugas o la nariz grande. Pero ¿qué puedo hacer?

-A su edad, no mucho, con toda seguridad.

-Golpe bajo -replicó el pirata volviendo por un instante a su viejo estilo--. Repugnante. Cruel. Despreciable. Me echó una mirada oblicua detrás de su pipa y de pronto recobró los ánimos. Se lanzó a uno de sus deliciosos monólogos divagantes, otro capítulo de la saga que había compuesto sobre su más viejo amigo, el ya mítico Toby Mannering.

-Una vez Toby, a fuerza de cometer excesos, se convirtió en un Caso Clínico. Creo que ya se lo conté. ¿No? Bueno, pues así fue. Un Caso Clínico -era evidente que la frase era una cita, y la decía con verdadera fruición-. Dios mío, las que hizo de joven. Sobrepasó todos los límites. Al final terminó en el consultorio del médico y tuvo que usar un aparato -su voz subió casi una octava-. Cuando tenía permiso para bajar a tierra, se paseaba con un manguito de leopardo, hasta que la Marina Mercante se levantó en masa. Lo sacaron del medió durante seis meses. Lo metieron en una Casa de Salud. Le decían: "Tendrá que hacer contracciones", no sé qué querían decir. Desde la otra punta de Tewkesbury se oían los gritos, así dice él. Los tipos aseguran que lo curan a uno, pero no es cierto. Por lo menos con Toby la cosa no anduvo. Después de un tiempo lo mandaron de vuelta. No podían hacer nada por él. Decían que sufría de Insolencia Muda. ¡Pobre Toby !

Luego, sin transición, se quedó dormido, la espalda apoyada en la pared de la mezquita. ("Una siestecita -solía decir-, pero siempre me despierto a la novena ola." Yo me pregunt4ba cuántas más hacían falıta en realidad.) Al cabo de un rato la novena ola lo devolvia a la

playa a través de la resaca de sus sueños. Con un sobresalto se erguía.

-¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, Toby. Su padre era miembro del Parlamento. Posición encumbrada. Hijo de ricos, Toby trató primero de entrar en las órdenes. Decía que había oído el Llamado. Pero yo creó que era sólo el hábito lo que le atraía. . . era gran aficionado al teatro, Toby. Después perdió la fe, metió la pata y se produjo la tragedia. Fue a parar a la cárcel. Decía que el Diablo lo había empujado. "Que no vuelva a empezar—, dijo el magistrado. "Por lo menos que no lo haga en un parque público." Querían encerrarlo -decían que tenía una enfermedad rara-, me parece que la llamaban cornucopia. Pero por fortuna su padre fue a ver al Primer Ministro y tapó todo el asunto. Fue una suerte, viejo, que en aquella época todo el Gabinete tuviera Tendencias. Inquietante. El Primer Ministro, hasta el Arzobispo de Canterbury. Simpatizaron con el pobre Toby. Fue una suerte para él. Después de eso obtuvo su licencia de capitan y sé embarcó.

Scobie volvió a quedarse dormido, para despertarse pocos segundos después con un sobresalto histriónico.

-El viejo Toby -prosiguió sin hacer una pausa, aunque persignándose con unción y tragando saliva- fue quien me guió por el camino de la Fe. Una noche que estábamos de guardia en el *Meredith* (un buen barco) me dice: "Scurvy, tengo que decirte una cosa. ¿Has oído hablar alguna vez de la Virgen María?" Desde luego, yo algo había oído. Pero ignoraba cuáles eran sus funciones, por así decirlo...

Una vez más se durmió y esta vez salió de sus labios un ronquido leve, como un graznido. Cuidadosamente tomé la pipa que había quedado entre sus dedos y encendí un cigarrillo. Esa manera de aparecer y desaparecer en el simulacro de la muerte tenía algo de conmovedor. Breves visitas a una eternidad donde pronto habitaría, y que completaban las siluetas consoladoras de Toby y Bucigie, y una Virgen María con funciones determinadas... Y estar obsesionado por esos problemas a una edad a la que, en mi opinión, no había ya mucho que pudiera perjudicarlo, salvo su jactancia verbal... (Pero me equivocaba: Scobie era indomable.)

Después de un rato despertó nuevamente de ese sueño más profundo, se sacudió y se incorporó frotándose los ojos. Echamos a andar juntos hacia los sórdidos alrededores de la ciudad donde vivía, en la calle Tatwig, en un par de habitaciones destartaladas.

--Y sin embargo -añadió una vez más, siguiendo perfectamente el hilo de sus pensamientos-, usted' dice que no debo contarles nada, pero me pregunto... (Se detuvo para aspirar el olor del pan árabe caliente que salía por la puerta de tina tienda, y exclamó: "¡Huele como el regazo de mi madre!") Sus pasos se acordaban al ritmo lento de sus reflexiones-. Los egipcios son maravillosos, viejo. Buenos. De una bondad ... Me conocen bien. Desde cierto punto de vista pueden

parecer traidores, viejo, pero traidores en estado de gracia, es lo que digo siempre. Saben ser tolerantes unos con otros. Fíjese, el mismo Nimrod Pachá me decía el otro día: "La pedirastia es una cosa, el hachís otra completamente distinta." Es un hombre serio, ¿sabe? Fíjese que yo nunca fumo hachís en ejercicio de mis funciones; estaría mal. Claro que, desde otro punto de vista, los ingleses - no podrían hacer nada a un hombre que ha recibido la Orden del Imperio Británico, como yo. Pero si alguna vez los egipcios creyeran que mis connacionales me... en fin, me. hacen ciertas críticas, viejo, podría perder los dos trabajos y los dos sueldos. Eso es lo que me preocupa.

Subimos la escalera sucia de moscas, llena de .cuevas de ratones.

-Huele un poco -admitió-, pero uno se acostumbra en seguida. Son los ratones. Pero no pienso mudarme. Hace diez años que vivo en este barrio, diez años ya. Todo el mundo me conoce y me quiere. Y además el bueno de Abdul vive a la vuelta de la esquina.

Se rio entre dientes y se detuvo en el primer rellano para recobrar el aliento, y quitándose el tiesto de la cabeza se enjugó la frente. Luego se echó hacia adelante inclinándose como siempre que reflexionaba seriamente, como si tuviera que soportar el peso de sus propios pensamientos. Lanzó un suspiro.

--El problema -dijo lentamente, con el aire de quien desea a toda costa ser explícito, formular una idea con toda la claridad de que es capaz-, el problema está en las Tendencias... y uno sólo se da cuenta cuando ya no es un pimpollo, cuando ya no tiene la sangre caliente -- suspiró de nuevo-. Es la falta de *ternura,* viejo. En cierto modo todo se consigue con astucia, y uno se va quedando solo. Pero Abdul es un amigo de verdad --lanzó una risita sofocada y recobró la alegría una vez más--. Yo lo llamo el Bul Bul Emir. Le instalé un negocio, por pura amistad. Le compré todo: un local, una mujercita. Nunca lo he tocado ni podría hacerlo, porque le tengo afecto. Ahora me alegro de haber procedido así, porque a pesar de mis años todavía tengo un amigo fiel. Voy a verlos, sin ceremonias, todos los días. Es inquietante que eso me haga tan feliz. Realmente, la dicha de los dos me reconforta. Son como un hijo y una hija para mí, pobres negritos desgraciados. No puedo soportar que se peleen. En seguida me preocupan los chicos. Creo que Abdul está celoso de ella, y no sin razón, se lo señalo. Me parece que es una coqueta. Pero es que el sexo tiene tanto poder con este calor. . . una cucharadita no hace daño a nadie, como decíamos del ron en la Marina Mercante. Uno miente y sueña con él como si fuera helado, el sexo, no el ron. Y a esas muchachas musulmanas, viejo, les hacen la circuncisión. Es una crueldad. Una verdadera crueldad, Sólo sirve para que no piensen en otra cosa. He tratado de enseñarle a tejer o a bordar en cañamazo, pero es tan tonta que no entiende nada. Lo' tomaron a chacota. No es que me importe. Lo único que quería era ayudarlos. Me costó doscientas libras instalar a Abdul, todas mis economías. Pero ahora le va bien, sí, muy bien.

El monólogo había tenido la virtud de hacerle reunir sus energías para el asalto final. Subimos los diez últimos peldaños cómodamente y Scobie abrió la puerta de su departamento. Al principio sólo había podido alquilar un cuarto, pero el nuevo sueldo le permitía pagar todo el destartalado departamento.

La habitación más amplia era el viejo salón árabe que servía de dormitorio y recibidor. El mobiliario consistía en una cama rodante que no parecía demasiado cómoda, y un aparador anticuado. En la chimenea semiderruida, algunas varillas de incienso, un, calendario de la policía y el retrato de pirata que Clea había dejado inconcluso. Scobie encendió la única y polvorienta lamparilla eléctrica, una innovación reciente de la que estaba sumamente orgulloso (la parafina termina por meterse hasta en la comida), y miró a su alrededor con satisfacción no disimulada. Luego se dirigió de puntillas al otro extremo de la habitación. E .i la oscuridad yo había pasado por alto al otro ocupante: un loro del Amazonas, de color verde brillante, metido en una jaula de bronce. La jaula estaba cubierta con un trapo negro que el viejo quitó con un leve aire de estar a la defensiva.

-Le hablaba de Toby porque la semana pasada hizo escala en Alejandría; iba hacia Yokohama. De él me viene esto, tuvo que venderlo por el gran lío que armó el maldito pajarraco. Es un conversador brillante, ¿no es cierto, Ron? Rotundo como un pedo, ¿verdad? -el loro emitió un suave silbido y dio un salto. Así me gusta -dijo Scobie con tono de aprobación, y volviéndose hacia mí, añadió-: Lo conseguí por un precio tirado, sí, tirado. ¿Quiere que le cuente por qué?

De pronto, inexplicablemente, se dobló en dos de risa, hasta tocarse casi las, rodillas con la nariz, zumbando sin ruido como una pequeña peonza humana, y al fin se enderezó dándese una palmada igualmente silenciosa en el muslo: un verdadero paroxismo.

-Usted no se imagina el lío que armó Ron -dijo-. Toby bajó a tierra con el pájaro. Sabía que hablaba, pero no el árabe. ¡Dios mío! Estábamos sentados en un café, charlando largo y tendido (hacía cinco años que no veía a Toby) cuando de pronto Ron se largó. En árabe. ¿Y sabe qué recitaba? El Kalima, un texto sagrado; por no decir santo, del Corán. El Kalima. Y después de cada palabra soltaba un pedo, ¿no es cierto, Ron? -el loro asintió con otro silbido-. El Kalima es tan sagrado -explicó gravemente Scobie-, que al poco rato se había congregado a nuestro alrededor una multitud furibunda. Por suerte yo sabía lo que estaba ocurriendo. ¡Yo sabía que si pescaban a uno que no fuera musulmán recitando justamente ese texto, podían practicarle una Circuncisión Instantánea! -su ojo relampagueó-. Era una triste perspectiva para Toby que lo circuncidaran así, durante una escala, y yo estaba inquieto. (A mí ya me han hecho la circuncisión.) Por suerte no perdí la calma. Toby quería romperles la cara a unos cuantos, pero lo contuve. Yo llevaba el uniforme de la Policía, lo cual facilitó las cosas. Eché un discursito a la multitud, explicando que iba a llevar presos al infiel y al pájaro miserable para ponerlos en manos de la

justicia. Se quedaron satisfechos. Pero no había manera de hacer callar a Ron, ni siquiera tapándolo con el trapo, ¿no es cierto, Ron? El maldito recitó el Kalima durante todo el viaje de vuelta hasta aquí. ¡Santo cielo, qué experiencia!

Mientras hablaba se cambió el uniforme de Policía y colgó el *tarbush* de un clavo herrumbrado que había sobre la cama, encima del crucifijo, en la pequeña alcoba donde se veía también un cántaro lleno de agua potable. 6e puso una chaqueta vieja y raída con botones de metal, y prosiguió, mientras se enjugaba la frente:

-Debo decir que era maravilloso volver a ver al viejo

Toby después de tantos años. Tuvo que venderme el pájaro, claro, después de semejante pelotera. No se atrevía a volver a los barrios del puerto con él. Pero ahora no sé qué hacer, no me atrevo a sacarlo de la pieza, ¡vaya uno a saber qué más conoce! -suspiró-. Otra cosa buena es la receta que me dio Toby del Whisky Sintético. ¿Lo conoce? Yo tampoco lo conocía. Mejor que el Scotch y regalado, viejo. De 'ahora en adelante voy a fabricar mis propias bebidas, gracias a Toby. Fíjese -me señaló una botella mugrienta llena de un líquido horrible-. Es cerveza casera -dijo-, y formidable. Preparé tres botellas, pero las otras dos estallaron. Voy a llamarla cerveza Plaza.

-Por qué? -le pregunté-. ¿Piensa venderla?

-¡No, por favor! -exclamó Scobie-. Es sólo para consumo interno -se frotó la barriga con aire pensativo y se pasó la lengua por los labios=. Pruebe un vaso.

-No, gracias.

El viejo consultó entonces un gran reloj y frunció los labios.

-Dentro de un rato voy a rezar un Ave María. Tendré que despedirlo, viejo. Pero antes, echemos un vistazo al Whisky Sintético, a ver qué tal anda, ¿eh?

Yo tenía gran curiosidad por ver cómo llevaba a cabo sus nuevos experimentos y lo seguí de buena gana hasta la alcoba descalabrada, del otro lado del rellano, donde guardaba ahora una lúgubre bañera de zinc que seguramente había comprado para esos objetivos ilícitos. Estaba debajo de una ventanilla mugrienta y en los estantes que rodeaban las paredes se amontonaban todos los elementos para la nueva industria: una docena de botellas vacías, dos de ellas rotas, y la enorme bacinilla que Scobie llamaba siempre "el recuerdo de familia", para no mencionar una sombrilla de playa hecha un guiñapo y un par de galochas.

-¿Qué función desempeñan? -no pude dejar de preguntarle, señalándoselas-. ¿Se las pone para pisar las uvas o las patatas?

Scobie adoptó su expresión de solterona ofendida, echando hacia abajo una mirada torcida con la que quería decir que toda alusión frívola al tema de que se trataba le parecía fuera de lugar. Escuchó atentamente un instante, como para captar los ruidos de la fermentación. Luego apoyó en tierra una de sus rodillas temblorosas y contempló el contenido de la bañera con un aire dubitativo pero intenso. El ojo de vidrio le daba una expresión más que mecánica mientras observaba la mixtura desalentadora que llenaba el recipiente. La olió con imparcialidad y lanzó una exclamación despectiva antes de incorporarse con un crujido de articulaciones.

-No parece tan bueno como yo esperaba -admitió-. Pero hay que darle tiempo, hay que darle tiempo -metió un dedo en el líquido y lo lamió-. Bastante asqueroso -admitió-. Como si alguien hubiera meado en él. -Como Abdul y él eran los únicos que utilizaban la única llave del recinto clandestino, yo podía mantener un aire de inocencia.

-¿Quiere probar? -me preguntó indeciso.

-No, gracias, Scobie.

-Bueno -dijo con filosofía-, quizá el sulfato de cobre no era fresco. Tuve que pedir el ruibarbo a Blighty. CuArenta libras. Estaba bastante desmejorado cuando llegó aquí, no se lo voy a negar. Pero sé que las proporciones son exactas porque hice los preparativos con el joven Toby, antes de que se marchara. Hay que darle tiempo, eso es todo.

Y con el optimismo que le devolvía la esperanza, me condujo de vuelta a su habitación, silbando entre dientes algunos compases de la famosa canción que sólo cantaba en voz alta cuando estaba bien borracho de coñac. Decía más o menos así:

Alguien,
que colme mi fantasia, alguien,
que quiera ser mía.
¡Estoy harto de portarme bien! ¡Ven a mis brazos, ven!
Ta ra ra ra ra, mi bien...

Más o menos en ese pasaje la canción se hundía en un pozo .y se perdía dé vista, aunque Scobie canturreaba la melodía y marcaba el compás con un dedo.

Ahora se había sentado en la cama y contemplaba sus zapatos gastados.

-¿Piensa ir a la fiesta que da Nessim esta noche en honor de Mountolive?

-Creo que sí -respondí. Resolló fuertemente.

-A mí no me han invitado. Es en el Yacht Club, ¿verdad ?

-Sí.

-Ahora es Sir David, ¿no es cierto? Lo leí en el periódico la semana pasada. Joven para ser lord, ¿verdad? Yo tenía a mi cargo la Guardia de Horror de la Policía cuando llegó. ¡Desafinaron todos, pero por suerte él no se dio cuenta!

-No es tan joven.

-¿Y para ser ministro?

-Creo-que anda cerca de los cincuenta.

De pronto, sin premeditación aparente (aunque cerró los ojos muy rápido, como si quisiera apartar para siempre de su vista el tema), Scobie se tendió en la cama, las manos detrás de la cabeza, y dijo:

-Antes duque se vaya tengo que confesarle algo, viejo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Me senté en la incómoda silla y asentí con la cabeza.

-De acuerdo -repitió con énfasis e hizo una profunda inspiración-. Ahí va: a veces, cuando hay luna llena, *me siento poseído.* Sufro *una influencia.*

Como entrada en materia la fórmula era bastante desconcertante, pues el viejo parecía muy perturbado por su propia revelación. Durante un momento tragó saliva y luego prosiguió con una vocecita humilde, desprovista de su habitual fanfarronería.

-No sé qué me pasa.

Yo no comprendía una palabra de la historia. -¿Quiere decir que tiene accesos de sonambulismo o algo por el estilo?

Meneó la cabeza y tragó saliva de nuevo.
-¿Quiere decir que se convierte en el hombre-lobo, Scobie?

Una vez más sacudió la cabeza como un niño a punto de echarse a llorar.

-Me pongo trapos de mujer y mi Dolly Varden -dijo, y me miró de frente, con expresión patética.

-¿Su qué?
Para mi gran sorpresa se puso de pie y dio unos pasos rígidos hacia un arrhario que abrió. En el interior, en una percha, comidos por las polillas, cubiertos de polvo, había un traje de mujer de corte anticuado, y al lado, colgando de un clavo, un viejo sombrero *cloche,*

mugriento, que debía de ser lo que él llamaba su "Dolly Varden". Completaba ese atavío desconcertante un par de zapatos de baile muy puntiagudos, de facones altísimos, No supo qué actitud adoptar ante la carcajada que no pude contener. Dejó oír una risita forzada.

-Es estúpido, ¿verdad? -dijo, siempre al borde de las lágrimas a pesar de su cara sonriente, y en un tono que seguía solicitando un poco de simpatía por su infortunioNo sé qué me pasa. Y sin embargo, aparece siempre el mismo estremecimiento de antes ...

Un súbito y característico cambio de humor se produjo en él al pronunciar estas palabras: su torpeza, su desconcierto cedieron lugar a una nueva desenvoltura. Su expresión era ahora traviesa, despreocupada, y cruzando hasta el espejo, delante de mis ojos asombrados, se plantó el sombrero en la cabeza calva. En un segundo reemplazó su propia imagen por la de una vieja prostituta de ojos minúsculos y nariz afilada, una prostituta de la época del puente de Waterloo, la más barata de todas. La risa y el asombro se anudaron en mí formando una enorme bola que no podía abrirse paso. '

-¡Por el amor de Dios! -exclamé por fin-. Usted no se paseará así, ¿verdad, Scobie?

-Sólo -me contestó, volviendo a sentarse tristemente en la cama y recayendo en una melancolía que daba a su pequeña cara una expresión aun más divertida (todavía tenía puesto el Dolly Varden)-, sólo cuando la Influencia se apodera de mí. Cuando no soy del todo responsable, viejo.

Allí estaba, abrumado. Lancé un silbido de sorpresa que el loro imitó en seguida. La cosa iba en serio. Ahora comprendía por qué buscaba un eco cordial a las meditaciones en que se había consumido toda la mañana. Evidentemente, si se paseaba con aquella indumentaria por el barrio árabe... Debió de seguir el curso de mis pensamientos, porque me dijo:

-Sólo lo hago a veces, cuando está la Flota -luego prosiguió con cierto fariseísmo-: Claro que si hubiera algún inconveniente, yo siempre podría decir que estaba disfrazado. Soy un policía, no lo olvide. Después de todo, Lawrence de Arabia se ponía un camisón, ¿verdad?

Meneé la cabeza.
-Pero no un Dolly Varden -dije-. Admita usted, Scobie, que es bastante original... -y no pude contener la risa.

Scobie me miraba reír, sentado en la cama, con aquel sombrero inverosímil.

-¡Quíteselo! le supliqué. En ese momento tenía un gesto serio y preocupado, pero no se movió.

-Ahora lo sabe usted todo -dijo-. Lo mejor y lo peor del viejo capitán tarambana. Peró lo que yo iba a...

En ese momento se oyó un golpe en la puerta de entrada. Con una presencia de ánimo sorprendente, Scobie dio un salto ágil hasta el armario y se encerró sin hacer ruido. Me acerqué a la puerta, En el rellano había un criado que traía un cántaro lleno de no sé qué líquido para el Effendi Skob, según dijo. Lo recibí y esperé a que el hombre se fuera antes de volver a la habitación y gritarle al viejo que salió de nuevo, esta vez con su aspecto habitual, sin sombrero y con la chaqueta puesta.

-De buena me salvé -dijo jadeando-. ¿Qué era?

Le señalé el cántaro.

-Ah, eso. . . es para el Whisky Sintético. Cada tres horas. --Bueno -dije por fin, todavía bajo el efecto de esas revelaciones inesperadas y difíciles de tragar-. Tengo que irme -me sentía a punto de explotar, entre el asombro y la risa que me producía pensar en la doble vida de Scobie durante la luna llena (¿cómo se las había arreglado para evitar el escándalo todos esos años?), cuando me dijo:

-Un minuto, viejo. Le he contado todo esto porque quiero que me haga un favor -su ojo de vidrio giraba violentamente como bajo el impulso de sus pensamientos. Se inclinó de nuevo-. Uña cosa como ésta podría causarme un Perjuicio Incalculable, un Perjuicio Incalculable.

-Ya lo creo.

--Viejo, quiero que usted confisque esos trapos. Es la única manera de dominar la Influencia.

-¿Confiscarlos?

-Lléveselos. Guárdelos. Será mi salvación, viejo. Yo sé que será mi salvación. Si no, el capricho puede más que yo.

-Muy bien -le respondí. .

-Dios lo bendiga, hijo mío.

Envolvimos su uniforme para la luna llena en un periódico y atamos el paquete con un cordel. La duda disminuía su sensación de alivio.

-No los perderá, ¿verdad? -me dijo con ansiedad.

-Démelos -repliqué con firmeza, y me tendió humildemente el paquete.

Mientras bajaba la escalera me llamó una vez más para expresarme su alivio y su gratitud, y añadió:

-Rezaré una oración por usted, hijo mío.

Regresé lentamente atravesando las dársenas con el paquete bajo el brazo, preguntándome si alguna vez me atrevería a confiar esta maravillosa historia,a alguien digno de escucharla.

Los barcos de guerra giraban en sus reflejos de tinta, bosque de mástiles y aparejos del Puerto Comercial que se balanceaban suavemente entre las imágenes del agua; por la radio de algún barco resonaba el último éxito de jazz que había llegado a Alejandría:

Old Tiresias
no-one half so breezy as,
half so free and easy as
Old Tiresias.

III

El sol poniente había vaciado los caminos del puerto dejando tan sólo las siluetas negras de los barcos de guerra extranjeros, pero aún quedaba una grisalla temblorosa, el juego de la luz sin color ni resonancia en la superficie de un mar todavía manchado de velas. Las lanchas impacientes por volver se movían en la dársena, circulando entre los barcos como ratones entre las grandes botas de los primitivos habitantes. Las ringleras de cañones que emergían del *Jean Bart* se movían lentamente, se ladeaban y luego volvían a su quietud cavilosa, apuntando al rosado corazón de la ciudad cuyos minaretes más altos despedían todavía reflejos dorados a los últimos rayos del poniente. Las bandadas en saeta de las palomas centelleaban como *confetti* haciendo girar sus alas en la luz. (¡Éste sí que es estilo!)

Pero los grandes cristales enmarcados en cobre de las ventanas del Yacht Club resplandecían como diamantes, arrojando una brillante luz sobre las mesas níveas, cargadas de fuentes, encendiendo en las copas, las joyas y los ojos la última y temblorosa conflagración, antes de que se corrieran las pesadas cortinas y las caras reunidas para acoger a Mountolive cobrarán la pálida calidez de las velas.

Triunfos de la política, maniobras de la habilidad, cordialidad, paciencia. .. Libertinaje y sentimentalismo... matar el amor con la indiferencia... acallar las penas durmiendo... Esa era Alejandría, la ciudad madre, poética sin saberlo, ilustrada por los nombres y rostros que han compuesto su historia,, Nombres como éstos:

Tony Umbada, Baldassaro Triivizani, Claude Amaril, Paul Capodistria, Dmitri Randidi, Onuphrios Papas, Conde Banubula, Jacques de Guéry, Athena Trasha, Djambulat Bey, Delphine de Francueil, General Cervoni, Ahmed Hássán Pachá, Pozzo di Borgo, Pierre Balbz, Gaston Phipps, Haddad Fahmy Amin, Mehmet Adm, Wilmot Pierrefeu, Toto de Brunel, Coronel Neguib, Dante Borromeo, Benedict Dangeau, Pía dei Tolomei, Gilda Ambron ... Toda la historia y la poesía del comercio, toda la métrica del Levante que habían tragado Venecia y Génova. (Nombres que el viandante puede leer un día en las tumbas del cementerio.)

La conversación se elevaba como. una nube de vapor envolviendo a Mountolive cuyo triunfo personal se festejaba y que conversaba con Nessim, su huésped, con esa expresión de buen tono fija en su rostro que, como una lupa, traicionaba toda la desconfianza estilizada de su perfecta educación. En realidad había entre los dos hombres un gran parecido, sólo que el rostro oscuro de Nessim era suave, de superficies netas, y sus ojos y manes se movían incesantemente. A pesar de la diferencia de.edad, se entendían bien, incluso tenían los mismos gustos, semejanza que los años no habían logrado borrar aunque casi nunca habían estado en contacto directo durante todo el tiempo que Mountolive había pasado lejos de Egipto. Siempre se había escrito con Leila, no con los hijos de ésta. Sin embargo, desde que Mountolive había regresado se veían mucho y discutían con el mismo fervor que en otros tiempos. En las tardes de primavera se oían los chasquidos de sus raquetas de tenis en la cancha de la Legación, a una hora en que todo el mundo solía dormir. Cabalgaban juntos por el desierto o se pasaban largas horas estudiando las estrellas, observándolas por el telescopio que Justine había hecho instalar en el Palacio de Verano. Pintaban y cazaban juntos. En realidad, desde el regreso de Mountolive eran casi inseparables. Esa noche la suavidad de la luz confería a los dos hombres la misma distinción, disimulaba las canas en las sienes de Mountolive y las leves arrugas que rodeaban sus pensativos ojos de árbitro. A la luz de los candelabros los dos parecían de la misma edad, si no exactamente de la misma familia.

Un millar de rostros de conversaciones que rebotan y que no entiendo ("Todos corremos con una desventaja que ignoramos", dice un personaje de un libro de Pursewarden), y de todos ellos sólo deseo ardientemente ver uno, el rostro oscuro y severo de Justine. Tengo que aprender a verme incluso a mí mismo en un nuevo contexto, después de leer las palabras frías y crueles de Balthazar. ¿Qué aspecto tiene un hombre cuando está "enamorado"? (En inglés hay que pronunciar las palabras con una especie de balido suave.) Peccavi! ¡Imbécil! Allí estoy, con mi único traje decente, lustroso ya, con rodilleras, echando a mi alrededor tiernas miradas de miope, en busca de la mujer que ... ¿Pero qué importa? No necesito a un Keats que me fotografíe. No me creo más feo o menos agradable que cualquiera, y desde luego mi vanidad es de un orden muy general, porque ¿cómo no me he detenido un instante para preguntarme por qué razón Justine había de etegirme a mí como objeto de sus favores ?

¿Qué podía darle yo que ella no encontrara en otro? ¿Le pueden interesar mi conversación pedante y mis mediocres aptitudes de amante, a ella que dispone a su antojo de todas las reservas masculinas de Alejandría "¡Un señuelo!" No puedo concebir; no puedo tragar nada más hiriente, y sin embargo tiene toda la autoridad de un hecho perentorio. Además explica muchas cosas que hasta ahora me resultaban im omprensibles, como el Legado de Pursewarden para mí. Él tenía la culpa, creo, del daño que Justine hacía a Melissa "queriéndome". En tanto que Justine, por su parte, no hacía sino protegerlo de la posible venganza de Nessim (qué suave y manso parece

a la luz de los candelabros). Una vez dijo lanzando un leve suspiro: "Nada más fácil de arreglar en nuestra ciudad que una muerte o una desaparición."

Un millar de conversaciones entremezclándose, como las raíces retorcidas de los árboles que penetran en la tierra ávida de humedad, sentido oculto de todas esas vidas disfrazadas de sonrisas brillantes, de manos que cubren los ojos, de malicia, de fiebres, de satisfacciones. (Justine almorzaba ahora rodeada de lacayos altos y negros, y cenaba a la luz de los candelabros en brillante compañía. Había empezado desde la nada -desde el arroyo- y ahora estaba casada con el banquero más elegante de la ciudad. ¿Cómo había ocurrido todo eso? Nadie hubiera podido decirlo contemplando aquella graciosa figura sombría, de mirada indomable, la sonrisa de los magníficos dientes blancos...) Sin embargo, una conversación trivial puede encerrar el germen de toda una vida. Balthazar, por ejemplo, al encontrar a Clea delante de un cortinado de brocado rojo, un vaso de Pernod en la mano:

-Clea, tengo algo que decirle -absorbiendo mientras hablaba el oro cálido y un cutis de miel al que los baños de mar bajo el sol de primavera habíais dado casi un tono de azúcar morena.

-¿Qué? -sus ojos cándidos, azules como centáureas, se engastaban en su rostro como en un hermoso aparato de precisión, obra maestra de un joyero-. Hable, querido.

Con su pelo negro, bajando la voz hasta lograr su habitual graznido sardónico, Balthazar dijo:

-Su padre ha venido a verme. Está preocupado por una relación ilícita que se le atribuye a usted con otra mujer. Espere. . . no diga nada. . . y no ponga esa cara de afligida -la boca grave y triste de Clea hacía ahora una mueca de dolor infantil, como si Balthazar hubiera apretado una ínagulladura, y parecía suplicarle qqe no continuara insistiendo-. Dice que usted es una inocente una boba, y que Alejandría no permite a los inocentes...

-Por favor, Balthazar.

-No le hubiera dicho nada si no fuese que su padre me pareció sinceramente angustiado, no por el escándalo, ¿a quién le importan los chismes? Pero teme que la hagan sufrir.

Con una vocecita comprimida, como un pensamiento empaquetado y reducido por una máquina a la centésima parte de su volumen, Clea dijo:

-Hace un año que no veo a Justine a solas. ¿Comprende? Todo terminó con el cuadro. Si quiere que sigámos siendo amigos, no vuelva a mencionar este asunto -añadió con una sonrisa temblorosa, pues en ese mismo instante Justine se acercaba a ellos con las velas desplegadas, con una sonrisa cálida, radiante. (Se puede muy bien

querer a quienes más daño hemos hecho.) Pasó girando a la luz de los candelabros como un gran pájaro marino y por fin se acercó a mí.

-No puedo ir esta noche -murmuró-. Nessim quiere que me quede en casa.

Todavía siento el peso inconcebible de mi decepción al oír esas palabras.

-Tienes que venir -susurré. Si yo hubiera sabido que apenas diez minutos antes había dicho a Nessim, sabiendo cuánto detestaba el bridge: "Querido, voy a jugar al bridge con los Cervoni, ¿necesitas el coche?" Era seguramente una de esas raras noches en que Pursewarden accedía a encontrarse con ella en el desierto, citas a las que Justine acudía puntualmente, como una sonámbula. ¿Por qué? ¿Por qué?

En ese momento Balthazar dice:

-Su padre me confesó: "No puedo soportarlo, y no sé qué hacer. Es como ver a un niño jugando cerca de una máquina potente y peligrosa."

Las lágrimas asomaron a los ojos de Clea y se evaporaron lentamente mientras llevaba su vaso a la boca.

-Se acabó -dijo volviendo la espalda al tema y a Balthazar en un solo y mismo movimiento. Su boca triste inició una conversación trivial con el Conde Banubula, que se inclinaba y balanceaba con la misma galantería con que el loro verde de Scobie saltaba de su pértiga. Clea se complacía en el efecto directo, evidente, como una lluvia de flechas de oro, que su belleza ejercía sobre el Conde. En ese momento Justine volvió a pasar y la tomó por la muñeca.

--¿Qué tal? -dijo Clea, como quien pregunta por un niño enfermo. Por la cara de Justine pasó la sombra de una mueca y murmuró en tono dramático:

-¡Oh, Clea, muy mal! Qué terrible error. Nessim es maravilloso... Nunca hubiera debido hacerlo. *Me siguen constantemente.*

Cambiaron una larga mirada de simpatía. Era su primer encuentro después de muchos meses. (Esa tarde Pursewarden había escrito: "Unas pocas palabras apresuradas y no totalmente desprovistas de amor respecto de esta noche, desde mi lecho de dolor." No estaba en cama sino sentado en un café, a la orilla del mar, sonriendo mientras escribía.) Mensajes expresos o tácitos, que se cruzaban o entrelazaban, llevando consigo las corrientes de sus vidas, los temores, los disimulos, las penas. Justine hablaba ahora de su matrimonio que seguía mostrando al mundo exterior una línea y un contexto límpidos -el vaciado en yeso de una perfección que yo mismo envidié la primera vez que los vi-. "Un matrimonio de auténticos

espíritus", pensé; pero ¿dónde está el "magnífico animal bicéfalo"? Cuando Justine'advirtió los celos terribles de Nessim se quedó espantada. Había caído por error en una trampa. (Todo esto Clea lo contempla como la hoja de temperatura de un enfermo, por pura amistad y sin ningún deseo de reavivar el amor que había sentido por esa judía incapaz de concentrarse, de comprender.)

Justine se planteaba el problema de otra manera, mucho más primitiva, diciéndose que hasta entonces había juzgado siempre a sus hombres guiándose por el olfato. Esta era la primera vez que había dejado de consultar ese sentido. Y Nessim tenía la pureza inodora del aire del desierto, del desierto en verano, secreto, seco. Puro. ¡Cómo había odiado ella la pureza! ¿Y después? Sí, le había sublevado la pequeña cruz de oro que anidaba en el vello de su pecho. El era copto -un cristiano-. Así son las mujeres en lo recóndito de su espíritu. Pero avergonzada por esos pensamientos, redobló su pasión y cuidado por su marido, aurique en medio de los besos, en lo' profundo de sí misma, sólo ansiaba la calma y la paz de la viudez. ¿Todo esto es imaginario? Soy yo quien imagina así las cosas? No lo creo.

¿Cómo ocurrió todo esto? Para entenderlo es necesario retroceder, a través del nutrido Comentario que Balthazar había erigido en torno á mi manuscrito, hacia aquel punto del tiempo en que el retrato que Clea estaba pintando quedó interrumpido por un beso. Es extraño mirar ahora el retrato inconcluso; colgado sobre la anticuada chimenea de esta casa de la isla. "Una idea se había abierto camino en su espíritu, pero todavía no había llegado a los labios." Y entonces, suavemente, los labios se posaron allí donde hubiera debido posarse el pincel húmedo del pintor. Besos y pinceladas... ¡se diría que estóy hablando de la pobre Melissa!

¡Qué desagradable es toda esta cuestión lo que Pursewarden llamaba "el insípido beso de los familiares"-, y qué inocente! Los guantes negros que llevaba en el retrato descubrían un pedacito de piel en forma de corazón cuando estaban abrochadas. Y aquel beso inocente, ridículo, sólo expresaba admiración y piedad por lo que Justine le decía de la pérdida -de su hija, la niña que le había sido arrebatada mientras jggaba a.la orilla del río. "Sus manitas, sus delicadas muñecas. Si hubieras visto qué bonita y dulce era, una verdadera ardilla." Su voz ronca, sus ojos tristes, su boca de comisuras caídas, que dibujaban una coma en cada mejilla. Y tendía una mano uniendo el índice y el pulgar para mostrar el contorno de las finas muñecas. Clea tomó la mano y besó el pedazo de piel en forma de corazón que dejaba al descubierto el guante negro. En realidad besaba a la niña, a la madre. A partir de esa simpatía tremenda, su inocencia proyectó la forma ardiente de un amor estéril. Pero voy demasiado rápido. Además, ¿cómo podré hacer inteligibles esas escenas que tanto me cuesta evocar, esas dos mujeres, la rubia y la bronceada, en el estudio de Saint Saba que la oscuridad comenzaba a invadir, entre los trapos y las pinturas, y la reconfortante galería de retratos que se alineaban en las paredes: Balthazar, Da Capo, el mismo Nessim, el

amigo más querido de Clea? Es difícil trazarlas con colores estables, para que los contornos no se desdibujen.

Justine en esa época... venida quién sabe de dónde, había sido astuta, por lo menos así pensaban los provincianos de Alejandría. Casada con Arnauti, un extranjero, se había ganado el desprecio de la sociedad por haber dejado que, al final el se divorciara y la abandonara. En cuanto a la niña, pocas personas conocían su suerte o se preocupaban de ella. Justine no pertenecía a "la sociedad", como suele decirse. . . La pobreza la había obligado a posar por hora para los estudiantes del Atelier. Clea, que sólo la conocía de oídas, pasó por la larga galería un día en que Justine posaba, y sorprendida por la oscura belleza alejandrina de su rostro, la contrató para hacerle un retrato. Así fue cómo crecieron esas largas conversaciones en el silencio de la pintora; porque a Clea le gustaba que sus modelos hablaran libremente, con tal de que no se movieran. Eso daba a los rasgos una vida submarina y cargaba las miradas de interpretaciones inconscientes de su pensamiento, la verdadera belleza de la carne, que sin eso sería tan sólo carne muerta.

La generosa inocencia de Clea -se necesitaba algo así para comprender el vacío de la vida de Justine, cuya única compañía eran sus penas secretas-, ilustración pura y simple de un espíritu en conflicto consigo mismo, pues somos los autores de nuestro propio infortunio y en él imprimimos nuestras huellas digitales. El gesto en sí no era sino una tentativa torpe de adueñarse del misterio de una experiencia auténtica, de un sufrimiento auténtico, así como el suplicante confía en que, tocando a un santo, se operará la transferencia de la gracia que a él le falta. El beso no esperaba otro beso como respuesta, no deseaba copiarse a sí mismo como el reflejo de' una falena en un espejo. De haber sido premeditado ese gesto habría salido demasiado caro. ¡Como resultó serlo al fin! El cuerpo de Clea luchaba simplemente por librarse de la envoltura de su inocencia como un niño o una estatua luchan por la vida entre los dedos o los forceps de su autor. Su fracaso era el de una mujer muy joven; el de Justine era el fracaso de una mujer sin edad; su inocencia estaba tan indefensa como la memoria misma. Ella que sólo buscaba y admiraba la serenidad del sufrimiento de Justine, se encontró con la amargura corrosiva de un amor no solicitado.

Era "blanca de corazón", como dice la expresiva frase árabe, y mientras pintaba la cabeza y los hombros oscuros de Justine sintió de pronto como si, toque tras toque, el pincel hubiera empezado a imitar caricias que ella no había imaginado ni siquiera pensado permitirse. Y mientras escuchaba aquella voz profunda y bien timbrada, tan deseable por pertenecer al mundo activo y viviente de la experiencia, contenía la respiración tratando de pensar solamente en los signos inconscientes de buena educación de su modelo: manos inmóviles sobre el regazo, voz baja, reserva reveladora del verdadero poder. Pero incluso ella, con su inexperiencia, poco más podía hacer que compadecer a Justine cuando le oía frases como: "No soy demasiado buena, ¿sabes? Arnauti solía decir que sólo sé dar tristeza. Él despertó mis sentidos y me enseñó que

lo único que cuenta es el placer, que es el polo opuesto de la felicidad, su lado trágico, me imagino." Clea se conmovió al oírla: le parecía evidente que Justine nunca había experimentado verdadero placer; hay que ser generoso para eso. El egoísmo es una fortaleza en cuyo interior la *consciente de soi-meme,* como un ácido, lo corroe todo. El verdadero placer está en dar, es indudable.

"En cuanto a Arnauti, estuvo a punto de volverme loca con sus inquisiciones. Lo que perdía como esposa lo ganaba como paciente: el interés por lo que él llamaba 'mi caso' sobrepasaba todo el amor que hubiera podido sentir por mí. Y después la pérdida de la niña me hizo odiar al que antes consideraba como un hombre sensible y bueno. Probablemente hayas leído Moeurf. En gran parte es pura invención, sobre todo para satisfacer su vanidad y desquitarse de que yo hubiese herido su orgullo al no dejarme 'curar', como decían. No se puede entablillar el alma. Si se le dice a un francés: 'No puedo hacer el amor con usted a menos que imagine una palmera', saldrá en seguida a cortar la primera palmera que encuentre."

Clea era demasiado noble para enamorarse de otra manera que no fuese apasionadamente, y al mismo tiempo era muy capaz de enamorarse de alguien con quien sólo hablara una vez por año. El río profundo y tranquilo de su corazón atesoraba las imágenes y al mismo tiempo las reflejaba en la corriente rápida, las dejaba hundirse más profundamente en la memoria que la mayoría de nosotros. La verdadera inocencia no puede hacer nada vulgar, y cuando va unida a la generosidad de corazón, la combinación da por resultado una extraordinaria vulnerabilidad.

En esa experiencia súbita y destructora, comparable por su tensión y su ardor a esas pasiones ridículas que las colegialas suelen sentir por sus profesoras -y sin embargo subrayada por los trazos terribles y maduros de la naturaleza (las líneas demoníacas de un amor experto con el que Justine siempre podía responder a quienes se enfrentaban con ella)-, sentía realmente los dolores de crecimiento de la vejez: su carne y su-espíritu retrocedían ante las exigencias que se sentían incapaces de satisfacer, que los harían pedazos. En el fondo de sí misma experimentaba las primeras angustias de una sensación nueva para ella: la sensación de la yema separándose del huevo. Tales son los extraños caminos que siguen los hombres en su crecimiento.

Pobrecita, tendría que pasar por las mismas contorsiones ridículas que todos nosotros, sentir su cuerpo como una capa de cal viva que se apaga torpemente para consumir el cadáver del criminal que está debajo. El mundo de las citas secretas, de los impulsos que queman como hierro candente, de las dudas: todo eso cayó súbitamente sobre ella. Tan grande era la confusión de su espíritu que se sentaba y contemplaba a esa Justine metamorfoseada, tratando de recordar cómo era realmente del- otro lado de la membrana que la transformaba, de la catarata con que Afrodita cubre los ojos enfermos de los amantes, la forma espesa, opaca, de una ceguera sagrada.

Pasaba el día afiebrada, hasta el momento en que llegaba su modelo. A las cuatro se paraba delante de la puerta cerrada del estudio, viendo ya claramente a través de ella el rincón donde estaba Justine sentada, hojeando un número de Vogue, fumando, las piernas cruzadas. Entonces se le ocurrió la idea. "Dios mío, que no venga, que esté enferma, que se haya ido. ¡Cuánto quisiera que -me fuese indiferentel` Y se sorprendió también, porque esas repugnancias tenían precisamente el mismo origen que el deseo de oír una vez más la voz noble, ronca; asimismo su rechazo surgía de la inminencia de ver a la querida Justine una vez más. Esta-súbita polaridad del sentimiento la dejaba perpleja y aterrada.

¡Otras veces hubiera querido huir, simplemente, para pertenecer de una manera más total a su amiga! Pobre loca, nada le fue ahorrado de la larga lista de decepciones que constituyen una relación amorosa. Trató de volver a otros placeres, para descubrir que no existía ninguno. Sabía que el corazón se cansa de la monotonía, que la costumbre y la desesperación son los compañeros del amor, y esperaba pacientemente, como podría hacerlo una mujer muy vieja, que la carne curara de sus impulsos, que se librara de un vínculo no buscado, ahora lo reconocía. Vana espera. Cada día se hundía un poco más. Sin embargo todo esto le prestó, al fin de cuentas, un valioso servicio, pues le demostró que relaciones como ésa no respondían a las necesidades de su naturaleza. Exactamente como un hombre sabe para sí y desde el primer momento que no se ha casado cop la mujer que le convenía, pero que ya no puede retroceder... Supo que era una mujer y que pertenecía a los hombres, y eso fue un fugitivo consuelo en su desgracia.

Pero las deformaciones de la realidad tenían un profundo interés para.luien admitía que el artista puede sacar provecho de ciertas perturbaciones de la sensibilidad.. "Mientras caminaba en dirección al estudio sintió de proto que le faltaba el aliento, que se volvía inmaterial, como si fuera una figura pintada en una tela. Le dolía respirar. Al cabo de un rato la colmó una sensación de felicidad y bienestar tan intensa que era como si escapara a las leyes de la gravedad. Le parecía que sólo el peso de los zapatos la mantenía adherida al suelo. En cualquier momento podía despegarse de la superficie, romper la membrana de la gravedad, incapaz de detenerse. Esta sensación era tan penetrante que tuvo que arrimarse a la pared más próxima para caminar pegada a ella, doblada en dos como un pasajero en el puente de un barco, en plena tempestad. A ésta sucedieron otras sensaciones desagradables: un anillo caliente alrededor dcl cráneo, apretándolo,- aleteos en los oídos. En la cama, entre sueños, unos cuernos embestían de pronto, su cerebro, lo empalaban; veía los ojos inyectados en sangre del animal de Mitra que clavaban en ella su resplandor rojo. Era una noche fría con sus suaves bolsas de luz química en el barrio árabe. Los Estrafalarios se habían marchado a otras tierras con sus largas trenzas aceitadas y sus trajes adornados de lentejuelas y oropel; caras de ángeles negros; hombres-mujeres de los suburbios." (Copio estas líneas del diario de una enferma de Balthazar, una depresión nerviosa causada por el "amor" ... compartido o no, ¿quién puede decirlo? ¿Acaso importa? La etiología del amor y la locura

son idénticas, sólo es cuestión de grado, y este pasaje puede aplicarse tanto a Clea como a cualquiera de nosotros.)

Pero Justine hablaba no sólo del pasado sino de un presente que volcaba sobre ella todo su peso de decisiones inminentes. En cierto modo lo que sentía Clea en aquel momento no tenía importancia para Justine. Así como una prostituta puede ignorar que su cliente es un poeta que la inmortalizará en un soneto -no lo leerá nunca-, Justine, al entregarse a esos placeres sexuales más sutiles ignoraba que marcarían a Clea durante años, que debilitarían su capacidad de dar un amor íntegro, siendo ésta por temperamento su verdadera vocación. Su juventud, ¿comprende? Y sin embargo la pobre mujer no tenía mala intención. Sencillamente, era una víctima de ese deseo de agradar de los orientales, de compartir con su rubia amiga esos tesoros que su experiencia había acumulado y que, en suma, no habían tenido hasta entonces importancia para ella. Lo daba todo; no conocía el valor de nada, como auténtica *parvenue* del alma que era. Al amor (de donde viniera) podía responder, pero sólo con las hermosas y gastadas fórmulas de la amistad. Su cuerpo no significaba nada para ella. Era el engañado. Su pudor era extraordinario. Esta manera de dar es realmente chocante porque es simple como la del árabe, sin precocidad, sin refinamiento, como la borrachera entre los campesinos. Nació mucho antes de que se.formara la idea del amor en la psique fragmentada del hombre europeo, cuyo conocimiento (o invención) había de convertirlo en la más vulnerable de las criaturas vivientes, esclavo de apetitos que la saciedad sólo puede matar, nunca satisfacer; que ha alimentado una literatura vicaria cuyo tema hubiera pertenecido en caso contrario a la religión, su verdadero campo de acción. ¿Cómo expresar estas cosas?

Tampoco tiene la menor importancia, en otra escala de referencia, que una mujer desorientada por los caprichos de sus sentimientos, atormentada; invadida por los aspectos aterradores de su personalidad desconocida, se arrojara como un soldado que teme a la muerte en el corazón de la *mélée,* para herir a quienes con toda sinceridad más amaba y admiraba: Clea, yo mismo, Nessim por último. Algunos seres han nacido para sembrar el bien y el mal en una medida mucho mayor que los demás mortales, portadores inconscientes de enfermedades que no pueden curar. Quizá deberíamos estudiarlos, pues es posible que estimulen la creación en la medida misma de la corrupción y confusión aparentes que provocan o buscan. Ni siquiera ahora me atrevo a decir que Justine era estúpida o insensible, sino tan sólo que era incapaz de reconocer lo que ocurría en sí misma (1a cámara oscura del corazón"), de poner un marco preciso en torno a la espantosa imagen de su propia insignificancia en el mundo de los hechos comunes. La especie de abismo que parecía rodearla era obra de su incapacidad de distinguir los valores, de dar un sentido a las cosas, incapacidad destructora de la alegría -en realidad la alegría no es sino el sentido moral de un alma que ha descubierto el verdadero camino de la felicidad, cuya desnudez no se avergüenza de sí misma-. Me es fácil criticar ahora que veo un poco más hondo en la verdad de su conflicto y el mío. Debía de estar amargamente avergonzada, lo sé, de la comedia que representaba

conmigo y del peligro a que me exponía. Una vez que conversábamos en el café El Bab, sentados delante de un *arak,* se echó a llorar y me besó las manos diciendo: "Tú eres bueno, realmente bueno. ¡Y yo lo siento tanto!¿Qué es lo que sentía? ¿Sus lágrimas? Yo acababa de hablarle de Goethe. ¡Idiota! ¡Imbécil de mí! Pensé que quizá la había conmovido con el fervor de mis palabras. Le hacía regalos. Clea también se los hacía, se los hace; y lo extraño es que por pr¡mera vez esa pintora tan dotada y sensible demostraba una verdadera falta de gusto en la elección de objetos de vertu. ¡Pendientes y broches de una vulgaridad verdaderamente alejandrina! No alcanzo a comprender este fenómeno, a menos que el amor idiotice. . .

No sé; recuerdo el seco comentario de Balthazar.

“Tenemos la tendencia -escribe- a adoptar un elevado tono moral cuando hablamos de estas cosas, pero en realidad, ¿quién se criticará a sí mismo por haberse empinado sobre las puntas de los pies para cortar una manzana madura que asomaba sobre una tapia caliente de sol? La mayoría de las mujeres con el temperamento y los antecedentes de Justine no se hubieran atrevido a imitarla, aunque hubiesen tenido libertad de hacerlo. ¿Es preferible acaso para el alma soportar malos sueños y constipación, para que el médico encuentre siempre una frente caliente y un aire culpable? No sé. Es difícil aislar una cualidad moral en el acto libre. Y además, enamorarse de alguien más ignorante que uno mismo y añade el delicioso estremecimiento que produce la conciencia de pervertirlo, de sumirlo en el barro del que nacen las pasiones, y los poemas, y las teorías sobre Dios. Quizá sea más prudente no emitir juicios."

Pero fuera de todo esto, en el mundo deja vida cotidiana había problemas frente a los cuales Justine necesitaba que le devolvieran la confianza.

-Me asombra y me da. un poco de miedo que Nessim, a quien apenas conozco, quiera casarse conmigo. ¿Debo reírme, querida Clea, avergonzarme, o las dos cosas a la vez?

Clea, en su inocencia, estaba encantada con-las noticias, pues Nessim era su amigo más querido, y la idea de que con su dignidad. y delicadeza ayudaría a Justine a soportar su gran desdicha; le parecía de pronto maravillosa, una solución para todo. Cuando pedimos. que nos rescaten de la confusión que hemos creado, lo mejor que puede ocurrir es que acierte a pasar un caballero a nuestro lado. Justine se cubrió los ojos con las manos y dijo con esfuerzo:

-Por un momento mi corazón saltó de alegría y estuve a punto de gritar: "¡Sí!" Ah, querida Clea, puedes irnagiharte por qué. Necesito su dinero para buscar a la niña, sí, estoy segura de que está en algún rincón,de Egipto, sufriendo terriblemente, maltratada quizá -se echó a llorar y luego se detuvo de pronto, rabiosa-. Para salvarnos de lo que podría ser un desastre, le dije a Nessim: "Nunca podría :mar a un

hombre como usted; nunca podría darle un instante de felicidad. Gracias y adiós.

-¿Pero estás segura? -Usar a un hombre por su fortuna, Dios mío, nunca podría.

-Justine, ¿qué es lo que quieres?

-Primero, la niña. Luego escapar de los ojos del mundo a algún rincón tranquilo donde pueda ser dueña de mí misma. Hay aspectos completos de mi carácter que no comprendo. :Necesito tiempo. Nessim ha vuelto a escribirme hoy. ¿Qué quiere? Lo sabe todo de mí. .

A Clea se le ocurrió de pronto: "Lo más peligroso del mundo es un amor fundado en la compasión." Pero apartó este pensamiento y se entretuvo en,ímaginar -una vez más a ese hombre delicado, prudente, franco, arrostrando el torrente de las desdichas de Justine, y logrando encauzarlas. ¿Soy injusto si le atribuyo otro deseó que quedaría satisfecho con esa solución? (A saber, librarse de Justine, de las exigencias que imponía a su corazón y su espíritu. Había dejado totalmente de pintar.) La bondad de Nessim -la alta silueta oscura que erraba indiferente por los corredores de la sociedad- necesitaba una tarea como ésa; ¿cómo podía un caballero nato cumplir con sus obligaciones si no había castillos y en ellos doncellas bordando desesperanzadas un tapiz? Sus preocupaciones eran semejantes en todo... salvo en la exigencia de amor.

-Pero el dinero no es nada -dijo; y sabía que por lo que respectaba a Nessim era absolutamente cierto. Nessim no concedía la menor importancia a su inrriensa fortuna. Pero ya había hecho un gesto, es preciso añadir, que había conmovido y abrumado a Justine. Se habían encontrado más de una vez, en un plano formal, como socios de empresa, en el salón del Cecil Hotel para discutir ese matrimonio con la objetividad de dos corredores de comercio planeando la fusión de sus intereses. Así ocurren las cosas en la ciudad. Somos gentes cerebrales, con los pies bien puestos en la tierra, y establecemos siempre una distinción precisa entre la vida pasional y la vida de familia. Estas distinciones forman parte de todo el complejo de la vida del Mediterráneo, antigua y conmovedoramente prosaica.

-Y para que la desigualdad de fortuna no dificulte su decisión -dijo Nessim, enrojeciendo y bajando la cabeza--, pienso hacerle un regalo de cumpleaños que le permitirá considerarse absolutamente independiente... sencillamente una mujer, Justine. ¡Ese veneno aborrecible que se insinúa en todos los pensamientos de la ciudad! Librémonos de él antes de decidir nada.

Le tendió un delgado cheque verde donde decía: "Tres mil libras." Ella contempló largo rato el papel, sorprendida pero sin tocarlo.

-Espero no haberla ofendido -dijo por fin Nessim apresuradamente, tartamudeando de inquietud.

-No -respondió Justine-. Es como todo lo que usted hace. ¿Pero qué puedo hacer si no estoy enamorada de usted? -Desde luego, no debe tratar de enamorarse de mí. -¿Y qué clase de vida llevaremos?

Nessim la miró con ojos ardientes y tímidos; luego bajó la mirada hasta la mesa, como si le hubieran dado una bofetada cruel.

-Dígamelo -repitió ella después de un silencio-. Dígamelo, por favor. No puedo sacar provecho de su fortuna y su posición sin darle nada en cambio, Nessim.

-Si usted quiere hacer la prueba -dijo Nessim suavemente-, no necesitamos engañarnos el uno al otro. La vida no es muy larga. Tenemos una obligación con nosotros mismos: buscar el camino de la felicidad.

-¿Es porque quiere acostarse conmigo? -preguntó Justine de pronto, disgustada, pero también infinitamente conmovida por el tono de voz de Nessim-. No hay inconveniente. Sí. Oh, haría cualquier cosa por usted, Nessim, cualquier cosa.

-Pero él titubeó y dijo:

-Hablo de una comprensión en la cual la amistad y el conocimiento pueden reemplazar al amor hasta que llegue, si llega, como lo espero. Claro que me acostaré con usted, yo seré un amante y usted una amiga. ¿Quién sabe? Dentro de un año, quizá. Después de todo, en Alejandría todos los casamientos son aventuras comerciales. Dios mío, Justine, qué tonta es usted. ¿No ve que quizá necesitamos uno del otro sin haberlo comprendido del todo? Vale la pena hacer la prueba. Quizá todo quede en el camino. Pero no puedo dejar de pensar que de toda la ciudad, usted es la mujer que más *necesito.* Hay muchas que el hombre puede desear, pero desear no es necesitar. Puedo desear a otras. .. ¡a usted la necesito! No me atrevo a decir que lo mismo le ocurre a usted. ¡Qué cruel es la vida .y qué absurda!

Nadie le había dicho hasta entonces nada parecido, nadie le había ofrecido una asociación tan fríamente concebida, tan pura de intenciones. Desde ese punto de vista, era admirable.

-Usted no es el tipo de hombre que lo juega todo a un color -dijo Justine lentamente-. Nuestros banqueros, que son tan brillantes cuando manejan dinero, pierden la cabeza cuando se trata de mujeres, es sabido -posó su mano en la muñeca de Nessim-. Debería hacerse revisar por el médico, querido. Casarse con una mujer que ha dicho que nunca podrá enamorarse de usted, ¿qué clase de temeridad es ésa? ¡Ah, nol

Nessim no respondió nada, pues comprendió que esas palabras en realidad no le estaban dirigidas: formaban parte de un largo debate interior que Justine mantenía consigo misma. Qué hermoso era su

rostro descontento, cloroformado por su propia simplicidad; no podía creer, sencillamente, que alguien pudiera apreciarla por lo que era, si es que era algo. En realidad, pensaba Nessim, es como un jugador que lo apuesta todo en una sola vuelta de ruleta. Estaba ahora al borde mismo de una decisión, como un sonámbulo al borde de un precipicio: ¿se despertaría antes de dar el salto, o dejaría que el sueño continuara? Como mujer que era, sentía que necesitaba todavía poner condiciones, replegarse aun más en su reserva mientras este hombre trataba de inmiscuirse en ella con su tranquila y engañosa dulzura.

-Nessim, despiértese -dijo, sacudiéndolo suavemente.

-Estoy despierto -respondió él con calma.

Afuera, en la plaza con sus palmeras mordidas por el viento del mar, caía una lluvia ligera. Era el décimo Zu-elHigga, el primer día de Curban Bairam, y algunos hombres, fragmentos de la gran procesión, se reunían con sus trajes abigarrados, los grandes estandartes de seda y los incensarios, insignias de la religión que honraban, cantando pasajes de la letanía, letanía de la raza nubia olvidada que cada año opera su gran resurrección en la mezquita de Nebi Daniel. La multitud era brillante, manchada de colores primarios. Las vibraciories de los panderos estremecían el aire, mientras aquí y allá, en los silencios rezagados que caían .sobre los gritos y los cantos, se elevaba bruscamente el balbuceo de los largos tambores a medida que el cuero se •iba poniendo tenso al calor de los braseros chisporroteantes. Los caballos gemían. y los gonfalones se hinchaban como velas en la tarde estrellada de lluvia. Una carreta llena de prostitutas del barrio árabe con sus trajes de colores vivos, pasó entre chillidos y. gritos, seguida por un grupo de muchachos pintados que cantaban entre estallidos de címbalos y rasgueos de mandolinas; un conjunto suntuoso como un animal del trópico.

-Nessim -dijo ella tontamente-. Con una sola condición: que nos acostemos esta misma noche.

Crispado de cólera, él contestó entre dientes:

-Algo de inteligencia debe de haber bajo su falta de educación; ¿dónde está?

-Perdóneme -dijo ella viendo su súbita y profunda contrariedad-. Necesito que me tranquilicen.

Nessim estaba muy pálido.

-Yo le proponía algo tan diferente -dijo, guardando el cheque en la cartera-. Estoy un poco desconcertado por su falta de comprensión. Claro que podemos acostarnos juntos si usted lo pone como condición. Tomemos una habitación en este hotel, ahora mismo -tenía un aire realmente magnífico cuando estaba así, ofendido, y de pronto ella comprendió que esa calma no era debilidad y que bajo esos

pensamientos ccnfusos y esas palabras premeditadas, se ocultaba una sensibilidad de naturaleza poco común, quizá no muy buena¿Qué podemos probarnos uno—al otro -continuó Nessim con más suavidad- de esta manera o de la contraria: no haciendo nunca el amor?

Justine veía ahora hasta qué punto sus palabras habían estado fuera de lugar.

-Estoy horriblemente avergonzada de mi vulgaridad.

Lo dijo sin pensar en el verdadero significado de las palabras, como una concesión al mundo de Nessim tanto como a él mismo, un mundo para el que era muy importante el refinamiento d'e"maneras que ella no estaba todavía lo bastanté desbastada como para apreciar, un mundo que podía cultivar emociones posées por él gusto. Un mundo al que sólo se puedo' hacer saltar por el aire cuando se es carne y uña con él, por así decirlo. No, no había pensado en el significado de las 'palabras, pues por vulgar que la idea pareciera, ella sabía intuitivamente que tenía razón porque lo que proponía es horque para las mujeres constituye realmente la piedra de toque vital con respecto a un hombre: el conocimiento, no de las cualidades que se pueden analizar -o deducir, sino del meollo mismo de su personalidad. Nada nos revela la verdad del -otro como el acto físico del' amor. Lamentaba amargamente la insensatez de Nessim que le negaba una posibilidad concreta de ver por sí misma lo que había debajo de su belleza y su persuasión. ¿Pero cómo insistir?

-Bueno -dijo Nessim-, nuestro matrimonio será un asunto delicado y en gran medida cuestión de buenas maneras, hasta que ...

-Perdóneme -dijo Justine-, la verdad es que no sé cómo comportarme decentemente con usted sin decepcionarlo.

Nessim la besó levemente en la boca al levantarse.

-Primero tengo que conseguir el permiso de mi madre y decírselo a mi hermano. Me siento tremendamente feliz, aunque por el momento estoy furioso con usted.

Salieron juntos en dirección al automóvil, y Justine se sintió de pronto muy débil, como si la hubieran sacado de su medio natural y la hubiesen abandonado en mitad del océano.

-No sé qué más decirle.

-Nada. Tiene que empezar a vivir -respondió Nessim mientras el coche arrancaba, y ella tuvo la impresión de haber recibido una bofetada en la boca. Entró en el primer café y pidió una taza de chocolate caliente que bebió, las manos temblando. Luego se peinó y se pintó. Sabía que su belleza era sólo un cartel de propaganda y la trataba con desdén. No, de algún modo era una verdadera mujer.

Nessim subió en el ascensor hasta su oficina, y sentándose delante de su escritorio escribió en una tarjeta las siguientes palabras: "Mi querida Clea: Justine ha aceptado casarse conmigo. Nunca lo haría si creyera que de ese modo debilitaría o estorbaría de alguna manera su afecto por usted o el mío..."

Luego, temeroso de que su carta pudiese parecer sensiblera, la rompió y se cruzó de brazos. Después de meditar largo rato, tomó el teléfono reluciente y marcó el número de Capodistria.

-Da Capo -dijo con voz calma-. ¿Recuerda mi proyecto de casarme con Justine? Todo va bien -colgó lentamente el auricular, como si pesara una tonelada, y se quedó contemplando su propia imagen en la superficie pulida del escritorio.

IV

Ahora que había cumplido la tarea esencial de persuasión, Nessim perdió la seguridad para quedar frente a una sensación totalmente nueva, una timidez aguda, una repugnancia extrema a enfrentarse con su madre directamente, a comunicarle sus intenciones. £1 mismo estaba desconcertado, pues siempre se habían sentido muy,cerca uno del otro, y "sus confidencias se fundaban en un afecto demasiado profundo para necesitar de la interpretación de las palabras. Si alguna vez se había sentido tímido y desmañado, había sido con su tímido y desmañado hermano, no con ella. ¿Y ahora? No era que temiese su desaprobación; sabía que su madre estaría de acuerdo con sus deseos en cuanto los expusiera. ¿Qué era, pues, lo que le inhibía? No podía decirlo. Pero de só}o pensar en ella se ruborizaba, y se pasó toda la mañana presa de una agitación maquinal, tomando una novela para dejarla en seguida, preparándose una bebida que no tocaba, comenzando un boceto y dejando caer bruscamente la carbonilla para dar unos pasos por el jardín, intranquilo. Había telefoneado a la oficina avisando que estaba indispuesto y luego, como siempre que decía una mentira, empezó a sentir de veras los síntomas de una indigestión.

Después empezó a marcar el número dé la vieja casa de campo donde vivían Leila y Naruz, pero cambió de idea y rogó al operador que llamara al número de su garaje. Le dijeron que el automóvil estaría listo a mediodía, limpio y engrasado. Se recostó, con la cara oculta entre las manos. Después llamó a Selim, su secretario, y le pidió que telefoneara a su hermano para anunciarle que pasaría el fin de semana en Karm Abu Girg. ¡Dios mío! ¡Nada más normal! "Te comportas como una criada que se acaba de compro-, meter para casarse", se dijo a sí mismo fastidiado. Luego pensó por un momento en llevar a alguien consigo para aliviar la tensión del encuentro... ¿A Justine? Imposible. Abrió una novela de Pursewarden y cayó sobre esta frase:

"El amor es como una guerra de trincheras: no vemos al enemigo pero sabemos que está allí y que es preferible no asomar la cabeza."

Llamaron a la puerta. Firmó las cartas que le trajo Selim y luego subió en silencio al otro piso para preparar la maleta y el portafolios. Debía mostrar a Naruz algunos papeles sobre las bombas necesarias para drenar y mejorar las tierras que bordeaban las plantaciones. Era un alivio poder hablar de negocios.

La fortuna de los Hosnani se desplegaba en dos direcciones, en dos esferas distintas de responsabilidad que se repartían ambos hermanos. Nessim dirigía el Banco y sus sucursales dispersas en todo el Mediterráneo, mientras Naruz vivía como un hacendado copto, sin moverse de sus tierras de Karm Abu Girg rodeadas por el desierto al que iban tragándose gradualmente, expropiándolo año a año, extendiendo las hectáreas de cultivos -algarrobo, melón, trigo-, extrayéndoles la sal que las envenenaba.

-Ha llegado el coche -dijo el secretario de perfil de halcón cuando bajó-. ¿Lo llevo, señor?

Nessim meneó la cabeza y lo despidió tranquilamente; luego cruzó otra vez el jardín, con la barbilla apoyada en la mano. Se detuvo junto al estanque para estudiar a los peces, esos juguetes caros de los antiguos emperadores japoneses, sobrevivientes de una época de lujo, que había conseguido pagando precios tan altos, y que veía morir ahora uno por uno de alguna enfermedad desconocida, ¿nostalgia, tal vez? Pursewarden se pasaba horas mirándolos. Decía que lo ayudaban a pensar en el arte.

El gran coche plateado aguardaba delante de la puerta, con la luz del contacto encendida en el tablero. Se instaló con aire pensativo y atravesó lentamente la ciudad, examinando con mirada serena sus parques, sus plazas y sus edificios, pero errando deliberadamente, indeciso, haciendo el vacío en su espíritu por un acto de voluntad cada vez que recordaba el lugar al que se dirigía. Al llegar al mar dobló hacia la Corniche deslumbrante de sol para contemplar un momento, con el coche casi en punto muerto, el mar liso y el cielo sin nubes. Luego, bruscamente, cambió las velocidades y se lanzó por la costa, resuelto. Iba a la casa.

Pronto volvió la espalda al mar, abandonando la ciudad con sus palmeras qué crujían en el viento primaveral y se metió en la red estéril de grietas y lechos de lagos secos donde el camino de piedra era sustituido por pistas de tierra marrón, que corrían a lo largo de los diques costeados por pantanos negros, rodeados de cañas agudas y de las contrarrayas de los maizales. Las ruedas levantaban una nube de polvo que penetraba en el interior del coche y depositaba su polen impalpable. Tuvo que hacer funcionar los limpiaparabrisas para despejar el cristal, que iba empañándose.

Siguiendo estrechos vericuetos que conocía de memoria, llegó después de más de una hora al borde de una lengua de tierra flanqueada por el agua más azul del mundo, y dejó el coche a la sombra de una casa destartalada, resto quizá de algún antiguo

cobertizo de aduana construido en la época en que había un intenso tráfico fluvial entre Damietta y el Golfo, y que ahora, olvidado por sus guardianes, se iba resecando, rajando y desmoronando día a día bajo el cielo de latón.

Guardó el automóvil cuidadosamente y tomó por un estrecho sendero que atravesaba un campo de habas desmedradas y de melones polvorientos, bordeado de maíz áspero y crujiente, para salir a un muelle donde un viejo barquero lo esperaba junto a un bote desvencijado. Al mismo tiempo vio los caballos que lo aguardaban en la otra orilla, y al lado la silueta reducida de Naruz que al ver a Nessim extendió un brazo en un gesto desmañado y alegre. Nessim subió al bote, el corazón palpitante.

-¡Naruz !

Los dos hermanos, de físico y porte tan distintos, se abrazaron con una emoción debilitada en Nessim por la angustia silenciosa de una timidez nueva para él.

El menor de los hermanos, más bajo y rechoncho, llevaba una blusa azul de campesino, de cuello abierto, cuyas mangas enrolladas mostraban manos y brazos poderosos, cubiertos de un vello negro y rizado. Sobre sus caderas colgaba una vieja cartuchera italiana. Los bordes de sus amplios pantalones a la turca sujetos a la cintura por un cordón, desaparecían en las viejas botas de cuero flexible y arrugado. Se zambulló emocionado, sin gracia, en los brazos de su hermano y luego retrocedió como un boxeador escapando de la lucha cuerpo a cuerpo. Pero cuando alzó la cabeza. para mirarlo, se vio en seguida la mala estrella que había determinado su destino. Tenía el labio superior literalmente hendido desde la base de la nariz como si le hubieran dado un puñetazo terrible: un labio leporino que no había sido operado a tiempo. La hendidura descubría hasta la encía un diente blanco y terminaba en dos lengüetas de carne,. siempre húmedas, en el centro del labio superior. El pelo largo y oscuro le caía en rizos sobre la frente, como a una mujer. Sus ojos eran magníficos: de un azul y una inocencia que hacían pensar en los de Clea; en realidad transfiguraban, su fealdad. Se había dejado crecer un bigote desparejo e hirsuto sobre el labio superior, como quien trata de cubrir con hiedra una pared demasiado fea, pero la hendidura aparecía por debajo del pelo ralo; su barba breve y escasa era también un pobre disimulo: parecía simplemente que no se hubiera afeitado durante una semana. Sirr forma definida, confundía los contornos de su cuello de toro y . de sus pómulos salientes. Naruz tenía una curiosa risa tímida, silbante, que lanzaba siémpre agachando la cabeza para ocultar el labio. Todo el conjunto de sus movimientos era desgarbado -brazos y piernas ligeramente curvos y peludos como patas de araña-, pero daban la sensación de una fuerza extraordinaria y perfectamente dominada. Había en su voz grave y vibrante, algo de la magia de la contralto.

En general los dos trataban de que hubiera criados o amigos presentes cuando se encontraban, para disimular su timidez; ese día

Naruz había llevado consigo a Alí, su capataz, para esperar el bote con los caballos. El viejo servidor, que tenía las orejas cortadas, tomó un puñado de polvo delante de los pies de Nessim y se frotó con él la frente antes de tenderle la mano; luego respondió tímidamente al abrazo de Nessim, destinado a un hombre al que quería desde la infancia. Naruz estaba encantado del gesto natural, amistoso pero conmovido de su hermano, y rio satisfecho mirando el suelo.

-¿Y Leila? -preguntó Nessim en voz baja, llevándose los dedos a las sienes.

-Está bien -dijo Naruz con su voz vibrante, como un arco recién frotado con resina-. Desde hace dos meses. Alabado sea Dios.

Su madre pasaba a veces por períodos de inestabilidad mental que duraban semanas, pero de los que se recobraba siempre. Era un tranquilo abandono del mundo real que no sorprendía ya a nadie, pues ella sabía prever las crisis y se preparaba. Durante esos períodos pasaba días enteros en la pequeña cabaña al fondo de la rosaleda, leyendo y escribiendo, escribiendo sobre todo las largas cartas que después Mountolive leía con tanta ternura en Japón, Finlandia o Perú. Con la cobra por única compañía, esperaba que la influencia del *afrite o* espíritu maligno se disipara. Hacía ya varios años que Nessim estaba acostumbrado -desde la muerte de su padre y la enfermedad de Leila-, y ninguno de los dos hijos hacía caso de esos cambios en la vida normal de la gran casa.

-Leila está en sus cabales -repitió Naruz con su voz vibrante-. Y tan contenta de que Mountolive haya vuelto. Ha rejuvenecido diez años.

-Comprendo.

Los dos hermanos montaron a caballo y costearon lentamente la red de diques y terraplenes que los condujo al otro lado del lago; a los cultivos. A Nessim le encantaba ese paseo que le íecordaba toda su infancia tanto más rica, más variada y hermosa que los pocos años pasados en la casa de Abukir donde Leila se había instalado poco tiempo después de la muerte del padre.

-Todas las bombas nuevas estarán aquí el mes próximo -gritó, y Naruz lanzó una risita de placer; pero otra parte de su espíritu dejaba que los suaves terraplenes negros con sus pistas inciertas que separaban los cultivos, lo restituyeran lentamente a los tesoros rememorados de su infancia pasada en ese lugar. Porque ése era realmente Egipto -un Egipto copto-, en tanto que la ciudad blanca, como en un prisma turbio, se llenaba de perturbadoras y extrañas imágénes de otras tierras, las infiltraciones de Grecia, Siria, Túnez.

Era un hermoso día y entre los campos de habas se deslizaban barcas de poco calado hacia los afluentes del río, con sus largos y curvados mástiles cromo espinas dorsales y las velas latinas combadas como arcos rozando la corriente. En alguna parte un barquero cantaba

marcando el ritmo en un pequeño tambor, y su voz se mezclaba con los suspiros de las *sakkias* y el estruendo distante de los carreteros y carpinteros que fabricaban las ruedas macizas de los carros o los arados de reja corta que surcan las tierras aluviáles de la orilla.

El martín pescador de brillante plumaje irrumpía en los bajíos como una centella, embarrándose las alas, mientras aquí y allá los pequeños buhos castaños, olvidando los hábitos nocturnos de su especie, volaban de una orilla a otra, o anidaban en los árboles, en parejas silenciosas.

Ahora a cada lado de los jinetes se dilataban los campos, los fértiles cultivos verdes y olorosos de *berciin* y habas, pero el camino seguía obstinadamente la orilla del río y sus reflejos cabalgaban con ellos. De vez en cuando se veían caseríos de barro crudo y techos chatos, cubiertos con la paja amarilla y brillante del maíz. A veces se cruzaban con una fila de camellos que bajaban hacia una balsa, o con un rebaño de grandes gamuzas negras -el búfalo egipcio- que hundían sus hocicos brillantes en el fango fértil y en la basura de algún brazo del río, espantando las moscas de su cuerpo apergaminado con una cola como de plomo. Los grandes cuernos curvos parecían salidos de un fresco olvidado.

Extraña la lentitud con que la vida se movía allí, pensaba Nessim con placer mientras se dirigían hacia la propiedad de los Hosnani: mujeres batiendo manteca en odres de cabra colgados de trípodes de bambú, o bajando en fila india hacia el río con sus cántaros; hombres con sus hábitos de algodón azul haciendo girar la noria, cantando; matronas envueltas de la cabeza a los tobillos en los vestidos negros levemente polvorientos que la costumbre exige, con sus cuentas azules contra el mal de ojo. Y las antiguas cortesías intercambiadas en el camino, a las cuales Naruz respondía con su voz resonante, que parecía pertenecer tanto al país como a la lengua. " *íNaharak Said!"* lanzaba alegremente, *o "¡Said Embarak!"* a los caminantes que sonreían y lo saludaban. "Que el día de hoy te sea propicio", pensó Nessim recordando la traducción de esas fórmulas, y meneaba la cabeza sonriendo, abrumado por el esplendor dé esos saludos antiguos que sólo se oyen ahora en el barrio árabe de la ciudad: "Que el día de hoy te sea. tan propicio como el de ayer."

Se volvió y dijo: -Naruz.

Y su hermano aproximó tiernamente su caballo.

-¿Has visto mi látigo? -preguntó riendo, la cabeza gacha, descubriendo. el diente que asomaba por la hendidura del labio. Tenía un magnífico látigo de piel de hipopótamo, blandamente suspendido del arzón. He terminado por encontrar el látigo ideal, después de tres años. Sheik Bedawi me lo mandó de Asuán. ¿Qué te parece? -alzó un instante sus ojos azules y luminosos hacia los ojos oscuros de su hermano, con una intensa alegría--. Es mejor que una pistola, en todo caso que una

99 -añadió excitado como un niño-. He estado practicando, ¿quieres ver?

Sin aguardar una respuesta, bajó la cabeza y avanzó al trote hasta una bandada de gallinas que picoteaban la tierra pelada cerca de la cabaña de un pastor. Un gallo asustado que corría más rápido que los otros se metió entre los cascos de su caballo; Nessim se quedó atrás para observar. El brazo de Naruz se levantó, la larga correa se desenrolló lentamente en el aire y luego se atiesó con un chasquido seco, un golpe amortiguado, y riendo el jinete bajó de su montura para recoger el animal mutilado, todavía tibio y palpitante, las alas semiarrancadas del cuerpo, la cabeza destrozada. Lo llevó a Nessim triunfalmente, limpiándose la mano en los amplios pantalones.

-¿Qué te parece?

Nessim tomó en sus manos el magnífico látigo y lo admiró mientras su hermano arrojaba el ave muerta a su capataz, riendo siempre, y volvía a montar lentamente a caballo. Después- cabalgaron juntos como si el embrujo estuviera roto y la comunicación entre ellos se hubiese establecido, y Nessim se puso a hablar de las nuevas máquinas que había ordenado y luego escuchó a Naruz que contaba sus luchas contra la, sequía y las tormentas de arena. Hablando de esas cuestiones neutrales se olvidaban de sí mismos y recobraban la naturalidad. Unidos más estrechamente p« esos temas de conversación, eran como dos amantes ciggos que sólo pueden expresarse por el tacto: sus tierras.

El suelo era ahora más rico, plantado de tamarindos y algarrobos, aunque de vez en cuando pasaban junto a- las ruinas de propiedades abandonadas por sus dueños, demasiado pobres o demasiado perezosos para luchar con el desierto que rodeaba por tres lados la franja de tierra fértil. Viejas casas desiertas, abandonadas, invadidas por las malezas, miraban el agua a través de los vanos de sus puertas ,y de las ventanas sin marco. Los portales enmohecidos, ahogados por las bugambilias, se abrían a jardines de una belleza, salvaje y rústica dónde las fuergtes de mármol y las estatuas leprosas eran los únicos vestigios de un esplendor caduca. A cada lado podían verse las tierras arboladas que formaban el límite, el perímetro exterior de la propiedad de la familia: palmeras, acacias y sicomoros que ofrecían el espectáculo de una lucha incierta por la vida, la cual, sin la sombra y el agua, perecía, retornaba al desierto. Aunque no se lo viera, se sentía en todas partes la presencia del desierto, melodramáticamente insípido como tina hostia.

Aquí una vieja isla con un palacio en ruinas; allá los senderos tortuosos y los canales donde las barcas de siluetas esbeltas como pájaros transportaban su carga de *tibbin* (trigo); ahora se acercaban a la aldea. Un puente cruzaba entre las orillas barrosas, coronadas por un magnífico bosquecillo de palmeras; una fila de embarcaciones de colores esperaban el momento de izar las velas. Desde lo alto se tenía por un momento un atisbo del azul magnético de la bruma que nacía

del desierto, tendido más allá de esa franja donde se acumulaban las riquezas, el verdor, el agua.

En un codo del camino los acogió un grupo de aldeanos entre exclamaciones: "¡Qué honor para la aldea!" "¡Vuestra venida es una bendición!" Los aldeanos acompañaron un trecho a los jinetes sonrientes. Algunos, los notables, se les acercaban y les tomaban una mano para besarla; otros besaban los estribos de Nessini. Cruzaron así la aldea construida junto a un estanque de color esmeralda y dominada por el gracioso minarete como un higo y el racimo de cúpulas resplandecientes en forma de colmenas características de las iglesias copras de sus -abuelos. De allí el camino volvía a cruzar los campos hasta la gran casa rodeada de muros roídos por el tiempo, desmoronándose, manchados de humedad en algunas partes y en otras cubiertos de esos *graffiti* con los que los supersticiosos luchan contra la influencia maléfica del *afrite,* talismanes en forma de manos negras impresas en la pared o la fórmula "*B'ism'illah ma'sha'llah"* (Dios aparte el mal). Para esos piadosos aldeanos los dueños de la casa habían levantado en los ángulos de la pared pequeños molinos de madera en forma de hombrecitos que agitaban los brazos con el viento, asustando a los *afrites.* Era la casa solariega de Karm Abu Girg, la casa de los Hosnani. Emín, el mayordomo, los esperaba en la puerta exterior con los habituales saludos un poco rudos que la costumbre . exigía, en medio de un grupo de muchachos tímidos que debían sujetar los caballos y ayudar a los jinetes a apearse. Los grandes batientes de la puerta del patio con sus cerrojos de hierro forjado y sus inscripciones, estaban abiertos de par en par para que los viajeros pudieran entrar directamente en el patio al cual daba la casa misma; desde el primer piso de recepción se veían abajo, a los costados, los arcos abovedados, que cubrían un patio con sus graneros y recintos de entrada, sus depósitos y establos. Nessim no atravesó el umbral sin examinar una vez más los dibujos descoloridos pero todavía visibles que decoraban la pared de la derecha, representando en una serie de signos casi jeroglíficos el viaje sagrado que él había hecho para bañarse en las aguas del Jordán: un caballo, un automóvil, un aeroplano torpemente representados. Murmuró un texto piadoso, y el pequeño grupo de servidores sonrió satisfecho, al comprobar que su larga residencia en la ciudad no le había hecho olvidar las costumbres del campo. Nunca olvidaba ese rito. Era como si exhibiera su pasaporte. Y Naruz también agradecía el tacto demostrado en ese gesto que no sólo contribuía a que las gentes de la casa sintieran más afecto por su hermano, sino que consolidaba su posición de jefe indiscutido de la misma.

Del otro lado del dintel una serie similar de dibujos mostraba que también él, el hermano menor, había hecho la peregrinación piadosa que todo copto respetuoso de su fe debe realizar una vez en la vida.

La puerta principal estaba flanqueada de cada lado por un palomar - esas columnas informes hechas de cántaros pegados con barro seco, tan típicas de las casas de campo en Egipto y que proporcionan a los hacendados su plato preferido. Durante todo el día revoloteaba una nube. de palomas llenando de arrullos el patio abovedado. Toda la casa

estaba en actividad: el sereno negro, los ghaf lares, los capataces, los administradores fueron a saludar uno por uno al hermano mayor, el heredero. Le ofrecieron un vaso de vino y un ramillete de flores, mientras Naruz se mantenía un poco aparte, sonriendo con orgullo.

Luego atravesaron con paso ceremonial la galería con sus ventanas de vidrios de colores que por un momento los transformaron en arlequines, y salieron al rosedal con su glorieta destartalada y rústica y sus senderos tortuosos que llevaban al pequeño pabellón de verano donde Leila leía, sin el velo. Naruz gritó su nombre una vez para advertirle que se acercaban, y añadió:

-¡Adivina quién ha venido!

La mujer se puso rápidamente el velo y volvió sus inteligentes ojos negros hacia la puerta inundada de sol, diciendo:

-El muchacho no ha traído la leche. Quisiera que se lo dijeses, Naruz. Es muy despreocupado. Tiene una cabeza de enamorado. Hay que alimentar a la serpiente con regularidad, si no se pone agresiva.

Y luego la voz, desviándose como un pájaro en vuelo, descendió a una tonalidad rica y melodiosa, casi un sollozo, al pronunciar el nombre de "Nessim". Y lo repitió dos veces mientras se abrazaban con una ternura tan estremecida que Naruz se echó a reír, la garganta apretada, satisfecho al comprobar una vez más el cariño de su hermano por Leila; y con amargura también, pues Nessim era el favorito de su madre, el más hermoso. No tenía celos de su hermano, pero le dolía el timbre melodioso de la voz de Leila cuando se dirigía a Nessim y que nunca había usado con él. Siempre había sido así.

-Hablaré con el muchacho -dijo, y buscó la serpiente con los ojos.

Los egipcios consideran que la llegada de una serpiente a una casa es un buen presagio y que sería tentar la mala suerte matarla, y las largas horas que Leila pasaba a solas consigo misma en el pequeño pabellón de verano no hubie ran sido perfectas sin esa cobra indolente que había aprendido a beber la leche en un platillo, como un gato.

Siempre tomados de las manos se sentaron juntos y Nessim empezó a hablar de cuestiones políticas. Los ojos de Leila, oscuros, inteligentes, llenos de juventud, estaban clavados en los suyos. De vez; en cuando asentía vigorosamente con la cabeza, muy resuelta, mientras el hijo menor los contemplaba como hambriento, admirado de la concisión con que Nessim resumía y expresaba sus ideas, fruto de muchos años de vida social. Naruz escuchaba con tedio esas palabras abstractas, cargadas de un sentido que sólo adivinaba a medias, y .aunque sabía que le concernían tanto como a cualquiera, tenía la impresión de que pertenecían a un mundo precioso habitado por sofistas o matemáticos, criaturas que darían forma y expresión a las vagas aspiraciones y a los deseos incoherentes que sentía surgir en su interior cuando se hablaba de Egipto o de las tierras de la familia. Se

sentó junto a ellos, chupándose la articulación del índice, y los escuchó, mirando alternativamente a su madre y a Nessim.

-Y ahora que Mountolive ha vuelto -concluyó Nessim-, por primera vez trataremos de que se comprenda nuestra obra. Leila.. . él nos ayudará, si es posible. El comprende.

El nombre de Mountolive produjo dos efectos. La mujer bajó los ojos hasta las manos blancas que reposaban sobre una carta inconclusa, ojos tan resplandecientes de kohl y antimonio que hubiera sido difícil percibir sus lágrimas. Pero no las había. Sólo brillaban de afecto. ¿Pensaba en las largas cartas que había escrito con tanta fidelidad durante todo el período de separación? Pero Naruz sintió un súbito movimiento de celos cuando oyó mencionar ese nombre bajo el cual, como bajo una losa sepulcral, había enterrado recuerdos de otros tiempos -de un joven secretario de la Alta Comisión de quien su madre había estado... (mentalmente nunca empleaba la palabra "enamorada"; dejaba en blanco el lugar donde hubiera debido ponerla en el curso de sus pensamientos), y sobre todo del marido enfermo en su silla de ruedas que había presenciado todo sin quejarse. En el alma de Naruz vibraba la misma pasión que la de su padre cuando resonaba el nombre de Mountolive, como una nota musical. Se le apretó la garganta y se agitó, incómodo, cuando vio que su madre doblaba temblando una carta y la metía en un sobre.

-¿Podemos confiar en él? -preguntó Leila a Nessim. Le habría dado una bofetada en la boca, si Nessim hubiera contestado "No". Quería simplemente oírle pronunciar la respuesta. Nessim le besó la mano y Naruz admiró con envidia su sonrisa de cortesano cuando respondió:

-Si no confiáramos en Mountolive, ¿en quién podríamos confiar?

En su juventud Leila había sido hermosa y rica. Hija de una mujer culta, educada en un convento, con una vida social muy activa, había sido una de las primeras mujeres coptas que abandonaron el velo, iniciando sus estudios de medicina contra la voluntad de sus padres. Pero casada muy joven con un hombre mucho mayor que ella, debió poner fin a sus incursiones por un mundo de acción donde sus aptitudes le hubieran asegurado un porvenir brillante. La sociedad egipcia era muy hostil ala libertad de las mujeres, y Leila había renunciado a su carrera en beneficio de un marido a quien admiraba mucho y de una vida tranquila en el campo. Sin embargo, bajo la superficie seguía ardiendo el fuego. Había conservado amigos e intereses, hacía regularmente un viaje a Europíi, estaba suscripta a revistas en cuatro lenguas. Su espíritu, formado en la soledad, se había 'enriquecido con lecturas que sólo podía comentar por carta con sus amígos dispersos en todo el mundo, y únicamente podía leer en la intimidad del harim. Luego apareció Mountolive y murió su marido. Estaba libre y podía respirar al aire de un mundo nuevo, sin otra carga que sus dos hijos por criar. Durante un año dudó entre elegir París o Londres como lugar de residencia, y antes de poder elegir, todo se perdió. Su belleza, que hasta entonces no le había preocupado

demasiado, como ocurre siempre con las mujeres hermosas, quedó destrozada súbitamente por una viruela que desfiguró sus hermosos rasgos dejándole tan sólo los magníficos ojos de sibila egipcia. El horrible velo negro que durante tanto tiempo le había parecido un símbolo de servidumbre, se convirtió en un refugio tras el cual podía ocultar las ruinas de una belleza en otro tiempo famosa. No tuvo el valor de exhibir ese nuevo rostro desfigurado por las capitales de Europa, de desafiar las mudas condolencias de los amigos que podían recordar lo que había sido. Obligada brutalmente a cambiar de proyectos, resolvió permanecer en la propiedad de la familia para terminar su vida en el mayor aislamiento posible. Su única salida sería en adelante la correspondencia y la lectura; su única preocupación, la educación de sus hijos. Toda la inestabilidad de sus pasiones se canalizó dentro de esos estrechos límites. Tenía que dominar todo un 'mundo de relaciones y puso en ello un empeño viril. Mala salud, soledad, tedio: hizo frente a todos esos problemas viviendo en su retiro como una emperatriz destronada, alimentando su cobra y escribiendo cartas interminables llenas de animación y gracia y desbordantes de una vida que se ocultaba detrás del velo y sólo podía asomarse por sus ojos oscuros llenos de juventud.

No se la veía más en sociedad y había llegado a ser una especie de leyenda para quienes la recordaban y la habían llamado alguna vez "la golondrina negra". Se pasaba el día entero sentada delante de una rústica mesa de pino, escribiendo con su letra grande y cuidada, mojando la pluma de ganso en un tintero de oro. Las cartas se habían convertido en su vida misma, y escribiéndolas terminó por padecer esa curiosa sensación de realidad deformada que tienen los escritores cuando tratan con seres de carne y hueso; en sus largos años de correspondencia con Mountolive, por ejemplo, lo había reinventado, por así decirlo, con tanta perfección que ahora existía para ella no tanto como un ser humano real sino como un personaje salido de su propia imaginación. Incluso había olvidado casi sus rasgos, el efecto de su presencia física, y cuando el telegrama de Mountolive le anunció que pensaba estar de vuelta en Egipto pocos meses más tarde, lo primero que sintió fue irritación al pensar que su presencia corpórea se interpondría delante de la imagen proyectada por su imaginación. "No lo veré", murmuró primero, colérica; y sólo entonces se echó a temblar y ocultó el rostro desfigurado entre las manos.

-Mountolive quiere verte -dijo por fin Nessim, cuando la conversación viró de nuevo hacia su lado-. ¿Cuándo puedo traerlo? La Legación pronto se trasladará a sus instalaciones de verano, de modo que estará en Alejandría todo el tiempo.

-Tendrá que esperar a que me prepare -respondió sintiendo una vez más la cólera sorda que le provocaba la intrusión de su querido fantasma-. ¡Después de tantos años! -y luego preguntó, con una avidez patética-: ¿Ha envejecido? ¿Tiene canas? ¿Su pierna anda bien? ¿Puede caminar? Ese accidente de esquí en Austria. ..

Naruz escuchaba todo esto con la cabeza erguida y el corazón súbitamente acongojado: podía seguir los sentimientos de su madre en la voz como quien sigue la línea de una melodía.

-Está más joven que nunca -respondió Nessim-, no le pasan los años -y para su sorpresa, Leila le tomó la mano y llevándosela a la mejilla dijo con voz entrecortada:

-Ah... son horribles, horribles los dos. Váyanse. Déjenme sola. Tengo cartas que escribir.

No admitía ningún espejo en el harim desde que la enfermedad la había privado de su propia estima; pero en la intimidad de su espejito de oro, se pintaba en secreto los ojos -el único tesoro que le quedaba- probando distintos maquillajés, ensayando modos de mirar que se adecuaran a ciertas frases, tratando de dar a lo que quedaba de su belleza un vocabulario tan amplio como el de su espíritu vivaz. Era como un hombre que, súbitamente atacado de ceguera, aprende a leer con el único órgano que le queda: las manos.

Los dos hombres volvieron a la vieja casa, a la frescura polvorienta de sus habitaciones con los muros cubiertos de antiguos tapices y esteras bordadas, llenas de muebles gigantescos ya muy pasados de moda, en ese estilo de taracea otomana que se ve todavía en las viejas casas de Egipto. A Nessim se le apretó el corazón al recordar su fealdad, su mobiliario Segundo Imperio, sus rutinas celosamente conservadas. El mayordomo, siguiendo la costumbre, había detenido todos los relojes. Esto, en el: lenguaje de Naruz, quería decir: "¡Tu estancia entre nosotros es tan breve! Olvidemos que las horas vuelan. Dios ha hecho la eternidad. Escapemos de la tiranía del tiempo." Esas cortesías antiguas y hereditarias llenaban a Nessim de emoción. Incluso la instalación sanitaria primitiva -no había cuartos de bañole pare¿ía conforme con el carácter del lugar, aunque le gustaba el agua caliente. Naruz dormía desnudo tanto en invierno como en verano. Se lavaba en el patio -un criado vertía el agua de una jofaina-. En la casa solía usar una vieja capa azul y babuchas turcas. Fumaba en un narguilé largo como un mosquete.

Mientras el hermano mayor sacaba sus ropas de la maleta, Naruz sentado en la punta de la cama estudiaba los papeles - que llenaban el portafolios, concentrando en ellos toda su atención, pues se relacionaban con la instalación que le permitiría proseguir e intensificar su lucha contra las arenas muertas. Veía con la imaginación un ejército de árboles y. arbustos avanzando sin pausa hacia el desierto: algarrobos y olivos, viñas y, yuyubas, pistachos, durazneros y damascos difundiendo a su alrededor los verdes colores dg la vida en aquellas tierras deshabitadas, polvo ahogado por la sal. Miraba casi con avidez sensual las representaciones de las máquinas en los folletos lustrosos que Nessim le había llevado, acariciándolos amorosamente con un

dedo, oyendo en su imaginación el ruido de succión y el ascenso del agua en las bombas que sacarían del suelo las sales mortales y lo prepararían para alimentar las raíces sedientas de sus árboles. Gebel Maryut, Abusir... su espíritu volaba como una golondrina por encima de las dunas hasta el mismo desierto de Nitria, conquistándolo ya.

-El desierto -dijo Naruz-. A propósito, ¿quieres venir mañana conmigo hasta el campamento de Abu Kar? Me han prometido un caballo árabe y quiero domarlo yo mismo. Sería una excursión agradable.

Nessim se manifestó en seguida encantado con la propuesta.

-Pero temprano -dijo Naruz-, y podemos pasar por la plantación de olivos para que veas los progresos que hemos hecho. ¿De acuerdo? ¡Dí que sí! -le oprimió un brazo-. Desde que empezamos con el chimlali de Túnez no hemos tenido ni una sola ocasión. ¡Ah, Nessim! Me gustaría que te quedaras con nosotros. Tu lugar es este.

Como siempre, Nessim comenzaba a desear lo mismo. Esa noche cenaron a la antigua usanza -tan distinta del lujo impertinente de Alejandría-: cada uno tomó su servilleta de la mesa y salieron al patio para la complicada ceremonia del lavado de manos que en el campo precede a la comida. Se lavaron con jabón amarillo y dos criados les vertieron el agua perfumada con azahar. Luego pasaron a la mesa donde el único cubierto era una cuchara de madera para la sopa; para el resto rompían las chatas galletas campesinas metiéndolas en las fuentes de carne. Leila siempre había cenado sola en los aposentos de las mujeres,. y se retiraba a su cuarto temprano, de modo que los dos hermanos quedaron solos para la comida. Comieron lentamente, haciendo largas pausas entre los platos, y Naruz, como buen dueño de casa, elegía los mejores trozos para Nessim, separando con sus fuertes dedos las presas de pollo y pavo para servir mejor a su huésped. Por fin, después de los dulces y las frutas, volvieron al patio donde aguardaban los criados, para lavarse una vez más las manos.

Entretanto la mesa limpia ya había sido retirada contra una pared dejando espacio a los viejos divanes tendidos a lo largo de la habitación hasta el balcón. Ya estaba preparado todo lo necesario para fumar, los narguilés de tubo largo llenos del tabaco favorito de Naruz y una fuente de plata con dulces. Se sentaron un rato en silencio para beber el café. Nessim se había quitado las babuchas, y sentado a la turca, con el mentón apoyado en la mano, se preguntaba cómo daría la noticia de su casamiento que permanecía como una obsesión en el fondo de su espíritu, y si tendría la franqueza de exponer los motivos que le habían movido a elegir una mujer de otra religión. La noche era cálida y serena, el perfume de las magnolias llegaba hasta el

balcón en bocanadas y remolinos que hacían parpadear y bailar las llamas de las velas; Nessim estaba carcomido por la duda.

En ese estado de ánimo cualquier promesa de distracción era un alivio y se quedó encantado cuando Naruz sugirió que mandaran llamar al cantor de la aldea, costumbre que había hecho las delicias de los dos en la infancia. Nada se aviene mejor al silencio pesado de la: noche egipcia que la voz infantil y punzante del *kemengeh.* Naruz llamó batiendo palmas y mandó buscar al viejo que estaba en las dependencias de servicio, donde comía todas las noches gracias a la caridad de la casa; el cantor llegó..camin£ndo con el paso lento y sumiso que' dan la vejez y la ceguera incipiente. La caja de resonancia de su peTena viola estaba hecha con la mitad de un coco. Naruz se levantó y acomodó para el viejo un almohadón en el extremo del balcón. Entonces oyeron pisadas en el patio y una voz familiar, la del viejo maestro de escuela Mohammed Shebáb que subió las escaleras, sonriente y arrugado, para estrechar la mano de Naruz. Tenía una cará de mono brillante y peluda, y llevaba, como de costumbre, un traje oscuro impecable, con una rosa en el ojal. Era una especie de dandy, un epicúreo, y estas visitas a la gran casa constituían su única distracción, pues vivía la mayor parte del año enterrado en el fondo del delta; traía consigo el viejo y precioso tubo de un narguilé que poseía desde hacía un cuarto de siglo. Le encantaba la música y escuchó con emoción las salvajes casidas que cantaba el viejo, cantos tradicionales árabes, llenos de la impetuosa nostalgia del desierto. La vieja voz se contraía por momentos como una hoja frágil, se elevaba y caía en la noche, trazando la trémula línea melódica de las canciones como quien sigue antiguos senderos de ideas y sentimientos casi borrados. La pequeña viola acompañaba el texto con un quejido incierto y lo devolvía a su infancia. Y de pronto de la garganta del músico brotó la apasionada canción del peregrino que expresa tan maravillosamente el deseo del musulmán de ver la Meca y su adoración del Profeta, y la melodía se agitaba en el corazón de los dos hermanos, prisionera como un pájaro de alas palpitantes. A pesar de ser copto, en un rapto de fervor Naruz repetía "¡All-ah, All-ah!"

-¡Basta! ¡Basta! -exclamó Nessim por último-. Si queremos madrugar tenemos que acostarnos temprano, ¿no te parece?

Naruz se incorporó también, y siempre en función de dueño de casa, pidió que trajeran luces y agua, y precedió a su hermano hasta la habitación de huéspedes. Esperó a que Nessim se lavara, desvistiera y acostara en la cama anticuada y crujiente, para desearle buenas noches. Al llegar a la puerta, Nessim anunció impulsivamente:

-Naruz, tengo algo que decirte -y luego, vencido una vez más por la timidez, añadió-: Pero lo dejaremos para mañana. Estaremos solos, ¿verdad?

Naruz asintió sonriendo:

-Para los criados el desierto es una tortura tan terrible, que siempre los hago volver al llegar al linde.

-Sí.

Nessim sabía que los egipcios consideran el desierto como un vacío poblado enteramente por espíritus demoníacos y otros grotescos enviados de Eblis, el Diablo musulmán.

Se durmió y al despertar encontró a su hermano vestido ya, al lado de su cama, con café y cigarrillos.

-Ya es la hora -dijo Naruz-. Supongo que en Alejandría te levantas tarde.

-No -respondió Nessim-. Aunque parezca raro suelo estar en mi despacho a las ocho.

-¿A las ocho? ¡Oh, pobre hermano mío! -exclamó Naruz en tono burlón, y le ayudó a vestirse.

Los caballos aguardaban; juntos cabalgaron en el amanecer, hendiendo la bruma azul y espesa que subía del lago. El aire era picante y fresco, casi frío, pero el sol ya empezaba a absorber la humedad del cielo y a secar el rocío en el minarete de la mezquita.

Naruz iba ahora adelante, siguiendo las vueltas de los senderos y los tortuosos caminos de herradura, cruzando terraplenes, sin una vacilación, pues toda la región existía en su mente como un mapa trazado en detalle por un gran cartógrafo. Lo llevaba siempre en la cabeza como un plan de batalla, sabía la edad de cada árbol, el rendimiento de cada pozo, el espesor de la arena. Estaba poseído por su tierra.

Lentamente contornearon la gran plantación, evaluando con calma los progresos realizados, discutiendo los planes de la próxima ofensiva, cuando la nueva instalación estuviera lista. Luego, al llegar a un lugar solitario junto al río, protegido por las cañas, Naruz dijo:

-Espera un segundo.. . -y se bajó del caballo, haciendo deslizar de sus hombros el viejo zurrón de cuero-. Algo que esconder -añadió, sonriendo tímidamente, con la cabeza gacha.

Nessim miró distraídamente cómo volvía el zurrón para volcar su contenido en las oscuras aguas del río. Pero no estaba preparado para ver una cabeza humana contraída, los labios encogidos mostrando unos dientes amarillos, los ojos bizcos, que

rodaba de la maleta y se hundía lentamente en las verdes profundidades hasta perderse de vista. -¿Qué diablos es eso? -preguntó, y Naruz se río entre dientes, mirando el suelo:

-Abdel Kader... su cabeza.

Se arrodilló, se puso a lavar el zurrón en el agua, agitándolo vigorosamente y luego, con un solo movimiento, volvió el interior hacia afuera como quien vuelve una manga, y se acercó a su caballo. Nessim reflexionaba.

-Así que al fin tuviste que. hacerlo -dijo-; me lo temía.

Por un momento Naruz miró a su hermano con ojos brillantes y dijo gravemente:

-Otros conflictos con los jornaleros beduinos nos hubieran costado un millar de árboles el año próximo. El riesgo era demasiado grande. Además, tenía intención de envenenarme.

No dijo más y cabalgaron en silencio hasta llegar al límite ralo de los cultivos, el frente donde, por así decirlo, se iba a librar la batalla: un territorio largo y desigual, como los bordes de una herida. De un lado, en toda su longitud, infiltraciones de tierra labrantía; del otro, los trabajos de drenaje del desierto; un suelo envenenado por la sal, la imagen misma de la desolación.

Allí sólo crecían cañas gigantescas, juncos, y de vez en cuando algún arbusto espinoso. Ningún pez podía vivir en las aguas salobres. Los pájaros huían. La tierra yacía en la cintura estancada de su propio aire viciado, fantasmagórica, obsesionante, en un silencio absoluto, punto en el cual el desierto y los cultivos se juntaban en un abrazo de muerte. Después cabalgaron entre los altos juncos cuyos tallos cubiertos de sal resplandecían al sol. Los caballos boqueaban y revolvían las aguas muertas que salpicaban dejando manchas de sal cristalizada allí donde las gotas caían; el barro de los pantanos estaba cubierto de una costra de sal que los cascos trizaban, liberando el olor hediondo del fango y súbitos enjambres de pequeñas moscas ávidas, de mosquitos. Incluso allí Naruz miraba a su alrededor con interés, los ojos brillantes, pues mentalmente ya había plantado en ese erial algarrobos y verdes arbustos, ya lo había vencido. Pero los dos contuvieron el aliento y guardaron silencio mientras atravesaban esa última barrera mefítica y los largos parches de tierra arrugada, momificada, que le sucedieron. Por último llegaron al borde del desierto y se detuvieron a la sombra mientras Naruz buscaba entre sus ropas la barrita de tiza azul, como la que usan los jugadores de billar. Se frotaron con ella un dedo y se untaron debajo de cada párpado, para protegerse del resplandor, como lo habían hecho siempre, desde niños; y los dos se envolvieron la cabeza en un trapo, a la manera de los beduinos.

Y luego las primeras bocanadas de aire limpio del desierto, y la desnudez del espacio, puro como un teorema, extendiéndose hasta el cielo inundado por su propio silencio, por su majestad, donde nadie habita salvo esas criaturas que la imaginación del hombre ha inventado para poblar los paisajes hostiles a sus pasiones y cuya pureza deja el alma desollada.

Naruz lanzó un grito, y los caballos, repentinamente despiertos, con la sensación de una nueva libertad y del espacio que los rodeaba, se lanzaron al galope a través de las dunas, bajando la cabeza, agitando las crines y las borlas, haciendo crujir las monturas. Así corrieron varios minutos, y Nessim se reía de excitación y alegría. Hacía tiempo que no se lanzaba a ese galope desenfrenado.

A ese ritmo trazaron un gran arco hacia el este, a través de una tierra cubierta de plantas achaparradas y en flor, llenas de mariposas que volaban sobre las dunas peladas y la vegetación oscura y tenaz. Los cascos resonaban en un suelo de guijarros, a través de valles pétreos donde las agujas de caliza y las hondonadas de esquisto rosado componían un horizonte familiar. Nessim dejaba asomar los recuerdos de aquellas noches de su infancia en que allí, bajo un cielo escarchado de estrellas, plantaba su tienda debajo de la constelación de Vega, mientras la helada cubría de diamantes las sogas, y el desierto se extendía alrededor, como una habitación vacía. ¿Cómo se llega a olvidar la más extraordinaria de las experiencias? Todo estaba allí, como un piano que sabemos tocar pero que durante años no hemos abierto. Lo deslumbraban sus visiones interiores y seguía a Naruz como un ciego. Se vio a sí mismo y vio a su hermano en aquella inmensidad: dos manchas como palomas volando en un cielo vacío.

Hicieron un breve alto para descansar a la sombra de una gran roca -un oasis de sombra purpúrea-, jadeantes, felices.

-Si encontramos un lobo del desierto -dijo Naruz-, lo bajo con mi *kurbash* - y acariciaba con amor el largo látigo, haciéndolo deslizar entre los dedos.

Al reanudar el camino, Naruz tomó por un sendero suavemente ondulado, en busca de la antigua ruta de las caravanas, la *masrab* que los llevaría al Quasur el Atash (el Castillo del Sediento) donde los hombres del Sheik los esperarían antes de mediodía. En otra época también él había sabido esos caminos de memoria, las rutas de los contrabandistas utilizadas durante siglos por las caravanas que unían Argelia con la Meca, 'los caminos generosos" que seguían las fortunas de los hombres a través de la desolación del desierto, transportando especias y paños de un extremo al otro de África, únicas vías de acceso de los fieles a la Ciudad Santa. De pronto envidió a su hermano esa

familiaridad con el desierto que también él había conocido. Trató de imitarlo en todo.

En ese momento Naruz lanzó un grito ronco y tendió la mano; poco después llegaban a la *masrab,* una pista de camellos profundamente excavada en la roca en algunos lugares, que corría en surcos paralelos y sinuosos de un horizonte al otro. Y una vez más el hermano menor tomó la delantera. Su camisa azul tenía dos manchas violetas en las axilas.

-Estamos cerca -gritó, y de los bordes trémulos y nacarados del cielo se desprendió lentamente un majestuoso racimo de bloques de basalto rojizos y tallados, vagamente parecidos (como una cara en el fuego) a una esfinge torturada por la sed; y allí, conversando a la sombra oscura de una roca, esperaba la pequeña partida para acompañarlos al campamento del Sheik: cuatro hombres altos y flacos, como hechos de papel marrón, voces resquebrajadas por la sed y risas como de furias desencadenadas. Se acercaron a ellos, abandonándose al apretón de sus brazos como ramas secas y a las sonoridades espinosas del árabe poco familiar que Naruz utilizaba para seguir la conversación y las explicaciones.

Nessim aguardaba, sintiéndose de pronto como un europeo, un ciudadano, un visitante, pues el pequeño representaba al mundo árabe estrechamente encerrado en sus tradiciones, su cortesía, su primitivismo, Se sorprendió a sí mismo tratando de evocar un cuadro de Bonnard o un poema de Blake, como un hombre sediento buscando a tientas un manantial. O como un viajero que en presencia de un rudo clan escocés, puede admirar sus pies con juanetes y sus piernas velludas, pero agradece que la suma de la cultura europea no se reduzca a esa fuerza que desprecia la vida, que se complace en lo desagradable. Ahí de pronto perdió a su hermano, se separó de él, pues Naruz se había sumido en la vida de esos pastores árabes con la misma intensidad con que se entregaba a la vida de su tierra, de sus árboles. Los grandes músculos nudosos de su cuerpo velludo se pusieron tensos de orgullo, pues Nessim, el ciudadano, el alejandrino -casi uno de los despreciados Nasrany- podía tirar, hablar y galopar mejor que cualquiera de los otros. Los hombres clavaban en Nessim, cuyo valor reconocían, la mirada pensativa del primitivo; era el suave Nessim a quien habían visto bajo diversas apariencias, cuyas manos cuidadas traicionaban a un hombre de la ciudad. Pero eran corteses. Ahora bastaba con un conocimiento de las formas; la sagacidad era innecesaria, pues esos encantadores habitantes del desierto eran como autómatas; pensando en Mountolive, Nessim sonrió y se preguntó de dónde habría sacado la substancia de sus mitos sobre los árabes del desierto. La trivialidad feroz de sus vidas era tan estrecha, tan mecánica. Si llegaban a conmover, era a la manera de la gaita, sin expresar nada que sobrepasara un nivel muy primitivo. Su hermano los manejaba con facilidad, simplemente porque conocía sus maneras de comportarse, como el hombre que exhibe las pulgas

bailarinas en el circo. ¡Pobres! Sentía agitarse en su interior el poder y todos los recursos de su inteligencia de ciudadano.

Luego se encaminaron en un grupo compacto hasta el campamento del Sheik, siguiendo las largas pendientes de arena endurecida, atravesando los espejismos de praderas que sólo las nubes de lluvia pueden imaginar, hasta que llegaron al pequeño círculo de tiendas, esos cielos de cuero inventados por hombres cuyos recuerdos de infancia eran tan terribles que se habían visto obligados a fabricar un cielo más estrecho donde cupiera el germen de la raza; en ese pequeño cono de cuero había nacido el primer niño, se había inventado la primera intimidad del beso humano... Nessim lamentó amargamente no saber pintar como Clea. Pensamientos absurdos e inoportunos.

Pero el vasto campamento del Sheik cubría casi doscientos metros cuadrados; la tienda era de una tela de pelo de cabra cosida con largas puntadas negras, verdes, marrones y blancas. Grandes borlas colgaban de las costuras, balanceándose al viento.

El Sheik y sus hijos, como una fila de barajas, los aguardaban con los saludos convencionales, cuyas respuestas Naruz al menos conocía. El Sheik en persona los condujo hasta una de las tiendas - diciendo:

-Esta es vuestra casa, para lo que queráis disponer. Somos vuestros servidores.

Y tras él llegaron los criados con el agua, para que los viajeros pudieran lavarse las manos, los pies y la cara que el aire del desierto había resecado y escocido. En aquella oscuridad marrón descansaron una hora larga, pues el calor alcanzaba su apogeo en ese momento. Naruz se echó sobre los cojines, abierto de piernas y brazos, y empezó a roncar, mientras Nessim dormitaba de a ratos, despertándose de vez en cuando para contemplar a su hermano -esa fácil caída en el sueño que procura siempre la entrega física a la acción-. Contemplaba la fealdad de Naruz, la magnífica hilera de dientes blancos que asomaban por la hendidura rosada del labio superior. De cuando en cuando, mientras ellos descansaban, los jefes de la tribu se quitaban silenciosamente los zapatos a la puerta de la tienda y entraban a besar la mano de Nessim. Todos murmuraban una sola palabra de bienvenida: *"Mahubbah."*

Era avanzada la tarde cuando Narttz se despertó; pidió que le trajeran agua para refrescarse el cuerpo, y una muda de ropa que el hijo mayor del Sheik le alcanzó en seguida. Luego salió al calor de la arena diciendo:

-Y ahora veamos el potro. Llevará quizá un par de horas. ¿No te importa? Volveremos un poco tarde, ¿eh? Habían instalado

para ellos unos cojines a la sombra, y Nessim se reclinó satisfecho, contemplando a su hermano que avanzaba rápidamente por el resplandor de la arena hacia una tropilla de potros que habían llevado para que los examinara.

- Los animales jugaban con gracia e inocencia, y las sacudidas de las cabezas y las crines le recordaron "las olas del mar en junio", como dice el proverbio. Naruz se detuvo para observarlos de cerca. Luego gritó algo y acudió de inmediato un hombre con una brida y un freno.

-El blanco -anunció con voz ronca, y los hijos del Sheik gritaron una `respuesta que Nessim no comprendió. Naruz se volvió de nuevo, y suavemente, con una discreción sospechosa, se deslizó entre las bestias jóvenes, y antes de que nadie se diera cuenta, había montado un potrillo blanco después de ponerle la brida con un solo gesto casi invisible.

La criatura mítica permaneció absolutamente inmóvil, los ojos abiertos y brillantes como si tratara de comprender esa inteligencia terriblemente nueva de un jinete sobre su lomo; luego un lento estremecimiento recorrió su carné -la marea del pánico que siempre acoge el encuentro del mundo humano y el mundo animal-. Caballo y jinete parecían posar para una estatua, sumidos en la reflexión.

Y bruscamente el animal lanzó un largo relincho silbante de terror, se sacudió y realizó una docena de curiosos saltos arqueando el lomo, rígido como un juguete mecánico, golpeando salvajemente el suelo con sus patas delanteras. Pero no consiguió desalojar a Naruz que se limitó a inclinarse hacia adelante y gruñirle a la oreja algo que lo puso más frenético todavía, pues entonces se lanzó a ue medio galope convulso, bajando la cabeza, sacudiéndola, para regresar entre corvetas y sacudidas. Dieron así una vuelta lenta e irregular alrededor de las tiendas hasta volver al grupo dárabes que, reunidos delante de la tienda principal, contemplaban la escena en silencio. Entonces la pobre bestia, como si comprendiera que una gran parte de su vida -su infancia quizá- estaba irrevocablemente terminada, lanzó un largo gemido grave, silbante, y de pronto inició ese largo galope flexible e infatigable que caracteriza a su especie, como una estrella fugaz resuelta a traspasar el cielo, y en un torbellino ctuzó las dunas con su jinete que se sujetaba firmemente con la poderosa tijera de las piernas -firme como una figura sostenida con armellas-, achicándose hasta perderse de vista. Un gran clamor de aprobación se elevó del campamento y Nessim aceptó, además de la leche cuajada y el café, los cumplidos que su hermano merecía.

Dos horas más tarde Naruz trajo de vuelta al animal, reluciente de sudor, agotado, vacilante, con apenas los bríos suficientes para resoplar y golpear con los cascos, abatido, vencido. El mismo Naruz estaba exhausto hasta el delirio,

ofuscado como si hubiese cabalgado en un horno; sus ojos inyectados en sangre y sus rasgos tensos daban pruebas de la severidad de la lucha. Las palabras afectuosas que dirigió al caballo salían de labios resecos y partidos. Pero feliz, resplandeciente, pidió agua con voz ronca y rogó que lo dejaran descansar una hora antes de iniciar el camino de vuelta. Nada podía fatigar ese cuerpo poderoso, ni siquiera el orgasmo que había experimentado en la salvaje, prolongada batalla. Cerrando los ojos bajo el agua que le refrescaba la cabeza, vio de nuevo el sol oscuro y sangrante que brillaba trémulo detrás de sus párpados, imagen de la fatiga, y sintió el resplandor del desierto que resecaba y agrietaba el agua sobre su piel. Su espíritu era una confusión de colores y sensaciones agudas, filosas como puñales, como si todo su sistema sensorial se hubiera derretido con el calor, a la manera de una caja de pinturas, fundiendo las ideas y los deseos. La alegría le daba vértigo y se sentía tan inmaterial como un arco iris. Sin embargo, en menos de media hora estaba preparado para el viaje de regreso.

Se pusieron en marcha, esta vez con una escolta diferente, bajo los rayos oblicuos de un sol que proyectaba sus sombras rosadas y purpúreas en los huecos de las dunas. Partieron a buen paso en dirección de Quasur el Atash. Naruz había dispuesto que los hijos del Sheik le llevaran el potrillo blanco en el curso de la semana; y ahora se sentía satisfecho y cantaba de vez en cuando algunas estrofas de una canción. Caía la noche cuando llegaron al Castillo del Sediento, y después de despedirse de sus huéspedes iniciaron una vez más la travesía del desierto. Andaban lentamente, felices, contemplando la luz pálida de una luna manchada que caía sobre el silencio sólo interrumpido por el súbito repicar de los cascos en los lechos de guijarro, o por el aullido lejano de los chacales, cuando de pronto Nessim sintió que la barrera había desaparecido y que podía decir:

-Naruz, me voy. a casar. Quisiera que se lo dijeses a ella. Yo no me atrevo, no sé por qué.

Por un instante Naruz sintió que se volvía de hielo, como si se metiera en una cota de malla; tuvo la impresión de que su montura vacilaba, y con una alegría forzada y falsa, dijo con voz destemplada:

-¿Con Clea, Nessim? ¿Con Clea? -sintiendo que la sangre volvía a sus nervios contraídos cuando vio que su hermano sacudía la cabeza y lo contemplaba con curiosidad.

-No, ¿por qué? Con la ex mujer de Arnauti -respondió Nessim, pronunciando las palabras con voz mesurada, con precisión clásica.

Las monturas crujían bajo su peso, y Naruz, sonriendo para sí de alivio, exclamó:

-¡Cuánto me alegro, Nessirn! ¡Por fin! Serás feliz y tendrás hijos.

Pero entonces una timidez mortal invadió de nuevo a Nessim, y contó a Naruz todo lo que sabía de Justine y de la pérdida de la niña, añadiendo:

-Por ahora no me quiere ni pretende quererme, ¿pero quién sabe? Si puedo devolverle la niña y darle cierta paz de espíritu y cierta seguridad, todo es posible -y añadió al cabo de un momento-: ¿No te parece? -no porque deseara tener una opinión al respecto, sino para llenar el silencio que se acumulaba entre ellos como arena movediza-. El problema de la niña es difícil. *El Parquet* ha investigado el asunto lo mejor que ha podido, y las pocas pruebas existentes señalan al Magzub (el Inspirado) como culpable; esa noche había una fiesta en la ciudad y él estaba presente. Lo han acusado varias veces de rapto de niños, pero nunca ha habido pruebas suficientes.

Naruz paró la oreja y se erizó como un lobo: -¿Te refieres al hipnotizador?

Nessim dijo pensativo:

-Le he hecho ofrecer una gran suma de dinero, muy grande, para que me diga lo que quiero saber. ¿Comprendes? Naruz sacudió la cabeza con aire dubitativo y se mesó la corta barba.

-Es el loco -dijo-. Solía venir todos los años para Santa Damiana. Un loco raro. *Zein-el-Abdin. Es* un santo también.

-Es ése -dijo Nessim:

Y como si bruscamente hubiera recordado algo, Naruz frenó los dos caballos y abrazó a su hermano, pronunciando las congratulaciones habituales en la lengua familiar. Nessim sonrió y dijo:

-¿Se lo dirás a Leila? Te lo ruego, hermano.

-Por supuesto.

-¿Después de que yo me haya ido?

-Por supuesto.

Con el alivio de la tensión y el rápido consentimiento de Naruz, Nessim tuvo la impresión de que le hubieran sacado un peso de encima. De pronto se sintió muy cansado y a punto de dormirse. Iban a buen paso pero sin prisa, y hacia medianoche llegaron una vez más al límite del desierto.- Entonces los

caballos levantaron una liebre asustada y Naruz trató de matarla con su látigo, pero la semioscuridad se lo impidió.

-Es una noticia muy buena -exclamó al volver junto a Nessim, como si el corto galope a través de los médanos iluminados por la luna le hubiera dado el tiempo y la objetividad necesarios para llegar a una opinión ponderada-. Nos la traerás el próximo fin de semana... ¿se la traerás a Leila? Supongo que la conozco, pero no recuerdo. ¿Muy morena? ¿"Ojos como luciérnagas en la noche", como dice la canción? -y se echó a reír bajando la cabeza.

Nessim bostezó, muerto de sueño.

-¡Ah, me duelen los huesos! Esto es lo que consigo viviendo en Alejandría. Naruz, anoche antes de dormirme quería hacerte otra pregunta. No he visto a Pursewarden. ¿Y las reuniones?

Naruz aspiró haciendo silbar el aire, y volviendo sus ojos brillantes hacia su hermano, dijo:

-Sí. Muy bien. Ia próxima será en el mulid de Santa Damiana, en el desierto -hinchó los grandes músculos de sus hombros-. Irán las diez familias completas, ¿te das cuenta.?

-Ten cuidado -dijo su hermano-, hay que tratar de que todo se haga en secreto, que nada se sepa.

-¡Por supuesto! -exclamó Naruz.

-Quiero decir -dijo Nessim- que al principio no deben tener ningún carácter político. Es preciso proceder lentamente, a medida que se vaya entendiendo la cuestión, ¿verdad? Por ejemplo, no creo que tú debas hablarles, sino más bien discutir con ellos. No- podemos correr riesgos. Sabes, no se trata sólo de los ingleses -Naruz balanceó una pierna con gesto impaciente y se hurgó los dientes. Pensó en Mountolive y lanzó un suspiro-. Están también los franceses... y no se ponen de acuerdo. Si hemos de utilizar a los dos...

-Ya sé, ya sé -dijo Naruz con impaciencia. Nessim le echó una mirada perspicaz.

-Escúchame -dijo en tono brusco-, pues en gran parte depende de ti y de tu inteligencia saber hasta dónde podemos llegar en esta etapa.

El tono de reconvención abrumó a Naruz. Enrojeciendo, juntó las manos y miró a su hermano.

-Te escucho -dijo en voz baja y ronca. Nessim se sintió de pronto avergonzado de sí mismo y lo tomó del brazo. Siguió en tono confidencial:

-¿Comprendes? A veces las cosas llegan a saberse de una manera misteriosa. El viejo Cohen, por ejemplo, el peletero que murió el mes pasado. Trabajaba para los franceses en Siria. A su vuelta, los egipcios sabían todo sobre su misión. ¿Cómo? Nadie podría' decirlo. Seguramente tenemos enemigos entre nuestros amigos... en la misma Alejandría. ¿Comprendes?

-Sí, comprendo.

A la mañana siguiente Nessim tenia qué regresar, y los dos hermanos cruzaron los campos á paso lento hasta el embarcadero.

-¿Por qué no vienes nunca a la ciudad? -preguntó Nessim-. Ven conmigo hoy. Hay un baile en casa de los Randidi. El cambio te hará bien.

Naruz adoptó su aire de perro apaleado, como siempre que alguien le aconsejaba darse una vuelta por la ciudad. -Iré para Carnaval -dijo lentamente, mirando el suelo, y su hermano se echó a reír tomándolo del brazo.

-¡Yo sabía que ibas a decirlo! Siempre una vez por año, para Carnaval. Me pregunto por qué.

Pero él sabía por qué; Naruz tenía tanta vergüenza de su labio leporino que se había condenado a una reclusión casi tan severa como la de su madre. Sólo el dominó negro de los bailes de carnaval le permitía ocultar esa cara que había llegado a odiar al punto de no poderla soportar ni siquiera en el espejo, al afeitarse. En el baile de carnaval se sentía libre. Pero había además otra razón: su pasión por Clea, una pasión que ya tenía algunos años, por una Clea a la cual nunca había hablado y a quien sólo había visto dos veces, pues Nessim la había llevado a cabalgar a las tierras. Era un secreto que nada, ni la tortura, hubiera conseguido arrancarle, pero cada carnaval iba a la ciudad y se confundía con la multitud en la vaga esperanza de encontrar por casualidad a esa mujer cuyo nombre jamás había pronunciado hasta ese día delante de nadie.

(Nunca supo que Clea detestaba el carnaval y lo pasaba dibujando y leyendo tranquilamente en su estudio.)

Se abrazaron afectuosamente antes de separarse, y el auto de Nessim trazó sus gallardetes de polvo en el aire caliente de los campos, impaciente por llegar una vez más al camino de la costa. En la rada un barco de guerra lanzaba una salva de veintiún cañonazos, en honor quizá de algún dignatario egipcio,

y las explosiones parecían estremecer mudar de color las nubes nacaradas siempre suspendidas sobre el puerto, en primavera. Había marea alta y cuatro barcas de pesca viraban violentamente hacia las dársenas. Nessim sólo se detuvo una vez, para comprar un clavel al florista de la esquina de Saad Zaghlul, y prenderlo en el ojal. Luego se dirigió a su oficina, y en el camino se hizo- lustrar los zapatos. La ciudad nunca le había parecido más hermosa. Sentado frente a su escritorio pensó en Leila y luego en Jus-tine. ¿Qué diría su madre de su decisión?

Naruz se dirigió aquella mañana al pabellón de verano para cumplir su misión; pero antes cortó una brazada de rosas rojas y amarillas con las que llenó los dos grandes floreros que flanqueaban el retrato de su padre. Su madre dormía delante del escritorio, pero el ruido que hizo al correr el cerrojo la despertó en seguida. La serpiente silbó, soñolienta, y luego volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

-Dios te bendiga, Naruz -dijo Leila al ver las flores, y se levantó de inmediato para vaciar los floreros. Mientras escogían y arreglaban las flores frescas, Naruz anunció la noticia del casamiento de su hermano. Su madre permaneció inmóvil largo rato, impasible pero seria como si consultara, sus pensamientos y emociones más íntimos. Por fin dijo, más para sí misma que para su hijo:

-¿Por qué no? -y repitió la frase una o dos veces, como si midiera su tono. Luego se mordió el pulgar y vol. viéndose hacia Naruz añadió-: Pero si es una aventurera. que sólo busca dinero, no lo permitiré. Haré lo posible para apartarla. Después de todo Nessim necesita mi consentimiento.

Naruz encontró la declaración irresistiblemente cómica y lanzó una carcajada de aprobación. Leila apoyó sus dedos en el brazo velludo. -

-Lo haré -dijo. -Por favor. --Lo juro.

Naruz siguió riendo hasta mostrar la bóveda rosada del paladar. Pero ella seguía abstraída, escuchando siempre un monólogo interior. Ausente, le palmeó el brazo y susurró:

-Shh -y después de una pausa, dijo, como sorprendida. por sus propios pensamientos-: Lo raro es que soy sincera.

-Y no puedes contar conmigo, ¿eh? -replicó Naruz, . siempre riendo, pero con un atisbo de seriedad en sus palabras-. No puedes confiarme la tarea de velar por el honor de mi hermano.

Tenía la cara como de sapo, hinchada por la risa, aunque empezaba a recobrar la seriedad. "Dios mío -pensó Leila- qué feo es." Y sus dedos subieron hasta el velo negro y lo oprimieron

contra el rostro lleno de costurones, con rabia, como para borrarlos.

-Mi buen Naruz -dijo, casi al borde de las lágrimas, y deslizó sus dedos por el pelo de su hijo; la maravillosa poesía de la lengua árabe lo conmovió y lo sosegó al mismo tiempo-. Mi panal de miel, mi paloma, mi buen Naruz. Díle que sí, y que lo beso. Díle que sí.

Naruz permaneció inmóvil, temblando como un potrillo, bebiendo en la fuente musical de su voz y en las raras caricias de esa mano tibia y hábil.

-Pero díle que debe traerla aquí.

-Se lo diré.

-Díselo hoy mismo.

Con su curiosa manera de andar, espasmódica, a zancadas, Naruz regresó para telefonear desde la vieja casa. La madre se sentó delante de su mesa polvorienta y repitió dos veces en voz baja y perpleja:

-¿Por qué ha elegido una judía?

V

Esto es lo que he podido reconstruir a partir del laberinto de notas que me ha dejado Balthazar. "Imaginar no es necesariamente inventar -dice en alguna parte-, y por el hecho de interpretar los actos de los demás no nos proclamamos omniscientes. Suponemos que se han desarrollado a partir de sus sentimientos, como las hojas brotan de la rama. ¿Pero se puede operar hacia atrás, deduciendo una cosa de otra? Quizá un escritor podría hacerlo si tuviera el coraje de llenar con sus propias interpretaciones esas brechas aparentes que separan nuestros actos para unirlos. ¿Qué ocurría en el alma de Nessim? Este es un pro. blema que usted debería plantearse.

"¿Y en el alma de Justine? Realmente, no se sabe; todo lo que puedo decir es que la estima crecía en razón inversa de la consideración que sentían uno por otro, pues, de común acuerdo, nunca hubo amor entre ambos, como se lo he mostrado. Pero en todas las largas discusiones que tuve con ellos por separado, no pude descubrir la clave de un vínculo que era un fracaso evidente -se podía ver cómo iba hundiéndose día a día, de la misma manera que se hunde la tierra, el nivel de un lago, sin saber por qué-. El colorido de la superficie estaba tan bien ejecutado y era tan perfecto que engañaba a la mayoría de los observadores como usted, por ejemplo. Y yo no comparto la opinión de Leila, que nunca quiso a Justine. Estuve sentado al

lado de ella cuando Naruz la presentó en el gran mulid de Abu Girg, que cae todos los años cerca de Pascua. Por entonces Justine había renunciado al judaísmo para hacerse copia, obedeciendo al deseo de Nessim, y como la boda debía celebrarse en la intimidad, pues ella había estado casada ya, Naruz tuvo que contentarse con organizar una reunión en la gran casa para presentarla a todos aquellos que él había tratado siempre de unir e integrar en el mundo de la familia.

"Durante cuatro días un inmenso campamento de tiendas y toldos se levantó alrededor de la casa -tapices, candelabros, suntuosas decoraciones-. Alejandría quedó totalmente despojada de sus flores de invernáculo así como de las grandes figuras de su sociedad que, un poco por broma, hicieron el viaje a Abu Girg (nada excita tanto la alegría burlona de la ciudad como una boda elegante) para presentar sus respetos a Leila y felicitaJa, Mudirs y sheiks de los alrededores, multitud de campesinos, dignatarios de todas partes se habían reunido para divertirse, mientras los beduinos, cuyas tierras lindaban con la propiedad, ofrecían magníficas exhibiciones de equitación, galopando alrededor de la casa y lanzando salvas, exactamente como si Justine fuera una novia joven, una virgen. ¡Imagínese las sonrisas de Athena Trasha, de los Cervoni! Y el viejo Abu Kar en persona que subió las escaleras de la casa montado en su caballo blanco y entró en los salones de recepción con un florero en la mano...

"En cuanto a Leila, no despegó un solo momento de Justine sus ojos inteligentes. La seguía atentamente como quien estudia un personaje histórico. ¿Verdad que es preciosa? -le pregunté siguiendo sus ojos, y volvió hacia mí una rápida mirada de pájaro antes de volver al objeto de su estudio absorbente-. Somos viejos amigos, Balthazar, y puedo hablar con usted. Me estaba diciendo que se parece un poco a lo que yo he sido, y que es una aventurera, una pequeña serpiente negra enroscada en el centro de la vida de Nessim -protesté por pura fórmula, pero ella clavó sus ojos en los míos largo rato y luego lanzó una risita lenta. Lo que me dijo después me sorprendió-: Sí, es como yo: implacable en la búsqueda del placer y sin embargo árida: toda su leche se ha trocado en ansia de poder. Y también se me parece en su manera de ser tierna y buena, una mujer de verdad para un hombre. La odio porque es como yo, ¿comprende? Y la temo porque puede leer en mí -se echó a reír.

Querida -dijo llamando a Justine-, ven y siéntate a mi lado. -Y le ofreció los dulces que más detestaba (violetas acarameladas) que Justine aceptó con reserva porque también las detestaba. Y allí estaban sentadas las dos, una esfinge velada y otra sin velo, comiendo violetas acarameladas que ninguna de las dos podía tragar. Me encantaba contemplar a las mujeres en su estado más primitivo. Pero no podría decirle gran cosa acerca de la validez de esos juicios. Todos los emitimos sobre los demás.

“Lo curioso es que a pesar de esa antipatía entre las dos mujeres -la antipatía de las afinidades, diría usted- se abría paso una extraña simpatía, un sentimiento de identificación mutua. Por ejemplo, cuando por fin Leila se atrevió a encontrarse con Mountolive, la cosa se hizo en secreto y por intermedio de Justine. Justine fue quien arregló el encuentro, los dos enmascarados, durante el baile de carnaval. Por lo menos es lo que me han contado.

"En cuanto a Nessim, yo diría, a riesgo de simplificar demasiado, algo como esto: ¡en su inocencia no comprendió que no se puede vivir con una mujer sin enamorarse en alguna medida de ella, que de la posesión a los celos no hay más que un paso! Estaba consternado y aterrado de la intensidad de sus celos por Justine, y trataba sinceramente de poner en práctica una actitud nueva para él: la indiferencia. ¿Verdadera o falsa? No lo sé.

"Y considerando la otra cara de la moneda, yo diría que lo que irritaba a Justine de una manera inesperada era descubrir que el contrato de esposa firmado con tanta lucidez, como una transacción comercial, era , en cierto modo más coactivo que un anillo de bodas. Una mujer no piensa dos veces antes de engañar a su marido (si la pasión sanciona su acto) ; pero ser infiel a Nessim era como robarle dinero de su gaveta. ¿Qué le parece esto?"

Por mi parte pienso (*pace* Balthazar) que Justine se fue dando cuenta, lentamente de que había algo oculto en el carácter de ese hombre solitario, afectuoso, doliente: celos tanto más terribles y realmente peligrosos cuanto que no se manifestaban jamás. A veces... pero aquí corro el riesgo de revelar las confidencias que me hizo Justine durante nuestra supuesta relación amorosa por la cual sufrí tanto y en la que, como acabo de enterarme, ella me utilizaba para disimular otras actividades. Ya he hablado del desarrollo de toda esa historia, pero si quisiera revelar ahora todo lo que me dijo sobre Nessim, y con sus propios términos, correría ante todo el peligro de exhibir un material quizá desagradable para el lector y de ser desleal con el propio Nessim. Y en segundo lugar, no estoy seguro de su verdad relativa, pues podría formar parte del gran plan de impostura. Incluso esos sentimientos (—importantes lecciones aprendidas", etc.) están teñidos por la duda central que el Comentario ha hecho nacer en mi espíritu. "La verdad: no hay nada que, con el tiempo, se contradiga más..." ¡Qué farsa todo eso!

Pero lo que dice de los celos de Nessim es cierto, pues he vivido durante un tiempo a su sombra, y sus efectos sobre Justine no dejan lugar a dudas. Casi desde el principio ella descubrió que la seguían, que la vigilaban, y como es lógico eso le produjo un sentimiento de incertidumbre: incertidumbre tanto más terrible cuanto que Nessim nunca hablaba abiertamente de

la cuestión. Era como el peso de una invisible sospecha suspendido sobre ella, insinuándose y decolorando sus observaciones más triviales, sus más inocentes paseos nocturnos. Él le sonreía afectuosamente, sentado entre dos altas velas, mientras una silenciosa inquisición desarrollaba sus fantasmagorías en su espíritu.

Los hechos más comunes y sinceros =una visita a una biblioteca pública, una lista de compras, Una tarjeta de un banquete- se convertían en una farsa para esos celos nacidos de una impotencia emocional. Nessim se sentía desgarrado por las exigencias de Justine; Justine se sentía desgarrada por las dudas que veía reflejadas en los ojos de Nessim, por la ternura con que le echaba un chal sobre los hombros. Era como si le pusiera un nudo corredizo al cuello. De una manera extraña, esta relación recordaba los vínculos psicoanalíticos descritos en *Moeurs* por su primer marido, en que Justine era considerada más como un Caso que como una persona, y en que las agotadoras inquisiciones de quienes nunca reconocen el momento en que es preciso dejar a la enferma sola, estuvieron a punto de hacerle perder la razón. Sí, había caído en una trampa, no cabe duda. La idea reverberaba en su espíritu como una carcajada enloquecida. Todavía escucho sus ecos.

Así iban, uno junto al otro, como corredores perfectamente acordados, ofreciendo a Alejandría la imagen perfecta de una relación que todos envidiaban y nadie podía imitar. Nessim, el indulgente, el marido condescendiente; Justine, la esposa encantadora y satisfecha.

"A su manera -señala Balthazar-, supongo que buscaban la verdad. ¿Esta observación no empieza a resultar un poco ridícula? ¡Podríamos dejarla de lado, de común acuerdo! Después de todo es una historia tan extraña. ¿Pero quiere que le dé otro ejemplo completamente distinto? Su relato de la muerte de Capodistria en el lago es la versión que todos nosotros aceptamos en el momento como la más verosímil; en nuestra opinión, naturalmente.

"Pero en las declaraciones a la policía todos los testigos mencionaron un hecho particular: al sacar el cadáver del lago donde flotaba, junto al~arche negro, la dentadura postiza cayó dentro del bote con un chasquido que impresionó a todo el mundo. Pero fíjese en esto: tres meses más tarde cené con Pierre Balbz, que era su dentista. Balbz me aseguró que Da Capo tenía dientes casi perfectos y que por lo tanto no podía haber caído ninguna dentadura postiza. Entonces, ¿quién era? No sé. Y Da Capo tenía muchas razones para desaparecer y hacerse sustituir por algún comparsa: dejaba tras de sí dos millones de deudas. ¿Comprende lo que quiero decir ?

"Los hechos son inestables por naturaleza. Naruz me dijo un día que amaba el desierto porque allí 'el viento borra las pisadas de nuestros pasos como quien apaga una vela. Lo mismo, creo, hace la realidad. ¿Cómo podemos entonces perseguir la verdad?"

Pombal dudaba entre el tacto de un diplomático y la baja astucia de un fiscal de provincia; sentado `en su sillón de gotoso, las manos juntas, mostraba en su cara gorda emociones contradictorias. Tenía el aire de un hombre en perfecto acuerdo consigo mismo.

-Dicen -anunció mirándome con ojos penetrantes- que ahora estás en el *Deuxiéme Bureau* británico. ¿Eh? No contestes nada, sé que no puedes hablar. Yo tampoco podría si me hicieras una pregunta parecida. Tú *crees* que pertenezco al *Deuxiéme Bureau* francés, pero yo lo niego rotundamente. Lo que me pregunto es si debo dejarte vivir en el departamento. Parece un poco... ¿cómo dicen ustedes los ingleses?... Box y Cox. ([1]) ¿No? Quiero decir, ¿por qué no habíamos de vendernos las ideas uno al otro, eh? Ya sé que no lo harías. Yo tampoco. Nuestro sentido del humor. . . Es decir, si estamos en el... ¡ejem!. Pero por supuesto, tú lo niegas y yo lo niego. Así que no estamos. Tu orgullo no te impedirá compartir mis mujeres, ¿eh? *Autre chose.* Un trago, ¿eh? La botella de gin está por ahí. La escondo por Hamid. Claro, sé que algo pasa. No desespero de descubrirlo. Algo... Me gustaría saber... Mountolive, ¿eh ?

-¿Qué has hecho con tu cara? -dije para cambiar de tema. Desde hacía un tiempo se dejaba crecer el bigote. Se llevó la mano al labio superior a la defensiva, como si mi pregunta fuera una amenaza de afeitárselo a la fuerza.

-Mi bigote, ah, eso! Bueno, los últimos tiempos me han hecho tantas críticas por mi trabajo, por mi manera de faltar, que me analicé profundamente, *á fond.* ¿Sabes cuántas horas viriles me hacen perder las mujeres? No lo adivinarás nunca. Pensé que el bigote (es horrible, ¿verdad?) las alejaría un poco, pero no. Es lo mismo. Es un tributo, querido, pero no a mi encanto, sino al bajo nivel de la competencia. Me quieren a mí porque no hay nada mejor. Les gusta un diplomático... ¿cómo dicen ustedes *faisandé? ¿De* qué te ríes? Tú también pierdes una cantidad de horas con las mujeres. Pero tú tienes el Gobierno Británico a la espalda... la libra, ¿eh? Hoy estuvo otra vez esa muchacha. *¡Mon Dieu,* tan delgada, tan desamparada! La invité a comer pero no quiso quedarse. ¡Y qué embrollo en tu cuarto! Toma hachís, ¿verdad? Bueno, cuando me vaya a Siria para las vacaciones, podrás ocupar todo el departamento. Con tal de que respetes mi pantalla de chimenea ... es una obra de arte, ¿eh?.

---

[1] Personajes de una farsa de Morton, que comparten una habitación en la cual nunca se encuentran, pues uno de ellos, que es sereno nocturno, entra cuando el otro sale. (N. *del T.)*

Había mandado hacer una inmensa y abigarrada pantalla de chimenea para el departamento, que llevaba la leyenda pirograbada: "LÉGÉRETÉ, FATALITÉ, MATERNITÉ."

-Ah -prosiguió-, eso es lo que se llama arte en Alejandría. En cuanto a esa Justine, es bastante bárbara para tu gusto, ¿no? Apuesto a que ... ¿eh? No me lo digas. Enronces ¿por qué no eres más feliz? Ustedes los ingleses, siempre lúgubres y llenos de política. *Pas de remords, mon cher... Dos* mujeres en tándem... ¿se puede pedir algo mejor? Y una zurda, como llama Da Capo a las lesbianas. ¿Conoces la reputación de Justine?. Pues yo, renuncio a todo...

Y Pombal se deja ir alegremente por el lecho poco profundo del río de su experiencia, mientras yo contemplo desde el balcón el cielo que se oscurece sobre el puerto y escucho los tristes mugidos de las sirenas de los barcos, subravando nuestra soledad aquí, lejos del cálido Gulf Stream de los sentimientos e ideas europeos. Todas las corrientes derivan hacia la Meca o hacia el desierto incomprensible, y el único lugar habitable de este lado del Mediterráneó es la ciudad donde hemos venido a vivir, y la odiamos, le contagiamos el desprecio que sentimos hacia nosotros mismos.

Y entonces veo a Melissa abajo, caminando por la calle, y mi corazón se aprieta de compasión y alegría, y salgo a abrir la puerta del departamento.

Estos días apacibles, deslumbrantes en la isla, son el comentario apropiado a las ideas y sentimientos de un hombre que se pasea solitario por las playas desiertas, o cumple las tareas humildes de una casa sin madre. Pero ahora llevo conmigo a todas partes los comentarios de Balthazar, cuando cocino, o enseño a nadar a la niña, o corto leña para la chimenea. Pero todas esas ficciones viven como una proyección de la ciudad blanca cuyo cielo nacarado sólo interrumpen en primavera los fustes cándidos de los minaretes y las bandadas de palomas que giran en nubes de plata y amatista; la ciudad en cuyo puerto las aguas de mármol negro reflejan los hocicos de los barcos de guerra que describen lentos arcos indicando los vientos dominantes, o absorben sus reflejos de tinta, tocándose, acumulándose como las lenguas, las sectas y las razas sobre las cuales ejercen una vigilancia inquieta: encarnación de la conciencia occidental cuyo símbolo de poderío es el acero, esos cañones que predican, siniestros, contra el metal amarillo del lago, contra la ciudad que se abre como una rosa en el crepúsculo.

SEGUNDA PARTE

VI

"¡Pursewarden!", escribe Balthazar.

No diré que usted ha sido menos que justo con él, sino tan sólo que sus páginas no logran resucitar la imagen del hombre que conocí. Parece resultarle una especie de enigma. (Quizá no baste respetar el genio de un hombre; hay que tenerle cierto afecto, ¿no le parece?) Puede ser que la envidia de que usted habla le haya impedido ver sus cualidades, pero lo dudo un poco; me parece muy. difícil envidiar a alguien que era tan sincero y además tan simplote en cierto sentido, al punto de pasar por un verdadero original (por ejemplo: el dinero le aterraba). Admito que yo lo consideraba un gran hombre y que lo conocía bien, aunque no haya leído hasta ahora ninguno de sus libros, ni siquiera la última trilogía que dio tanto que hablar, aunque en sociedad.afirmo haberlo hecho. Los he hojeado por partes. Creo que no necesito leer más.

He escrito algunas notas sobre él no para contradecirlo a usted, hombre lleno de sabiduría, sino simplemente para que pueda comparar dos imágenes diferentes. Pero si usted se equivocaba con respecto a Pursewarden, no menos errado estaba Pombal que siempre le atribuyó ese *humeur noire* tan caro a los franceses. No había hipocondría en él y su. aparente cansancio del mundo no era fingido; sus crueldades verbales eran el resultado de una simplicidad absoluta y de un conocimiento del mal no siempre agradable. Pombal nunca se repuso, creo, de que lo hubiera llamado *"Le prépuce barbu";* y si me lo permite, usted nunca le perdonó las críticas que hizo de sus novelas. ¿Recuerda? 'Hay en esos libros una pizca curiosa y bastante repugnante de crueldad, una falta de humanidad que al principio me desconcertó. Pero así es como los sentimentales disfrazan su debilidad. La crueldad es aquí el anverso del sentimentalismo. Hiere porque tiene miedo de ablandarse.' Desde luego, usted tiene razón cuando dice que Pursewarden despreciaba el amor de usted por Melissa, y el sobrenombre que le dio utilizando sus iniciales también debe de haberle ofendido (Lineamentos del Gratificado Deseo). 'Ahí va el viejo Lineamentos con su impermeable mugriento.' Una broma de mal gusto, lo reconozco. Pero nada de eso tiene demasiada consistencia".

Estoy vaciando un cajón lleno de viejos recuerdos y notas para encontrar en cierto modo a Pursewarden en el papel; hoy es día de fiesta y la clínjca está cerrada. Es una tarea arriesgada, lo

admito, pero ghizá pueda responder a una pregunta que usted debe de haberse planteado cuando leyó las primeras páginas del Comentario: '¿Cómo es posible que Pursewarden y Justine.. . ?' Yo lo sé.

Había estado ya dos veces en Alejandría antes de conocernos, y había pasado todo un invierno en Mazarita trabajando en un libro; pero esa vez regresó para dar una serie de conferencias en el Atelier, y como Nessim, Clea y yo formábamos parte del comité, no pudo evitar ese aspecto de la vida alejandrina que más le encantaba y deprimía al mismo tiempo. En una carta a Mountolive dice:

"Mi querido David:

Me enteré por los periódicos que lo han nombrado Plenipot. Me gusfaría haber sabido que usted venía. Me hubiera quedado en lugar de estar preparándome para la partida. ¡Maldición! Pero francamente Egipto es un lugar poco envidiable ahora que se ha disuelto la Alta Comisión. Grandes broncas entre lo que queda de los Organismos, y nadie que oficie de árbitro. Tendrá usted buenos dolores de cabeza, si viene -¿a comienzos de la primavera, supongo?-. Como de costumbre, he caído hen desgracia por haber descuidado mis obligaciones y haber emitido opiniones tajantes acerca de lo que habría que hacer. Realmente, no tengo nada que perder. Y su Cancillería es una casa de locos. Errol, un par laborista, el más extraño de todos los ejemplares, inflamado de celo e ignorancia, y Donkin, que se ha dejado crecer la barba y se ha convertido al islamismo... Pero no quisiera asustarlo demasiado. Mi contrato termina en abril, mis opiniones no son bien vistas aquí, y por lo tanto preveo un traslado. Para serle franco, no me importa. Pero sería divertido darle la bienvenida en este juego de bolos político donde todo está patas arriba. Si bien el trabajo es horrible, en cambio tendrá usted una Alejandría tal como ha sido y será siempre: Babilonia de taracea. Naruz, Nessim y su invisible y excéntrica mamá ... Podría contarle algunas cosas sobre ellos, pero no por escrito. Si me despiden, trataré de llegar hasta usted por valija diplomática. ¿Cuándo se va de Rusia? Mande una tarjeta postal. Tengo que hablarle antes de que aparezca, porque estoy en el secreto de una cantidad de cosas que ocurren bajo cuerda y acerca de las cuales su bendita Cancillería no sabe nada.

Suyo,

L. P.”

Sus rasgos físicos, tal como los recuerdo: guapo, de talla mediana, fuerte sin ser corpulento. Pelo castaño y bigote pequeño, muy pequeño. Manos extremadamente cuidadas. Una sonrisa bondadosa, pero un aire zumbón, casi imperfinente cuando no sonreía. Sus ojos de color avellana eran lo mejor de su cara, tenían una manera de clavarse en las pupilas, en los pensamientos de los demás con un verdadero candor, o más bien con una especie de lucidez aterradora. Era un poco descuidado

en el vestir, pero de una limpieza meticulosa, y detestaba las uñas y los cuellos sucios. Sí, pero en sus trajes había a veces manchas de la tinta roja que utilizaba para escribir. ¡Ahí lo tiene!.

Creo que su sentido del humor lo había separado del mundo, encerrándolo en un universo personal, o que más bien había descubierto por cuenta propia la inutilidad de tener opiniones, y en consecuencia se había acostumbrado a decir lo contrario de lo que pensaba, en broma. Era un ironista, de ahí que muchas veces pareciera violar el sentido común; de ahí también su aire equívoco, la aparente frivolidad con que hablaba de las cuestiones importantes. Esa especie de payasada seria deja señales en una conversación. Sus frases más insignificantes quedaban como marcas de arañazos en un pan de manteca. A las estupideces respondía con una sola palabra: 'cuac'.

Pensaba, creo, que el éxito es inherente a la grandeza. Su falta de éxito (el poco dinero que le dio su obra iba a parar a manos de su mujer y de sus dos hijos que vivían en Inglaterra) le hacía dudar de su talento. ¿Quizá hubiera debido nacer en los Estados Unidos? No lo sé.

Recuerdo el día que fui a esperarlo al puerto; Keats, jadeante, se proponía entrevistarlo. Llegamos tarde y lo encontramos llenando una ficha de inmigración. En la columna de 'religión' puso: '*Protestante, solamente en el sentido de que protesto.*'

Lo llevamos a beber una copa para que Keats pudiera interrogarlo a sus anchas. El pobre muchacho estaba completamente desconcertado. Pursewarden tenía una sonrisa especial para la prensa. Todavía conservo la foto que Keats tomó aquella mañana. El tipo de sonrisa que podía haberse cuajado en la cara de un bebé muerto. Más tarde llegué a conocerla: significaba que estaba a punto de atentar contra el sentido común por medio de una ironía. Sólo trataba de divertirse a sí mismo, recuérdelo. Keats resoplaba y se sofocaba, trataba de parecer 'sincero' y sagaz, pero era inútil. Tiempo después le pedí una copia dactilografiada de la entrevista, y me la dio con su aire perplejo, explicando que no había nada 'nuevo' sobre el hombre. Pursewarden había dicho cosas tales como: 'Es obligación de todo patriota odiar a su país de una manera creadora', y luego: 'Inglaterra clama por burdeles.' Esta última frase escandalizó un tanto al pobre Keats, quien le preguntó si 'el libertinaje desencadenado' sería recomendable en Inglaterra. ¿Pretendía Pursewarden socavar la religión?

Todavía veo al escribir esto el aire malicioso con que mi amigo replicó en tono escandalizado: -¡Por Dios, no! Quisiera simplemente poner fin a la crueldad con los niños, característica tan lamentable de la vida inglesa, así como a la pasión abyecta por los animales, rayana en la obscenidad-. Keats había tenido que tragarse todo abriendo grandes ojos mientras tomaba notas

estenográficas, y Pursewarden contemplaba él horizonte. Pero si el periodista había encontrado enigmáticas esas frases, las respuestas a sus preguntas de carácter político lo desconcertaron doblemente. Por ejemplo, cuando le preguntó qué pensaba de la conferencia de la Comisión Árabe que debía inaugurarse en El Cairo ese día, Pursewarden respondió:

-Cuando los ingleses saben que están equivocados, su único recurso es escurrir el bulto.

-¿Debo entender esa: frase como una crítica a la política inglesa?

-De ningún modo. La ciencia de nuestros estadistas no tiene fallas.

Keats se apantalló vigorosamente y abandonó de inmediato la política. A la pregunta: -¿Piensa escribir una novela durante su estancia en Alejandría?, Pursewarden respondió:

-En caso de que todas las demás satisfacciones me sean negadas.

Más tarde Keats, pobre diablo, enjugándose siempre la frente rosada, dijo: -¿Tipo complicado, no? -Pero lo curioso es que no era así. ¿Dónde puede refugiarse un hombre que piensa de verdad, en este mundo presuntamente real, si no se defiende de la estupidez mediante el ejercicio constante del equívoco? ¿Eh? Sobre todo un poeta. Una vez dijo: -Los poetas no toman realmente en serio las ideas o las gentes. Las consideran como el Pachá su harén bien provisto. Son bonitas, sí. Prestan utilidad. Pero no se trata de que sean verdaderas o falsas, de que tengan o no un alma. De esta manera el poeta preserva la frescura de su visión y encuentra todo milagroso. Y eso es lo que quería decir Napóleón cuando definía a la poesía como una *science creuse.* Tenía toda la razón del mundo desde su punto de vista.

Ese espíritu robusto estaba lejos de ser atrabiliario, aunque sus juicios eran contundentes. Lo he visto tan conmovido describiendo el avance de la ceguera de Joyce y la enfermedad de D. H. Lawrence, que palidecía y le temblaba la mano. Una vez me mostró una carta en que Lawrence le decía: *'Siento en usted una especie de profundidad ... casi de odio hacia lo más recóndito y profundo de las cosas, hacia los dioses oscuros...* Lanzó una risita. Sentía un profundo afecto por Lawrence, pero no vaciló en responderle con las siguientes palabras en una tarjeta postal. ,.'Mi, *querido DHL: Esa idolatría lateral... Trato simplemente de no imitar su costumbre de construir un Taj Mahal alrededor de una cosa tan sencilla como un buen coito.*

Una vez dijo á Pombal: *-0n fait Pamour pour mieux refouler et pour décourager les autres -y* añadió-: Lamento muchísimo no

saber jugar al golf. -A Pombal siempre le llevaba su tiempo interpretar esos *non sequiturs. -Quel malin, ce type-lá! ,* murmuraba entre dientes. Entonces y sólo entonces Pursewarden se permitía una risita por haberse apuntado un tanto a su favor. Formaban una pareja magnífica y solían beber juntos largos tragos.

Su muerte afectó mucho a Pombal, realmente lo abrumó; se pasó quince días en cama. No podía hablar de él sin que le asomaran las lágrimas, y esto lo ponía furioso. -Nunca me hubiera imaginado que quería tanto a ese tipo-, decía... Me parece escuchar la risita de Pursewarden. No, -su opinión sobre él es errónea. Su objetivo favorito era 'horribiloso', por lo menos es lo que me dijo.

Sus conferencias públicas eran decepcionantes, como usted recordará. Un día descubrí por qué. Las sacaba de un libro. ¡Eran conferencias de otrosl Pero una vez que lo llevé a la escuela judía y le pedí que hablara a los alumnos de la Sección Literatura, estuvo delicioso. Empezó por enseñarles juegos de naipes y luego felicitó al ganador del premio literario, haciéndole leer en voz alta el ensayo elegido. Después pidió a los niños que escribieran en sus cuadernos tres cosas que podrían serles útiles algún día, si no las olvidaban.

Eran las siguientes:

1. Cada uno de los cinco sentidos encierra un arte...
2. En materia de arte debe observarse gran reserva.
3. El artista debe atrapar el menor soplo de viento.

Luego sacó del bolsillo de su impermeable un enorme paquete de caramelos sobre los cuales se precipitaron todos, incluso él, y así terminó la clase de literatura que más éxito tuvo en la escuela.

Tenía algunas costumbres infantiles, se hurgaba la nariz y se complacía en sacarse los zapatos debajo de la mesa en el restaurante. Recuerdo cientos de reuniones alegradas y enriquecidas por su naturalidad y su sentido del humor, pero no tenía miramientos con nadie y se ganaba enemigos. Una vez escribió a su querido DHL: *'Maitre, Maitre, mire dónde pisa. Nadie puede ser rebelde demasiado tiempo sin terminar en autócrata.'*

Cuando quería criticar una mala obra de arte decía en tono de cálida aprobación: -Muy eficaz. -Era una finta. El arte no le interesaba tanto como para ponerse a discutir con los demás ('perros que olisquean una perrita demasiado chica para montarla'), y entonces decía: -Muy eficaz. -Un día que estaba borracho, añadió: -Es eficaz en el arte lo que fuerza la emoción del público sin alimentar su sentido de los valores.

¿Comprende? ¿Comprende?

Todo esto debió de producir en Justine. el efecto de una gran perdigonada, causándole una dispersión de los sentidos y dándole, por primera vez,- algo que había desesperado siempre de encontrar: la risa. ¡Imagínese el efecto de un toque de ridículo en una Emoción Elevada! -En cuanto a Justine -me dijo Pursewarden en una borrachera-, la considero el viejo y cansador torniquete sexual por el cual probablemente tengamos que pasar todos ... una especie de Venus alejandrina con algo de .zorra. ¡Por Dios, qué mujer sería si tuviera naturalidad.y no se sintiera culpable! Su conducta merecería la atención del Panteón, pero no se puede mandar allá, con una simple recomendación del rabino, a esa pululación de delirios del Antiguo Testamento. ¿Qué diría el viejo Zeus? -Viendo mi mirada de reproche por esas crueldades, añadió un poco avergonzado: -Discúlpeme, Balthazar. Simplemente, no me atrevo a tomarla en serio. Un día le diré por qué.

Por su parte Justine hubiera querido tomarlo en serio, pero él se negaba rotundamente a despertar simpatía o a compartir una soledad que le daba tanta calma y dominio de sí mismo.

Y Justine, como usted sabe, no podía soportar la soledad.

Recuerdo que él debía pronunciar en el Cairo unas conferencias en varias agrupaciones afiliadas a nuestra Sociedad Artística, y Nessim, . que estaba ocupado ese día, pidió a Justine que lo llevara en el coche. Así fue como hicieron juntos ese viaje que fue una especie de proyección ridícula, en sombras chinescas, de una aventura amorosa, como la fotografía de un paisaje hábilmente proyectada por una linterna mágica, aventura provocada, por extraño que pueda parecer, no por Justine,, sino por un enredador aun más terrible: el novelista mismo. '¡Verdaderos títeres!'

En aquella época estaba sumergido hasta la cabeza en su nueva novela, y como siempre, descubría que su vida, de una manera un poco deformada, comenzaba a seguir la curva de su libró. Explicaba esto diciendo que toda concentración de la voluntad desplaza la vida (el agua del baño de Arquímedes) y desvía su curso. Pensaba que la realidad siempre trata de imitar la imaginación del hombre, de la cual emana. Esto le demuestra que por debajo de sus muchas payasadas había un individuo serio, con ideas y creencias muy justas. Pero además, aquel día había bebido copiosamente, como siempre que trabajaba. Entre dos libros, no bebía una gota. Sentado en el gran automóvil junto a ella, hermosa como el mascarón de proa de una nave egea, con sus grandes ojos negros y su cara pintada, tuvo la sensación de que su libro pasaba rápidamente por debajo de su vida, de la misma manera que el imán, en la experiencia clásica que se hace

en la escuela, atrae las limaduras de hierro bajo una hoja de papel trazando en ella las líneas del campo magnético.

No era de los que hacen la corte, recuérdelo, y si trató de acercarse a Justine fue simplemente para poner a prueba algunas réplicas y actitudes, para verificar ciertas conclusiones a las que había llegado en el libro, antes de enviarlo a la imprenta, por así decirlo. Después, claro está, se arrepintió de no haberse contenido. En aquella época trataba de escapar a los absurdos preceptos de la forma narrativa en prosa: 'Dijo él', 'Respondió ella', 'Guiñó un ojo, soltó. una bofetada, levantó perezosamente la cabeza, etc.' ¿Era posible, había logrado 'crear' un personaje sin la ayuda de esos 'apoyos? Se lo preguntaba, sentado allí, en la arena. ('Las pestañas proyectaban su sombra en las mejillas. *Merde alors*! ¿Había escrito eso?) Las espesas y negras pestañas de Justine eran como... como ¿qué? Por eso sus besos eran sinceros y apasionados de veras, aunque se los daba distraídamente, porque en realidad no estaban destinados a ella. (Una de las grandes paradojas del amor. La concentración en el objeto amado y la posesión son los venenos.) Y Pursewarden le demostró que era ridícula con una serie de bromas tan desarmantes y conmovedoras que Justine se sorprendió riendo con un alivio que parecía casi pecaminoso. En cuánto a ella, no .sólo la piel y el pelo de Pursewarden eran frescos, y hacía el amor con pereza y cinismo, sino que era dueño de sí mismo de una manera extraña. Desper taba en Justine una curiosidad apasionada que hasta entonces no había conocido. Y además, ¡qué cosas decía! -Por supuesto, he leído *Moeurs y* te he reconocido cien veces en el principal personaje trágico. Está muy bien, es la obra de un *lettré* nato, desde luego, y despide un elegante olor a sobaco y *eau de javel.* Pero seguramente todo eso halaga tu vanidad, ¿no? Tienes la impertinencia de imponértenos como problema... ¿quizá porque no puedes ofrecer otra cosa? Es una locura. ¿O tal vez los judíos aman el castigo y siempre piden más?- Para tomarla brusca y firmemente por la nuca y tumbarla en la arena caliente antes de que ella tuviera tiempo de medir el alcance del insulto o de pensar una respuesta. Y luego, mientras la besaba, decirle algo tan grotesco que la risa y el llanto se mezclaran en una sola sensación dolorosa.

-¡Por el amor de Dios! -dijo Justine, decidida a darse por ofendida. Había sido demasiado rápido para ella. La había sorprendido mientras estaba semidormida en espíritu, por así decirlo.

-¿No querías hacer el amor? ¡Ha sido un error mío! "Ella lo miró, un poco desarmada por su gesto de falso arrepentimiento. -No, claro que no. Sí -algo en su interior repetía 'Sí, sí'. Un contacto sin impresiones digitales, algo tan fácil como navegar en un bote o zambullirse en aguas profundas: -¡Tonto! -exclamó, y para su sorpresa se echó a reír. ¿Una conquista por descaro? No sé. Me limito a exponer mis conjeturas.

Más tarde Justine se lo explicó diciéndose a sí misma que para él el sexo era lo más próximo a la risa -sin ninguna característica propia, ni sagrada, ni profana-. El mismo Pursewarden ha escrito que lo consideraba cómico, siniestro y divino a la vez. Pero ella no podía captar y definir la cosa como lo deseaba, pues cuando le dijo: -Eres incurablemente promiscuo, como yo -él se enojó de verdad, se sintió ofendido. --Imbécil -replicó-, tienes un alma de modistilla. Para quienes aman la poesía, el *vers libre* no existe. -Justine no comprendió estas palabras. -Oh, deja de comportarte como un viejo alfiletero obsceno y piadoso en el cual todos nosotros tenemos que clavar las agujas oxidadas de nuestra admiración -estalló Pursewarden. Y en su diario añadió secamente: Las falenas se sienten atraídas por la llama de la personalidad. Los vampiros también. Los artistas deberían tomar nota y cuidarse.' Y frente al espejo se insultó por su debilidad, por haberse dejado llevar a lo que más le fastidiaba: una relación íntima. Pero en el rostro dormido de Justine vio también la niña que habitaba en ella, 'la huella de un helecho en una roca cretácea'. Entoncesvio cómo debía de haber sido en su primera noche de amor: cabellera deshecha y esparcida en la almohada, negra paloma esponjada, dedos como zarcillos, boca caliente aspirando la atmósfera del sueño; caliente como un bizcocho recién sacado del horno. -Ah, maldición -exclamó.

Luego, acostado con ella en un hotel lleno de gentes de Alejandría que podían ser fáciles testigos de su temeridad y transmitir las noticias a la ciudad de donde habían salido juntos esa mañana, Pursewarden se puso a blasfemar otra vez. Como usted sabe, tenía mucho que ocultar. No era lo que parecía. Y en ese momento no quería echar a perder sus relaciones con Nessim. ¡Mujer del diablo! Me parece oír su voz.

-Ecoute ...

-Rien. . . silente.

-Mais chéri, nous sommes seuls. -Todavía estaba adormilada. Vio que la puerta estaba cerrada con llave, y por un momento le desagradaron sus temores burgueses; ¿tenía miedo de intrusos, de espías, de un marido?

-Qu'est-ce que c'est?

-Ie m'écoute moi-mime. -Ojos amarillos sin la menor huella perceptible de divinidad; un esbelto ídolo de piedra, con un bigote hirsuto. ¿Vidas pasadas? *'Le coeur qui bat.'* Burlón, canturreó una canción popular.

"Tu n'es pas une femme pour moi-pas dans mon genre.

Justine se sintió como un perro apaleado, sobre todo porque un momento antes Pursewarden la había besado y abrazado, sumiéndola en sucesivas imágenes de dolor y placer con una insistencia que, ahora lo sabía, emanaba de su pasión y no de su persona.

-¿Qué quieres? -dijo Justine, y le dio una bofetada en mitad de la cara para recibir en seguida la réplica quemante en su propia mejilla, como la espuma de una ola cayéndole encima. Y entonces Pursewarden empezó de nuevo a bromear, al punto de que Justine no pudo contener la risa. Todo esto figura en el tercer volumen (el pasaje de la prostituta se basa en estos incidentes). Lo encontré al hojear la obra.

Esa costumbre inquietante de traducir los sentimientos en gestos que desmentían las palabras y en palabras que desmentían los gestos, la confundía y desorientaba. Necesitaba que alguien le dijera si debía reír o llorar.

En cuanto a Pursewarden, creía como Rilke que ninguna mujer añade nada a la esencia de la Mujer, y por saciedad había buscado refugio en la abundancia de la imaginación -el verdadero tesoro del artista-. Por eso quizá pasaba por frío e insensible a los ojos de Justine. -En el fondo, tiene algo de pequeño y asqueroso pastor anglicano -le dijo, y él meditó gravemente en el valor de está observación. -Quizá -respondió, añadiendo después de una pausa-: Pero tu falta de sentido del humor te ha convertido en upa enemiga del placer. La enemiga. Tú te entregas a la experiencia con premeditación. Yo soy mucho más pagano. -Y se echó a reír. No hay nada más cruel a veces que la franqueza.

Como dice en su libro, y yo también lo creo, estaba enfermo 'de todo el barro que salpican las ruedas de la vida'. Había procurado quitárselo, limpiarse lo mejor posible. ¿Iba a cargar ahora con el fardo de las inquisiciones y los ardores de una Justine, con la ciénaga de una personalidad que él, de una manera divertida, había conseguido trascender? '¡Por Dios, no!', se dijo. ¿Se da cuenta qué idiota era ?

Su vida había sido variada y plena, y había ocupado algunos cargos en algún departamento político del Foreign Office, relacionados sobre todo, supongo, con relaciones culturales. Su trabajo le había obligado a vivir en varios países y hablaba corrientemente por lo menos tres lenguas. Se había casado y tenía dos hijos, pero estaba- separado de su mujer -y nunca hablaba de ella sin tartamudear- aunque sospecho que se escribían siempre con afecto y él le enviaba escrupulosamente dinero. ¿Qué más? Ah, sí, su verdadero nombre, Percy, le fastidiaba un poco por la aliteración, supongo; per eso usaba Ludwig para firmar sus libros. Le encantaba que sus crítiVos le atribuyeran un origen alemán.

Creo que lo que más espantaba y regocijaba a Justine era su repudio un tanto despreciativo de Arnauti y su obra, *Moeurs.* Pero no se engañe, también en esto Pursewarden exageraba; en realidad admiraba mucho el libro. Pero solía utilizarlo como una vara para apalear a . Justine, describiendo a su marido como 'un aburtido llavero psicoanalítico del que cuelgan numerosos complejos oxidados'. Debo decir que Justine estaba encantada. Como usted ve, había encontrado alguien que no se atiborraba de jerga psicoanalítica y se negaba a considerarla un Caso. Naturalmente, Pursewarden, pobre idiota, trataba simplemente de librarse de ella, y no había elegido un buen sistema. Sin embargó, como médico certifico que los insultos pueden dar resultado terapéutico allí donde la medicina ha fracasado,, En realidad, si Justine hubiera logrado despertar su interés, habría podido aprender mucho de-las lecciones de Pursewarden. Extraño, ¿eh? A decir verdad, era ea cierto modo el hombre para ella, pero como usted- sabe, es una ley del amor que la persona que es para uno siempre llega, demasiado temprano o demasiado tarde. Pursewarden le retiró sus favores tan bruscamente, que apenas tuvo tiempo. de. medir toda la fuerza de su personalidad.

Pero en la época a que me refiero, él la insultaba encarnizadamente en un inglés o francés muy preciosos y personales (tenía algunos neologismos preferidos que se complacía en usar; uno de ellos era el sustantivo 'bogue' que había acuñado a partir de 'bogus' ([2]); *c'est de la grande bogue ça o 'what bloody bogue')* - la insultaba, si así puede decirse, simplemente para desalentarla-. Debo decir que me cuesta contener la risa cuando lo pienso: era tan fácil desalentar a Justine como a un equinoccio; no estaba dispuesta á abandonar el experimento antes de haber aprendido lo más posible acerca de sí misma. ¡Rapacidad judía! Pursewarden era como el Doctor Foster de la *nursery rhyme.*

Para ella, el desapego de Pursewarden probaba la frescura de su corazón. Justine no había conocido nunca a nadie que no la deseara o que pudiera prescindir de ella. Hacer el amor con una persona como Pursewarden despertaba toda clase de resonancias nuevas. (¿Estoy inventando todo esto? No. Los conocí bien a los dos y tuve ocasión de hablar con cada uno de ellos sobre el otro.) Además, sabía hacerla reír -lo cual es muy peligroso, pues la risa es lo que las mujeres más aprecian, después de la pasión-. ¡Fatal! No, no se equivocaba cuando se dijo a sí mismo frente al espejo: 'Ludwig, eres un imbécil.'

Peor aun, su crueldad burlona la ofendía, después de hacer el amor, por ejemplo, pensaba algo como esto: 'Hacer el amor es para él algo tan sencillo como un impulso domés_ tico cjue se convierte en hábito, como limpiarse los zapatos en el felpudo.' Luego, inesperadamente, caía alguna frase zumbona en el estilo de: -Todos buscamos a alguien digno de ser amado para serle

[2] Falso, espurio. (N. *del T.)*

infiel... ¿te creías original, quizá? -O si no: -¡La raza humana! Si no puedes gozar con el que tienes a mano, pues... cierra los ojos e imagina que estás con el que no has podido conseguir. ¿Quién sabe? Es perfectamente legal y secreto. ¡El verdadero matrimonio de las almas! -Estaba junto al lavabo enjuagándose los dientes con vino blanco. Lo hubiera matado por ese aire alegre y dueño de sí mismo que tenía.

Al volver del Cairo tuvieron varias peleas. -En cuanto a tu - presunta enfermedad ... ¿nunca pensaste que provenía quizá de una ardiente compasión por ti misma? -Se puso tan furiosa que estuvo a punto de incrustarse con el coche en un árbol del camino. -Anglosajón asqueroso... -le gritó, a punto de echarse a llorar-. ¡Bruto!

Y él pensó para sí: '¡Bendito sea Dios! Nos estamos peleando como novios. Pronto nos casaremos y viviremos en sórdida compatibilidad, gozando en sacarnos mutuamente los puntos negros de la nariz. ¡Uf! Espantosa isogamia de la Pareja Perfecta. Perce, lo has hecho una vez y vuelves a las andadas.' Puedo reconstruir sus pensamientos porque siempre hablaba consigo mismo en este estilo cuando estaba borracho o a solas.

-Si tratas de pegarme -le respondió alegremente-, habrá bronca. -Y pensó que podría incluirla en un cuento breve y amargo. -Lo que necesitamos para acreditar al sexo en el arte - murmuró-, es un coeficiente de revulsión-. Ella seguía furiosa. - ¿Qué estás mascullando? -le preguntó. -Mis oraciones - respondió Pursewarden.

Lo mejor que le quedaba de sí misma después de hacer el amor no era asco ni desesperación, como suele ocurrir, sino risa; y aunque estuviera furiosa con Pursewarden no podía dejar de sonreír de los absurdos que él decía, aun comprendiendo con angustia que él, como hombre, era intocable, inalcanzable y que ni siquiera llegaría a spr un amigo, a menos que ella aceptara sus condiciones. Pursewarden ofrecía un ardor sin camaradería, sin compasión, que de una manera extraña hacía estremecedores sus besos. Eran besos saludables como el mordisco de un niño hambriento en una manzana al horno. Y al mismo tiempo que lo deploraba, otra parte de sí misma (había una mujer honesta en un rincón de su alma) se sorprendía deseando que él nunca saliera de su atrincheramiento. Como todas las mujeres, Jus tine detestaba a aquellos de quienes podía estar segura; y usted recordará que hasta entonces nunca había. conocido a nadie que pudiera ser admirado sin restricciones -aunque usted lo encuentre extraño-. Por fin había alguien a quien no podía castigar con sus infidelidades -novedad intolerable pero deliciosa-. Las mujeres son muy estúpidas, pero también muy profundas.

Justine estaba sorprendida de las emociones que Pursewarden era capaz de provocarle. Cosas muy sencillas: por ejemplo, descubrió que

su amor se extendía a los objetos inanimados, como la vieja pipa de espuma de mar con su caño mordisqueado. O el viejo sombrero, tan abollado o desteñido por el tiempo, que colgaba detrás de la puerta como un retrato de su dueño. Se dio cuenta de que adoraba los objetos que él había tocado o rechazado. Se sintió en una especie de furioso cautiverio mental cuando se descubrió acariciando uno de los viejos cuadernos de Pursewarden como si fuera su cuerpo, o siguiendo con el dedo las palabras (de Siendhal) que él había escrito en el espejo con la brocha de afeitarse: 'Es preciso tener el coraje de mirar de frente un pequeño esqueleto si se quiere descubrir un principio desconocido', y 'Las grandes almas necesitan alimento'.

Una vez que descubrió a una prostituta árabe en la cama de Pursewarden (mientras él se afeitaba en el otro cuarto silbando un aria de Dónizetti), se sorprendió de no sentir celos sino curiosidad. Se sentó en la cama y sujetando los brazos de la pobre muchacha contra la almohada, empezó a acosarla a preguntas sobre lo que había sentido al hacer el amor con él. Naturalmente, la prostituta se asustó muchísimo. -No estoy enojada -repetía Justine a la mujer que lloriqueaba-, quisiera saber algo. Contesta a lo que te pregunto.

Fue necesario qué viniera Pursewarden para que su visitante recobrara la libertad, tras de lo cual se sentaron los tres en la cama y Justine convidó a la mujer con frutas abrillantadas para calmar sus temores.

¿Debo seguir? Este análisis quizá le haga sufrir, pero si es usted un verdadero escritor, querrá seguir hasta la conclusión, ¿no? Todo esto le muestra hasta qué punto la situación era dura para Melissa...

Si Pursewarden conseguía ponerla furiosa es porque podía interesarse por ella sin sentir el menor afecto. No siempre hacía payasadas ni se mantenía fuera de su alcance; a esto me refiero cuando hablo de su honestidad. El le retribuía con su calidad intelectual: en realidad le reveló el verdadero secreto, el enigma de su conducta. Lo encontrará usted en uno de sus libros. Lo sé porque Clea me lo citó como la declaración más profunda que Pursewarden ha hecho sobre las relaciones humanas. Una noche le dijo: -¿Sabes, Justine? Creo que los dioses son hombres y los hombres dioses; 'se inmiscuyen unos en las vidas de los otros, tratando de expresarse por medio de los demás, de ahí la aparente confusión de nuestros estados espirituales humanos, nuestros indicios de poderes que están dentro o más allá de nosotros... Y además (atención), muy pocos comprenden que la sexualidad es un acto psíquico y no físico. El torpe acoplamiento de los seres humanos no es sino una paráfrasis biológica de esta verdad, un método primitivo de poner los espíritus en contacto, de comprometerlos. Pero la mayoría de las gentes se detienen en el aspecto físico, y no tienen conciencia de la armonía poética que con tanta torpeza el acto trata de mostrar. Por eso las tristes repeticiones del mismo error son sencillamente como una larga y abutrida tabla de multiplicar, y así será mientras no saquemos la cabeza del agujero para ponernos. á pensar con autonomía.

Es imposible describir el efecto que estas palabras tuvieron sobre Justine; difundieron en su vida, en sus actos, un alivio absolutamente nuevo. De pronto vio a Pursewarden bajo una luz distinta, como un hombre al que se podía querer 'de veras'. Por desgracia, él ya le había negado sus favores ...

El siguiente viajé al Cairo decidió hacerlo solo y Justine, inquieta por, su ausencia, cometió el error de escribirle una larga y apasionada carta en la cual trataba de agradecerle desmañadamente una amistad cuyo verdadero valor ella *había ignorado por completo* -otra verdad eterna del amor-. Pursewarden consideró la carta como otra tentativa de inmiscuirse en su vida y le envió un telegrama (yo era el intermediario para la correspondencia. Todavía lo conservo)

"*Primero: nadie puede poseer a un artista, atención. Segundo: ¿de qué sirve la fidelidad del cuerpo si el espíritu es infiel por naturaleza? Tercero: déjate de lloriquear como una árabe, tienes otras cosas que hacer. Cuarto: la neurosis no es una excusa. La salud debe ser conquistada y ganada en la lucha. Por último, ya estará bastante bien si logras no ahorcarte.”*

Justine lo encontró por casualidad una vez que estaba muy borracho en el café Al Aktar; creo que usted y yo acabábamos de salir. ¿Recuerda la ríoche? Había estado bastante insultante. Fue la noche en que traté de explicarle la proposición en nueve puntos de la Cábala. ¡No sabía entonces que usted haría una copia a máquina para enviarla al Servicio Secreto! ¡Qué broma maravillosa! Pero me gusta ver cómo los acontecimientos se superponen, se trepan unos encima de los otros como cangrejos húmedos en una canasta. Apenas habíamos salido, llegó Justine. Ella fue quien lo ayudó a volver al hotel y lo metió en cama. -¡Ah, eres el hombre más desesperante que conozco! -¡Lo sé, lo sé! No soy más que un refugiado de ese interminable dolor de muelas que es la vida inglesa. ¡Es terrible amar la vida al punto de perder el aliento! -Y se echó a reír, risa que fue tapada por la náusea. Ella salió y lo dejó vomitando en el lavabo.

A la mañana siguiente Justine volvió con algunas revistas francesas en una de las cuales había un artículo sobre su obra. Pursewarden sólo llevaba una chaqueta de piyama y un par de anteojos. En el espejo había escrito con crema de afeitar una frase de Tolstoy: `Reflexioné incesantemente en el arte y en todas las formas de tentación que oscurecen el espíritu.'

Pursewarden tomó las revistas sin pronunciar una palabra e intentó cerrarle la puerta en las narices. -No -dijo ella-, voy a entrar. -Él se aclaró la garganta y advirtió: -Es la última vez. Estoy harto de que me vengan a ver como quien visita la tumba de un gatito muerto. -Pero ella lo tomó de los brazos, y Pursewarden dijo en tono más amable: -Una ruptura total y

definitiva, ¿comprendes? -Tenía que celebrar varias entrevistas en el Cairo.

Justine se sentó en una punta de la cama y encendió un cigarrillo, mirándolo como quien contempla un ejemplar raro. -Tengo curiosidad, después de todos tus discursos sobre el dominio de sí mismo y la responsabilidad, de ver hasta qué punto eres un anglosajón, incapaz de terminar lo que empiezas. ¿A qué viene ese aire de clandestinidad? -Aquella era una magnífica línea de ataque.

Él sonrió. -Hoy tengo que trabajar.

-Entonces vendré mañana.

-Estaré con gripe.

-Pasado.

-Iré al jardín zoológico.

--Yo también iré.

Pursewarden empezó a decir groserías; ella comprendió que se había apuntado un tanto y se regocijó. Escuchaba sus melosos insultos mientras golpeaba la alfombra con el pie. -Muy bien -dijo por fin-, ya veremos. (Me temo que se vea usted obligado a conceder un lugar aquí a la comedia esencial de las relaciones humanas. Es tan pequeño el que usted le deja.) -Al día siguiente la puso en la puerta de su cuarto, tomándola del cuello como a un gatito. Al otro, descubrió al despertarse que el gran automóvil estaba detenido una vez más delante de la puerta del hotel.

-*Merde* -exclamó, y, para contrariarla, se vistió y se fue al zoo. Justine lo siguió. Pursewarden se pasó la mañana mirando a los monos con la mayor atención. Ella no pasó por alto el insulto. Lo siguió hasta el banco donde él se sentó a comerse los maníes que había comprado para los monos. Justine se ponía magnífica cuando estaba furiosa, con las aletas de la nariz estremecidas, el impecable traje de piel de tiburón, la flor en el ojal.

-Pursewarden -dijo sentándose a su lado.

-No quieres creerme -respondió él-, mundana asquerosa, hartante. Ahora mismo vas a dejarme en paz. Tu dinero no te servirá de nada.

Este lenguaje prueba hasta qué punto era estúpido. Ella estaba encantada viéndolo tan inquieto. Usted sabe, por supuesto, lo resuelta que es. Pero había una razón -y por debajo de los insultos Justine adivinaba un interés auténtico-, algo que nada tenía que ver con la relación de ellos. Otra cosa. ¿Qué?

Usted habrá observado ya que Justine sabía leer infaliblemente el pensamiento; sentada junto a él, escrutando su cara, dijo como quien descifra un manuscrito confuso: -Nessim. Algo relácionado con Nessim. Tienes miedo... no de él.

-Y entonces, en un relámpago se estableció el contacto intuitivo y soltó bruscamente:

-Hay algo que tiene que ver con Nessim y que no puedes permitirte el lujo de comprometer; comprendo. -Y lanzó un profundo suspiro. -Ah, estúpido, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Tendré que perder tu amistad por eso? Claro que no. Me importa un bledo que quieras o no quieras acostarte conmigo. Pero tú... es diferente. Gracias a Dios he descubierto la cosa.

Pursewarden estaba demasiado asombrado para responder. Esa proeza telepática fue lo que más le sorprendió en ella. Se limitó á mirarla y permaneció largo rato sin decir nada. -¡Ah, cuánto me alegra -continuó Justine-, que todo se haya arreglado tan fácilmente! Y eso no nos impedirá vernos. No tenemos ¯por qué acostarnos juntos si no quieres. Pero por lo menos podré verte. -Otra categoría de 'animal amoroso' que soy incapaz de definir. Ahora se hubiera arrojado al fuego por él.

Los silencios de Nessim habían asumido ya proporciones enormes en el alma de Justine. Se extendían en todas direcciones como el desierto mismo, desalentándola. Y como su naturaleza la llevaba siempre, y aun sin razón, a sentirse culpable, había comenzado a levantar a su alrededor un círculo defensivo de amigos cuyas presencias inocuas podían alejar las sospechas -la pequeña corte de homosexuales como Toto y Amar, cuyas actividades y tendencias eran lo bastante conocidas de todos como para no suscitar animosidadesSe movía como un planeta malhumorado en la vida social de la ciudad, aceptando las atenciones de esos seres neutros a manera de defensa. Era como un general que utiliza las características de la ciudad que quiere defender construyendo círculos concéntricos de terraplenes. No sabía, por ejemplo, que los silencios de Nessim eran un signo de desesperación - y no de incertidumbre, y él no los rompió jamás.

En su manuscrito, usted apenas menciona la cuestión de la niña, y sin embargo yo le dije en una oportunidad que en mi opinión Arnauti había descuidado en *Moeurs* ese aspecto del problema por encontrarlo melodramático. 'Para los que no tienen hijos todas las cosas están desprovistas de resonancia', dice Pursewarden en alguna parte. Pero ahora la cuestión de la niña había llegado a ser tan importante para Nessim como para Justine; era la única manera de conseguir el amor que esperaba de ella, o por lo menos así lo creía. Atacó el problema como una furia, pensando que era la única arma capaz de atravesar la coraza afectiva de su mujer tan hermosa como apática, de la mujer con la que se había casado para colgarla de las muñecas, como una marioneta de sus hilos, en un rincón de su alma

llena de telas de araña. ¡Gracias a Dios, yo, hombre prudente, nunca he conocido el 'amor', ni lo conoceré! ¡Gracias a Dios!

Pursewarden escribe en alguna parte (siempre según Clea) : 'El inglés tiene dos palabras magníficas que ha olvidado: *helpmeet* (compañera) que es mucho más que *lover* (amante), y *loving-kindness* (cariño desinteresado) que es mucho más que *love* (amor) o passion (pasión).'

Un día Justine sorprendió parte de una conversación telefónica y sospechó que Nessim había localizado a la niña o sabía algo que no quería revelarle. En el momento en que ella atravesaba el hall, Nessim colgó el tubo después de decir: -Bueno, cuento con tu discreción; ella no debe enterarse. -¿Enterarse de qué? ¿Quién era 'ella'? No es posible impedir que se saquen conclusiones. En vista de que pasaban los días sin que él aludiera a la conversación, Justine resolvió tomar la delantera. Entonces Nessim cometió el error fatal de negar esa conversación, de decirle que quizá hubiera oído a su secretario. Quizá si hubiera dicho que sus palabras se referían a una cuestión completamente distinta, todo se habría arreglado, pero acusarla de no haber oído esas palabras que habían resonado en sus oídos durante varios días como una campanilla de alarma, resultó fatal.

De golpe Justine perdió su confianza en Nessim y empezó a imaginar toda clase de cosas. ¿Por qué quería ocultarle los indicios que hubiera recogido sobre la niña? En realidad le había prometido hacer todo lo posible para descubrir su destino. ¿Era tan horrible que no se atrevía a mencionarlo? ¿Nessim le diría todo si llegaba a saberlo? ¿Por qué se reservaba sus hipotéticos datos sobre el asunto? No alcanzaba a comprender, pero en el fondo de sí misma sentía que Nessim guardaba esos indicios como en prenda... ¿de qué? ¿De su buen comportamiento?

Pero Nessim, que había destruido con esta última torpeza los últimos vestigios de estima que Justine tenía, se encontraba frente a circunstancias completamente distintas. El mismo había puesto todas sus esperanzas en recobrar a la niña para poder ganar a Justine, y simplemente no se atrevía a decirle -ni siquiera se atrevía a confesárselo a sí mismo, tan doloroso era- que un día, después de agotar todos sus recursos en la búsqueda de la verdad, Naruz le había telefoneado para decirle: -Anoche he visto al Magzub por casualidad, y lo obligué a que me dijera la verdad. La niña ha muerto.

Esto se erguía ahora entre ellos como una gran muralla china, vedándoles todo contacto; y Justine llegó a temer que Nessim quisiera hacerle daño. Entonces llegó usted.

Ay, sí, ahora reaparezco, pues fue por entonces cuando Justine vino a mi conferencia sobre Cavafy y me llevó a conocer al suave Nessim; ¡simple “como un hachazo" que hendió mi vida en

dos! ¡Ahora comprendo con una amargura indecible que ese monstruo se proponía utilizarme con un propósito bien definido, que me arrastró delante de Nessim como el torero arrastra su capa, y todo ello para disimular sus citas con un hombre con quien ni siquiera deseaba acostarse! Pero ya he descrito todo esto tan dolorosamente y con tanto detalle -tratando de no omitir los perfumes y las migajas que darían al cuadro la coherencia necesariaY sin embargo ni siquiera ahora consigo lamentar la extraña y ennoblecedora relación que me impuso -posiblemente ella no tenía conciencia de su fuerza- y en la cual yo aprendería tantas cosas. Sí, es cierto que me enriqueció, pero sólo para destruir a Melissa. Tenemos que mirar las cosas de frente. Me pregunto por qué me entero de todo esto sólo ahora. Mis amigos debían de saberlo desde un principio. Sin embargo nadie dijo una palabra. Pero la verdad es que nadie dice una palabra, nadie interviene, nadie respira mientras el acróbata camina por la cuerda floja; todos se limitan a estar allí, sentados, contemplando el espectáculo, esperando el intervalo para hablar. Y desde otro punto de vista, ¿cómo hubiera podido yo entonces, cegado, apasionadamente enamorado de Justine, recibir esas verdades desagradables? ¿Me hubieran apartado de mi propósito? Lo dudo.

Supongo que Justine me había entregado sólo una de sus numerosas personalidades, a mí, el enamorado tímido y pedante, con las mangas sucias de tiza.

¿Dónde buscar justificaciones? Sólo pienso en los hechos mismos; porque gracias a ellos podré adentrarme un poco más en la verdad central de ese enigma llamado "amor". Veo que la imagen se aleja de mí y ondula en una sucesión infinita como las olas del mar; o bien, más helada que la luna, se levanta sobre los sueños e ilusiones que forjé ion ella --pero, como la luna real, ocultándome siempre uní: cara de la verdad, el lado infernal de una hermosa estrella muerta-. Mi "amor" por ella, el "amor" de Melissa por mi, el "amor", de Nessim por Justine, el "amor" de Justine por Pursewarden: debería haber una larga lista de adjetivos para calificar ese nombre, porque no había dos que tuvieran las mismas características; sin embargo todos contenían una cualidad indefinible, una incógnita común de traición. Cada uno de nosotros, como la luna, tenía un lado oscuro, podía volver la cara mentirosa del "no amor" a la persona que más amaba y más la necesitaba. Y así como Justine se servía de mi amor, Nessim se servía del de Melissa. .. Unos trepándose sobre las espaldas de los otros, arrastrándose "como cangrejos húmedos en una canasta".

Es extraño que no haya una biología de ese monstruo que se complace en los números impares, aunque a juzgar por todas las historias que hemos fabricado sobre él, debería complacerse en los pares: ¡los números perfectos que utiliza la hermética para describir el matrimonio!

¿Qué es lo que protege a los animales y les permite continuar viviendo? Cierto atributo de la materia orgánica. Allí donde hay vida se lo encuentra, es inherente a ella. Como la mayoría de los fenómenos naturales, se caracteriza por la polaridad: hay siempre un polo positivo y uno negativo. El polo negativo es el dolor, el polo positivo el sexo... El mono y el hombre son los primeros animales, con excepción de los domésticos, en los que el sexo puede ser excitado sin necesidad de un estímulo exterior... La consecuencia es que la más importante de todas las leyes naturales, la periodicidad, se ha perdido en la raza humana. La condición orgánica periódica que debía despertar el sentido sexual se ha convertido en una manifestación absolutamente inútil, degenerada, patológica." ([3]) (¡Pursewarden cavilando frente a la jaula de los monos en el jardín zoológico! ¡Capodístria en su formidable biblioteca de libros pornográfiros, magníficamente encuadernados! ¡Balthazar dedicado al ocultismo! ¡Nessim delante de columnas y columnas de cifras y porcentajes!)

¿Y Melissa? Es cierto que estaba enferma, gravemente enferma, de modo que en cierto sentido resulta melodramático decir que la maté o que Justine la mató. Pero nadie puede medir el alcance del dolor que le causé, la negligencia de que he sido culpable. Recuerdo el día en que Amaril vino a verme, sentimental, como un perrazo. Balthazar le había enviado a Melissa para que la viera con rayos X y la tratara.

Amaril era, a su manera, un original y por añadidura un poco dandy. Pistolas de plata para duelo, tarjetas de visita grabadas en su magnífico estuche, trajes cortados siempre a la última moda. Su casa estaba llena de candelabros, y escribía de preferencia en tinta blanca sobre papel negro. Para Amaril el acabóse era poseer una mujer elegante, un galgo de raza o un par de gallos de riña invencibles. Pero era un hombre agradable y no desprovisto de sensibilidad como médico, a pesar de sus debilidades románticas.

Su devoción por las mujeres era su rasgo más característico; se vestía para ellas. Sin embargo, había siempre en su relación con las mujeres una delicadeza, un pudor casi raros en una ciudad donde, al igual que forraje, eran consideradas como un plato de cordero, una ciudad donde las mujeres pedían a gritos que abusaran de ellas.

Pero Amaril las idealizaba, fabricaba romances imaginarios, soñaba siempre con un amor total, una comprensión perfecta con una de las de la tribu. Pero todo era en vano. Nos explicaba tristemente a Pombal o a mí: -No entiendo nada. Antes de que mi amor tenga una oportunidad de cristalizar, se convierte en ura profunda, devoradora amistad. Estas devociones no son para mujeriegos como ustedes, nb las comprenderían. Pero una vez que eso ocurre, la pasión se vuela por la ventana. La amistad nos consume, nos paraliza. Empieza otra clase de amor. ¿Qué es? No lo sé.

[3] De Eugéne Marais, *El alma de la hormiga blanca.*

Una ternura, una *tendresse,* algo que se derrite. *Fondant.* -Se le llenaban los ojos de lágrimas. -Estoy hecho realmente para las mujeres, y ellas me quieren. Pero... -y agitando su bonita cabeza, exhalando el humo de su cigarrillo hacia el techo, añadía sonriendo, pero sin complacencia-: Soy el único hombre de quien todas las mujeres se enamoran y de quien ninguna se ha enamorado nunca. Lo que se dice enamorarse. Soy tan inocente (no hablo del amor sexual, por supuesto) como una virgen. ¡Pobre Amaril!

Y es cierto. Esa devoción por las mujeres fue lo que decidió su especialidad en medicina: la ginecología. Y las mujeres se sienten atraídas por él como las flores por el sol. Les enseña a vestirse y a caminar; les elige los perfumes, el color del lápiz de labios. Además, no hay una mujer en Alejandría que no se enorgullezca de ser vista a su lado; no hay una que, si él *lo pidiera* (pero no lo pide nunca) no engañaría gustosa a su marido o su amante con Amaril. Y sin embargo... sin embargo... En alguna parte se ha interrumpido la conexión, se ha soltado una malla. Los deseos que siente, los deseos sofocantes que asaltan al cuerpo en la ciudad de la sensualidad, los sofoca con vendedoras, con pobres mujeres. Clea solía decir: -Uno tiene la impresión de que le está reservado un destino especial. ¡Querido Amaril!

Sí. Sí. ¿Pero qué? ¿Qué clase de destino le está reservado a un hombre tan romántico, tan devoto de las mujeres, tan afectuoso, tan atento, tan paciente? Me hago estas preguntas cuando lo veo con su elegante sombrero, sus guantes, llevando a Balthazar al hospital en su coche para una operación...

Amaril trazó un cuadro del estado de Melissa limitándose a añadir: -Le serviría de mucho que alguien la quiera un poco. -Observación que me llenó de vergüenza. Esa misma noche pedí dinero prestado a Justine para mandarla a una clínica de Palestina, contra su voluntad.

Caminamos juntos hacia el departamento después de pasar unos instantes en los jardines públicos discutiendo el caso de Melissa. Las palmeras brillaban a la luz de la luna y el mar centelleaba bajo el viento primaveral. Una enfermedad grave parecía tan fuera de lugar en ese plan de cosas. Amaril me tomó del brazo y me lo oprimió suavemente mientras subíamos la escalera. -La vida es dura -dijo. Y cuando entramos una vez más en la habitación para encontrar a Melissa en trance, su pequeña cara pálida vuelta hacia el techo, la pipa de hachís a su lado, sobre la mesa, añadió, tomando su sombrero-: Nosotros siempre... no crea que lo critico... no, le envidio Justine. . . pero nosotros los médicos siempre prescribimos, in *extremis,* el remedio último y desesperado para una mujer; cuando todos los recursos de la ciencia han fracasado. Entonces decimos: ¡Si por lo menos alguien pudiera quererla! -Lanzó un suspiro y meneó su hermosa cabeza.

Hay siempre mil maneras de justificarse, pero los argumentos falaces que se pueden desarrollar en el papel no impiden que,- después de leer esos pasajes en el Comentario, el recuerdo de aquellos días me obseda de nuevo, me inspire sentimientos de culpa que quizá no hubiera conocido

antes. Me paseo ahora con la, niña que. Melissa tuvo de Nessim durante aquella breve aventura amorosa (y también en este :caso, ¿fue "amor" o él se servía de Melissa para descubrir lo que le interesaba sobre su mujer? Quizá algún día lo sabré); me paseo con la niña por estas playas desiertas como un criminal, repasando esos fragmentos de la vida de la ciudad blanca, y mi pena, demasiado profunda, no se trasluce en el tono de voz con que le hablo. ¿Dónde buscar la clave de ese diseño?

Pero es. evidente que yo no era el único que sentía remordimientos; el mismo Pursewarden debe de haberse sentido culpable. ¿Cómo explicar si no el dinero que me legó en su testamento con la condición expresa de que lo gastara con Melissa? Este problema, por lo menos, está resuelto.

También Clea lo sé, se sentía culpable del daño que todos nosotros inferíamos a Melissa, aunque en cierto modo sentía remordimientos por procuración, en nombre de Justine por así decirlo. Asumió esa culpabilidad consternada, por el mal que su amiga nos causaba a los dos, y por un motivo tan insignificante. Y llegó a ser entonces la amiga de Melissa, su defensora y consejera, y su más íntima confidente hasta que murió. ¡Clea, la desinteresada, la inocente, otra loca! ¡De nada sirve ser honesto en el amor! Decía de Melissa: -Es terrible depender hasta tal punto de poderes que no nos son propicios. Tener siempre el pensamiento ocupado por alguien, como una mancha sobre la realidad... -Creo que también pensaba, quizá, en Justine, allí en la gran casa, entre los altos candelabros y las telas de maestros olvidados.

Melissa le dijo de mí: -Cuando se fue, *el mundo entero* desapareció. -Estaba agonizando. ¡Pero nadie tiene derecho a ocupar un lugar semejante en la vida de otro, nadie! Ya ve sobre qué materia prima trabajo durante las largas y apasionadas conversaciones que sostengo conmigo mismo frente al mar invernal. -Te quería -añadió Cica--, por tu debilidad ... eso es lo que amaba en ti. De haber sido un hombre fuerte, hubieses espantado un amor tan tímido. --Y por último, antes de cerrar con cólera las páginas del manuscrito, lleno de resentimiento contra Balthazar, una observación final de Clca, candente como hierro al rojo: --Melissa me dijo: "Usted ha sido mi amiga, Clea, y me gustaría que lo quisiera cuando yo ya no esté. Haga el amor con él; ¿eh?, y piense en mí. Poco importa esa detestable historia. ¿Acaso una amiga no puede hacer el amor en nombre de otra? Le pido que se acueste con él corno pediría a la Panaguia que bajara y lo bendijera mientras duerme, como en los viejos iconos." ¡Hasta qué punto estaba presente Melissa en esas palabras, hasta qué punto eran de una griega!

Los domingos, recuerdo, íbamos juntos a visitar a Scobie, Melissa con su vestido de algodón de colores vivos y su sombrero de paja, sonriente, feliz al pensar en ese día entero de vacaciones, lejos del cabaret polvoriento. A lo largo de la Grande Corniche, las olas bailaban y centelleaban del otro Jado cíe la barra, los viejos coches de plaza y los cocheros negros con el tiesto rojo plantado en la cabeza, conduciendo lo destartalados y crujientes "taxis del amor", al pasar cerca de nosotros

nos gritaban: "Taxi del amor, señor, señora. Diez piastras por hora solamente. Conozco un lugar tranquilo..." Y Melissa lanzaba una risita y se volvía a contemplar los minaretes que resplandecían como perlas en la luz de la mañana y las cometas de colores vivos que los chicos remontaban en el viento del puerto.

Scobie solía pasar los domingos en cama, y en invierno se las arreglaba casi siempre para estar resfriado. Tendido entre ásperas sábanas de lino, después de que Abdul le hubiere dado lo que él llamaba "una fricción de canela" (nunca supe qué era), pedía con cierta ceremonia que le pusieran un ladrillo caliente en los pies para que no se le enfriaran. Usaba también una gorrita de punto. Como leía poco llevaba, tal una tribu antigua, toda su literatura en la cabeza, y cuando estaba solo se la repetía durante horas enteras. Tenía un repertorio muy extenso de baladas que recitaba con voz atronadora, marcando el ritmo con la mano. "El adiós del árabe a su corcel", arrancaba verdaderas lágrimas de su ojo único, como también "El arpa que un día en el palacio de Tara"; entre las obras menos conocidas había un poema asombroso cuyo metro galopante tenía la virtud de sacarlo violentamente de la cama y proyectarlo en mitad del cuarto donde lo recitaba a voz en cuello.

Una vez le pedí que me lo copiara para estudiar atentamente su construcción

Sitiados por O'Neil, perdido habían el ánimo
los trescienlos sajones, hasta que el gran Bagnal
desenvainó el acero toledano, jurando
por su espada de bravo socorrer a Portmore.

Sus héroes veteranos de tantas aventuras,
bronceadas las mejillas y gallarda la estampa,
avanzaron al punto. ¡Visión esplendorosa
de una nube tronante sobre Beal-an-atha-Buidh!

¡Patria de Owen Aboo!¡Adelante, irlandeses!
El enemigo tira... y huye al punto en desbande.
Más que los córseletes pueden pechos desnudos;
a pesar de sus armas sucumbe el enemigo.

Así los irlandeses ganaron uniformes,
dinero, provisiones, forrajes y comida.
Se comieron el pan, se tragaron la carne...
¡Fuliluah! ¡Qué atracón se dieron los nativos!

Para gran decepción mía, no pudo decirme nada del poema; estaba allí, en el fondo de su memoria, desde hacía medio siglo, como un valioso objeto de plata que sólo se exhibe en las ocasiones solemnes. Entre los otros escasos tesoros por el estilo que yo reconocía, figuraba el pasaje (lo declamaba siempre con ardor) que termjna así:

Que los cuatro confines se levanten en armas:
el polvo morderán.

A fe de Joshua Scobie: ¡el polvo morderán!

Melissa lo adoraba; sus extrañas frases, su amaneramiento le encantaban. Por su parte, él la quería mucho, sobre todo, creo, porque Melissa le daba siempre su tratamiento coro-. pleto: Bimbashi Scobie, lo cual le llenaba de satisfacción y le hacía sentirse un "funcionario superior".

Pero recuerdo que un día lo encontramos casi llorando. Pensé que quizá estaba conmovido por uno de sus mejores poemas ("Somos siete" era otro de sus favoritos), pero no.

-Acabo de pelearme con Abdul... por primera vez -confesó con un guiño cómico-. ¿Sabe por qué, viejo? Quiere- dedicarse a la circuncisión.

No era difícil de comprender: era lógico que un hombre como Abdul quisiera convertirse en barbero-cirujano, en lugar de limitarse a cortar barbas y pelo; equivalía a obtener el doctorado en filosofía. Pero claro, yo conocía la aversión de Scobie por la circuncisión.

-Ha ido a comprar un gran pote repugnante, lleno de sanguijuelas -prosiguió el viejo, indignado-. *¡Sanguijuelas!* Ahora se pone a abrir venas. Yo le dije, digo: "Si crees, hijo mío, que te he instalado la barbería para que te pases el tiempo naturalizando a los chicos por una piastra, estás equivocado."

Se detuvo para respirar; era evidente que la situación lo afectaba profundamente.

-Pero Capitán -protesté-, es muy natural que quiera llegar a ser barbero-cirujano. Después de todo, la circuncisión se practica ahora en todas partes, incluso en Inglaterra.

La circuncisión ritual era un rasgo tan común en la vida egipcia, que yo no alcanzaba a comprender por qué la idea lo trastornaba tanto. Frunció los labios, dejó caer la cabeza e hizo crujir ruidosamente la dentadura postiza.

-No -repitió con obstinación-. No quiero -luego levantó bruscamente la cabeza y añadió-: ¿Sabe? ¡Está aprendiendo con Mahmud Enayet Allah, ese viejo carnicero. -Yo no entendía su preocupación; en ninguna, festividad *o mulid* faltaba la casilla del circuncisor. Los enormes carteles chillones, profusamente adornados con los colores nacionales, en los que se veía al barbero-cirujano con su navaja, operando a pobres chicos despatarrados en sillones de dentista, eran un aspecto normal,-aunque grotesco, de la función. El decano de la corporación era Mahmud en persona, un hombrón oval de largos bigotes aceitados, siempre de punta en blanco que, de no ser por el *tarbush* rojo, habría pasado por un médico rural francés a punto de despedirse a la francesa. Pronunciaba siempre un famoso discurso en árabe clásico ofreciendo la circuncisión gratuitamente a los fieles demasiado pobres para pagarse la operación. Luego, cuando se presentaban algunos candidatos

empujados por sus padres ansiosos, dos payasos negros de caras pintarrajeadas y grotescos atuendos se ponían a hacer cabriolas para divertir y distraer a los chicos, atrayéndolos al sillón fatal donde, según la expresión pintoresca de Scobie, los "naturalizaban" casi antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría, y sus gritos quedaban ahogados en el ruido de la multitud.

Yo no veía qué era lo que estaba mal en el deseo de Abdul de aprender todo lo que pudiera de ese decano de la naturalización, por así decirlo. Pero comprendí de pronto cuando Scobie añadió:

-No es por los muchachos, me importan un bledo, sino por las chicas, viejo. No puedo soportar la idea de que mutilen a esas. pobres criaturitas. Soy un inglés, viejo, usted comprende lo que siento. NO LO PERMITIRÉ -agotado por la fuerza de su propia voz, se dejó caer sobre la almohada y continuó-: Y lo que es más, se lo dije sin vueltas a Abdul. "Como toques a una sola chica -le dije- te hago poner a la sombra, ya verás si no." Pero claro, se me parte el corazón, viejo, porque hemos sido tan amigos, y el pobre negrito no entiende. ¡Cree que me he vuelto loco! -lanzó dos profundos suspiros-. Nunca he tenido un amigo mejor, salvo Budgie, y no exagero, viejo. Es así. Ahora están desconcertados. No comprenden los sentimientos de un inglés. Y me revienta tener que usar mis Influencias, mis Atribuciones -me pregunté qué querría decir exactamente con eso, pero él continuó-: No hace un mes que pescamos a Abdel Latif y lo metimos seis meses en chirona por usar navajas sucias. Estaba propagando la sífilis, viejo. Tuve que hacerlo, aunque era un amigo. Era mi deber. Le advertí infinitas veces que limpiara las navajas. Pues no, no lo hizo. Tienen una idea muy primitiva de la limpieza en este país. ¿Sabe?, usan un astringente en las circuncisiones... el astringente para después de afeitarse. Lo consideran más moderno que la vieja mezcla de pólvora y jugo de limón. ¡Uf! No tienen el menor sentido de la desinfección.' No sé cómo no se mueren todos, realmente no lo sé. Pero se llevaron un susto cuando detuvimos a Abdel Latif, y Abdul se lo ha tomado a pechos. Vi que me observaba mientras yo contaba la historia. Y yo mido mis palabras, compañero.

Pero la influencia de la compañía terminó por alegrar al viejo y espantar sus fantasmas, y no tardó mucho en desplegar su magnífica vena discursiva relatando la vida de Toby Mannering.

--Él fue quien me inició en las Sagradas Escrituras, viejo, y ayer hojeando el Libro, vi que se habla mucho de circuncisión. ¿Sabe? Los amalecitas solían coleccionar prepucios como nosotros coleccionamos sellos de correos. Divertido, ¿no? -se echó a reír, resoplando como un escuerzo-. ¡Reconozco que eran formidables! Supongo que había vendedores especializados, colecciones surtidas, todo un comercio organizado, ¿eh? ¡Los perforados debían de ser los más caros! --en ese momento Mel¡ssa entraba en la habitación y él recobró la seriedad-. Bueno ---dijo, sacudiéndose todavía de risa-, tengo que escribirle a Budgie esta noche para contarle todas las

noticias -Budgie era su amigo más viejo---. Vive en Horsham, fabrica inodoros. Ila formado una buena colección, el viejo Budgie. Es un FRZS; no sé qué significa, pero así dice en su papel de cartas. Charles Donahue Budgeon FRZS. Le escribo todas las semanas. Puntualmente. Siempre lo he hecho, siempre lo haré. Así soy yo, fiel hasta la muerte. Nunca dejo caer a un amigo.

A Budgie, supongo, estaba dirigida la carta inconclusa que apareció en la habitación de Scobie después de su muer-. te y que decía así

"Querido compadre: El mundo entero parece haberse vuelto contra mi desde la ríltima carta que te he escrito. Hubiera debido..."

¡Scobie y Melissa! Continúan viviendo en la luz dorada de aquellos domingos, con los colores brillantes que la memoria dispensa a los que han enriquecido nuestras vidas con lágrimas o risas, sin saber que nos han dado algo. Lo horrible es que esa pasión compulsiva que Justine encendió en mí era tan valiosa como si hubiese sido "real"; el don de Melissa es también un enigma -en verdad, ¿qué hubiera podido ofrecerme esa pálida criatura del litoral de Alejandría?-. Las relaciones con Justine, ¿enriquecieron o empobrecieron a Clea? Yo diría que la enriquecieron, que la enriquecieron enormemente. Entonces, ¿nos alimentamos tan ,sólo de ficciones, de mentiras? Recuerdo las palabras que Balthazar escribió en alguna parte, con su gran letra de gramático: "Vivimos vidas que se basan en una selección de hechos imaginarios", y también: "Todo puede ser cierto de cualquiera..." Estas palabras de Pursewarden, ¿procedían de su propia experiencia de hombres y mujeres, o simplemente de una cuidadosa observación de todos nosotros, de nuestras conductas y sus consecuencias? No sé. Acude a mi memoria un pasaje de una novela de Pursewarden en el que habla de la función del artista en la vida. Dice algo así: "Consciente de todas las discordias, de todas las calamidades que tienen su asiento en la naturaleza misma del hombre, no puede hacer nada para prevenir a sus amigos, para mostrarles los peligros, para pedirles a tiempo que traten de salvarse. Sería inútil. Son los instrumentos deliberados de su propia desdicha. Todo lo que el artista puede decir perentoriamente es: 'Reflexiona y llora.' "

¿Fue la conciencia dé la tragedia que inexorablemente reside, no en el mundo exterior que todos condenamos, sino en nosotros mismos, en la condición humana, lo que finalmente le dictó su inesperado suicidio en aquel sórdido cuarto de hotel? Me complazco en creerlo, pero quizá corro el riesgo de dar demasiada importancia al artista en detrimento del hombre. Balthazar escribe: ."Su suicidio en especial, sigue siendo para mí un capricho extraordinario e inexplicable. No consigo creer del todo en las coacciones y violencias que pueden haber pesado sobre él. Pero supongo que sólo conocemos las aguas superficiales de la personalidad ajena y somos incapaces de ver en profundidad. Yo diría, sin embargo, que entre ese gesto y su carácter había un desacuerdo sorprendente. En realidad estaba en paz con su obra, que suele atormentar a los artistas, supongo, y había comenzado a considerarla

como 'divinamente superflua' -frase característica de él-. Sé que es así porque una vez, a las preguntas: -'¿Qué objeto tiene escribir? ¿Por qué se escribe?', me respondió lo siguiente en el reverso de un sobre: 'Escribir tiene por objeto desarrollar una personalidad que, en última instancia, permita al hombre trascender el arte.'

"Tenía ideas curiosas sobre la estructura de la psique. Por ejemplo, decía: -La considero tan insubstancial como el arco iris; sólo se plasma en estados y atributos identificables cuando la atención se concentra en ella. La forma más verdadera de atención justa es, desde luego, el amor. Así, 'las personas' son para, el místico ilusiones, como lo es la 'materia' para el físico, cuando la considera como una. forma de energía.

"Nunca dejaba de hablar con desprecio de mi interés por las ciencias ocultas y por los trabajos de la Cábala a cuyas reuniones usted mismo, asistía. Decía al respecto: -La verdad se aprehende directamente; no se llega a ella por una escala de conceptos mentales.

"No puedo evitar la impresión de que cuanto más insolente parecía, más profunda era su seriedad. Le he oído sostener, en presencia de Keats, que los mejores versos de la poesía inglesa son estos dos de Coventry Patmore:

La verdad es grande y prevalecerá
cuando a nadie le importe si prevalece o no.

"Y después añadió: -Y su verdadera belleza reside en que cuando Patmore los escribió no sabía lo que quería decir. *Sich lassen!* - Imagínese el desconcierto de Keats. También citó apreciativamente una misteriosa frase de Stendhal: 'La sonrisa aparece al dar vuelta la piel.'

"¿Debemos inferir de esto la existencia de una persona seria debajo del bromista? Usted dirá, puesto que la cuestión le concierne directamente".

"En la época en que lo conocimos leía casi exclusivamente obras científicas. A Justine le fastidiaba, no sé por qué; le reprochaba que perdiera el tiempo en esos estudios. Él se defendía diciendo que la teoría de la relatividad era directamente responsable de la pintura abstracta, la música atonal y la falta de formas (por lo menos de formas cíclicas) en literatura. Una vez entendida la teoría, se comprendía lo demás. Añadía: -El casamiento del Espacio y el Tiempo es la historia de amor más importante de nuestra época. A nuestros biznietos les parecerá una unión tan poética como lo es las bodas de Cupido y Psique para nosotros. Para los griegos Cupido y Psique eran hechos y no conceptos. ¡Pensamiento analógico contra pensamiento analítico! Pero la verdadera poesía de la época, su poema más fecundo, es el misterio que empieza y termina con una n.

-¿Hablas en serio?

-De ningún modo.

"Justine protestó: -La mala bestia se burla de todo el mundo, incluso en sus libros. -Pensaba en la famosa página del primer volumen donde un asterisco remite misteriosamente a una página en blanco. Muchos lo toman por un error de imprenta. Pero el mismo Pursewarden me aseguró que era deliberado. -Remito al lector a una página en blanco para que se las arregle con sus propios recursos, que son en última instancia los únicos con que cuenta.

"Habla usted de la plausibilidad de nuestras acciones, y nos infiere una injusticia, pues somos personas vivientes y como tales tenemos el derecho, si no lo tiene el lector, de refugiarnos en el juicio de Dios que ha quedado en suspenso. Y ahora que lo pienso, permítame que le cuente la historia de la risa de Justine. Admitirá usted que nunca ,, la ha oído, ni una vez siquiera, quiero decir una risa que ,, no fuera mordaz o herida. Pero Pursewarden la oyó. .. ¡en las tumbas de Sakara! A la luz de la luna, dos días después de *Sham el Nessim.* Se habían mezclado a un grupo de turistas y bajo la protección de la multitud se las arreglaban para cruzar unas palabras, como conspiradores que eran; por entonces Pursewarden había puesto punto final a las visitas privadas de Justine a su cuarto de hotel. Así que saboreab :n como un placer prohibido ese intercambio furtivo de algunas palabras acumuladas durante días; y por fin esa noche el azar les permitió quedarse a solas entre las tumbas, testimonios imperiosos y abrumadores de un sentimiento muy particular de la muerte.

"A Justine se le había corrido un punto en la media y tenía los zapatos llenos de arena. Los estaba vaciando mientras Pursewarden encendía fósforos y echaba a su alrededor miradas inquietas. Ella dijo en un susurro que había estado terriblemente preocupada en los últimos tiempos pues sospechaba que Nessim había descubierto algo acerca de su hija y no quería decírselo. Pursewarden escuchaba absorto, cuando de pronto se quemó los dedos con un fósforo y sacudiéndolos dijo: -Escucha, Justine. La semana pasada estuve releyendo *Moeurs* por divertirme y se me ocurrió una idea: me pregunto si todas las historias sobre Freud, el presunto rapto de la niña y todo el resto son verdaderas, ¿eh? No sé. Podías haberlas inventado. Si sabiendo quién era el hombre del maldito parche en el ojo, te has negado a revelar su nombre a la lastimosa banda de psicólogos aficionados capitaneada por Arnauti, es porque tenías tus razones. ¿Cuáles? Me devano los sesos. No se lo diré a nadie, te lo prometo. ¿O todo es una mentira? -Ella sacudió la cabeza: -No.

"Caminaron bajo la luz lechosa de la luna, mientras Justine reflexionaba. Luego dijo lentamente: -No era por timidez ni por rechazar la curación, como decían, como dice él en su libro. La verdad es,que era un amigo nuestro, tuyo, de todos nosotros. -Pursewarden la miró con curiosidad. -¿El hombre del parche negro? -preguntó. Justine asintió. Encendieron un cigarrillo y se sentaron en la arena a esperar a los otros. Sabiendo que todo lo que le confiara quedaría en riguroso secreto,

Justine dijo suavemente: -Da Capo. -Hubo un largo silencio. ¡Diablos! ¡El viejo Porn en persona! (Había acuñado ese sobrenombre partiendo de 'pornógrafo'.) Y luego con gran calma, a tientas, Pursewarden prosiguió: -De pronto se me ocurrió releer todo el mamotreto, ¿sabes?, diciéndome que si yo estuviera en tu lugar y toda la maldita historia no fuese sino una mentira para parecer más interesante a los psicopompos ... y. . . bueno, trataría de acostarme de nuevo con él para conjurar el espectro. Es la idea que se me ocurrió de pronto.

"Esto revela, desde luego, su ignorancia absoluta de la psicología. En realidad era un consejo fatal. Pero entonces, para su sorpresa, Justine se echó a reír, la primera risa sin esfuerzo, musical, que le oía. -Lo hice -dijo, riéndose tanto que no podía hablar-. Lo hice. No puedes imaginarte el esfuerzo que me costó. Daba vueltas alrededor de la casa, en la oscuridad, tratando de juntar coraje para llamar a la puerta. Sí, a mí también se me ocurrió. Estaba desesperada. ¿Qué diría él? Hacía años que éramos amigos, sin que nunca se hubiera aludido a la historia. Nunca se había referido a *Moeurs* y en realidad, ¿sabes?, creo que no lo ha leído jamás. Siempre he pensado que quizá prefería pasar por alto la,historia, enterrarla delicadamente.

"Luego la risa la venció de nuevo, sacudiendo su cuerpo hasta el punto que Pursewarden la tomó del brazo, temeroso de que interrumpiera su relato. Ella le pidió el pañuelo para secarse los ojos y continuó: -Por último me decidí. Da Capo estaba en su famosa biblioteca. Yo temblaba como una hoja. ¿Comprendes?, no sabía qué tono adoptar: ¿dramático, patético? Era como ir al dentista. La verdad es que resultó divertido, Pursewarden. Por último le dije: 'Querido Da Capo, viejo amigo; usted ha sido mi demonio durante tanto tiempo que he venido a pedirle que me exorcice de una vez por todas. Que se lleve el recuerdo de un horrible incidente dé mi infancia. ¡Tiene que acostarse conmigo!' Tendrías que haberle visto la cara. Estaba terriblemente desarmado y tartamudeó: *'Mais voyons, Justine, je suis un ami de Nessim!' y* así sucesivamente. Me sirvió un whisky y me ofreció una aspirina, convencido de que yo había perdido la cabeza. 'Siéntese', dijo acercándome una silla con manos temblorosas y sentándose, nervioso, frente a mí, con un aire cómico de alarma, como un chico a quien acusan de haber robado una—manzana. -Sentía una punzada en el costado y se llevó la mano al lugar dolorido riéndose con tanto regocijo que contagió a Pursewarden. -Pobre Da Capo -continuó Justine-, estaba tan conmovido y asustado cuando se enteró de que me había violado siendo yo una chiquilla de la calle, en un barrio árabe. Nunca vi a un hombre más perturbado. Es evidente que había olvidado toda la historia y la negó del principio al fin. En realidad estaba indignado y se puso a protestar. ¡Me gustaría que hubieras visto su cara! ¿Sabes qué se le escapó en medio de sus justificaciones? Una frase maravillosa: *-II y a quinze ans que je n'ai pas fait ça!* -Apoyó la cara en las rodillas de Pursewarden y permaneció así un momento, sacudida por la risa; luego alzó la cabeza una vez, más para secarse los ojos-. Por último terminé mi whisky y me fui, con gran alivio de su parte; cuando había llegado a la puerta, me llamó: -Re-' cuerde que cenan conmigo el miércoles. Entre ocho y ocho y cuarto, corbata blanca-; era su costumbre desde hacía unos años. Volví a

casa, aturdida, y me bebí meddl botella de gin. Y aquella noche, ¿sabes?, en la cama se me ocurrió una idea extraña -quizá te parezca chocante y fuera de lugar-: la idea de que da Capo había olvidado por completo un acto que me había costado tantos años de ansiedad, volviéndome incluso medio loca, y por el cual yo había hecho daño a tantas personas. Me dije: 'Quizá de esta misma manera Dios se olvida de los males que nos causa al abandonarnos a merced del mundo. -Y sonriendo, echó la cabeza hacia atrás y se puso de pie.

"Entonces vio que Pursewarden la miraba con lágrimas de admiración en los ojos. Y de pronto la abrazó tiernamente, besándola con más pasión que nunca quizá. Cuando me lo contó, con un orgullo poco frecuente en ella, añadió: -Y aquello, Balthazar, era mejor que el beso de un amante, era una verdadera recompensa, un espaldarazo. Entonces vi que había en mí algo que lo hubiera enamorado en otras circunstancias, quizá precisamente esos defectos de mi carácter que son tan evidentes para todo el mundo.

"Luego el resto del grupo llegó charlando hasta las tumbas y... no sé nada más. Supongo que todos volvieron al Nilo y terminaron en un *night-club.* ¿Pero por qué diablos estoy garabateando estas historias para usted? ¡Locura! Sólo conseguiré que me odie por haberle contado cosas que prefiere no saber como hombre y que, como artista, quizá prefiere ignorar... Esos pequeños hechos obstinados, desposeídos, esos hechos intercambiables en la cuna de nuestra existencia humana, que se pueden introducir como una llave en una cerradura... o un cuchillo en una ostra: ¿habrá una perla adentro? ¿Quién puede decirlo? Pero en alguna parte deben de existir por derecho propio esas simientes de una verdad que 'acaban justamente de escaparse'. La verdad no es la que se dice en plena conciencia. Es siempre la que 'acaba justamente de escaparse', el error de copia que manda todo al diablo. ¿Me entiende, hombre sabio? Pero no he terminado. Nunca tendré el coraje de entregarle estos papeles, ya lo veo. Terminaré la historia para mí solo."

"Ahora comprenderá la desesperación de Justine cuando el pobre diablo de Pursewarden se suicidó. Trato de sentirme fastidiado y me descubro sonriendo: apenas consigo creer en su muerte. Para ella ese acto era tan absolutamente misterioso, tan absolutamente imprevisto como lo fue para mí; ¡la pobre criatura había organizado cuidadosamente su decepción contando con que él seguiría viviendo! Ahora no le quedaba nadie en quien confiar salvo yo; y usted a quien, si no amaba, Dios sabe que tampoco odiaba, corría gran peligro. Era demasiado tarde para hacer otra cosa que no fueran planes de fuga. ¡Le quedaba el señuelo! ¿Se aprende algo enterándose de estas amargas verdades? Arroje todos estos papeles al mar, querido amigo, y no lea una línea más del Comentario. Pero olvido algo. No voy a dejar que lo vea, ;verdad? Confórmese con las fabricaciones de un arte que 'recrea la realidad para mostrar su lado significativo'. ¿*Qué* lado significativo, por ejemplo, podía mostrar Justine a Nessim en aquella época en que sus preocupaciones hacían dudar a todos -incluso a mí mismo- de su estabilidad

mental?. De sus preocupaciones más graves de aquel momento podría escribir unas cuantas páginas, pues entre tanto me he enterado de algunas cosas relativas a sus asuntos y actividades políticas. Así se explica su brusca transformación en un gran animador social -la casa llena de gente que usted describe tan bien, los banquetes, los bailes-. Pera... la cuestión de la censura me inquieta, pues si yo lo enviara estas notas, y usted, en su derecho, arrojara este papelerío despreciable al mar, las olas podrían traerlo de vuelta a Alejandría, depositándolo quizá en las mismas manos de la Policía. Mejor no. Le diré solamente lo que me parezca prudente. Quizá más adelante le cuente el resto.

"La cara de Pursewarden muerto me recordó mucho la de Melissa: los dos tenían un aire de satisfacción, como si hubieran jugado una mala pasada y se hubieran dormido antes de que la sonrisa se hubiese disipado de las comisuras de los labios. Poco tiempo antes Pursewarden había dicho a Justine: 'Sólo me avergüenzo de una cosa: no haber cumplido con el primer imperativo del artista, a saber, crear y morirse de hambre. Nunca he pasado hambre, ¿sabes? Me he mantenido a flote haciendo trabajitos variados; he hecho tanto daño como tú, y aun más.'

"Aquella noche cuando llegué, Nessim estaba ya en el cuarto de hotel, sentado junto al cadáver, con un aire extraordinariamente compuesto y tranquilo, pero como si una explosión lo hubiera dejado sordo. Había telefoneado a Mountolive que estaba en la residencia de verano, en la colina. ¿El impacto de la realidad lo había aturdido, quizá? En aquel momento pasaba por ese período de sueños horribles que consignó por escrito, algunos de los cuales figuran en su manuscrito. Son un extraño eco de los sueños que había tenido Leila quince años antes -pasaba por un mal momento después de la muerté de su marido, y a pedído de Nessim, me ocupé de ella-. Una vez más, al juzgarlo, usted confía demasiado en lo que sus personajes dicen de sí mismos, en los relatos que hacen de sus actos y, en la significación que les atribuyen. Nunca sería usted 'un buen médico. Es preciso adivinar a los pacientes, porque mienten *siempre.* No lo pueden impedir, forma parte del mecanismo de defensa de la enfermedad -así como su manuscrito traiciona el mecanismo de defensa del sueño que no quiere ser invadido por la realidad-. ¿Me equivoco, quizá? No quiero juzgar a nadie injustamente o entrometerme en su territorio privado. ¿Estas notas me costarán su amistad? Espero que no, pero lo temo.

"¿Qué estaba diciendo? -¡Sí, la cara de Pursewarden muerto! Tenía como siempre su. aire de astucia desvergonzada. Daba la impresión de que estaba desempeñando un papel -impresión que todavía me dura, .tan viviente me parecía.

"Justine fue quien me avisó. Nessim la mandó a buscarme con el coche y una nota que no le dejé leer. Era evidente que se había enterado de la intención o del hecha antes que cualquiera de nosotros -sospecho que el mismo Pursewarden le avisó por teléfono-. De todas maneras, mi familiaridad con los suicidas -la patrulla nocturna de Nim-

ród me había proporcionado unos cuantos casos- me hacía ser prudente. Sospechando que pudiera, tratarse de barbitúricos o de algún otro producto de efecto lento, tuve la precaución de llevar mi pequeña sonda para lavados de estómago y algunos antídotos. Pensé con placer en la expresión de mi amigo cuando despertara en el hospital. Pero yo había subestimado tanto su orgullo como su escrupulosidad, pues cuando llegamos estaba total y definitivamente muerto.

"Justine se me adelantó y subió corriendo las escaleras de aquel hotel lúgubre que Pursewarden tanto amaba (lo había bautizado Hotel Monte de los Buitres, supongo que por el enjambre de prostitutas que pululaban a su alrededor, como buitres) .

"Nessim se había encerrado con llave en el cuarto; tuvimos que llamar y nos dejó entrar no sin cierto fastidio -por lo menos así me pareció-. Había en la habitación el mayor desorden que quepa imaginar. Cajones vueltos, ropas, pinturas y manuscritos desparramados por todas partes; Pursewarden yacía en la cama, la nariz apuntando ostensiblemente al techo. Me detuve para abrir mi gran maletín -el método es todo en momentos de tensión- mientras Justine, se dirigía infalible hacia la botella de gin que estaba en un rincón, junto a la cama, y bebía un largo trago. Quizá contuviera veneno, pero no dije nada -en esas ocasiones no hay gran cosa que decir-. Cuando uno está por ponerse histérico debe tomar esa clase de precauciones. Me limité a sacar y desenrollar la sonda que había salvado más vidas inútiles (vidas imposibles de vivir, arrojadas 'a la basura como ropa vieja) que cualquier otro instrumento de Alejandría. La desenrollé lentamente, como corresponde a un médico de tercera categoría, y con método, que es todo lo que le queda a un médico de tercera categoría para enfrentar el mundo...

"Entretanto Justine se había vuelto hacia la cama e inclinándose pronunció claramente estas palabras: -Pursewarden, despiértate-. Luego, apoyando las palmas de las manos en lo alto de la cabeza, dejó escapar un lamento largo y puro, como una mujer árabe, un sonido que se cortó, tragado por la noche, en aquel cuartito caliente, sofocante. Luego se puso a orinar en chorritos por toda la alfombra. La tomé del brazo y la empujé al baño. Así tuve el tiempo necesario para escuchar el corazón de Pursewarden. Estaba tan silencioso como la Gran Pirámide. Me dio fastidio: era evidente que había recurrido a algún asqueroso preparado a base de cianuro -que goza de gran predicamento, dicho sea de paso, entre las gentes de su Servicio Secreto-. Estaba tan exasperado que le di una bofetada; hacía mucho que la merecía!

"Durante todo ese tiempo noté que Nessim desplegaba una súbita actividad, pero ahora, vuelto en mí, por así decirlo, pude prestarle atención. Revolvía los cajones, el escritorio, los armarios como un loco furioso, examinaba manuscritos y papeles, desparramando objetos a su alrededor, recogiendo algunas cosas, con una falta total de su flema característica. -¿Qué diablos hace? -le pregunté con dureza, a lo cual me respondió: -La policía egipcia no debe encontrar nada. -Y se detuvo como si hubiera hablado demasiado. En todos los

espejos había inscripciones trazadas con jabón. Nessim había borrado una en parte. Sólo pude leer las letras OHEN... ASTINE...

"No tardó mucho en oírse el inevitable tamborileo en la puerta y en aparecer las caras y el tumulto inseparables de escenas como aquélla en cualquier parte del mundo. Hombres con libretas de notas, periodistas, sacerdotes -nada menos que el Padre Paul-. En ese momento casi esperé que el cadáver se incorporara y les arrojara algo por la cabeza... pero no; Pursewarden seguía con la nariz apuntando al techo, en su intimidad regocijada.

"Salimos los tres a tropezones, y nos encaminamos al estudio donde las grandes telas fracasadas nos calmaron y el whisky nos dio nuevo coraje para seguir viviendo. Justine no dijo una palabra. Ni una sola palabra."

VII

Paso ahora a otra parte del Comentario, el pasaje que :Balthazar marcó: "Entonces Naruz decidió *actuar*", subrayando dos veces la última palabra. ¿Reconstruiré la escena que veo con tanta claridad, y que sus palabras, escritas con letra desigual en tínta verde, han hecho estallar en mi imaginación! Sí, me permitirá soñar un momento con ese barrio poco frecuentado de Alejandría que yo amaba.

La ciudad, habitada por mis recuerdos se mueve no sólo hacia el pasado de nuestra historia, tachonada por los grandes nombres que marcan cada estación de la crónica, sino que se despliega, por así decirlo, hacia atrás y hacia adelante en el presente vivo, entre sus creencias y sus razas contemporáneas, las cien pequeñas esferas creadas por la religión o el saber que se aglutinan blandamente como células para formar la gran medisa desplegada que es la Alejandría de hoy. Unidas de esta manera fortuita por obra de la voluntad de la ciudad, aisladas en un promontorio de esquisto que domina el mar, respaldadas tan sólo por el espejo lunar del Mareotis, el lago salado, y más allá la eternidad de un desierto áspero (que ahora acarician suavemente los vientos de la primavera formando informes dunas de raso, hermosas como un campo de nubes), las comunidades siguen viviendo y comunicándose: los turcos con los judíos, los árabes, coptos y sirios con los armenios, italianos y griegos. El viento de las transacciones comerciales transmite su ondulación a través de esas comunidades como un trigal estremecido por la brisa; las ceremonias, los pactos, los matrimonios las unen y las separan. Incluso los nombres de las estaciones de tranvías, vehículos destartalados que circulan en vías obstruidas por la arena, evocan los nombres nunca olvidados de los fundadores, y los nombres de los primeros capitanes que desembarcaron en esta costa, desde Alejandro hasta. Amr;, fundadores de esta anarquía de la carne y la fiebre, del amor al dinero y el misticismo. ¿En qué otro lugar del mundo se da esa mezcla?

Y cuando cae la noche y la ciudad blanca enciende los mil candelabros de sus parques y sus edificios, y por los receptores sale la suave, sobrenatural música de tambores de Marruecos o del Cáucaso, parece un gran barco de cristal que duerme anclado en el cuerno de África, y sus reflejos, como barras de metal pulido, se hunden retorciéndose en las aguas aceitosas del puerto, entre los barcos de guerra. En el crepúsculo puede convertirse en una selva de color malva, anómala; como salpicada de colores que le llegaran a través de los fragmentos de un prisma en añicos; y en el cielo nacarado del atardecer se yerguen temblorosos los minaretes y las agujas como tallos de hinojo gigante emergiendo de un pantano sobre las largas líneas pálidas de la costa y de los cafés bárbaros, donde los negros danzan al ritmo monótono de los tambores de barro o al son afectado de los clarinetes.

"Hay tantas realidades como usted quiera imaginar", escribe Pursewarden.

Naruz huía siempre de Alejandría a la que amaba, sin embargo, apasionadamente, con un amor de exilado; a causa de su labio leporino se abstenía de visitar el centro, donde podía encontrar personas conocidas. Rondaba por los arrabales, sin atreverse a entrar directamente en el gran corazón deslumbrante- de la ciudad donde su hermano llevaba una vida dedicada a los negocios y a las *inondanités.* Llegaba siempre humildemente, a caballo, con su ropa habitual, para efectuar los trámites relacionados con la propiedad. Era muy difícil convencerlo de que se pusiera un traje y fuera en automóvil; lo hacía cuando no le quedaba otro recurso, pero siempre con repugnancia. La mayor parte de las veces prefería hacer las gestiones por intermedio de Nessim, y desde luegp el teléfono le evitaba muchos de esos viajes desagradables. Sin embargo, cuando su hermano le telefoneó un día para decirle que sus agentes no habían conseguido hacer confesar al Magzub lo que sabía sobre la -hija de Justine, sintió una súbita exaltación, como si la conciencia de que había llegado su turno lo excitara.

-Nessim -dijo-, ¿en qué mes estamos? Sí, *Misra.* Pronto llegará la fiesta de *Sitna Mariam,* ¿eh? Veré si lo encuentro y trato de hacerlo hablar.

Nessim reflexionó tan largo rato en esa oferta que Naruz, convencido de que la comunicación se había interrumpido, gritó impaciente:

-¡Hola! ¡Hola!

Nessim respondió en seguida:,

-Sí, sí. Te escucho. Estaba pensando; pero serás prudente, ¿verdad ?

Naruz lanzó una risita ronca y prometió que sí. Pero . -siempre le conmovía la posibilidad de ayudar a su hermano. Cosa extraña, no

pensó para nada en Justine, ni en lo que esa información podía significar para ella; Justine era sólo una. adquisición de Nessim y automáticamente, por serlo; él la admiraba, la quería profundamente. Era su deber hacer lo necesario para ayudar a Nessim a que ayudara a Justine. Ni más ni menos.

Así fue como con su andar suave, con ese paso desmañado y, suelto a la vez (levantándose sobre las puntas de los pies para dejarse caer balanceando los brazos), se metió en la penumbra marrón de la *meidan,* frente a la principal estación de ferrocarril de Alejandría, el segundo día de *Sitna* Mariam. Dejó el caballo en el patio de un carpintero amigo suyo, no lejos del lugar donde se celebraba la festividad. Era una noche de verano caliente y espesa.

Con el crepúsculo aquel gran terreno miserable y vacío viraba primero al oro y luego al castaño -un castaño de cartón desgarrado- y por último al violeta, cuando las luces comenzaban a traspasar la sombra invasora y en el telón de fondo de la ciudad europea "se encendían una por una las ventanas, las calles, hasta que toda la ciudad era como una tela de araña en la cual la escarcha ha engarzado un millón de brillantes.

En alguna parte los camellos resoplaban y gruñían, y la música y el olor de los seres humanos le llegaban a través de la noche enriquecidos por los recuerdos de las ferias que había visitado con sus padres siendo niño. Sabía que con *su tarbush* rojo y sus manchadas ropas de trabajo, nada lo distinguiría de la multitud. Era característico que en la festividad cristiana de la Iglesia Copta, Sitna Mariam, participaran y se divirtieran todos los habitantes de la ciudad, los musulmanes tanto como los demás, pues al fin y al cabo Alejandría aún es Egipto: todos los colores se mezclan y confunden.

Un campamento de casillas, teatros, burdeles y tiendas -un municipio completo- había surgido en la oscuridad, a la luz intermitente de las lámparas de aceite y parafina, los faroles de petróleo y los braseros, las velas y las deslumbrantes guirnaldas de lamparillas eléctricas de colores. Se dejó llevar por la muchedumbre, aspirando el olor de la comida y de los dulces aromáticos, de jazmín rancio y de sudor, escuchando el rumor de las voces que formaban un fondo a los sonidos que suelen acompañar las grandes procesiones en su vuelta por la ciudad, deteniéndose en cada iglesia para recitar los textos sagrados, y acercándose poco a poco al lugar de la fiesta.

Para él toda esa profusión de novedades -el lujo de los osos bailarines y los acróbatas, los tragafuegos soplando penachos de llamas de dos metros, los danzarines harapientos y de gorros multicolores--, todo lo que hubiera maravillado a un extranjero le maravillaba también por su absoluta familiaridad, por formar parte de su vida. Como el niño que había sido, caminaba bajo las luces brillantes, deteniéndose aquí o allá con ojos sonrientes para contemplar alguna escena familiar de la feria. Un ilusionista con

traje de lentejuelas sacaba de las mangas una serie interminable de pañuelos de colores. y de su boca salían veinte pollitos vivos mientras lanzaba el grito de la gaviota: "¡Galli-Galli-GalliGalli Nup!"; con un sombrero de papel brillante, Manuli, el mono, daba vueltas alrededor de la barraca sobre el lomo de una cabra. De cada lado de la calle principal se erguían las grandes tiendas con sus figuritas de azúcar, resplandecientes de lentejuelas, que representaban los amores y las aventuras de los personajes que pueblan el folklore del Delta, héroes como Abu Zeid y Antar, amantes como Yunis y Aziza. Caminaba lentamente, con un descuido natural, deteniéndose un rato para escuchar al narrador de historias, o para comprar un talismán a Hussein, el famoso predicador ciego que estaba. allí de pie como una encina, magnífico en la luz sobrenatural, recitando los noventa y nueve nombres de Dios.

Del círculo exterior de oscuridad llegaba el golpeteo seco de un asalto de esgrima de bastón, destacándose apenas del rumor ronco de la procesión que se acercaba con sus súbitos estallidos de música salvaje -timbales y adufes como salvas de mosquetes. y los largos y desgarradores redobles de los tambores de piel de camello que ahogaban los sones de las flautas y suavizaban sus trémolos sobreagudos-.

"¡Ya vienen! ¡Ya vienen!" Se oyó un clamor confuso y de todas las tiendas salieron chicos como ratas. Por la garganta de un pasaje estrecho, derramándose en la oscuridad e invadiéndola corno un círculo de fuego, desembocó un largo y vacilante séquito de seres humanas encabezado por los acróbatas y los enanos ele Alejandría, y seguido a paso de danza por la larga y grotesca cabalgata de los gonfalones, que se alzaban y descendían en oleadas de luz mística, al ritmo peristáltico de la música salvaje menoscabado por la garrulería de las flautas, los tambores en trance, o el lento orgasmo estremecido de los panderos que agitaban como de costumbre los derviches mientras avanzaban hacia el lugar de la fiesta. "íAlá; Alá!·" brotaba de todas las gargantas.

Naruz compró un pedazo de caña de azúcar y lo mordisqueó mientras contemplaba la ola que se le acercaba para tragárselo. Ahí Ilegaban los derviches de Rifiya que cuando caen en trance pueden caminar sobre las brasas o beber vidrio fundido o comer escorpiones vivos -o bailar la ronda del universo hasta que la realidad se quiebra como un resorte demasiado tenso y caen jadeando al suelo, iguales a pájaros ofuscados-. Los estandartes y las antorchas, los enormes braseros perforados, llenos de fuego de leña, los grandes faroles de papel con inscripciones, trazaban curvas vacilantes y dibujos de luz que subían y bajaban en la oscuridad de la noche alejandrina, y en los costados del camino se apeñuscaban los espectadores, azuzando a la procesión como mastines, lanzando gritos, empujándose; y la corriente seguía fluyendo al son de su música salvaje (quizá la misma que escuchaba Antonio moribundo en el poema de Cavafy) hasta tragarse la oscuridad de la gran *meidan,* desplegando a su alrededor los contornos vacilantes de sus ropas, sus rostros y sus objetos sin contexto, pero

cuyos colores saltaban y teñían los bordes del cielo. Los seres humanos se inflamaban unos a otros.

En algún lugar de aquella negra región de paredes desmoronadas y ruinosas, de casas desiertas y desventradas, había un jardincito con una tumba que resumía y daba sentido a ese tumulto. Y allí, delante de una vela encendida, se leería una plegaria cristiana para un santo cristiano, mientras alrededor confluía la multitud oscura de Alejandría. Una docena de credos y religiones participaba en una celebración que el tiempo había santificado, que había llegado a ser común a todos y estaba dedicada a una estación y un paisaje, olvidando por completo toda referencia a su fondo doctrinario o ritual. Para ese país religioso todas las religiones son una, y mientras los fieles recitaban sus plegarias al santo de su devoción, el populacho se divertía en la feria que se organizaba en torno a la celebración, luz y música, carnaval de parque de diversiones.

Y a través de todo esto (bruscos recuerdos de la ciudad misma y de las grandezas y miserias de un gran *entrepbt)* llegaban los silbatos de las locomotoras en los depósitos, o el resoplido de la sirena de un barco que se abría paso en los canales tortuosos del puerto, rumbo a la India. La noche los albergaba a todos -una prostituta cantando con la voz ronca y quebrada de la tierra, al ritmo estrangulado de un pequeño tambor, los gritos de los niños en los columpios y calesitas sudadas, los juegos de bolos y los encantadores de serpientes, los fenómenos (Zobeida, la mujer barbuda, y el ternero de cinco patas), las carpas de los teatros en cuyos estrados los atletas, apenas cubiertos con un taparrabos, exhiben inmóviles su habilidad mostrando el increíble temblor que se transmite por debajo de la piel, la fluctuación y el desplazamiento de los músculos pectoralés, abdominales y dorsales, fugaces como relámpagos en un cielo de verano.

Naruz estaba extasiado, la mirada fija como de borracho, gozando de todo, perdiéndose en los meandros fortuitos de esa ciudad de luces. Al final de un largo pasadizo, después de desprenderse riendo de las manos de una docena de muchachas que ofrecían sus servicios con voz ronca delante de las puertas de sus casillas de tela pintada, llegó a las carpas brillantemente iluminadas de los circuncisores, la más grande y más abigarrada de las cuales era la del maestro de Abdul, Mahmud Enayet Allah, espléndidamente adornada con espeluznantes escenas de la ceremonia, pintadas y enmarcadas, y de cuyo dintel colgaba un gran frasco atestado de sanguijuelas. El decano en persona estaba allí esa noche, arengando a la multitud y proponiendo la circuncisión gratuita a los fieles demasiado pobres para pagar la tarifa ordinaria. Su poderosa voz tronaba y resonaba, mientras sus dos ayudantes permanecían atentos detrás del viejo sillón de lustrabotas con adornos de bronce, las navajas preparadas. En el interior de la barraca, dos respetables señores vestidos de negro bebían café con aire de participantes en un congreso de filología.

Los negocios no andaban bien. "Venid, venid a purificaros, fieles", tronaba el viejo, con los pulgares metidos.detras de las solapas de su

raída levita, el sudor chorreándole por la cara bajo el *tarbush* escarlata. A un costado, absorbido en la práctica de su oficio, un primo de Mahmud tatuaba el pecho de un apuesto prostituto de ojos y labios recargados de pintura, y rizos aceitados que le colgaban sobre la espalda. A su lado pendía una placa de vidrio de colores chillones con una selección de los motivos que sus clientes podían elegir: puramente geométricos para los musulmanes, textos sagrados, deseos o simplemente nombres de personas amadas. Con pequeños toques llenaba los poros de la piel de su cliente, como un bordador eximio, sonriendo de vez en cuando como si recordara una broma, construyendo su cuadro *pointilliste* mientras el viejo *doyen* rugía y atronaba un peldaño más arriba. "¡Venid, venid fieles!"

Naruz se inclinó hacia el tatuador y preguntó con voz ronca:

-¿Anda por aquí el Magzub esta noche?

El hombre, sobresaltado, alzó los ojos y dijo después de un momento:

-Sí. Creo que sí. Cerca de las tumbas.

Naruz le dio las gracias y volvió una vez más a las barracas atestadas de gente, tomando al azar por callejas estrechas hasta llegar al borde de la zona iluminada. En alguna parte, en la oscuridad, un pequeño grupo de santuarios abandonados se ocultaba a la sombra de las palmeras inclinadas, y allí estaba la escuálida y terrible silueta del célebre loco místico disparando los rayos de su personalidad hipnótica sobre una multitud aterrorizada pero fascinada.

El mismo Naruz no pudo contener un estremecimiento ante ese rostro demacrado cuyos ojos, rodeados de un trazo negro, arrojaban resplandores inhumanos como los de ¡in monstruo caricaturesco. El santo varón profería anatemas e imprecaciones contra el círculo de auditores, extendiendo y apretando los dedos corno garras, saltando sobre un pie y sobre el otro, como un oso acosado, avanzando y retrocediendo, lanzando gruñidos, rugidos y chillidos hasta que la multítud se echó a temblar, fascinada por su poder. Estaba "en su hora", como dicen los árabes, en él alentaba el poder del espíritu.

El santo varón estaba en el centro de una isla formada por los cuerpos caídos de los que había hipnotizado: algunos reptaban como escorpiones, otros chillaban o balaban como cabras, otros rebuznaban. De vez en cuando saltaba sobre uno de ellos, lanzando horribles gritos, y daba una vuelta montado en sus espaldas; luego, se volvía bruscamente, la espuma asomándole entre los labios, e irrumpiendo en la multitud, atrapaba una víctima desdichada, gritando: -¿Te estás burlando de mí?-, y llevándolo de la nariz, de una oreja o del brazo, lo arrastraba con fuerzas sobrehumanas hasta el centro del círculo donde con un breve pase de sus garras "mataba su luz", y de un empujón lo mezclaba con las otras víctimas que se

arrastraban ya por la arena, a sus pies, y el recién llegado imploraba piedad con gritos agudas que quedaban sofocados por los rebuznos y clamores de los que estaban ya bajo el maleficio. Uno sentía que el poder de su personalidad se proyectaba sobre la multitud tensa como las chispas que saltan de un yunque.

Naruz se sentó sobre una tumba para observar la escena, en la oscuridad, fuera del círculo. -Deenon¡os, impuros-, chillaba el Magzub, proyectando sus garras sobre la multitud que retrocedía. --Tú y tú y tú y tú--; su voz crecía hasta convertirse en un rugido terrible. No temía ni respetaba a nadie cuando estaba "en su hora".

Un sheik de aire respetable, con el turbante verde que lo proclamaba de la estirpe del Profeta, pasaba junto a los curiosos, cuando el Magzub lo vio y con la túnica al viento se lanzó por entre la multitud para atrapar al anciano gritando: -Es un impuro-. El viejo sheik se volvió hacia su acusador con ojos indignados y trató de replicarle, pero el fanático acercó su cara y le clavó sus ojos terribles. El viejo sheik cayó de inmediato en una especie de modorra, su cabeza vaciló sobre su cuello y con un grito el Magzub lo hizo caer en cuatro patas, gruñendo como un verraco, y lo arrastró por el turbante para lanzarlo en medio de los otros. "Basta" gritaba la multitud, indignada ante la falta `de respeto por el digno varón, pero el Magzub se volvió y con los dedos agitados por un violento temblor, se dirigió a la, multitud, aullando: -¿Quién ha gritado "basta", quién ha gritado basta?.

Luego, obedeciendo a las órdenes de ese terrible místico de pesadilla, el viejo sheik se puso de pie y empezó a ejecutar una pequeña danza ritual, chillando con vocecita de pájaro: "¡Alá, Alá!"; dio una vuelta completa, marcando el ritmo con paso vacilante, hasta que su voz se estranguló como los estertores ahogados de un animal moribundo. -Déjalo -pedía la multitud-, déjalo, oh Magzub. -Y el hipnotizador hizo algunos pases bruscos y sacó al viejo sheik fuera del círculo, llenándolo de espantosas maldiciones.

El anciano vaciló y recobró el sentido. Ahora estaba bien despierto y no parecía demasiado afectado por la experiencia. Mientras se reajustaba el turbante y se sacudía el polvo de las ropas, Naruz se le acercó. Lo saludó y le preguntó el nombre del Magzub, pero el viejo sheik no lo sabía. -Es un hombre muy bueno, un santo varón -dijo-. Ha vivido solo en el desierto varios años. -Y se alejó serenamente en la noche. Naruz volvió a la tumba para meditar en la belleza del lugar y esperar el momento propicio para acercarse al Magzub cuyos chillidos bestiales resonaban en la oscuridad, traspasando el confuso bullicio de la feria y el zumbido de los santones que rezaban en un santuario vecino. Aún no había decidido cuál sería la mejor manera de abordar al extraño personaje de las tinieblas. Meditando, esperaba que se presentara la ocasión.

Era tarde cuando el Magzub, dando por terminada la sesión, devolvió la libertad a las fieras sometidas a sus pies y dispersó la multitud

golpeando las manos como si hubiera sido una bandada de gansos. Durante un momento continuó lanzando imprecaciones y luego se volvió bruscamente hacia las tumbas. "Tengo que tener la precaución -se dijo Naruz que pensaba recurrir a la violencia-, de evitar sus ojos." Sólo contaba con su pequeño puñal. Luego siguió al Magzub con paso lento y resuelto:

El santo varón caminaba despacio, como doblado por la carga de preocupaciones demasiado numerosas y casi demasiado pesadas para los hombros de un mortal. Seguía gimiendo y sollozando en voz baja, y en un momento cayó de rodillas y se arrastró por el suelo unos metros, murmurando. Naruz lo vigilaba con la cabeza inclinada, como un perro de caza. juntos contornearon los confusos límites de la feria en la semioscuridad de la noche caliente, y por último el Magzub llegó a un largo y derruido muro de ladrillos, que en una época había delimitado jardines ahora abandonados y casas en ruinas. El estruendo de la fiesta se había convertido en un rumor, pero muy cerca resonaba todavía una locomotora. Entraron luego en una península de sombra, sin poder calcular las distancias relativas, como dos hombres errando por un desierto desconocido. Pero ahora .el Magzub caminaba más erguido, a paso vivo, con la ansiedad del zorro al acercarse a su guarida. Al fin llegó a un gran patio vacío y se deslizó por un agujero de la pared. Naruz temió perder su pista entre las ruinas de las casas y las tumbas hundidas. Al doblar una esquina lo alcanzó -silueta de un hombre que la oscuridad agrandaba trocándola en un espejismo de cuatro metros de alto.

--Oh Magzub -dijo suavemente-, alabado sea Dios y de pronto, como siempre que se acercaba e1' momento de la violencia, su aprensión cedió lugar a una exultación salvaje mientras se acercaba al radio de acción del santo, soltando el puñal y sacándolo a medias de la vaina.

El fanático retrocedió un paso, dos; y de golpe se encontraron en una columna de luz que, cayendo en el pozo de sombra desde algún distante farol de alumbrado, infundió vida a los dos, iluminando solamente sus cabezas, como en un medallón. Vagamente Naruz vio' que los brazos del hombre se levantaban en un gesto de duda, tal vez de miedo, como quien va a zambullirse, para apoyarse en una viga de madera podrida que en una época olvidada había servido para reforzar la mampostería de ladrillos blandos en el muro de sostén de un establo. Luego el Magzub se volvió a medias para juntar las manos, quizá para rezar, con una destreza y una precisión calculadas, Naruz hizo dos gestos casi simultáneos. Con la mano derecha plantó el puñal en la madera, sujetando el brazo del Magzub por la tela burda de sus largas mangas; con la izquierda tomó la barba del hombre, como quien sujeta a una cobra tratando de evitar sus colmillos. Por último, instintivamente, acercó la cara, exhibiendo el labio hendido y silbando (pues la deformidad también confiere poderes mágicos en Oriente), obscenamente, casi como si fuera a darle un beso, y murmuró: -Oh bienamado del Profeta.

Así permanecieron largo rato, como efigies de una acción olvidada, sepultas en la arcilla o el bronce, y en torno el silencio de la noche

recobró una vez más sus proporciones palpitantes. El Magzub respiraba con esfuerzo, casi quejándose, pero no dijo nada; y Naruz, hundiendo su mirada en aquellos ojos terribles que había visto arder esa misma noche como carbones encendidos, no descubrió en ellos ya ningún poder. Bajo la pintura, los ojos estaban vacíos y sin brillo, sus pupilas inexpresivas, huecas, muertas. Era como si hubiese colgado de la pared, en aquel patio abandonado, un hombre muerto ya. Un hombre a punto de caerle en los brazos para lanzar el último suspiro.

La idea de que no tenía nada que temer, ahora que el Magzub no estaba "en su hora", irrumpió en el espíritu de Naruz como una ola de tristeza -tristeza culpable-, pues él conocía la divinidad del hombre, su poder religioso contra el cual buscaba refugio en la locura. Se le llenare i los ojos de lágrimas y soltó la barba del santo para pasarle la mano por el pelo hirsuto y murmurar con una voz llena de lágrimas y de ternura: -¡Ah, bienamado del Profeta! ¡Ah, hombre sabio y bienamado!-, como si acariciara a un animal, como si el Magzub se hubiese transformado en un buen perro de caza. Naruz le acarició las orejas y el pelo, repitiendo las palabras con esa voz baja y mágica con que se dirigía a sus animales favoritos. Los ojos del brujo giraron en las órbitas, trataron de ver algo y se empañaron como los de un niño súbitamente afligido por su suerte. Del corazón le brotó un sollozo único. Cayó de rodillas en la tierra seca, las dos manos crucificadas todavía en el muro. Naruz se inclinó y se arrodilló con él, consolándolo con sonidos roncos e inarticulados. No fingía. Estaba penetrado de reverencia por ese hombre que había buscado las verdades últimas de la religión bajo la máscara de la locura.

Pero una parte de su espíritu seguía preocupada por el problema principal, y así fue como dijo, no con la voz cariñosa con que el cazador halaga a su perro favorito, sino en el tono de un hombre armado con un puñal:

-Ahora me dirás lo que quiero saber, ¿no es cierto?

La cabeza del brujo colgaba todavía cansadamente, y sus ojos giraron en las órbitas con una fatiga que se asemejaba casi a la muerte.

-Habla -dijo con voz ronca; y rápidamente Naruz dio un salto para recobrar el puñal. Luego, arrodillándose de nuevo a su lado, sujetándolo siempre por el cuello, le dijo lo que quería saber.

-No me creerán -gimió el hombre-. Y lo he visto con mis propios ojos. Dos veces se lo he dicho. Yo no he tocado a la niña -y luego, recobrando de pronto el poder de su voz y su mirada, gritó-: ¿Quieres que te lo muestre? ¿Quieres ver? -pero volvió a abatirse.

-Sí -exclamó Naruz, que temblaba ahora, alterado por el impacto del encuentro-, sí -era como si una corriente eléctrica le pasara por las piernas, haciéndolo temblar-. Muéstrame.

El Magzub empezó a respirar pesadamente, dejando caer la cabeza sobre el pecho cada vez que-inspiraba. Tenía los ojos cerrados. Era como ver; desde lo alto, una locomotora que acumula presión. Luego abrió los ojos y dijo'

-Mira el suelo.

Arrodillándose sobre aquella tierra reseca, trazó con el. índice un círculo en el polvo y luego alisó la arena con la palma de la mano.

-Aquí es donde está la luz -susurró tocando el polvo lentamente, concentrando su voluntad, y luego-. Mira con tus ojos en el seno de la tierra -y le señaló con el dedo un lugar determinado-. Aquí.

Naruz se arrodilló torpemente y obedeció.

-No veo nada -dijo con calma al cabo de un momento. El Magzub lanzó lentamente una serie de largos suspiros.

-*Piensa* que quieres ver en la tierra -insistió. Naruz dejó *que* sus ojos entraran en la tierra y su mente penetrara en el lugar que el mago le señalaba. Todo seguía igual.

-Estoy pensando-admitió por último. Y de pronto, vio con toda claridad un rincón del gran lago con su red intrincada de canales y la vieja casa de ladrillos desteñidos, a la sombra de las palmeras, donde Arnauti y Justine habían vivido... justamente donde Arnauti había comenzado a escribir *Moeurs* y donde la niña... -La veo -dijo por fin.

-Ah -exclamó el Magzub-. Mira bien.

Naruz tuvo la impresión de qué la bruma que se elevaba de los canales lo intoxicaba sutilmente.

-Juega a la orilla del río -continuó-. Se ha caído -oía que la respiración de su mentor *se* hacía más profunda.

-Se ha caído -salmodió el Magzub. Naruz prosiguió:

-No hay nadie cerca. Está sola. Lleva un vestido azul y un prendedor en forma de mariposa.

Hubo un largo silencio; luego el mago lanzó un suave gemido antes de decir con voz espesa, casi gorgoteante: -Has visto... en el lugar mismo. Dios es todopoderoso. En Él está mi fuerza -y tomando un puñado de polvo, se frotó la frente mientras la visión se desvanecía.

Naruz, profundamente impresionado por sus poderes, besó y abrazó al Magzub, sin dudar un solo instante de la autenticidad de los hechos que la visión le había revelado. Se puso de pie y se sacudió como un perro. Cambiaron saludos en voz baja y se separaron. Naruz dejó al mago allí, sentado en el suelo, como exhausto, y regresó otra vez a las

luces de la feria. La reacción le hacía temblar todo el cuerpo, como si le hubieran clavado agujas y alfileres, o como si una corriente eléctrica se hubiese descargado en sus riñones y en sus muslos. Se dio cuenta de que había tenido mucho miedo. Bostezaba y se estremecía mientras caminaba golpeándose con los brazos para entrar en calor, como para restablecer una circulación lenta.

Para llegar al patio del carpintero donde había dejado su caballo, tenía que atravesar por el este el lugar de la feria donde a pesar de la hora avanzada aún reinaba gran estrépito en torno a los columpios y había profusión de luces. Era la hora de las prostitutas: negras, bronceadas, amacillas, buscadoras impenitentes de la carne-dinero de los hombres; pieles de todos los colores, marfil, oro, negro. Sudanesas de encías violáceas y lenguas azules como las de los chow-chows. Egipcias cerosas. Circasianas de pelo dorado y ojos azules. Negras azules como la tierra, con el olor acre del fuego de leña. Todas las variedades de la carne: viejas carnes acobardadas cubriendo viejos huesos, carne insaciable de los muchachos y las mujeres, miembros enfermos de deseos que podían representarse en efigie pero que sólo podían calmarse con gestos --deseos engendrados en las selvas del espíritu, deseos que no les pertenecían a ellos como individuos, sino a los antepasados remotos que se manifestaban por su intermedio-. El deseo pertenece al huevo y *su* asiento se halla por debajo del nivel de la psique.

La noche pálida y caliente de Alejandría ardía como una antorcha, penetrando por las plantas de los pies desnudos y negros, hasta los corazones y los espíritus incorregibles. Naruz se sentía arrastrado por ese frenesí y esa belleza, flo. tando alegremente como un nenúfar en la corriente de ur río, y sin embargo hundiéndose en el silencio de su espíritu mientras se encaminaba al lugar donde le aguardaban los arquetipos de esas maravillosas imágenes.

Entonces fue cuando asistió, indiferente, a una breve escena cuyo significado no comprendió y que en realidad atañía a alguien con quien nunca se había encontrado ni se encontraría jamás, salvo en las páginas de este relato: Scobie. Por el lado de las barracas de los circuncisores se había armado una gresca. Los frágiles tabiques de tela y papel con su lúgubre iconografía temblaban y se conmovían, se oían chillidos y aullidos, y las botas claveteadas resonaban sobre las tarimas improvisadas; y entonces, atravesando las paredes de papel emergió a-la luz blanquecina un viejo tambaleante, vestido con el uniforme de oficial de la policía egipcia, llevando en brazos un niño envuelto en una manta y corriendo a todo lo que daban sus débiles y temblorosas piernas. Una multitud de árabes se lanzó en su persecución entre alaridos y gruñidos, como una jauría de perros salvajes pero temerosos. De pronto estuvieron delante de Naruz. El viejo de uniforme gritaba con voz cascada, pero sus palabras se perdían en el estrépito; cruzó el camino titubeando hasta un antiguo coche de plaza que arrancó en seguida, dando tumbos, bajo una lluvia de piedras y de maldiciones. Eso fue todo.

Mientras Naruz contemplaba esta breve escena que había despertado su curiosidad, una voz en la sombra, a su lado, habló -una voz cuya dulzura y profundidad sólo podía pertenecer a una persona: Clea-. Traspasado, la respiración entrecortada, dolorosa, unió las manos en un súbito gesto de humildad infantil. La voz era la voz de la mujer que amaba, pero venía de una forma horrible, sentada en la penumbra, el cuerpo obeso de una musulmana sin velo, sentada en un trípode delante de su choza de papel. Comía un pastel de sésamo, como una enorme oruga mordisqueando una hoja de lechuga, y al mismo tiempo hablaba con la exacta entonación de Clea.

Naruz se le acercó en seguida, diciéndole zalamero: ·Oh madre mía, háblame -y una vez más oyó la voz de tonos perfectamente orquestados murmurando palabras tiernas, acariciadoras, para atraerlo a la pequeña cámara de tortura. (Petesuchos, la diosa cocodrilo, por lo menos.)

Ciego a todo lo que no fuera las cadencias de la voz, la siguió como un drogado afuera habitación oscura, los ojos cerrados, las manos sobre los grandes senos temblorosos, como para beber de un solo trago, largo, absoluto, la música de esas palabras de amor que caían lentamente. Luego buscó febrilmente su boca como si quisiera sorber de su aliento -aliento cargado de relentes de sésamo- la imagen misma de Clea. Temblaba de excitación -esa sensación de peligro que tiene el que está a punto de profanar un lugar sagrado con alguna irresistible obscenidad cuyo significado relampaguea como un rayo en el espíritu con una horrible y singular belleza-. (Afrodita permite todas las conjugaciones del espíritu y los sentidos en el amor).

Se aflojó las ropas y, estrechándola, empujó lentamente hasta la cama mugrienta , a aquella muñeca de carne, buscando en el cuerpo de la mujer, con sus poderosas manos, las respuestas imaginadas que hubiera buscado quizá en otra forma más amada.

-Habla, madre mía -murmuró con voz ronca-, habla entretanto, habla -extrayendo de esa gran oruga blanca uíia imagen rara y maravillosa„ rara quizá como una gran mariposa nocturna: la belleza de Clea. Ah, pero qué horrible y hermoso yacer por fin allí, estrujado como un viejo tubo de pintura, entre las ruinas gimientes de deseos intestados, él, su ser íntimo, su virilidad íntima, relegad?9 finalmente al aislamiento de un sueño personal, transitorio como la infancia y más desgarrador todavía: ¡Clea!

Pero fue interrumpido, sí; porque ahora que leo estas escenas en el Comentario, mi memoria revive algo que había ` olvidado: el recuerdo de una barraca sórdida y de un hombre y una mujer enlazados en una cama, y yo mirándolos, Medio borracho, esperando mi turno. He descrito en otro lugar toda la escena -pero entonces había creído que el hombre era Mnemjian-. Ahora pienso que era Naruz. ¬Yacían allí, como víctimas de algún terrible accidente, torremente ensamblados, como si de una manera incoherente; experimental, fueran la primera pareja de la historia humana que ensayara ese medio especial de comunicación."

Y esa mujer, con sus "mechones de enredado pelo negro", que yacía en los brazos de Naruz... ¿Clea o Justine se reconocerían en esa imagen-madre de sí mismas, plasmada en esa carne venal? Naruz bebía ávidamente a Clea en el viejo cuerpo alquilado para el placer, así como yo por mi parte deseaba tan sólo beber a Justine. ¡Una vez más "el austero, indiferente, primitivo rostro de Afrodita"!

Sí, pero la sed puede saciarse así, invitando a un súcubo a compartir el propio lecho; y más tarde Naruz echó a andar en la oscuridad, incoherente como un loco, con una sensación de alivio tan pleno que era casi insoportable. Tenía ganas de cantar. En realidad, si bien no podía decirse que hubiera olvidado por completo a Clea en ese momento, por lo menos se podía asegurar que el acto lo había librado de la imagen de ella. Estaba totalmente purgado de Clea -en ese momento incluso hubiera tenido el coraje de odiarla -Tal es la polaridad del amor. Del amor "verdadero".

Regresó lentamente, dando rodeos, hasta la casa de su amigo el carpintero, y recobró el caballo, después de despertar a la familia para asegurarles que no era un ladrón el que hacía ruido en el establo a esa hora.

Luego volvió a sus tierras, feliz como un muchacho, y llegó a la casa solariega con las primeras luces del alba. Como no había nadie, se envolvió en una capa y durmió en el balcón hasta que el sol lo' despertó. Deseaba comunicar a su hermano las noticias.

A la mañana siguiente Nessim escuchó con calma y -seriedad toda la historia, asombrándose de que el corazón humano no hiciera ruido cuando la sangre se retira gota a gota, pues veía en esas noticias un obstáculo vital a la confianza que quería obtener de su mujer.

-No creo -dijo Naruz- que después de tanto tiempo podamos encontrar el cuerpo, pero iré con Faraj y llevaré un guinche... No se pierde nada con probar. ¿Quieres?

Nessim se había encogido de hombros. Su hermano se detuvo un instante y luego continuó en el mismo tono: -Además, no sabía hasta ayer cómo iba vestida la niña. Pero te describiré lo que vi en el suelo. Llevaba un vestido azul y un prendedor en forma de mariposa.

Nessim dijo casi con impaciencia:
-Sí. Es absolutamente exacto. Es la descripción que Justine hizo al Parquet. Sí, sin resultado. Hay un pozo en el canal, y una fuerte corriente subterránea.

Comprendo -dijo Naruz, desanimado.

Es difícil saber y Nessim añadió en tono cortante-: Pero prométeme una cosa. Ella nunca sabrá la verdad por tu boca. Prométemelo.

Te lo prometo -dijo su hermano, mientras Nessim se volvía para encontrarse frente a frente con su mujer. Estaba pálida y sus grandes ojos dubitativos, curiosos, buscaban los de Nessim-. Ahora tengo que dejarte -dijo Nessim precipitadamente y colgó el receptor, se volvió hacia ella y le tomó las manos. En el recuerdo los veo siempre así, mirándose, tomados de las manos, tan cerca uno del otro, tan lejos. El teléfono es el símbolo moderno de las comunicaciones que nunca se establecen.

VIII

"Le he hablado de la muerte de Scobie (escribe Balthazar) pero no le he contado en detalle de qué manera ocurrió. Yo no lo conocía muy bien, pero sé el afecto que usted le tenía. No fue un asunto muy agradable y me vi metido sólo por accidente -en realidad Nimrod, que dirige la Secretaría y era el superior jerárquico de Scobie, cenaba conmigo aquella noche.

"¿Se acuerda de Nimrod? Pues bien, desde hacía un tiempo nos disputábamos los favores de un joven y encantador actor ateniense conocido con el delicioso nombre de Sócrates Pittakis, y como una rivalidad seria nos hubiera perjudicado a los dos en el plano de nuestras relaciones oficiales (soy en cierto modo el médico de su repartición), habíamos decidido con toda sensatez dejar de lado los celos y compartir francamente al jovencito, como hubiera hecho cualquier alejandrino. Estábamos, pues, cenando *á trois* en la *Auberge Bleue,* con el muchacho entre los dos como el fiambre en medio de un emparedado. Debo decir que yo llevaba una pequeña ventaja a Nimrod, que habla un griego bastante malo, pero en general reinaba un espíritu razonable y mesurado. El actor, que había bebido champagne caudalosamente toda la noche -nos explicó que era su método para curarse una enfermedad consuntiva-, se negó al fin a quedarse con ninguno de nosotros dos, pues en realidad estaba locamente enamorado de una armenia bigotuda que trabajaba en mi clínica. De modo que el esfuerzo había sido inútil, y debo decir que Nimrod estaba particularmente amargado, pues tenía que pagar esa cena grotesca. Bueno, en eso estábamos cuando llamaron por teléfono al gran hombre.

"Volvió al cabo de un momento, con aire grave, y dijo: -Hablaron de la Comisaría del puerto. Parece ser que los marineros del *Milton* han matado a un viejo a puntapiés. Tengo mis razones para suponer que puede tratarse de uno de los excéntricos de la sección Q -hay allí un viejo Bimbashi... -Se detuvo, indeciso. -De todos modos -añadió-, tengo que ir para asegurarme. Uno nunca sabe. Parece ser -bajó la voz y me dijo al oído-, que andaba vestido de mujer. Puede haber un escándalo.

"¡Pobre Nimrod! . El deber lo reclamaba, pero la idea de dejarme a solas con el actor le repugnaba visiblemente. Cambiaba de posición, se apoyaba en un pie, en otro, y reflexionaba profundamente. Al fin, el mejor lado de mi naturaleza asomó cuando él había abandonado ya toda esperanza. Me puse de pie. ¡Juego limpio hasta la muerte! -Es preferible que vaya con usted- le dije. El pobre hombre se deshizo en

sonrisas emocionadas y me agradeció calurosamente el gesto. Dejamos al joven comiendo pescado (esta vez era para la fatiga mental) y corrimos al lugar donde el coche oficial esperaba a Nimrod. No nos llevó mucho tiempo recorrer la Corniche, doblar y meternos en la oscuridad resonante del barrio del puerto, con sus callejuelas mal empedradas.y la luz vacilante de los faroles de gas en los muelles, que hacen pensar en un rincón de Marsella, allá por el 1850. Siempre he detestado ese lugar que apesta a humedad de mar, a orina y a sésamo.

"La comisaría era un edificio circular de color rojo, semejante a una sucursal de correos de la época victoriana, y comprendía una pequeña oficina y dos calabozos húmedos y oscuros, conjunto terrible, sin aire, en esa noche de verano. El lugar estaba lleno de policías chorreando sudor, que hablaban todos a la vez y mostraban el blanco de los ojos como caballos en la oscuridad. Sobre un banco de piedra,. en una de las celdas, yacía la figura frágil y anticuada de una vieja con la falda recogida hasta la cintura, mostrando unas piernas escuálidas, calcetines verdes sostenidos por ligas, y botas de marino. La luz eléctrica no funcionaba y una vela de llama vacilante puesta en el borde del tragaluz, sobre el cuerpo, goteaba su cera sobre una de las viejas manos ajadas que empezaba a ponerse rígida y a fijarse en un gesto histriónico, como el de un actor esquivando un tomate en escena. Era su amigo Scobie.

"Lo habían matado a golpes, de una manera nada agradable de ver. El pobre pellejo era una bolsa llena de vajilla rota. Mientras lo examinaba, empezó a repicar la campanilla del teléfono. Keats había olfateado algo y trataba de localizar el escenario del accidente. No pasaría mucho tiempo antes de que su viejo Citroen destartalado apareciera en la puerta. Evidentemente, un gran escándalo sería el fin de todo, y el miedo ponía alas a la imaginación de Nimrod. -Hay que quitarle esas ropas- susurró, y comenzó a golpear a derecha e izquierda con su bastón para hacer salir a los policías y despejar la celda. -Tiene razón -dije, y mientras Nimrod contemplaba la escena con su cara sudorosa y disgustada, traté de desnudar al cadáver lo mejor que pude. No era precisamente agradable, pero al final el viejo réprobo quedó 'desnudo cómo un salmo', como se dice en griego. Era la primera etapa. Nos enjugamos la cara. La pequeña celda era un horno.

"-Hay que arreglárselas -dijo Nimrod histérico-, para volver a ponerle el uniforme. Antes de que Keats venga a hurgar por aquí. Escúcheme, vamos a la casa a buscarlo. Yo sé dónde vivía. -Encerramos al viejo en el calabozo: su ojo de vidrio aplastado nos dirigió una lúgubre mirada de reproche, como si estuviera en manos de un disecador aficionado. Saltamos al coche y cruzamos a toda velocidad las dársenas rumbo a la calle Tatwig mientras Nimrod examinaba el contenido del coqueto bolso de mano, imitación cuero, con que el viejo había salido a la aventura. Encon tró unas pocas monedas, un pequeño misal, una licencia de capitán y un paquete de esas hojas de papel de arroz (de ese que ya no se encuentra) para liar cigarrillos. Nada más. -Viejo de mierda -repetía Nimrod-. Viejo de mierda. "Nos sorprendió ver el caos que reinaba en las habitaciones del viejo, pues

por algún misterioso condúcto los vecinos se habían enterado ya de su muerte. Por lo menos, así lo supuse. Todas las puertas estaban rotas y los armarios habían sido forzados. En una especie de cuarto de baño había una bañera llena de un brebaje que olía como el arak, y del que evidentemente las gentes del lugar se habían servido en abundancia, a juzgar por las innumerables huellas húmedas de pies y manos que habían quedado en las escaleras y en las paredes. El rellano estaba inundado. En el patio un boab cantaba y bailaba alrededor de su escoba, espectáculo bastante inusitado. Toda la vecindad parecía entregada a una orgía celebratoria. De lo más extraño. Aunque la mayor parte de los enseres de Scobie habían sido robados, su uniforme seguía colgado detrás de la puerta y nos apoderamos de él. En ese momento nos sobresaltamos, pues un loro verde metido en una jaula en un rincón del cuarto dijo con una voz que, juró Nimrod, era una imitación perfecta de la de Scobie:

Que los cuatro confines se levanten en armas:
el polvo (hic) morderán.

"Era evidente que el pájaro estaba borracho. Su voz sonaba tan extraña en aquella pieza lúgubre y vacía. (No le he contado nada de esto a Clea, temo que la afecte demasiado; también ella lo quería mucho.)

"Bueno, de vuelta a la comisaría con el uniforme. Teníamos suerte: ni señales de Keats. Nos encerramos de nuevo en la celda, ahogándonos de calor. La rigidez cadavérica hacía progresos tan rápidos que parecía imposible ponerle la túnica sin romperle los brazos tan frágiles, Dios lo sabe, que podíamos quebrarlos como ramas de apio, por lo menos así parecía, de modo que opté por envolverlo en ella. Para los pantalones fue más fácil. Nimrod trató de ayudarme, pero no pudo contener las náuseas y se pasó casi todo el tiempo vomitando en un rincón. Estaba muy afectado por la historia y murmuraba incesantemente: -Pobre viejo marica-. En todo caso, gracias a nuestra diligencia, se evitó el escándalo que él temía, y apenas habíamos terminado de dar a su Scobie una apariencia decente, escuchamos el inconfundible estruendo del automóvil del *Globe* que se detenía en la puerta, y la voz de Keats en la oficina.

"No debo olvidarme de añadir que en los días siguientes hubo en los alrededores de la calle Tatwig dos muertos y más de veinte casos de envenenamiento agudo ocasionados por el *arak;* podemos decir, pues, que la partida de Scobie dejó su marca en el vecindario. Tratamos de hacer analizar el brebaje que fermentaba en la bañera, pero los laboratorios oficiales tuvieron que confesarse vencidos después de varias tentativas. Dios sabe qué fabricaba el viejo.

"De todas maneras, los funerales fueron un gran éxito (lo enterraron con todos los honores debidos a un funcio nario muerto en el ejercicio de sus funciones) y todo el mundo asistió. Había una delegación de árabes del barrio. Es raro oír lamentaciones musulmanas delante de la tumba de un cristiano, y el capellán, el Reverendo Padre Paul, estaba

sumamente desconcertado; tal vez temía que el *arak* casero concitara los *afrites* del Eblis, ¿quién sabe? Hubo además los maravillosos descuidos habituales, tan característicos de la vida de este país (tumba demasiado estrecha, huelga de sepultureros que en mitad de la operación de ensanchamiento reclamaron un aumento, el coche del cónsul de Grecia que pierde la dirección y deposita al funcionario en un matorral, etc.) : creo haberle contado todo esto en una carta. Era lo que Scobie hubiera deseado: ser enterrado con todos los honores mientras la banda de la policía ejecutaba la marcha fúnebre -un poco vacilante y con una fuerte tendencia a los cuartos de tono egipcios- delante de la tumba. ¡Y los discursos, las lágrimas! Usted sabe cómo se deja llevar la gente por sus sentimientos en esas ocasiones. Se hubiera dicho que era el entierro de un santo. ¡No puedo olvidar el cuerpo de la vieja en el calabozo!

"Nimrod me dice que había llegado a ser muy popular en su *quartier,* pero que en los últimos tiempos, por haberse opuesto a la circuncisión ritual de los niños, habían empezado a detestarlo. Usted sabe cómo son los árabes. Trataron de envenenarlo más de una vez. Estas cosas lo afectaron mucho, como es lógico. Hacía muchos años que vivía allí y supongo que ése era todo su mundo. Es lo que ocurre con tantos expatriados, ¿verdad? En los últimos tiempos empezó a beber y a `caminar dormido', como dicen los armenios. Todo el mundo trataba de disculparlo, y había dos agentes encargados de cuidarlo durante sus excursiones. Pero la noche de su muerte consiguió escapárseles.

"-Cuando empiezan a disfrazarse -dice Nimrod (no tiene el menor sentido del humor)-, es el comienzo del fin. -En efecto. No lo tome por irreverencia. La medicina me ha enseñado a considerar las cosas con un desapego irónico para conservar intacta la fuerza de sentimientos que debemos a quienes amamos y que desperdiciamos con los que mueren. Por lo menos así lo creo.

"Después de todo, ¿qué diablos hemos de hacer con la vida, sus contorsiones y sus mudanzas? ¿Y cómo, me pregunto, tiene el artista la temeridad de querer imponerle un esquema inficionado por la significación que él le atribuye? (Aquí apunto un poco en su dirección.) Usted me responderá, sin duda, que es obligación del piloto hacer inteligibles los bajíos y las arenas movedizas, las alegrías y las desdichas, para sortearlas. Sí, pero...

"Abandono, por hoy. Clea se llevó el loro del viejo; ella pagó los funerales. El retrato que le hizo sigue estando, creo, en un anaquel de su habitación vacía. En cuanto al loro, parece ser, que continúa hablando con el tono de voz de su amo, y ¿lea decía que muchas veces la sobresaltan las cosas que soltaba el bicho. ¿Usted cree que un alma puede penetrar en el cuerpo de un loro verde del Amazonas para perpetuar su recuerdo durante un tiempo? Me gustaría creer, lo. Pero eso es ya historia antigua.

IX

Cada vez que Pombal estaba muy afligido por algo *("Mon Dieu!* Hoy estoy descompuesto", decía en un inglés absurdo), se refugiaba en un magistral ataque de gota a fin de rememorar a sus antepasados normandos. Tenía para esas ocasiones un antiguo sillón de alto respaldo, tapizado de pana roja. En él se instalaba, apoyando la pierna vendada sobre un taburete, para leer el *Mercure y* meditar so¬bre las posibles reconvenciones y traslados que su última gaf *fe* podía ocasionarle. Sabía que toda su Cancillería estaba contra él y que consideraba su conducta (bebía demasiado y era un mujeriego) perjudicial para el servicio. En realidad le tenían envidia porque sus medios, que no eran lo bastante generosos como para librarlo de la obligación de trabajar, le permitían sin embargo vivir más o menos *en prince* -si se puede llamar principesco el pequeño departamento humoso que compartíamos.

Aquel día, al subir la escalera, comprendí que estaba "descompuesto" por el tono malhumorado de su voz. "Eso no es una noticia -repetía histérico-. Le prohibo que la publique." En el vestíbulo que olía a fritura, me encontré con el tuerto Hamid que agitó una mano afectuosamente.

-La señorita irse -susurró anunciándome la partida de Melissa-, volver a las seis. Señor Pombal no estar muy bien pronunciaba el nombre de mi amigo como si no tuviera ninguna vocal, así: Pmbl.

Keats estaba con él en la sala, su gran corpachón chorreando sudor y atravesado sin gracia en el sofá. Sonreía mostrando los dientes, el sombrero echado hacia atrás. Pombal, derrumbado en su sillón de gotoso, tenía un aire lúgubre y malhumorado. Reconocí, no sólo los signos de la borrachera del día anterior, sino también de una nueva gaf *fe.* ¿Qué había pescado Keats?

-Pombal ---dije-, ¿qué diablos le ha pasado a tu coche? Lanzó un gemido y se pellizcó la papada como suplicándome que no hablara del asunto; era evidente que Keats había estado mortificándolo con esa historia.

El autito en cuestión, tan caro al corazón de Pombal, estaba en ese momento delante de la puerta, abollado y aplastado. Keats se despejó la garganta y tragó saliva.

-Fue Sveva -explicó-, y no tengo el derecho de publicarlo -Pombal gimió y se agitó en su silla-. No quiere contarme toda la historia.

Pombal empezó a ponerse realmente furioso.

-¿Quiere hacerme el favor de irse? -dijo, y Keats, que perdía fácilmente su seguridad frente a cualquier representante del cuerpo diplomático, se levantó y guardó en el bolsillo su libreta de notas, borrando la sonrisa de su rostro. -Muy bien -dijo, y añadió haciendo un mediocre juego de palabras-: *Chacun son goút et sa goutte,*

supongo -y bajó lentamente las escaleras. Me senté frente a Pombal y eseré a que se calmara.

-Otra *gaffe,* querido -dijo por fin-, y la más grave de todo el *affaire Sveva.* Fue ella ... mi pobre auto ... ¿lo has visto? Mira el chichón que tengo en el cuello. ¿Eh? Un bulto feroz.

Le pedí a Hamid un poco de café mientras Pombal me contaba la última desgracia con sus habituales gestos de aflicción. Había cometido la imprudencia de embarcarse en una aventura con la salvaje Sveva, y ahora ella se había enamorado de él.

-¡El amor! --gimió Pombal retorciéndose en su silla-. Soy tan débil con las mujeres -admitió-, y ella era tan fácil. Dios mío, es como si me pusieran en el plato algo jue yo no he pedido, o que ha pedido otro y me lo sirvieran por error; entró en mi vida como un *bifteck á point,* como una berenjena rellena... ¿Qué podía hacer yo? Y ayer me dije: "Teniendo en cuenta su edad, el estado de su dentadura, etcétera, no sería raro que enfermara y me ocasionara gastos." Además, no *quiero* una amante en *perpetuum mobile.* Entonces resolví llevarla a un lugar tranquilo a la orilla del lago y despedirme. Se puso como loca. En un abrir y cerrar los ojos estaba en la orilla del río donde encontró un montón enorme de piedras, y antes de que pudiera decir agua va, *pif, paf, pong, bong* -sus gestos eran elocuentes-. Las piedras volaban por el aire. Parabrisas, faros, todo... Yo estaba tirado boca abajo junto al embrague, gritando. Fíjáte el chichón que tengo en el cuello. Se había vuelto loca. Cuando no quedó un vidrio sano, levantó una roca enorme y empezó a destrozar el auto gritando "Amour, amour" a cada golpe que daba, cómo una histérica. No quiero volver a escuchar jamás esa palabra. El radiador hecho pedazos, los guardabarros retorcidos. ¿Has visto? Nadie creería que una muchacha puede hacer semejante faena. `¿Y después? Ahora verás: *Se tiró al río.* Imagínate mi situación. No sabe nadar, yo tampoco. ¡Menudo *escándalo* si llegaba a morir! Me arrojé al agua tras ella. Nos aferrábamos el uno al otro aullando como un par de gatos enamorados. ¡El agua que tragué! Vinieron unos policías y nos sacaron. Largo *procés-verbal,* etc. No me atrevo siquiera a telefonear a la Cancillería esta mañana. La vida no vale la pena.

Estaba a punto de echarse a llorar.

-Es mi tercer escándalo este mes -añadió-. Y mañana es carnaval. ¿Sabes? Después de pensarlo mucho, se me ha ocurrido una idea -sonrió sin ánimo-. Tendré que tomar mis precauciones para este carnaval... por si bebo demasiado y me meto en un berenjenal, como suele suceder. Llevaré un disfraz impenetrable. Sí -se frotó las manos y repitió-: Un disfraz impenetrable -luego me miró un momento como preguntándose si podía o no confiar en mí. Su examen pareció satisfacerlo, pues se volvió bruscamente hacia el armario y dijo-: Si te lo muestro me guardarás el secreto, ¿verdad? Después de todo, somos amigos. Tráeme el sombrero que está en el estante superior. Te vas a reír.

Dentro del armario encontré un inmenso sombrero como los que aparecen en los retratos de 1912, adornado con un penacho de marchitas plumas de avestruz, y un grueso alfiler terminado en una gran piedra azul.

-¿Esto? -le pregunté incrédulo, y él lanzó una risita asintiendo con un gesto.

-¿Quién me reconocerá con él? Dámelo...

Quedaba tan cómico con el sombrero que me dio un ataque de risa y tuve que sentarme. Me recordaba a Scobie con su absurdo Dolly Varden. Pombal parecía... no, es imposible describir el efecto de esa creación ridícula en su carota. Él también se echó a reír.

-Maravilloso, ¿no? Mis malditos colegas nunca sabrán quién era la mujer borracha. Y si el Cónsul General no lleva dominó, le... le haré la corte. Lo volveré loco con mis besos apasionados. ¡Cochino!

Su mueca de odio le dio un aire más grotesco todavía. Como a Scobie, tuve que suplicarle:

-¡Por el amor de Dios, quítate eso!

Se lo quitó y me sonrió sarcásticamente, convencido de que su plan era magnífico. Por lo menos, pensaba él, todas las indiscreciones que pudiera cometer no le serían atribuidas.

-Tengo uri traje completo -añadió con orgullo-. Me buscarás, ¿verdad? Vas a venir, ¿no es cierto? He oído decir qúe habrá dos grandes bailes, de modo que podremos pasarnos de uno al otro, ¿eh? Bueno, ya me siento un poco aliviado, ¿y tú?

Pero el nefasto sombrero de Pombal fue la causa directa de la muerte misteriosa de Toto de Brunel, la noche siguiente, en casa de los Cervoni -muerte que en opinión de Justine le había reservado su marido y que yo... -Pero debo volver sobre mis pasos para seguir el Comentario.

"La cuestión de la llave del reloj -escribe Balthazar-, la que usted me ayudó a buscar entre las grietas de la Grande Corniche aquel día de invierno, tomó un giro extraño. Como usted sabe, mi reloj se detuvo y tuve que mandar hacer otro pequeño *ankh* de oro. Pero entre tanto la llave me fue devuelta en circunstancias misteriosas. Un día Justine llegó a la clínica y, besándome cariñosamente, la sacó de su bolso. -¿Reconoce usted esto? -me preguntó sonriendo, y luego continuó, disculpándose-: Lo siento por usted, mi querido Balthazar. Es la primera vez en mi vida que me veo obligada a hacer de ratera. En casa hay una caja de seguridad que yo tenía que abrir. A primera vista las llaves se parecían, y quise ver si la de su reloj se adaptaba ala cerradura. Tenía intención de devolverla la mañana siguiente, antes de que usted tuviera tiempo de afligirse, pero descubrí que alguien la había sacado de mi mesa de tocador. No repita lo que le digo. Pienso que quizá

Nessim la vio y, sospechando mis intenciones, se la *llevó* para ver por sí mismo si podía abrir la caja. Por suerte (o por desgracia) no sirve, y no pude abrirla. Pero tampoco podía decir nada, por temor de que él no la hubiera visto; no quería atraer su atención sobre la llave y su semejanza con la de la caja. Interrogué a Fatma discretamente y revisé mi cofre de joyas. Inútil. Dos días más tarde el mismo Nessim me la trajo diciéndome que la había encontrado en el estuche de sus gemelos de camisa; reconoció que se parecía a la suya, pero no mencionó la caja de seguridad. Se limitó a pedirme que se la devolviera, cosa que hago, con mis sinceras excusas por el retraso.

"Desde luego, yo estaba fastidiado y se lo dije: -Y además, ¿por qué quería hurgar en la caja de seguridad de Nessim? -le pregunté-. No creo que esté en sus costumbres, y debo confesar que siento cierto desprecio por usted, sabiendo cómo la ha tratado Nessim. -Ella bajó la cabeza y dijo: -Lo único que quería era descubrir algo sobre la niña ... sospecho que él me oculta algo."

TERCERA PARTE

X

"Supongo (escribe Balthazar) que si usted decidiera incorporar ahora a su propio manuscrito sobre Justine lo que le estoy diciendo, se encontraría en presencia de un libro curioso; la historia sería narrada, por así decirlo, en estratos. ¡Sin quererlo le he proporcionado una forma fuera de lo común! No está lejos de la idea de Pursewarden sobre una serie de novelas que fueran como 'paneles corredizos', así los llamaba. O quizá como un palimpsesto medieval en el cual se consignan verdades diferentes, unas sobre otras, las tinas suprimiendo o quizá completando las otras. ¡Monjes industriosos que borran una elegía para intercalar un versículo de las Sagradas Escrituras!

"Supongo que, no estaría tan mal aplicar esa analogía a la realidad de Alejandría, ciudad sagrada y profana a la vez; entre Teócrito, Plotino y la Versión de los Setenta, uno %e mueve en planos intermediarios que son sobre todo los de la raza -como decir coptos, griegos y judíos, o musulmanes, turcos y armenios... ¿Me equivoco? Así se opera el lento crecimiento, por acumulación, del tiempo mismo en el lugar. Así deposita la vida en el rostro de los individuos, capa por capa, las arrugas sucesivas de la experiencia en las cuales es absolutamente imposible distinguir la risa de las lágrimas. Moldes huecos de la experiencia cayendo sobre las arenas de la vida. . . "

Eso es lo que escribe mi amigo, y tiene razón, pues el Comentario me plantea ahora un problema mucho más, com plejo que el de la "verdad objetiva frente a la vida" o, si se prefiere, "frente a la fiction". Plantea, como to hate la vida -la haga uno o la tome tal como es- el problem', de veta mas dura, de la forma. ¿Cómo manipular esa masa de datos cristalizados para obtener su significación y dar asi un cuando coherente de esa imposible ciudad del amor y la obscenidad ?

Me gustaria saberlo. Me gustaria saberlo. Tantas cosas me ban sido reveladas por todo esto que tengo en cierto modo la impresión de estar en el umbral de un nuevo libro -de una nueva Alejandria-. Los viejos lineamientos evocativos que bosqueje, entrelazandolos con los nombres de los ejemplares de la ciudad: Cavafy, Alejandro, Cleopatra y todos los demas, eran subjetivos. Yo habia trazado la imagen de mi celosa propiedad personal, verdadera dentro de los limites de una verdad percibida parcialmente. Ahora, a la luz de todos estos tesoros -pues la verdad, aunque implacable como el amor, tiene que ser tambien un tesoro- que debo hater? jAmpliar las fronteras de la verdad original, construir con la mamposteria de estos nuevos datos los cimientos sobre los cuales ha de levantarse una nueva Alejandria? ¿O bien la estructura debe mantenerse igual, asi como los personajes, y sólo la verdad misma ha de cambiarse en su contraria?

Durante toda esta primavera en mi isla solitaria me he sentido abrumado por esa información grotesca, que ha alterado mis

sentimientos respecto a las cosas, incluso las pasadas,lto cual es extraño. ¿Pueden las emociones ser retrospectivas, retroactivas?

Casi todo to que escribi se basaba en los temores que Nessim inspiraba a Justine, temores sinceros, sinceramente manifestados. He visto con mis propios ojos los celos frios y mudos en el rostro de Nessim, el miedo en el de Justine. Y ahora Balthazar dice que Nessim nunca le hubiera hecho dano. ¿A quien debo creer?

Comiamos tantas veces juntos, los cuatro; iy yo alli, sentado, en silencio, embriagado por el recuerdo de sus besos reales, creyendo (solo porque ella me lo decia) que la presencia del cuarto -Pursewarden- adormecia los celos de Nessim y nos brindaba una proteción! Pero si he de creer a Balthazar, era yo el señuelo. (Recuerdo o sólo imagino aquella sonrisita especial que aparecia de vez. en cuando en las comisuras de los labios de Pursewarden, quiza cinica, quiza ¿conminatoria?) iYo creia entonces que la presencia del escritor me protegia cuando en realidad ei se cobijaba en la mia! Lo unico que me impide creer del todo en esto es... ¿que? La calidad de un beso de alguien que podia rnurmurar, como quien somete su cuerpo a la tortura, las palabras "te quiero". Desde luego, desde luego. Soy un experto en materia de amor -todo hombre cree serlo, sobre todo los ingleses-. ¿Creere en el beso mas que en las declaraciones de mi amigo? Imposible, Balthazar no miente...

¿El amor es ciego por naturaleza? Claro, se que yo esquivaba el pensamiento de que Justine pudiera serme infiel Mientras la poseia -¿quien no procede asi?-.

Hubiera sido demasiado doloroso aceptar esa verdad, aunque en el fondo de mi corazón estuviera convencido de que no podria serme siempre fiel. Si alguna vez me atrevia a murmurarme esa idea, añadia precipitadamente, como un marido o un amante: "ipero claro, no importa lo que haga, yo soy la persona a quien ella quiero de verdad!" iSofismas consoladores, mentiras que permiten la supervivencia del amor!

No es quo ella me hubiera dado jamás motivos directos de duda. Sin embargo, recuerdo una ocasión en que senti una sombra de sospecha con respecto a Pursewarden, sospecha que se desvaneció de inmediato. Un dia salió del estudio y se acercó a nosotros con la boca manchada de pintura de labios. Pero casi en seguida vi su cigarrillo: evidentemente acababa de tomar el que Justine habia dejado encendido en un cenicero (hábito corriente en ella), pues el extremo estaba manchado de rojo. Cuando hay amor todo se explica facilmente.

El perverso comentario, cargado de estas dudas, hace presión como un dedo brutal aquí y allá, siempre en los lugares dolorosos. He comenzado a copiarlo todo despacio, penosamente, no sólo para comprender mejor los puntos en que difiere de mi propia versión de la realidad, sino también para mirarlo como una entidad distinta, como manuscrito que existe por derecho propio, como la visión particular que otros ojos han tenido de ciertos acontecimientos que

yo he interpretado a mi manera, porque de esa manera los he vivido -o me han vivido-.

¿He dejado escapar tantas cosas a mi alrededor: las connotaciones de las sonrisas, de las palabras y los gestos casuales, de los mensajes escritos en una mancha de vino sobre la mesa, de las direcciones anotadas en un ángulo del periódico que una mano arruga en seguida? ¿Debo revisar mis experiencias para llegar al corazón de la verdad? 'La verdad no tiene razón' -escribe Pursewárden-. La verdad es una mujer. Por eso es enigmática. De las mujeres, lo más que se puede decir, a menos de ser francés, es que son animales socavadores."

Según Balthazar, he interpretado mal el encadenamiento de los temores de Justine en lo que se refiere a Nessim. El incidente del automóvil que he relatado en otra parte: cómo Justine corría una noche a gran velocidad rumbo al Cairo para encontrarse con Pursewarden, cuando los faros del gran Rolls color de falena se apagaron. Ciega en la oscuridad perdió la dirección del auto que se salió del camino, dando tumbos de duna en duna y levantando remolinos de arena como los chorros de espuma que expele una ballena agonizante. Luego, "silbando como una flecha" se enterró hasta el parabrisas en un médano y allí se quedó estremeciéndose; zumbando. Afortunadamente Justine no estaba herida y tuvo la presencia de ánimo suficiente para interrumpir el contacto. ¿Pero cómo había ocurrido el accidente? Cuando. me lo contó me dijo que al examinar el automóvil se descubrió que alguien. había limado los cables... ¿quién?

Que yo sepa, esa era la primera vez que se articulaban sus temores con respecto a Nessim y a un posible atentado contra su vida. Ya había hablado de sus celos, sí, pero nunca de nada como esto, tan concreto, tan típicamente alejandrino. Es fácil imaginar mi preocupación.

Y ahora Balthazar dice en sus notas que unos diez días antes de este incidente, Justine había visto desde la ventana del estudio que Selim cruzaba el césped, se acercaba al coche y, creyendo que nadie lo veía, dejaba al descubierto el motor para sacar uno de los pequeños rollos de cera en el que Justine creyó reconocer una parte del equipo del dictáfono que Nessim solía usar en la oficina. Selim envolvió el objeto en un trapo y lo llevó al interior de la casa. Justine permaneció largo rato en la ventana, reflexionando y fumando antes de pasar a la acción. Luego subió al auto y tomó por el camino del desierto hasta llegar a un lugar solitario donde podría examinarlo mejor. Junto al motor encontró un pequeño dispositivo que no reconoció pero que podía ser, en su opinión, un aparato grabador. Probablemente un cable lo conectaba con un pequeño micrófono disimulado entre los diversos botones del tablero, pero no pudo descubrirlo. Sin embargo, con la lima de uñas cortó los hilos en varios puntos dejando todo el mecanismo en su lugar y aparentemente en condiciones de funcionar. Fue entonces, según

Balthazar, cuando debió de cortar o estropear uno de los hilos del sistema de luces. Por lo menos es lo que ella le dijo, aunque a mí no me lo explicó de esa manera. ¡Si he de creerle, mientras ella insistía incesantemente en todas las locuras que cometíamos en público y en el riesgo que corríamos, en realidad me arrastraba ante los ojos de Nessim como la capa delante del torol

Pero esto fue sólo al principio; más tarde, dice mi amigo, un acontecimiento le hizo pensar que su marido estaba planeando algo contra ella: el asesinato de Toto de Brunel durante el baile de carnaval en casa de los Cervoni. ¿Por qué nunca lo he mencionado? Es cierto que yo estaba presente, y sin embargo todo el incidente, aunque participaba de la atmósfera del momento, se me pasó por alto en el torbellino de mis otras preocupaciones. Había en Alejandría en aquel momento muchos misterios insolubles como ése. Y aunque yo sabía la interpretación que Justine le daba, no la creí en esa época. De todos modos es extraño que no la haya mencionado, ni siquiera de paso. Desde luego, la verdadera explicación la tuve sólo meses más tarde, cuando estaba casi a punto de abandonar Alejandría para siempre, así lo creía, con la niña de Melissa -la hija que había tenido de Nessim-. ¡Una noche supe la verdad, de labios de Clea!

En Alejandría el carnaval es un acontecimiento social, sin relación con ninguna de las otras fiestas religiosas del calendario de la ciudad. Supongo que debe de haber sido instituida por las tres o cuatro grandes familias católicas del lugar -quizá tenían la impresión de identificarse a través de él, vicariamente, con la otra orilla del Mediterráneo, con Venecia y Atenas-. Sin embargo no hay en la actualidad familia rica -sea copra, musulmana o judía- que no posea un armario lleno de dominós de terciopelo para esos tres días de locura. Después de Año Nuevo es quizá la celebración cristiana más importante del año, pues la norma vigente en esos tres días con sus noches es la del anonimato absoluto, el anonimato conferido por el siniestro dominó de terciopelo negro que oculta la identidad y el sexo, impide distinguir al hombre de la mujer, a la esposa del amante, al amigo del enemigo.

En ese momento las más locas aberraciones de la ciudad se manifiestan audazmente bajo la protección de los invisibles Señores del Desgobierno que presiden la estación. No bien oscurece, las máscaras empiezan a aparecer en las calles, primero de a una y de a dos, luego en pequeños grupos, a menudo acompañados de instrumentos musicales o tambores, riendo-y cantando camino de alguna gran casa o club nocturno donde el aire de afectada indiferencia se funde en el calor negro del jazz, en el contrapunto hosco, empalagador de saxofones y tambores. Surgen por todas partes bajo la pálida luz de la luna, encapuchados como monjes. El disfraz da a todos una lúgubre y obsesiva uniformidad de contornos que inquieta a los egipcios vestidos de blanco y los llena de alarma -el estremecimiento de un miedo condimentado con la sal de las risas frenéticas que salen de las casas, y que la ligera brisa de tierra lleva hasta los cafés de la costa; una alegría que por su estridencia misma parece temblar siempre al borde de la locura.

Lentamente la luna azulada de la primavera se encarama sobre las casas, trepa a los minaretes entre las palmeras restallantes, y con ella la ciudad parece desplegarse como un animal que, terminado el invierno, sale de su cueva, se estira empieza a beber la música de esos tres días de fiesta.

El jazz que se escapa de los sótanos desplaza el apacible aire invernal de los parques y avenidas, mezclándose quizá al llegar al horizonte con el tamborileo de la hélice de un barco en las aguas profundas del estuario. O por un breve instante se puede ver y oír el estallido y la patinada de un fuego de artificio contra un cielo que por un momento se enrosca en los bordes y enrojece como una hoja de papel carbónico ardiente.; carcajadas frenéticas que se mezclan con el mugido ronco de un viejo barco, más allá de la barra que 4efiende el puerto, como una vaca delante de la puerta cerrada del establo.

"El enamorado tiene miedo del carnaval", dice el proverbio. Y con la aparición de esas criaturas vestidas de negro que emergen de los rincones de la noche, todo se altera sutilmente. Cambia en la ciudad la temperatura de la vida, se multiplican los indicios sutiles de la primavera. Carni vale: el adiós a la-carne del año desenvuelve las bandeletas que cubren el sexo, la identidad y el nombre, y avanza desnudo hacia el futuro del sueño.

Todas las grandes casas han abierto de par en par sus puertas sobre fabulosos interiores tibios donde el fuego de la$ chimeneas tuesta la porcelana y el mármol, el bronce y el cobre, las caras de los criados negros entregados a sus tareas. Y ahora en todas las calles, centelleando en el crepúsculo lunar, holgazanean los grandes automóviles de los corredores de bolsa y los jugadores, como barcos en el dique, símbolos pacientes e impresionantes de una riqueza que no puede dar el verdadero sosiego, la verdadera paz del espíritu, pues lo exige todo del alma humana. Allí están, unidos por la luz invernal, expresando solamente el silencio y el poder de la máquina que espera la caída del hombre, contemplando las máscaras que pasan una y otra vez delante de las ventanas iluminadas de las grandes casas, abrazándose como osos negros, bailando al ritmo palpitante de la música negra, ese consuelo del hombre blanco.

Jirones de música y de risas deben de llegar hasta la ventana de Clea, sentada con un tablero sobre las rodillas, dibujando pacientemente mientras su gatito duerme en una cesta a sus pies. O quizá en una súbita calma alguien tañe las cuerdas de una guitarra cuyos sones ruedan en las tinieblas de la calle hasta encontrar una voz que se eleva en una canción remota, como desde el fondo de un pozo. O gritos, pedidos de auxilio.

Pero lo que imprime al carnaval su espíritu de pura travesura es el dominó de terciopelo, el disfraz que todo hombre desea más que nada en el fondo de su corazón. Alcanzar el anonimato en medio de una multitud anónima, sin revelar ni el sexo, ni los vínculos de parentesco,

ni siquiera la expresión del rostro, pues el antifaz de ese hábito de monje demente deja ver tan sólo dos ojos que brillan como los de una mujer musulmana o los de un oso. Nada que permita la identificación; los espesos pliegues negros ocultan incluso los contornos del cuerpo. Ni caderas, ni pecho, ni rostro. Y bajo el hábito de carnaval se esconde (como un deseo criminal en el alma, una tentación a la que es imposible resistir, un impulso que parece preordenado) el germen de algo: de una libertad que el hombre rara vez se atreve a imaginar para sí mismo. Bajo ese disfraz se siente libre de hacer lo que le gusta, sin prohibición. Los mejores crímenes de la ciudad, los casos más trágicos de confusión de identidades, son los frutos anuales del carnaval, y la mayoría de las aventuras amorosas empiezan o terminan en el curso de esos tres días y tres noches durante las cuales nos liberamos de la esclavitud de la personalidad, de la servidumbre de nuestro yo. Una vez en el interior de la capa y el capuchón de terciopelo, la mujer pierde a su marido, el marido a su mujer, el amante a su amada. En el aire cruje el salitre de las enemistades y las locuras, la furia de las batallas, las angustiosas búsquedas nocturnas, las desesperaciones. Uno no sabe si baila con una mujer o con un hombre. La oscura marea de Eros que exige el secreto absoluto para inundar el alma humana, irrumpe en carnaval como una fuerza contenida durante mucho tiempo, y hace surgir las formas de criaturas extrañas y primitivas -las perversiones que son, supongo, el alimento de la psique-, seres que se hubieran dicho del Brocken o del Eblis. Ahora ménades y sátiros ocultos pueden redescubrirse y acoplacse. Sí, ¿quién puede dejar de amar el carnaval durante el cual todas las deudas se pagan, todos los crímenes se expían o cometen, todos los deseos ilícitos se sacian, sin culpabilidad ni premeditación, sin las sanciones de la conciencia o de la sociedad?.

Pero me equivoco en una cosa, pues hay una marca distintiva por la cual un amigo o un enemigo pueden reconocernos: las manos. Las manos de su amante, si usted las ha observado, lo llevarán hasta ella en medio de la más densa multitud de máscaras. O, previo acuerdo, ella puede usar, tomo Justine, un anillo familiar -la talla de marfil proveniente de la tumba de una joven bizantina- en el índice de la mano derecha. Pero eso es todo, y es bastante. (Ojalá no tenga usted la desgracia de Amaril, que encontró a la mujer perfecta durante el carnaval pero no pudo convencerla de que se quitara el antifaz para identificarla. Hablaron toda la noche, tendidos en el césped, a oscuras, haciendo el amor máscara contra máscara, ojos contra ojos. Y durante un año entero Amaril ha recorrido la ciudad como un loco, tratando de encontrar un par de manos. ¡Pero las manos se parecen tanto! La mujer había jurado que volvería al año siguiente al mismo lugar, llevando el mismo anillo con una pequeña piedra amarilla. Y esta noche Amaril esperará temblando un par de manos, junto al estanque de los lotos -manos que quizá nunca reaparecerán en su vida-. Quizá era un *afrite* o un vampiro, ¿quién sabe? Años más tarde, en otro libro, en otro contexto, quizá la encuentre de nuevo, casi por casualidad, pero no aquí, en estas páginas donde se entremezclan ya tantos amores desdichados...

Y entonces usted camina por las calles oscuras, sereno como un asesino no identificado, todas las huellas cubiertas por la capucha negra, sintiendo en sus párpados el fresco aire invernal de la ciudad., Los egipcios con quienes se cruza le echan una mirada de recelo; no saben si reír o asustarse de su aspecto. Vacilan, indecisos, cuando llega el carnaval; se preguntan qué actitud deben adoptar. Al pasar, usted les echa una mirada ardiente desde el fondo de su caperuza, y se siente satisfecho al ver que vacilan y desvían la cabeza. Otros dominós semejantes al suyo emergen de todas las esquinas, algunos en grupos que ríen y cantan, camino de alguna gran casa o de los clubes nocturnos de las cercanías.

Mientras se dirige a casa de los Cervoni por el dédalo de callejuelas cercano al Patriarcado Griego, usted recuerda otros carnavales, quizá en ciudades distintas, caracterizados por él mismo frenesí y la misma alegría que son el atributo de la identidad perdida. Extrañas aventuras que vivió alguna vez. En una esquina de la Rue Bartout, el año pasado, ruido de pasos precipitados, de gritos. Un hombre acerca un puñal hasta su garganta y grita, como un animal herido:` "Helen, si tratas de escapar esta noche, te juro que te mato. . . ", pero las palabras mueren cuando usted se quita el antifaz y muestra la cara, y el hombre balbucea una excusa y se aparta para apoyarse en una reja y echarse a llorar. ¡Helen ha desaparecido, y él la buscará toda la noche!

Bajo un pórtico, dentro de un patio, débilmente iluminadas por la luz siniestra de los faroles, dos figuras de negro pelean en silencio con una furia terrible. Caen, ruedan abrazagas de la luz a la sombra, de la sombra a la luz. Sin decir una palabra. En el Etoile un hombre pende de una viga con el cuello quebrado; al acercarse, usted descubre que es sólo él dominó negro suspendido de un clavo. Qué extraño que para liberarse del sentimiento de culpabilidad se haya elegido como disfraz el símbolo mismo del Inquisidor, la capa y la caperuza de la inquisición española.

Pero no todos llevan el dominó; a muchos ese disfraz les inspira una especie de temor supersticioso, y además puede ser incómodo en una sala atestada y demasiado caldeada. Por eso verá muchos arlequines y pastoras, muchos Antonios y Cleopatras caminando por las calles de la ciudad, muchos Alejandros. Y al franquear los grandes portones de hierro de la casa de los Cervoni para presentar su tarjeta y subir al calor, la luz y la embriaguez, verá usted recortadas erg la oscuridad las formas y siluetas temidas y amadas de amigos y conocidos, desfiguradas en payasos y bufones, o envueltas en la nada de las capas y las capuchas negras, infernalmente unidas en una alegría extraña y desorientada.

Como bajo el efecto de la presión, la risa salpica el cielo raso, o tomo plumas que salieran de un colchón agujereado, sus copos flotan en el aire afiebrado. Las dos orquestas, sofocadas por el peso de las voces humanas, se afanan en los ritmos sincopados y vacilantes de un jazz demencial como la pulsación regular de una máquina neumática. Allí, en el piso del salón de baile, un millón de chirridos y trompetas

aplastan y distorsionan el sonido, mientras los hombros de los bailarines soportan el peso de las serpentinas multicolores como lianas que se mecen sobre las superficies rocosas, y los tobillos arrastran los despojos del naufragio sobre los pavimentos brillantes.

Aquella noche, la primera de carnaval, había una cena en la gran casa. Sobre los largos sofás del hall, los dominós aguardaban a sus propietarios mientras los candelabros seguían ardiendo en las caras de una Justine y un Nessim encuadrados ahora entre los retratos alineados en el horrible pero imponente comedor. Rostros pintados al óleo compitiendo con los rostros humanos marcados por las preocupaciones y las enfermedades del alma, todos reunidos, formando una unidad a la luz convencional de las velas. Después de la cena, Justine y Nessim debían ir al baile de los Cervoni, según la costumbre de todos los años. Y, según la costumbre, Naruz se había excusado a último momento. Llegaría al dar las diez, justo a tiempo para conseguir un dominó antes de que todo el grupo, riendo y charlando, se encaminara al baile.

Como siempre; había preferido venir a la ciudad en su caballo y dejarlo en casa de su amigo el carpintero, pero dadas las circunstancias,. había accedido a enfundarse en un viejo y estrecho traje de sarga azul, y se había puesto una corbata. No importaba que no llevara smoking, puesto que también él usaría más tarde un dominó. Cruzó el mal iluminado barrio árabe con paso ligero, rápido, bebiéndose las imágenes y los sonidos familiares, pero impaciente por encontrar las primeras máscaras cuando llegó al final de la Rue Fouad, el umbral de la ciudad moderna.

En una esquina había un grupo de mujeres en dominó, hablando a gritos, resueltas a correrse una juerga. Por su lenguaje y su acento se dio cuenta en seguida,de que eran mujeres de la sociedad, griegas. Las harpías negras caían sobre los que acertaban a pasar por allí, gritándoles bromas y tirándoles del capuchón si iban enmascarados. También Naruz tuvo que pasar por la prueba: una le tomó una mano y fingió decirle la buena fortuna; otra le susurró una proposición en árabe, posando una mano en sus muslos; la tercera cacareaba como una gallina y gritaba "Tu mujer tiene un amante" y otras burlas por el estilo. No sabía si lo reconocían o no. Retrocedió, se sacudió y salió del grupo rechazándolas suavemente y lanzando una carcajada al escuchar la salida sobre su mujer. "Esta noche no, palomas mías", gritó en árabe con su voz ronca, pensando de pronto en Clea, y como parecían dispuestas a capturarlo toda la noche, echó a correr. Lo persiguieron un rato, riendo, lanzando palabras incoherentes a lo largo de la calle oscura, pero él las dejó atrás fácilmente y llegó a la esquina de la casa, sonriendo todavía aunque un poco sofocado y halagado por esas atenciones que le parecieron un buen presagio para la noche. En el vestíbulo silencioso vio los dominós negros y se puso uno antes de abrir la puerta del salón detrás de la cual oía veces. Su traje raído quedaba oculto. La esclavina colgaba sobre sus hombros.

Estaban todos junto al fuego, esperándolo, y las exclarnaciones con que lo acogieron lo emocionaron de verdad; en silencio angustioso dio la, vuelta al grupo para besar a Justine en la mejilla y estrechar las manos de los demás. Se compuso una expresión sincera para mirar con desagrado los ojos miopes de Pierre Balbz (detestaba su perilla y sus polainas cortas) y los de Toto de Brunel (falderillo de vieja), pero le gustaba esa rosa marchita, Athena Trasha, porque usaba el mismo perfume que su madre, y compadecía a Drusilla Banubula porque era tan inteligente que apenas parecía una mujer. Con Pursewarden cambió una sonrisa de complicidad.

-Bueno --dijo lanzando por fin un suspiro de alivio. Con un gesto afectuoso su hermano le tendió un whisky que bebió lentamente pero de una vez, como un campesino.

-Te estábamos esperando, Naruz.

-El exilado de los Hosnani -dijo Pierre Balbz para congraciarse.

-El campesino -exclamó el pequeño Toto.

La conversación que había interrumpido con su súbita aparición, se cerró suavemente por encima de su cabeza; Naruz se sentó junto al fuego esperando a que estuvieran dispuestos a salir para la casa de los Cervoni, cruzando sus fuertes manos una sobre otra en un gesto definitivo, como si quisiera encerrar de una vez y para siempre sus fuerzas. En las sienes de Nessim la piel estaba tensa, y Naruz reconoció en ese signo habitual la cólera o la fatiga. La oscura belleza de Justine, vestida de rojo sangre, resplandecía plena entre los ¡conos, y parecía complacerse en la penumbra de las velas temo si la absorbiera para reflejarla en el brillo de sus joyas bárbaras. Naruz se sentía colmado de un maravilloso sentimiento de desapego, de indiferencia; ignoraba el significado de esos pequeños signos de preocupación o de fatiga. Clea era la única que podía conmover su arrogancia, oscurecer los contornos de su pensamiento. Cada año esperaba encontrarla al llegar a casa de su hermano, entre los invitados. Pero nunca ocurría y se veía obligado a flotar toda la noche en la oscuridad buscándola en vano, como un fantasma, sin tener siquiera la esperanza de encontrarla, viviendo, sin embargc, del tenue espectro de esa querida esperanza como un soldado que subsiste con los víveres de reserva.

Habían estado hablando aquella noche de Amaril y su desdichada pasión por un par de manos anónimas y una voz de carnaval, y Pursewarden contaba una de sus historias en su francés seco y sin inflexiones, quizá demasiado perfecto.

-Tenía yo veinte años cuando fui a Venecia por primera vez invitado por un poeta con quien me carteaba, Carlo Negreponte. Para un joven inglés de la clase media era una gran experiencia vivir virtualmente a la luz de las velas en aquel inmenso y descalabrado

palacio del Gran Canal, con una flotilla de góndolas a mi disposición, para no mencionar un enorme guardarropas lleno de capas forradas de seda. Negroponte era generosó y no ahorraba esfuerzos para festejar en el mejor estilo a un joven poeta. Andaba por los cincuenta, era delgado y bastante guapo, como una especie rara de mosquito. Era príncipe y especialista en demonología, y en su poesía confluían felizmente las influencias de Byron y Baudelaire. Usaba capa, zapatos con hebilla y bastón de plata, y me incitaba a que lo imitara. Yo tenía la impresión de estar viviendo una novela romántica. Nunca escribí poemas tan malos.

"Aquel año fuimos juntos a los bailes de carnaval y nos separamos, aunque cada uno de nosotros llevaba algo que permitiría reconocernos; como ustedes saben, el carnaval es la época del año en que los vampiros se pasean libremente las personas prudentes llevan un diente de ajo en el bol- sillo para apartarlos, en caso de que los encuentren. A la mañana siguiente entré en el cuarto de mi huésped y lo encontré tendido en su lecho, pálido como un muerto, metido en un camisón blanco con puños de encaje; un médico le estaba tomando el pulso. Cuando el médico salió, mi amigo me dijo:

-Encontré a la mujer ideal, enmascarada; cuando la traje a casa me di cuenta de que era un vampiro. -Levantando su camisón me mostró con desfallecido orgullo su cuerpo cubierto de grandes mordeduras, como marcas de dientes de comadreja. Estaba completamente agotado pero al mismo tiempo lleno de excitación y, es espantoso decirlo, perdidamente enamorado.

-Mientras no hayas hecho la experiencia -me dijo-, no tendrás idea de lo que es. Sentir que una mujer adorada te chupa la sangre en la oscuridad... -Su voz se quebró-. Sade no podría describirlo. No le vi la cara, pero tuve la impresión de que era hermosa, de una belleza nórdica; nos encontramos en la oscuridad y en la oscuridad nos separamos. Sólo me ha quedado la impresión de los dientes blancos y de una vez... nunca he oído a una mujer decir las cosas que ella decía. Es la amante que he: estado esperando todos estos años. Esta noche tengo cita con ella junto al grifo de mármol del Puente de los Ladrones. Oh, amigo mío, quisiera que compartieses mi felicidad. EI mundo real tenía cada vez menos sentido para mí. ¡Y ahora, gracias al amor de un vampiro, siento que puedo vivir de nuevo, pensar, escribir! -Se pasó el día trabajando y al caer la noche, envuelto en una capa, salió en su góndola... Yo no tenía derecho a decirle nada. Al día siguiente lo vi de nuevo, pálido, mortalmente cansado. Tenía una fiebre altísima y de nuevo las terribles mordeduras. Pero no podía hablar de su experiencia sin llorar... sin llorar de amor y agotamiento. En aquella época fue cuando escribió el gran poema que empieza así... todos ustedes lo conocen...

Los labios no se posan en los labios,
buscan la herida sobre el cuerpo amado,
sorben infatigables la ponzoña.

se nutren de su sangre para darla
al amor que de muerte se alimenta...

"La semana siguiente fui a Ravenna donde tenía que hacer algunas investigaciones para el libro que estaba escribiendo, y me quedé dos meses. No tuve noticias de mi amigo, pero recibí una carta de su hermana donde me decía que Negropcnte padecía un mal consuntivo que los mÁdicos no lograban diagnosticar y que la familia estaba muy preocupada porque él insistía en salir de noche en góndola y volvía completamente agotado de sus, expediciones acerca de las cuales guardaba silencio. No supe qué responder.

"De Ravenna pasé a Grecia y sólo en el otoño volví a Venecia. Había enviado una tarjeta a Negroponte diciéndole que confiaba en alojarme en su casa, pero no recibí respuesta. Al bajar por el Gran Canal un cortejo fúnebre partía en el crepúsculo, sobre las aguas picadas, con las siniestras plumas y los demás emblemas de- la muerte. Vi que salla del Palazzo Negroponte. Me bajé y corrí hasta las puertas en el momento en que deudos y sacerdotes llenaban la última góndola del séquito. Reconocí al médico, me senté junto a él y mientras los remos nos llevaban rápidamente por el canal, salpicándonos de espuma, cegados por las puñaladas de los relámpagos, me contó lo que sabía. Negroponte había muerto la víspera. Al amortajarlo descubrieron las mordeduras: ¿algún insecto tropical, quizá? El médico dudaba. -Sólo he visto mordeduras parecidas en Nápoles durante la peste -dijo-, cuando las ratas se precipitaban sobre los cuerpos. Eran tan horribles que tuvimos que taparlas con talco antes de que su hermana viera el cuerpo."

-Pursewarden bebió un largo trago de su vaso y prosiguió maliciosamente:

-La historia no termina aquí, pues tengo que contarles cómo traté de vengarlo yendo yo mismo de noche al Puente de los Ladrones, donde, según el gondolero, esa mujer esperaba siempre en la oscuridad... Pero se hace tarde y además todavía no he escrito el final del cuento.

Hubo carcajadas y Athena se estremeció con distinción, acomodándose el chal sobre los hombros. Naruz había escuchado con la boca abierta, en suspepso, embrujado.

-Pero -tartamudeó- ¿todo eso es cierto? Nuevas carcajadas acogieron la pregunta.

-Naturalmente que es cierto -repuso Pursewarden con severidad, y añadió -Nunca en mi vida he estado en Venecia.

Y se levantó, pues era hora de salir, y mientras los impasibles criados negros esperaban, se pusieron las capas de terciopelo y se ajustaron los antifaces como actores que eran, comparando sus reflejos idénticos en los dos aparatosos espejos que colgaban entre

las palmeras. Entre las risitas de Pierre y las salidas ingeniosas de Toto de Brunel, salieron riendo al aire claro de la noche, inquisidores del placer y del dolor, verdaderos alejandrinos...

Se metieron en los coches, ayudados por los criados y los chóferes solícitos que los cuidaban como si fueran fardos de mercaderías preciosas, de especias, y los trataban con delicadeza, como si se tratara de flores.

-Me siento frágil -chilló Toto ante esas atenciones-. Manejar con cuidado, este lado para arriba, ¿eh? ¿Cuál es el que va para arriba, me pregunto?

Debía de ser la única persona de la ciudad que no conocía la respuesta a su pregunta.

Cuando se pusieron en marcha; Justine se inclinó hacia adelante en el coche y le tiró de la manga.

-Tengo que confiarte un secreto -dijo en voz baja, aunque no fuera necesario, pues Nessim y Naruz discutían algo vivamente (Naruz con su voz quebrada de adolescente) y Athena se dirigía a Pierre con su voz aflautada-. Toto... escúchame. Tengo que pedirte un gran favor esta noche. Te he hecho una marca de tiza en la manga, aquí atrás. Cuando esté más avanzada la noche te daré mi anillo para que te lo pongas. Shh. Quisiera desaparecer una hora o dos, sola. Shh.. . no te rías -del capuchón de terciopelo salían chillidos de gusto-. Tendrás aventuras en mi nombre, querido Toso, mientras yo no estoy. ¿De acuerdo?

Toto echó hacia atrás la capucha para mostrar su cara de satisfacción, sus ojos saltarines y esa sonrisa sardónica de pequeño alcahuete.

-Desde luego -murmuró, encantado con la idea y lleno de admiración. A su lado, el capuchón informe de donde había salido la voz de Justine como un oráculo, resplandecía con una especie de belleza siniestra, como una calavera que asentía, iluminada fugitivamente por los faroles de la calle. Las conversaciones y las risas en torno los unían en un silencio de conspiradores.

-¿De acuerdo? -preguntó ella.

-Desde luego, querida.

Los dos hombres enmascarados que iban adelante podían ser dos abades de algún monasterio medieval discutiendo sutilezas teológicas. Athena, consumida por su propia voz, seguía charlando con Pierre.

-Pero desde luego.

Justine le tomó el brazo y volvió la manga para mostrarle la marca que había hecho en la parte de atrás.

-Cuento contigo -dijo con algo del tono ronco e imperativo que tenía su vez, murmurando-. ¡No me dejes caer! Él le tomó la mano y la llevó a sus labios de Cupido, besando el anillo de la joven bizantina como quien besa la imagen santa que ha operado un milagro largamente deseado: se trocaría de hombre en mujer. Luego lanzó una carcaada y exclamó:

-Y mis indiscreciones caerán sobre tu cabeza. Te pasarás el resto de tus días...

-Shh.

-¿Qué pasa? -preguntó Athena Trasha, oliendo una brema o un escándalo dignos de ser, repetidos-. ¿Qué indiscreciones ?

-Las mías -respondió Toto triunfante en la oscuridad-. Las mías.

Pero Justine se echó hacia atrás en la penumbra del coche' y de su capucha, impasible, y no dijo una palabra.

-Me muero de impaciencia -dijo Athena volviéndose hacia Pierre. Cuando el coche franqueaba la verja de los Cervoni, la luz cayó en la piedra del anillo, revelando en todos sus detalles (color de leche quemada) a un-Pan violando una cabra, las manos crispadas sobre los cuernos, la cabeza echada hacia atrás en éxtasis.

-No olvides -dijo Justine por última vez, permitiéndole que sobara su mano, agradecido por una idea tan maravillosa-. No olvides --y dejó sus dedos enjoyados en los de Toto, fríos e inertes como una vaca que se deja ordeñarPero me contarás todas las conversaciones interesantes que tengas, ¿verdad?

Él sólo pudo murmurar: -Querida, querida, querida -besando el anillo con la pasión ovárica de los sexualmente desposeídos.

Casi en seguida, como el Gulf Stream desmembrando un iceberg con la presión de su corriente fría que dispersa los fragmentos, el grupo se desintegró al llegar al salón de baile y se fundió con la multitud. Brutalmente un gigantesco dominó que . graznaba y bramaba incomprensibles blasfemias bajo su capucha, arrastró a Athena entre gritos hasta el centro mismo del lugar. Nessim, Naruz, Pierre, todos se convirtieron de pronto en números, sumidos en un mundo informe de encuentros fortuitos, máscara contra máscara, como en un nuevo universo de insectos. La marca de tiza en la manga de Toto le daba por instantes una fugitiva identidad mientras la corriente lo llevaba como a un corcho; también el anillo debía identificar a Justine, a quien toda la noche busqué en vano.

Pero todo se fundía ahora en un caos de formas descuidadas que bailaban al ritmo del jazz negro, sostenido tan sólo por los tambores, los saxofones, las voces. Se hubiera dicho que los espíritus de las tinieblas se habían impuesto, expropiando a las máscaras de sus corazones y espíritus luminosos, sumiéndolos aun más profundamente en la soledad de sus identidades irrecuperables, liberando los deseos polimorfos de la ciudad. La marea los hacía refluir ahora hasta el litoral pantanoso de sus propias personalidades -símbolos de Alejandría, un lago muerto de aguas salobres rodeado por el desierto mudo, gran ojo vacío de todo pensamiento que se extiende hacia África bajo una luna muerta.

Encerrados en nuestras máscaras rodábamos desesperadamente entre la multitud, de una habitación a otra, de un piso a otro de la gran casa iluminada, buscando un objeto identificable que orientara nuestro amor: una rosa prendida en una manga, un anillo, un pañuelo, un collar de colores. Algo, cualquier cosa Que nos permitiera reconocer a los que amábamos. Las capuchas y las máscaras eran como símbolos exteriores del secreto de nuestros espíritus, tan unilaterales y desposeídos como los padres del desierto en busca de su Dios. Y lentamente pero con una fuerza irresistible, el gran baile de carnaval se desarrollaba a nuestro alrededor. Aquí y allá, como pasajes comprensibles en un texto oscuro, se identificaba una figura conocida: un torero que bebía whisky en un corredor saludaba a alguien ceceoso como Tony Umbada, o Pozzo di Borgo se desenmascaraba un instante para descubrir su identidad a su mujer aterrada. Afuera, en la oscuridad, sentado en el césped junto al estanque, Amaril esperaba temblando. No se atrevía a quitarse el antifaz por temer de que su cara, si la mujer volvía ese año como había prometido, pudiera desagradarla o decepcionarla. Si uno se enamora de una máscara estando a su vez enmascarado, ¿cuál de los dos tendrá el coraje de quitarse primero el antifaz? Esos amantes, ¿podrán seguir juntos por la vida sin quitarse el antifaz? Carrera de pensamientos en el cerebro sentimental de Amaril... El amor se complace en torturarse.

Una expresiva lavandera de aire pícaro con un sombrero que me era familiar y botas reconocibles (Pombal, idéntico a sí mismo), había acorralado en un ángulo de la chimenea a un centurión romano bastante flaco y lo injuriaba con voz de loro. Pesqué la palabra *"salaud".* La pequeña silueta del Cónsul General procuraba mimar su contrariedad con tironeos y gestos convulsos, pero todo era inútil, pues Pombal lo tenía bien sujeto entre sus grandes manotas. El casco del centurión cayó, y Pombal, empujándolo hacia la orquesta, empezó a golpearlo en el trasero rítmicamente, siguiendo el compás del gran tambor y dándole al mismo tiempo besos apasionados. Era evidente que se estaba desquitando. Pero mientras contemplaba esta breve escena, la multitud se cerró sobre ella en un torbellino de serpentinas y *confetti,* borrándola del todo. Estábamos apretados cuerpo contra cuerpo, capucha contra capucha, ojo contra ojo. La música nos arrastraba y nos hacía. girar, girar incansablemente. Justine, siempre ausente.

Oíd Tiresias
no one hal f so breezy as,
half so free and easy as
Oíd Tiresias.

Debía de ser las dos de la mañana cuando empezó en una de las chimeneas del primer piso el incendio que, lejos de causar daños serios, fue un placer más de la fiesta por su oportunidad. Criados solícitos surgieron de todos los rincones; vi fugazmente a Cervoni que subía corriendo las escaleras, sin antifaz, y luego sonó el teléfono. Había agradables nubes de humo que hacían pensar en vaharadas de azufre surgiendo del infierno. Luego, al cabo de unos minutos, el repique de una sirena anunció la bomba de incendio, y el vestíbulo se llenó de máscaras de bomberos con hachas y baldes. Entre aclamaciones, se abrieron camino hasta la chimenea que prácticamente demolieron a hachazos. Otros miembros de la tribu habían trepado al tejado y desde allí arrojaban baldes de agua por la chimenea. Así fue como el primer piso se llenó de una densa nube de hollín, sofocante como la niebla de Londres. Las máscaras se apiñaron lanzando gritos de alegría y bailando como derviches. Estos son los acontecimientos imprevistos que dan encanto a una fiesta. Me sorprendí gritando con los demás. Supongo que por entonces ya estaría bastante borracho.

En el gran vestíbulo con colgaduras, el teléfono sonó y sonó de nuevo, traspasando con su estridencia el tumulto. Vi que un criado atendía, dejaba el receptor y salía en busca de alguien como un perro de caza hasta volver con Nessim, sonriente y desenmascarado, que habló rápidamente, con impaciencia. Luego colgó el receptor y acercándose al salón de baile, se puso a buscar con la mirada, intensamente.

-¿Algún inconveniente? -pregunté, quitándome el antifaz al llegar a su lado. Me sonrió y meneó la cabeza. -No veo a Justine por ninguna parte. Clea quiere hablarle. ¿Usted la ha visto?

Ay, yo había tratado en vano de descubrir el anillo identificador durante toda la noche. Examinamos la lenta rotación de los bailarines, atentos como el pescador al anzuelo.

-No –dijo Nessim, y yo como un eco repetí: "No." Pierre Balbz se nos acercó, alzó el capuchón y dijo: -Hace un instante bailé con ella. Quizá haya salido. Nessim volvió al teléfono y le oí que decía:

-Está por áquí, en algún rincón. Sí, seguro. No. No ha sucedido nada. Fierre acaba de bailar con ella. ¡Hay tanta gente! Debe de estar en el jardín. ¿Quiere que le transmita algún mensaje? ¿Le digo que la llame? Muy bien. No, simplemente un incendio en la chimenea. Ya está apagado -colgó el receptor y se volvió hacia nosotros-. De toda maneras -añadió-, tenemos cita a las tres -en el vestíbulo, sin los antifaces.

Y el gran baile proseguía su ronda alrededor de nosotros, y los bomberos que habían terminado su tarea se unieron al tropel de bailarines. Por un instante tuve la visión de cuatro demonios con senos de mujer que entre grandes aplausos cargaban en andas, rumbo al invernáculo, a una robusta lavandera aparentemente inánime. Sin duda, Pombal había sucumbido una vez más a su marca favorita de whisky. No llevaba puesto el sombrero, pero había tenido la precaución de ponerse una inmensa peluca amarilla. Era difícil que alguien lo hubiera reconocido bajo semejantes aprestos.

A las tres en punto Justine apareció en el vestíbulo; venía del jardín y se quitó la máscara. Pierre y yo no aceptamos el ofrecimiento de Nessim que nos proponía llevarnos en su coche, y decidimos quedarnos para contribuir con nuestra energía a reanimar el baile. Se formaban pequeños grupos, las gentes se despedían, partían los coches. Nessim besó cariñosamente a Justine y le dijo:

-¿Dónde está tu anillo? -pregunta que yo mismo ardía por hacerle, sin atreverme. Justine sonrió con su aire inocente y cautivador, diciendo:

-Toto me lo quitó del dedo hace unos minutos, mientras bailábamos. ¿Dónde está ese monstruito? Quiero que me lo devuelva.

Inspeccionamos el salón de baile sin encontrar huellas de Toto, y por fin Nessim, que estaba cansado, resolvió darlo por perdido. Pero no se olvidó de transmitir a Justine el mensaje de Clea, y vi que mi amante se acercaba con obediencia al teléfono y marcaba el número de su amiga. Habló unos instantes con calma, en un tono un poco ficticio, y le oí decir:

-Claro que estoy perfectamente -después deseó a Clea unas buenas noches un poco tardías. Bajaron juntos las escaleras, tomados del brazo bajo la luna pálida, y Pierre y yo les ayudamos a subir al coche. Selim, con su perfil de halcón impasible, estaba sentado al volante.

-:¡Buenas noches! -exclamó Justine y sus labios rozaron mi mejilla. Murmuró-: Mañana -y la palabra sonó en mi alma como el silbido de una bala mientras volvíamos a la casa iluminada. Había en la cara de Nessim una curiosa serenidad maligna, como la de quien descansa después de un gran despliegue de energía.

Alguien había oído murmurar a un fantasma en el invernáculo. Grandes carcajadas.

-No, se lo aseguro -chillaba Athena-, estábamos sentados en el sofá, Jacques y yo, ¿no es cierto, Jacques? -Apareció una figura enmascarada que sopló en un silbato delante de su cara y se retiró. Algo me dijo que era Toto. Le levanté el antifaz y aparecieron los

rasgos de Chloe Martinengo--. Pero le aseguro --repetía Athena- que dijo una palabra gimiendo. . . algo como... -hizo una lúgubre mueca de concentración y después de una pausa pronuncié con voz arrulladora, moribunda, las palabras-: j*ustice... justice...*

Todo el mundo se echó a reír cordialmente y varias voces la imitaron:

-*Justice* -rugió un dominó precipitándose por las escaleras-. j*ustice!*

A solas descubrí que mi indecisión y mi desaliento se habían trocado en hambre física, y crucé cauteloso el salón de baile en dirección al comedor donde se oían las explosiones sedientas de les corchos de champagne. El baile seguía en plena animación; los bailarines se mecían como ropa puesta a secar al viento y los saxofones gemían como una camada de lechones. En una alcoba estaba sentada Drusilla Banubula con el vestido recogido hasta las bien formadas rodillas, dejándose vendar un tobillo torcido por dos arlequines contritas. Al parecer se había caído o la habían hecho caer de un empellón. En el diván, detrás de ella, un hechicero africano, de monóculo, se había quedado profundamente dormido. En la segunda habitación una mujer con traje de noche, gimoteando, tocaba jazz en un piano de cola, cantaba para sí y ,randes lágrimas le corrían por las mejillas. Un viejo gordo de piernas peludas estaba inclinado sobre ella, disfrazado de Venus de Milo. También él lloraba. Le temblaba la barriga. Sin embargo, el comedor estaba relativamente tranquilo.

Allí encontré a Pursewarden, sin antifaz y en apariencia bastante achispado, hablando a Mountolive que, con su curiosa manera de andar, deslizándose, cojeando, daba una vuelta alrededor de la mesa, sirviéndose tajadas de pavo frío y ensalada. Pursewarden lanzaba invectivas un tanto incoherentes contra los Cervoni, que habían ofrecido espumante en lugar de champagne.

-Debería habérmelo imaginado -dijo dirigiéndose hacia mí-, hay un dolor de cabeza en cada trago.

Pero volvió a llenar casi en seguida el vaso, sosteniéndolo con exagerada firmeza. Mountolive se volvió hacia.mi y me miró con sus ojos pensativos y amables, saludándome por mi nombre con evidente alivio.

-Ah; Darle y -dijo-, por un momento lo confundí con uno de mis secretarios. Me han seguido toda la noche echándome a perder la fiesta. Errol se niega rotundamente a violar el protocolo yéndose antes que su jefe de Misión, de modo que me veo obligado a esconderme en el jardín para hacerles creer que me he ido, pobres muchachos. Siendo empleado subalterno, maldije tantas veces a mi Ministro por quien tenía que aguantarme fiestas aburridísimas, que

juré no hacer sufrir de esa manera a mis subordinados, si alguna vez llegaba a ser el jefe.

Su conversación fácil y la falta de afectación de su trato lo hacían inmediatamente simpático, aunque comprendí que era el suyo un estilo profesional, el tacto de un diplomático avezado. Después de pasarse años tratando de poner cómodos a sus subordinados y disimulando su condescendencia, había terminado por adquirir un aire de sinceridad absolutamente profesional que, si bien parecía natural, no podía ser, en realidad, sino falsa. Tenía la sinceridad del gran actor. A mí me fastidiaba no poder evitar que Mountclive me gustara tanto. Dimos una vuelta lenta alrededor de la mesa conversando y llenando nuéstros platos.

-¿Qué ha visto en el jardín, David? -preguntó Pursewarden en tono zumbón, y la mirada del Ministro se detuvo en él, pensativa, durante un minuto, *como* aconsejánle que se abstuviera de decir algo indiscreto o inoportuno. -He visto -dijo Mountolive sonriendo y tomando un vaso-, he visto al enamorado Amaril a la orilla del lago, conversando con una mujer de dominó. Quizá sus sueños se han realizado -todo el mundo conocía la pasión de Amaril--. Así lo espero.

-¿Y qué más? -preguntó Pursewarden en tono de desafío más bien vulgar, como si compartieran un secreto¿Qué más, a *quién* más vio usted, David? -estaba un poco achispado y en su voz, aunque amistosa, había un matiz de camorra. Mountolive enrojeció y miró su plato.

En ese momento los abandoné y volví a los salones, con mi plato lleno y un vaso. Sentía en el fondo cierto desprecio por Pursewarden y un impulso de simpatía hacia Mountolive a quien Pursewarden había hecho perder su aplomó. Quería estar solo, comer en silencio y pensar en Justine. Tres gracias pintarrajeadas -tres hombres, a juzgar *por* sus voces graves- que forcejeaban en el vestíbulo, estuvieron a punto de derribar mi cargamento de comida. Se atacaban mutuamente las partes sexuales, gruñendo en broma, como perros. De pronto se me ocurrió subir a la biblioteca donde seguramente no habría nadie en ese momento. Me pregunté si los nuevos manuscritos de Cavafy estarían allí, sin llave. Cervoni era un gran bibliófilo.

En el primer piso, un hombre gordo de piernas largas y flacas, vestido de Caperucita Roja, tamborileaba en la puerta del lavatorio; algunos criados sacaban con aspiradoras el ho)lín de las alfombras y hablaban en voz baja. La biblioteca estaba en el *piso* de arriba. De uno de los dormitorios salía ruido y en el cuarto de baño de abajo alguien vomitaba cromáticamente. Llegué al rellano y empujé con el pie la puerta hermética que se abrió con un ruido de succión. La larga habitación de anaqueles relucientes estaba desierta; sólo había un Mefistófeles sentado en un sillón junto a¡ fuego con un libro en

las rodillas. Se quitó los anteojos para identificarme y vi que era Capodistria. No podía haber elegido un disfraz más adecuado a su gran nariz de pájaro de presa y a sus ojos pequeños y astutos, demasiado juntos.

-Entre -exclamó-. Temí que fuera alguien que quisiese hacer el amor, en cuyo caso. . . Toujours la politesse, me hubiera sentido obligado... ¿Qué come? El fuego está delicioso. Anduve buscando una. cita que me ha tenido obsesionado toda la noche.

Me acerqué y puse el plato entre los dos, para compartirlo. -He venido a ver los nuevos manuscritos de Cavafy -dije.

Todos bajo llave, los manuscritos -me respondió

-Bueno.

El fuego crepitaba alegremente en la habitación silenciosa y acogedora, con sus hermosos libros. Me quité la capa y me senté, después de un vistazo preliminar a los anaqueles durante el cual Da Capo terminó de copiar algo en un papel.

-Una cosa curiosa sobre el padre de Mountolive -dijo abstraído-. Aquí en esta enorme edición de textos búdicos en ocho volúmenes. ¿La conoce?

-He oído hablar de ella -dije vagamente.

-El viejo era juez en la India. Una vez jubilado, se quedó allá, donde sigue viviendo; es el europeo que más sabe de textos pali. Debo decir que... Hace casi veinte años que Mountolive no lo ve. Dice que se viste como un *saddhu. Us*tedes los ingleses son de una excentricidad. . . ¿Por qué no trabaja sobre sus textos en Oxford, eh?

-Cuestión de ambiente, quizá.

-Quizá -convino-. Bueno. He encontrado lo que buscaba. . . sabía que estaba en el cuarto volumen.

Cerró el libro con un golpe.

-¿Qué es?

Acercó el papel al fuego y leyó lentamente, con aire desatisfacción y desconcierto al mismo tiempo, el pasaje que había copiado:

-“El fruto del árbol del bien y del mal no es sino la carne; sí, y la manzana no es sino una manzana de polvo."

-Pero eso no es búdico -dije.

-No, es del padre de Mountolive, lo dice en la introducción.

-Pienso que. . .

Se oyeron muy cerca gritos confusos y Capodistria suspiró. -No sé por qué diablos vengo a esta maldita fiesta de carnaval todos los años -dijo en tono plañidero tomándose el whisky-. Astrológicamente, es una mala época. Para mí, quiero decir. Y todos los años hay accidentes horribles. Uno se pone nervioso. Hace dos años encontraron a Arnelh ahorcado en la casa de los Fontana, en la sala de música. Divertido, ¿eh? Bastante desconsiderado, si lo hizo él mismo. Y después Martin Fery se batió en duelo cen Jacomo For-te.. El diablo ronda. Por eso me he vestido de diablo. Ando rondando a la espera de que las gentes vengan a venderme sus almas. ¡Ja, ja! -resopló, se frotó las manos con un ruido de pergamino y lanzó una breve risita seca. Luego se levantó y tomando la última tajada de pavo añadió-: Santo cielo, ¿ha visto usted la hora? Tengo que volver a casa. ¡A dormir, Belcebú!

-Yo también -dije, decepcionado por no haber podido echar un vistazo a la letra del viejo poeta-. Yo también. -¿Puedo llevarlo? -me preguntó, mientras la puerta nos expulsaba una vez más al aire cargado de música y pisoteos del rellano-. Es inútil pretender despedirse de los dueños de casa. Probablemente Cervoni ya está en cama.

Bajamos lentamente, charlando, al gran vestíbulo donde la música fluctuaba en una corriente ininterrumpida de sonoridádes sincopadas. Da Capo había vuelto a ponerse el antifaz y parecía un siniestro pajarraco diabólico. Contemplamos un momento a los bailarines y luego, bostezando, dijo:

-Bueno, este es el momento de citar a Cavafy... *Dios, Abandona a Antonio...* Buenas noches. Se me cierran los ojos, aunque me temo que la noche reserva todavía sus sorpresas. Como siempre.

Y no se equivocaba. Erré un momento, mirando a los bailarines, y luego bajé las escaleras para salir a la sombría frescura de la noche. Había algunos coches y unos pocos criados somnolientos aguardando junto a la puerta, pero las calles estaban casi desiertas y mis pisadas sonaban ásperas y exóticas en el pavimento. En la esquina de la calle Fuad una pareja de prostitutas europeas fumaban con desánimo, apoyadas centra la pared. Me interpelaron una vez con voz ronca. Llevaban magnolias en el pelo.

Bostezando pasé delante del Etoile para ver si Melissa trabajaba todavía, pero el lugar estaba vacío, con excepción de un familia borracha que se había negado a irse a pesar de que Zoltán apilaba las sillas y las mesas alrededor de ellos en la pista de baile.

-Se marchó temprano -explicó el hombrecito-. La orquesta irse, las chicas irse, todo el mundo irse. Sólo quedarse esta *canaille* de Asuán. El hermano ser policía; nosotros no atrevernos a cerrar.

Un gordo se puso a bailar la danza del vientre con movimientos insinuantes de muslos y pelvis, y el grupo empezó a marcar el ritmo batiendo palmas. Salí y pasé delante de la miserable casa donde vivía Melissa, con la vaga esperanza de encontrarla despierta. Sentía necesidad de hablar con alguien; no, quería que alguien me diera un cigarrillo. Eso era todo. Después vendría el deseo de acostarme con ella, de tener en mis brazos ese cuerpo esbelto y tierno, de aspirar su olor agrio de alcohol y humo de tabaco, pensando todo el tiempo en Justine. Pero no había luz en la ventana; o dormía o no había llegado todavía. Según Zoltán, había salido con un grupo de hombres de negocios disfrazados de almirantes. *"Des petits commerçants quelconques";* había añadido con desprecio aunque luego pareció excusarse.

No, sería una noche vacía; la débil y mortecina luz de la luna rielaba en la rada, el mar lamía infatigable las escolleras, la línea blanca de la costa se adelgazaba, desaparecía en la grisalla centelleante de mica. Permanecí un rato en la Corniche, desgarrando entre mis dedos una serpentina, pedacito por pedacito, separando cada fragmento con un gesto seco y definitivo, como en una relación humana. Luego me volví adormilado a casa, repitiéndome las palabras de Da Capo: "La noche reserva todavía sus sorpresas."

En realidad las sorpresas ya habían empezado en la casa de donde yo acababa de salir, aunque desde luego sólo me enteré al día siguiente. Y sin embargo, por más que fueran sorpresas, el espíritu con que se las recibía armonizaba con el carácter de la ciudad -- ciudad de una resignación tan profunda que podía pasar por musulmana-. Porque en Alejandría nadie se conmueve intensamente; entre nosotros la tragedia sólo sirve para condimentar la conversación. La muerte y la vida son simplemente azares ineluctables que sólo merecen sonrisas y conversaciones animadas por la conciencia de su intrusión. Un alejandrina a quien se da,una mala noticia, no dejará de replicar de inmediato: "Lo sabía. Tenía que ocurrir. Siempre es así." He aquí lo que ocurrió:

En el invernáculo de la casa de los Cervoni había varias *chaises-longues* pasadas de moda sobre las cuales se habían amontonado abrigos y salidas de noche; cuando los invitados comenzaron a marcharse empezó el habitual cambio de los dominós por las pieles y las capas. Creo que fue Pierre el que hizo el descubrimiento mientras buscaba en la montaña de abrigos la chaqueta de terciopelo que se había quitado al comienzo de la noche. En todo caso, yo ya me había marchado en ese momento y volvía caminando a casa.

Toto de Brunel todavía estaba caliente cuando lo descubrieron, con su dominó de terciopelo, las manos levantadas como dos costillitas bien cortadas, en la actitud del perro que se tiende de

espaldas para que le rasquen la barriga. Estaba profundamente enterrado bajo la pila de abrigos. Una mano había tratado de llegar a la sien fatal, pero el impulso había quedado interrumpido en sus comienzos, antes de completar el movimiento, y la mano estaba allí, un poco más alta que la otra, como si esgrimiera una batuta invisible. Alguien había hundido oblicuamente en su cabeza, con una fuerza terrible, el alfiler del sombrero de Pombal, clavándolo como una mariposa en su capucha de terciopelo. Athena había hecho el amor con Jacques literalmente acostada sobre su cadáver -hecho que, en circunstancias normales, hubiera encantado a Toto-. Pero *le pauvre* Toto estaba muerto, y lo que es más, llevaba el anillo de mi amante. *"Justice"* -Por supuesto, todos los años ocurre algo así.

-Por supuesto -yo estaba aturdido por la noticia. -Pero Toto.. . realmente, es bastante inesperado. Balthazar me telefoneó a eso de las once de la mañana siguiente para contarme toda la historia. Yo estaba semidormido todavía y tan estupefacto que la historia me pareció no sólo inverosímil sino también totalmente incomprensible.

-Habrá un *procés-verbal,* por eso lo llamo. Nimrod trata de facilitar las cosas en lo posible. Un solo testigo de la fiesta... Justine pensó que quizá usted, si no le molesta... Bueno. Desde luego.. No, los Cervoni me sacaron de la cama a las cuatro menos cuarto. Estaban histéricos. Fui para... para hacer lo necesario. Me temo que no puedan sacar nada en limpio.. El alfiler era el del sombrero... sí, de su amigo Pombal... inmunidad diplomática, naturalmente. De todas maneras, estaba también muy borracho... Desde luego, es inconcebible que haya sido él, pero usted sabe cómo es la Policía. ¿Está levantado ya? -no me había atrevido a despertarlo a una hora tan temprana, y se lo dije-. Bueno, de todas maneras esa muerte ha provocado gran alboroto en el gallinero, y no sólo en la Legación Francesa.

-Pero Toto llevaba el anillo de Justine -dije con voz pastosa, y todas las premoniciones de los últimos meses me acosaron, se me echaron encima. Me sentía mareado, con fiebre, y tuve que apoyarme un momento en la pared, junto al teléfono. El tono mesurado de Balthazar, su voz alegre me parecían una obscenidad. Hubo un largo silencio.

-Sí, sé lo del anillo -dijo, y añadió con una risita suave-: pero es difícil imaginar un motivo plausible. Toto era también el amante de ese celoso de Amar, como usted sabe. Hay toda clase de razones...

-Balthazar -dije, y mi voz se quebró.

-Le telefonearé si se presenta alguna novedad. El *procés* es a las siete en la oficina de Nimrod. Lo veré allí, ¿eh?

-Muy bien.

Colgué y me precipité como una bomba en él dormitorio de Pombal. Las cortinas estaban todavía corridas y el desorden terrible de la cama permitía suponer que había estado ocupada recientemente, pero no quedaban otras señales de Pombal. Sus botas y los diversos accesorios de su disfraz de lavandera desparramados en diversos puntos de la habitación, me permitían deducir que había vuelto a casa la noche anter¡or. La peluca estaba en el rellano, delante de la puerta; lo sé porque mucho más tarde, hacia mediodía, oí sus pasos pesados en la escalera y lo vi entrar en el departamento con la peluca en las manos.

-Estoy frito -dijo de pronto-. Frito, *mon ami* -parecía más pletórico que nunca mientras se dirigía a su sillón de gotoso, como anticipando un súbito ataque de su enfermedad particular. Frito -repitió, hundiéndose en el sillón con un suspiro, aflojándose. Yo estaba allí, en piyama, azorado, perplejo. Pombal lanzó un profundo suspiro--. En mi Cancillería han descubierto todo -dijo en tono lúgubre, haciendo protuberar la mandíbula--. En primer lugar, me comperté muy mal... sí... el Cónsul General está hoy con depresión nerviosa... -y de pronto le asomaron a los ojos lágrimas de rabia, de confusión, de histeria-. ¿Sabes? -dijo estornudando-. ¡El *Deuxiénze Bureau* cree que fui especialmente al baile para clavarle el alfiler a Brunel, el mejor agente, el más digno de confianza que jamás hemos tenido!

Estalló en scllozos ruidosos como rebuznos, y de un modo extraño sus lágrimas se transformaron en carcajadas; se secó los ojos empapados mientras lloraba y se reía al mismo tiempo. Luego, poseído todavía por ese paroxismo incontenible, se deslizó del sillón a la alfombra como un erizo y allí permaneció un rato estremeciéndose; después empezó a rodar lentamente hasta el tabique, sacudido por la risa y el llanto, y empezó a golpear rítmicamente la cabeza contra la pared, gritando a cada golpe la palabra magnífica, plena de sentido, suma de toda desesperación:

-Merde. Merde. Merde. Merde. Merde.

-Pombal -le dije débilmente-, ¡por el amor de Dios!

-¡Véte! -me gritó desde el piso-, no me detendré mientras no te vayas. ¡Por favor, véte!

Me dio lástima y salí de la habitación para darme un baño frío; me quedé hasta oírlo prepararse pan con mantequilla en la despensa. Luego vino a llamar a la puerta del cuarto de baño.

-¿Estás ahí? -dijo.

-Sí.

-Olvídate de todo lo que te dije, ¿eh? -gritó a través de la puerta-. Por favor.

-Ya me he olvidado.

-Bueno. Gracias, *mon ami.*

Y oí sus pasos pesados que se dirigían a su habitación. Aquel día nos quedamos en cama hasta la hora del almuerzo, y los dos en silencio. A la una y media llegó Hamid y nos preparó un almuerzo que comimos sin apetito. En mitad de la comida sonó el teléfono y fui a atender. Era Justine. Debió de suponer que yo estaba enterado de la muerte de Toto de Brunel, pues no hizo ninguna alusión directa a la cuestión.

-Quisiera recuperar mi horrible anillo -dijo-. Balthazar lo ha reclamado a la Policía. El que se puso Toto, sí. Pero parece que alguien tiene que identificarlo y firmar. En el procés. Mil gracias por haberte ofrecido a ir. Como puedes imaginarte, Nessim y yo... es sólo cuestión de testimonio. Y quizá podamos vernos, querido, para que me lo entregues. Nessim tiene que tomar el avión para el Cairo esta tarde, por negocios. ¿Digamos en el jardín del Aurore, a las nueve? Así tendrás tiempo. Te esperaré en el coche. Tengo tantas ganas de hablar contigo. Sí. Debo irme ahora. Gracias una vez más. Gracias.

Volví a sentarme y seguimos comiendo, hermanos en la servidumbre, abrumados por un sentimiento de culpabilidad y una gran fatiga. Hamid se ocupaba de nosotros con solicitud, sin decir una palabra. ¿Sabía cuál era nuestra preocupación? Era imposible leer nada en esa cara suave, picada de viruelas, en el ojo único, que bizqueaba.

XI

Ya había oscurecido cuando despedí el taxi en la plaza Mohammed Alí y seguí a pie hasta la oficina de Nimrod, en una de las reparticiones de la Prefectura. Todavía estaba aturdido por el giro que habían tomado los acontecimientos y oprimido por las hipótesis desalentadoras que se me ocurrían las advertencias y amenazas de los últimos meses durante, los cuales sólo había vivido para una sola persona: Justine. Ardía de impaciencia por verla de nuevo.

Los escaparates estaban ya iluminados y los negocios de les cambistas llenos de marineros franceses que trocaban sus francos por comida y vino, sedas, mujeres, muchachos, opio -todo lo qué podía procurar un olvido comprensible-. La oficina de Nimrod se encontraba en el fondo de un viejo edificio gris, alejado de la calle. Parecía desierto a esa hora, lleno de corredores vacíos y de oficinas abiertas. Todos los empleados habían interrumpido sus tareas a las seis. Mis pasos arrastrados resonaron en la casilla vacía del portero, en los portales abiertos. Era extraño caminar con tanta libertad por los locales de la Policía sin que nadie pidiera explicaciones. Al final de un largo corredor, el tercero, cegué a la puerta de la oficina de

Nimrod y llamé. Se oían voces en el interior. Su oficina era una habitación grande, hasta grandiosa, de acuerdo con su jerarquía, y las ventanas daban a un patio vacío donde algunas gallinas cacareaban y picoteaban todo el día en el piso de barro seco. En medio del patio una sola palmera andrajosa ofrecía un poco de sombra en el verano.

Como nadie respondía, abrí la puerta y entré... para detenerme en seco: la oscuridad y la luz brillante me hicieron pensar que estaban pasando una película. Pero era sólo el enorme epidiáscopo que proyectaba en la pared las imágenes deslumbrantes y ampliadas de las fotografías que el mismo Nimrod iba sacando una por una de un sobre. Deslumbrado, avancé y reconocí en aquella penumbra fosforescente que rodeaba el aparato, los perfiles de Balthazar y Keats recortados en la luz magnética de la poderosa lámpara.

-Bueno -dijo Nimrod volviéndose a medias-. Siéntate -añadió- con aire abstraído acercándome una silla. Keats me sonrió excitado, misteriosamente satisfecho consigo mismo. Las fotografías que estaban estudiando eran las que él había tomado en el baile de los Cervoni. Así agrandadas parecían grotescas pinturas al fresco que se materializaban y desvanecían en la pared blanca.

-A ver si puede ayudarnos a identificar las figuras -dijo Nimrod, y me senté volviendo dócilmente mi cara hacia la pared deslumbrante donde surgían las siluetas de una docena de monjes dementes bailando.

-Ésa no -dijo Keats. La luz blanca del magnesio había incendiado los contornos de las figuras encapuchadas. Dilatadas hasta alcanzar ese enorme tamaño, las fotos sugerían una nueva forma de arte, más macabra que todo lo que hubiera podido imaginar un Goya. Era una nueva iconografía, pintada con humo y fogonazos. Nimrod las cambiaba lentamente, deteniéndose en cada una.

-¿No hay comentarios? -preguntaba antes de pasar delante de nuestros ojos otro facsímil agrandado de la vida real-. ¿No hay comentarios?

Para el trabajo de identificación no servían de nada. Eran ocho en total, cada una de ellas el espantoso simulacro de una ceremonia fúnebre celebrada por monjes-sátiros en alguna cripta medieval, cada una de ellas salida de la imaginación de Sade.

-Aquí está la del anillo -dijo Balthazar al aparecer delante de nosotros, deslizándose sobre la pared, la quinta fotografía. Un grupo de figuras con antifaz, tomadas del brazo, balanceándose frenéticamente, se zarandeaban delante de nosotros, inexpresivas como sepias o esos otros monstruos grotescos que se ven a veces en la penumbra de los acuarios. Sus ojos eran ranuras desprovistas de inteligencia, su alegría una parodia de todo lo humano. ¡Entonces, así se comportan los Inquisidores cuando no ejercen sus funciones!

Keats lanzó un suspiro de desesperación. Una de las figuras había posado una mano sobre la manga negra de otra. Había en la mano una raya blanca que podía pasar, en rigor, por el nefasto anillo de Justine. Nimrod describió cuidadosamente la foto para sí mismo, como un hombre que lee un dispositivo de medición.

-Cinco máscaras... en algún lugar próximo al aparador, se ve el ángulo... Pero la mano, ¿es de Brunel? ¿Qué le parece?

La estudié.

-Pienso que debe de ser -dije-. Justine usa el anillo en otro dedo.

-Ah -exclamó Nimrod con aire triunfante-, es un detalle importante.

Sí, ¿pero quiénes eran las otras figuras que la lámpara de *flash* había arrebatado fortuitamente de la nada? Las mirábamos fijo y ellas nos miraban, inexpresivas, a través: de las ranuras del terciopelo como cazadores en acecho.

-Eso no sirve de nada -dijo por fin Balthazar con un suspiro, y Nimrod apagó la máquina zumbante. Después de un instante de oscuridad, la luz eléctrica volvió a la habitación. En el escritorio se amontonaban papeles dactilografiados que esperaban la firma -el *procés verbal*, sin duda-. Sobre un cuadrado de seda gris había varios objetos directamente relacionados con nuestra zozobra: el gran alfiler con su horrible cabeza de piedra azul, y el anillo ebúrneo de mi amante que yo no podía ver, aun entonces, sin angustia.

--Firme -dijo Nimrod, señalando el papel- cuando haya leído el ejemplar, ¿quiere? -tosió cubriéndose la boca con la mano y añadió en voz más baja-: Y puede llevarse el anillo.

Balthazar me lo tendió. Estaba frío y ligeramente cubierto de polvo para impresiones digitales. Lo limpié en la corbata y lo metí en el bolsillo del reloj.

-Gracias -dije y me senté junto al escritorio para leer el informe de la policía, mientras los otros encendían un cigárrillo y conversaban en voz baja. Junto a las hojas dactilografiadas había otras escritas con la letra nerviosa y sin carácter del General Cervoni. Era la lista de invitados al baile de carnaval, donde aún resonaba la majestuosa poesía de los nombres que habían llegado a significar tanto para, mí, nombres de alejandrinos. Estos:

Pía dei Tclomei, Benedict Dangeau, Dante Borromeo, Coronel Neguib, Toto de Brunel, Wilmot Pierrefeu, Mehinet Adm, Pozzo di Borgo, Ahmed Hassán Pachá, Delphine de Francueil, Djambulat Bey, Athena Trasha, Haddad Fahmy Amin, Gaston Phipps, Pierre Balbz, Jacques de Guéry, Conde Banubula, Onuphrios Papas, Dmitri

Randidi, Paul Capodistria, Claude Amaril, Nessim Hosnani, Tony Umbada, Baldassaro Trivizani, Gilda Ambron ...

Murmuré los nombres que veía en la lista, añadiendo mentalmente a cada uno la palabra "asesino", para ver si sonaba bien. Sólo al llegar al nombre de Nessim me detuve, y alcé mis ojos hacia la pared oscura para proyectar en ell9 su imagen mental y· estudiarla como habíamos estudiado las fotografías. Aún veía su expresión cuando lo ayudé a subir al gran automóvil, una expresión de serenidad extrañamente traviesa, como la de alguien que descansa después de un gran despliegue de energía.

CUARTA PARTE

XII

A pesar de la estación las luces alegraban el borde del mar, las largas rampas de la Grande Corniche se arqueaban perdiéndose en un horizonte bajo; mil paneles de vidrio iluminados detrás de los cuales, como magníficos peces tropicales, estaban sentados los habitantes de la ciudad europea delante de las mesas resplandecientes, cargadas de vasos de vino resinado, de anís o coñac. Contemplándolos (mi almuerzo había sido frugal) sentí hambre, y como tenía tiempo antes de mi cita con Justine, empujé las puertas. rutilantes del Diamond Sutra y pedí un emparedado de jamón y un vaso de whisky. Una vez más, como siempre que el drama de los acontecimientos exteriores alteraba la estructura emodonal de las cosas, empecé a ver la ciudad con nuevos ojos, a examinar las formas y los contornos salidos de la mano del hombre con el desapego del entomólogo que estudia una especie de insecto hasta entonces desconocida. Allí estaba esa raza, y cada uno de sus representantes absorto en la solución de preocupaciones individuales, de amores, odios y miedos. Una mujer contando dinero sobre una mesa de vidrio, un viejo dando de comer a un perro, un árabe con su tiesto rojo en la cabeza, corriendo una cortina.

Un humo aromático salía de las pequeñas tabernas de marineros, a lo largo de la orilla donde los asadores de hierro cargados de entrañas y especias giraban con un movimiento monótono, hacia adelante y hacia atrás, o el vapor levantaba la tapa de los resplandecientes calderos de cobre de donde brotaba en bocanadas con olor a calamar, sepia y paloma. Llamé a un coche con un caballo decrépito que me llevó al trote, a lo largo del mar suspirante en dirección al Aurore, penetrado por la oscuridad llena de luces, invadido por remordimientos y temores tan fugitivos que estaban más allá de todo análisis; pero por debajo (como un sapo bajo una piedra fría, el aire superficial de la noche) aún me estremecía de horror pensando que el amor que "sentíamos el uno por el otro" podía poner en peligro a Justine. Daba infinitas vueltas en mi cabeza a este pensamiento, como el prisionero empuja con todo su peso la puerta que le impide escapar de un cautiverio intolerable, tratando de imaginar una salida para esa situación que, en mi opinión, podía muy bien terminar en la muerte de ella o en la mía.

El gran automóvil esperaba fuera del camino, en la oscuridad, bajo los pimenteros. Justine me abrió la portezuela en silencio y entré, embrujado por mis temores.

-Bueno -dijo por fin, y lanzando un suave gemido que lo expresaba todo, se abandonó a mis brazos y apoyó su boca cálida sobre la mía-: ¿Fuiste? ¿Se acabó?

-Sí.

Soltó el embrague y las ruedas hicieron saltar los guijarros; el coche se hundía en el crepúsculo perlado y tomaba el camino de la costa que lleva al desierto. A la luz aterciopelada de los faros que rebotaba en los objetos comunes del camino, veía su duro perfil semítico. Pertenecía hasta tal punto a la ciudad que se me aparecía ahora como una sucesicn de símbolos que desfilaban a nuestro lado: minaretes, palomas, estatuas, barcos, monedas, camellos, palmeras; vivía en una relación heráldica con los paisajes extenuados que la rodeaban, tan en armonía con el decorado como la Esfinge con el desierto.

-El anillo -dijo-, ¿me lo trajiste?

-Sí -lo froté una vez más contra mi corbata y lo deslicé en el dedo que correspondía. A pesar mío, añadí-: Justine, ¿qué va a ser de nosotros?

Me echó una mirada salvaje, frunciendo el ceño como fina mujer beduina, y luego sonrió cálidamente.

-¿Por qué?

-Pero, ¿no comprendes? Tenemos que acabar con esto. No soporto la idea de que corras peligro... Y si no, iré a ver a Nessim y le explicaré...

-¿Explicarle qué? No lo sabía.

-No -dijo ella suavemente-, no. No serías capaz. Eres un anglosajón... no podrías birlarte de la ley así, ¿no es cierto? No eres como nosotros. Además, no podrías decir nada a Nessim que él no sospeche, si es que no lo sabe ya... Querido -dijo posando su tibia mano sobre la mía-, espera simplemente, quiéreme simplemente, eso es lo que. importa. . . y después ya veremos.

Ahora que refiero esta escena me doy cuenta con asombro de que Justine llevaba adentro (invisible como el feto de un niño ya concebido) la muerte de Pursewarden, que sus besos, por lo que sé, iban dirigidos a la imagen fúnebre de mi amigo, la mascarilla mortuoria del escritor que no la quería, que en realidad se burlaba de ella. Pero el amor es un demonio tal que no me sorprendería que, de una manera singular, su muerte enriqueciera en realidad nuestras relaciones amorosas, colmándolas de todos los engaños de que se nutre el espíritu de las mujeres: traiciones y placeres secretos que son el abono inseparable de toda relación humana.

Sin embargo, ¿de qué puedo quejarme? Ese amor a medias bastaba para que mi corazón rebalsara. Ella, en todo caso, era la que tenía motivos de queja. Es muy difícil entender estas cosas. ¿Tenía ya el proyecto de huir de Alejandría? "El poder de la mujer es tal -escribe Pursewardenque un solo beso puede parafrasear la realidad de la vida de un hombre y transformarla en. . ." ¿Pero para

qué seguir? Yo era feliz sentado a su lado, sintiendo el calor de su mano posada en la mía.

La noche azul estaba escarchada de estrellas, y el desierto atento desplegaba a nuestro alrededor sus grotescos anfiteatros -como habitaciones vacías en un castillo fantástico-. Esa noche la luna pálida subía lentamente, el aire estaba quieto, el viento esculpía las dunas.

-¿En qué estás pensando? -preguntó mi amante.

¿En qué estaba pensando? En un pasaje de Proclo donde se dice que Orfeo reinaba sobre la raza de plata, es decir, de aquellos que llevan una vida de "plata", en el volumen de Proclo en la chimenea de Balthazar, posiblemente entre los limpiapipas y las figuras indias de monos esculpidos en madera que nunca han visto, dicho ni oído el mal, bajo un pentágono mágico de Pitágoras. ¿En qué estaba pensando? En el feto en su bolsa cerosa, la langosta agazapada en el trigal, un árabe citando un proverbio que resonaba en. el espíritu. "La memoria del hombre es tan antigua como la desdicha." En las codornices vertiéndose en el suelo como miel, sin intención de huir. En el olor de lilas de Persia en el bazar de los perfumes.

-Hace catorce mil años -dije en voz alta-, Vega, de la constelación de Lira, era la Estrella Polar. Mira cómo arde.

La cabeza querida volvió sus ojos torvos, profundos, y de nuevo vio las largas barcas que se deslizan hacia el Faro, el curso de las mareas, los minaretes centelleantes de rocío; gritos del ciego Hodja chillando como un topo asaltado por la luz del sol; pisadas monótonas de una caravana de camellos que se dirige a una fiesta con sus linternas sordas. Una mujer árabe hace mi cama, golpeando las almohadas hasta esponjarlas como clara batida a punto de nieve; un pasaje del libro de Pursewarden que dice: "Se miraron, sabiendo que no había juventud ni fuerza bastante entre ellos para impedir que se separaran." Cuando Melissa quedó encinta por obra de Nessim, Amaril no pudo practicar el aborto que él deseaba tanto, a causa de su enfermedad y de su corazón demasiado débil. "Quizá se muera de todos modos", dijo, y Nessim asintió con un gesto brusco y tomó su abrigo.

Pero ella no murió en ese momento, y la niña nació... Justine cita algo en griego que no reconozco:

Arena, escaramujos, rocas blancas
de Alejandría, las boyas del marino,
dispersas dunas que se desmoronan
-la arena al agua, el agua a las arenas-
nunca en el vino del exilio
que el aire contamina, se derraman;
o una voz el espíritu mancilla
cantando en árabe: "Un barco sin sus velas

es como una mujer sin pechos." Y eso es todo.

Caminamos tomados de la mano a través de los suaves médanos, laboriosamente, como insectos, hasta llegar a Tapcsiris con su desorden de columnas y capiteles derruidos entre las antiguas balizas roídas por la intemperie. ('Las reliquias de la sensación -dice Coleridge- pueden existir durante un tiempo indefinido en estado latente en el mismo orden en que se han impreso.") Sí, pero el orden de la imaginación no es el de la memoria. Un viento suave que venía del archipiélago griego rozaba el mar. El agua estaba lisa como una mejilla. Sólo en la orilla se rizaba y suspiraba. Aquellos besos cálidos se quedaron allí, amputados del antes y el después, existiendo por derecho propio como las frágiles transparencias de los helechos o las rocas secas entre las páginas de un viejo libro, únicos e inmarcesibles como los recuerdos de la ciudad a la que ejemplificaban y evocaban: un copo de música caído de la guitarra de un .. carnaval olvidado, que resuena en las calles oscuras de Aleandría mientras dura el silencio...

Ahora los veo no ya como a hombres y mujeres, identidades infladas por sus actos de negligencia, sus locuras y traiciones, sino como seres que inconscientemente forman parte del lugar, que están enterrados hasta la cintura en las ruinas de una ciudad singular, empapados de sus valores; como aquellas criaturas de las que Empédocles escribió!

"Miembros solitarios, errantes, que buscan unirse unos con otros", o, en otro pasaje: "Así es como lo dulce se apodera de lo dulce, lo amargo se precipita hacia lo amargo, lo ácido va hacia lo ácido, lo caliente se acopla con lo caliente." Todos, miembros de una ciudad cuyos actos escapan al espíritu de connivencia o de maquinación: alejandrinos.

Justine, apoyada contra una columna rota en Tapcsiris, cabeza oscura contra la oscuridad del mar suspirante, una mecha levantada por la brisa marina, diciendo: "En toda la lengua inglesa hay una sola frase que significa algo para mí: 'Tiempo inmemorial.' "

Vista a través de la pantalla deformadora de la memoria, qué remota me parece esa tarde olvidada. Todavía teníamos que vivir hasta llegar a la gran cacería de patos que de manera tan brusca, tan breve, precipitó el cambio final y la desaparición de la misma Justine. Pero todo eso pertenece a otra Alejandría -la que he creado en espíritu y que el gran Comentario de Balthazar ha modificado, si no destruido, hasta hacerla totalmente irreconocible.

"Intercalar las realidades -escribe Balthazar- es la única manera de ser fiel al Tiempo, pues en cada momento del Tiempo las posibilidades son infinitas en su multiplicidad. La vida es un acto de elección. La perpetua reserva del juicio y la perpetua elección."

Desde la posición privilegiada de esta isla lo veo todo en su duplicidad, veo con nuevos ojos cómo se intercalan los hechos y la fantasía, -y al releer, al trabajar nuevamente la realidad a la luz de todo lo que ahora sé, me sorprende ccmprcbar que incluso mis sentimientos han cambiado, han madurado, se han ahondado. Quizá la destrucción de mi Alejandría particular era necesaria ("ese objeto que es toda verdadera obra de arte nunca muestra una superficie plana") ; quizá en el fondo de todo esto yace el germen y la substancia de una verdad -usufructo del tiempo- que, si logro asimilarla, me hará avanzar un poco más en lo que es realmente la búsqueda de mi propio yo. Veremos.

XIII

"Clea y su viejo padre, a quien adora. El pelo blanco, erguido, en la mirada una especie de piedad horrible por la joven diosa soltera que ha engendrado. Sin embargo, todos los fines de año bailan en el Cecil, dignos, elegantes. Él lo hace con una precisión de autómata." Una vez escribí en alguna parte estas palabras. Me recuerdan otra escena, otra serie de acontecimientos.

El viejo erudito viene a sentarse a mi mesa. Tiene una debilidad especial por mí, no sé por qué, pero siempre me habla con humildad y sentido del humor mientras seguimos desde nuestros asientos a su hermosa hija que se desplaza por el salón en brazos de un admirador, tan graciosa, tan serena.

-Hay tanto de colegiala en ella, o de artista. Esta noche descubrió en su capa una mancha de vino; entonces se puso el impermeable sobre el vestido de baile y se comió los caramelos que encontró en los bolsillos. No sé qué hubiera dicho su madre, si viviera -bebíamos tranquilamente y contemplábamos las luces coloreadas que fluctuaban entre los bailarines-. Me siento como un viejo alcahuete, siempre buscando alguien con quien casarla... Pero es que su felicidad es tan importante ... Sé que hago todo lo que puedo para echarla a perder inmiscuyéndome... pero no puedo evitarlo... He conseguido reunirle, a lo largo de los años, una bonita dote... El dinero me quema los bolsillos... Cuando veo a un inglés simpático como usted, me dan ganas de decirle: ¡Por el amor de Dios, llévesela y cuídela!... Ha sido un placer amargo criarla sin madre. ¿Eh? No hay nada más loco que un viejo loco -y se dirige al bar, con su andar rígido, y una sonrisa.

Aquella noche Clea vino a sentarse a mi lado en la glorieta, abanicándose y sonriendo.

-Las doce menos cuarto. Pobre Cenicienta. ¡Tengo que acompañar a mi padre a casa antes de que den las doce, si no perderá su primer sueño!

Hablamos luego de Amar que, procesado por el asesinato de Brunel, había sido absuelto esa misma tarde por falta de pruebas.

-Lo sé -dijo Clea suavemente-, y me alegro. Me he librado de una *crise de conscience. No* habría sabido qué hacer sí lo hubieran condenado. Sé que él no fue. ¿Por qué? Porque sé quién fue y por qué lo hizo... -entrecerró sus espléndidos ojos y prosiguió-: Una historia alejandrina... ¿quieres que te la cuente? Pero sólo si guardas el secreto. ¿Me lo prometes? Entiérralo con el año viejo... con todas nuestras desdichas y locuras. Debes de estar harto ya, ¿verdad? Muy bien. Escucha. Esa noche de carnaval yo estaba acostada pensando en un cuadro -el retrato grande de Justine-. Había algo que andaba mal y no sabía dónde. Suponía que eran las manos -esas manos oscuras y bien modeladas-. La actitud estaba lograda, pero había algo en la composición que no andaba; hacía meses que había terminado el cuadro, y ahora empezaba a preocuparme. No sé por qué. De pronto me dije: "Hay que pensar en esas manos", y arrastré el cuadro hasta mi cuarto desde el estudio donde lo había puesto de pie contra una pared. Bueno, para nada en realidad; me pasé toda la noche fumando y dibujando las manos en diferentes posturas, de memoria. Me parecía que podía ser el detestable anillo bizantino que Justine usa. De todas maneras, como mis reflexiones no me sirvieran de nada, cerca de medianoche volví a acostarme y me quedé fumando en la cama con mi gato dormido a los pies.

"De vez en cuando un pequeño grupo de personas pasaba por la calle, cantando o riendo, pero poco a poco la vida se retiraba de la ciudad; se hacía tarde.

"De pronto, en medio del silencio, oí el ruido de alguien que corría velozmente. Nunca había oído correr a nadie tan rápido, con tanta liviandad. Sólo el peligro, el terror o la desesperación pueden impulsar a alguien a una carrera tan desenfrenada, pensé mientras prestaba oídos. Los pasos bajaban por la rue Fouad, luego al mismo. ritmo precipitado doblaron en la esquina de St. Saba, sonando cada vez más fuerte. Los pasos cruzaron, se detuvieron y volvieron a cruzar hasta mi acera. Luego la campanilla repicó con estridencia.

"Me incorporé en la cama sorprendida y encendí la luz para mirar el reloj. ¿Quién podía ser a esa hora? Mientras permanecía así, indecisa, la campanilla resonó de nuevo dos veces. ¡Bueno! Como el dispositivo eléctrico para abrir la puerta de calle no funciona después de medianoche, no quedaba otro remedio que ir a ver quién era. Me puse una bata, deslicé en el bolsillo mi pequeña pistola y bajé. Había una sombra en el vidrio de la puerta, pero el cristal era demasiado grueso para identificarla, de modo que abrí. Retrocedí un paso. `¿Quién está ahí?'

"Había un hombre suspendido en un ángulo de la puerta como un murciélago. Respiraba jadeando, el pecho subía y bajaba, pero el hombre no decía una palabra. Llevaba un dominó, con el capuchón echado hacia atrás, de manera que pude ver su cara a la luz del farol de alumbrado. Naturalmente, me asusté un poco. El hombre

parecía a punto de desmayarse. Me llevó diez minutos enco_itrar el nombre de esa cara horrible con su grande y cruel labio leporino. Entonces sentí un enorme alivio y un hormigueo angustioso en las piernas. ¿Sabes quién era? El sudor empapaba su pelo desgreñado y bajo aquella luz misteriosa sus ojos parecían enormes, azules, infantiles. Me di cuenta de que era ese hermano tan extraño de Nessim, el que no aparece nunca, Naruz Hosnani. Esa era ya urrr proeza de la memoria: sólo lo recordaba vagamente, de la época en que Nessim me llevaba a cabalgar por las tierras de los Hosnani. Imagínate mi ansiedad al verlo llegar así, inesperadamente, en mitad de la noche.

"Yo no sabía qué decir, y él por su parte trataba de articular algo pero no le salían las palabras. Era como si hubiese dos frases trabadas en su espíritu, como cartuchos en la boca del fusil, y ninguna de las dos cediera el paso a la otra. Se inclinó hacia mí, lívido, a punto de perder el equilibrio, las manos colgando casi a la altura de las rodillas, lo cual le daba un aspecto simiesco, y me graznó algo. No te rías. Era horrible. Luego respiró profundamente, obligó a sus músculos a que le obedecieran y me dijo con una vocecita de marioneta: -He venido a decirle que la quiero porque he matado a Justine -por un momento casi sospeché que se trataba de una broma-. ¿Qué? -pregunté tartamudeando. Naruz repitió con una voz aun más débil, casi un susurro, pero mecánicamente, como un niño que repite una lección-: He venido a decirle que la quiero porque he matado a Justine. -Luego, en tono grave, añadió-: ¡Ah, Clea, si usted supiera qué angustioso es! -Y se echó a llorar y cayó de rodillas en el vestíbulo, sujetando el ruedo de mi bata, la, cabeza inclinada, las lágrimas escurriéndose por la nariz.

"Yo no sabía qué hacer. Sentía horror y asco a la vez, pero al mismo tiempo no podía dejar de compadecerlo. De vez en criando lanzaba un gritito ronco, como el chillido de la hembra del camello o más bien de uno de esos espantosos juguetes mecánicos. Ni antes ni después he visto ni oído nada semejante. Su temblor se comunicaba a mi cuerpo a través del rueda de la bata que sujetaba entre dos dedos.

-Levántese -dije por fin, y él alzando la cabeza graznó:

-Juro que no tenía intención de hacerlo. Sucedió antes de que lo pensara. Apoyó la mano sobre mí, ine hizo proposiciones, Clea. Es horrible. La propia mujer de Nessim.

"Yo no sabía qué pensar de todo eso. Realmente, ¿habría herido a Justine? -Suba -dije apretando mi pequeña pistola, pues su expresión era aterradora-. Levántese. -Se levantó en seguida, obediente, y me siguió, pero apoyándose pesadamente en la caja de la escalera y murmurando para sí algo incoherente, el nombre de Justine, creo, aunque más bien sonaba como 'Justice'.

-Entre aquí mientras telefoneo -dije, y me siguió lentamente, deslumbrado por la luz. Permaneció un momento junto a la puerta, hasta habituarse, y entonces vio el retrato.

-Esa zorra judía ha devorado mi vida -exclamó con gran fuerza, dándose varios puñetazos en los muslos. Luego se cubrió la cara con las manos y respiró profundamente. Esperamos así frente a frente, mientras yo reflexionaba en lo que debía hacer. Sabía que habían ido todos al baile de los Cervoni. Era preciso telefonear para averiguar qué había de cierto en su historia.

"Entre tanto Naruz apartó los dedos y me miró. Dijo: -Sólo he venido a decirle que la quería antes de entregarme a mi hermano. -Luego dejó caer las manos en un gesto de desesperanza-. Eso es todo.

"¡Qué repugnante, qué injusto es el amor! Quién sabe cuánto tiempo hacía que estaba enamorado de mí ese ser -no puedo considerarlo un semejante- cuya existencia misma yo había ignorado. Cada gesto mío era inconscientemente una forma de su sufrimiento, sin que yo me hubiera dado cuenta siquiera. ¿Cómo se había producido ese desastre? Tendrás que reservar un lugar en tus reflexiones a esta variedad de animal._Yo estaba furiosa, asqueada y ofendida a la vez. Tenía la sensación de que debía casi pedirle disculpas, y al mismo tiempo me sentía insultada por- la intrusión de un amor que nunca le había pedido.

"Naruz parecía ahora tener una fiebre altísima. Le castañeteaban los dientes y lo sacudían temblores violentos, espasmódicos. Le serví un vaso de coñac que bebió de un trago Y luego otro aun más lleno. Mientras lo bebía se dejó caer lentamente sobre la alfombra y dobló las piernas sentándose a la manera árabe. -Por fin me siento mejor -murmuró, y mirando trístemente a su alrededor añadió-: Así que aquí vive usted. Hace años que deseaba verlo. Me lo he imaginado todo. -Luego su cara sé crispó, tosió y se peinó el pelo hacia atrás con los dedos.

"Llamé a casa de los Cervoni y casi en seguida conseguí hablar con Nessim. Lo interrogué hábilmente, sin dejar escapar nada. En apariencia no había ocurrido nada, por lo que pude deducir, aunque en ese momento Nessim fuera incapaz de localizar a Justine. Estaba en la pista de baile. Naruz escuchaba todo esto con grandes ojos de sorpresa, de incredulidad.

-Justine ha quedado en encontrarse con él en el vestíbulo dentro de diez minutos. Termine su vaso y espere a que ella telefonee. Entonces verá que ha habido un error. -Naruz cerró los ojos; parecía rezar.

"Me senté frente a él en el sofá, sin saber qué decirle. -¿Qué ocurrió exactamente? -le pregunté. De pronto entrecerró los ojos y me echó una mirada soslayada, de sospecha. Luego suspiró y dejó

raer la cabeza, siguiendo con el dedo el dibujo de la alfombra-. No es para sus oídos -murmuró, temblándole los labios.

"Esperábamos así cuando bruscamente, con gran incomodidad y repugnancia de mi parte, empezó a hablar de su amor por ini, pero en el tono del hombre que habla consigo mismo. Parecía casi haberme olvidado, no me miró ni una vez a la cara. Y sentí esa sensación de horror mezclada con el deseo de pedir disculpas que me abruma cuando alguien me admira o me desea y yo no puedo corresponder. Además me daba un poco de vergüenza mirar esa cara brutal, manchada de lágrimas, simplemente porque no podía descubrir el menor impulso de simpatía en mi corazón. Allí estaba sentado en la alfombra como un gran sapo oscuro, hablando; un troglodita salido de un libro de historia. ¿Qué diablos podía hacer yo? -¿Cuando me vio? -le pregunté. Sólo me había encontrado tres veces en su vida, aunque solía pasar por mi tulle para ver si había luz en mi ventana. Murmuré una palabrota. Era tan injusto. Yo no había hecho nada para merecer esa grotesca pasión.

"Por fin llegó el alivio. Sonó el teléfono y todo su cuerpo tembló corno un perro al oír la inconfundible voz ronca de la mujer dne creía haber matado. Que ella supiera, no había ocurrido nada, y en ese momento regresaba a casa con Nessim. Todo estaba bien en casa de los Cervoni, y el baile seguía muy animado. Al desearle buenas noches, sentí que Naruz se aferraba a mis pantuflas y empezaba a besarlas con gratitud. -Gracias, gracias -repetía incansablemente.

'-Vamos. Levántese. Es hora de que vuelva a su casa. -Yo empezaba a sentirme mortalmente cansada. Le aconsejé que volviera directamente a su casa y no le contara a nadie la historia-. Quizá se la ha imaginado toda --dije, y él me dirigió una sonrisa fatigada pero radiante.

"Bajó las escaleras delante de mí con paso lento, pesado, todavía conmovido por su experiencia, era evidente, pero sin histeria ya. Abrí la puerta de calle y una vez más trató de manifestarme su gratitud y su afecto incoherentes. Se apoderó de mis manos y las cubrió de grandes besos húmedos e hirsutos. ¡Puf! Todavía me parece sentirlos. Y entonces, antes de perderse en la noche, dijo en voz baja, sonriendo: -Clea, éste es el día más feliz de mi vida, porque la he visto y la he tocado, he visto su casa."

Clea bebió su vaso, meneando la cabeza, con la mirada perdida y una triste sonrisa en los labios. Luego miró sus manos morenas y se estremeció levemente.

-¡Puf! Los besos -dijo entre dientes, y con un gesto involuntario empezó a frotarse las ruanos, con las palmas hacía arriba, contra la felpa roja del brazal del sillón, como si quisiera borrarlos de una vez por todas, destruir su recuerdo.

Pero la orquesta había empezado a tocar una cuadrilla (¿la misma quizá durante la cual Arnauti había visto por primera vez a Justine?) y una vez más desde el centro de la oscuridad empezó a desplegarse en abanico la galería de rostros iluminados por la luz cálida, el esplendor de la carne, las ropas, las joyas, en el enorme y desvaído salón de baile donde las palmeras se hacían trizas en los espejos ternblorosos; mundo que atravesaba las ventanas llegando hasta los jardines donde el claro de luna aguardaba pacientemente,

y seguía adelante perturbando las aguas inquietas de la rada con sus gestos centelleantes, despiadados.

-Ven -dijo Clea-, ¿por qué no participas nunca en éstas cosas? ¿Por qué prefieres sentarte en un rincón y observarnos a todos?

Pero yo pensaba, viendo el círculo de caras bonitas que avanzaba y retrocedía entre el centelleo de las joyas y el crujido de las sedas, en los alejandrinos para quienes toda esa variedad de experiencias sólo significaba una cifra más añadida a la suma de un conocimiento infinito amasado en el tedio y la indiferencia. Girábamos y girábamos infatigables, las mujeres siguiendo inconscientemente el movimiento de las estrellas, de la tierra en su órbita por el espacio, y de pronto, como una declaración de guerra, como una expulsión de la matriz, llegó el silencio y una voz gritó: "Cada uno con su pareja." Y las luces recorrieron palpitantes el espectro hasta llegar al púrpura, y empezó un vals. Por un instante, en la otra punta de la oscuridad, vi a Nessim y Justine baijando juntos, mirándose a los ojos, sonriendo. La hermosa mano posada en el hombro seguía llevando el gran anillo sacado de la tumba de una joven bizantina. La vida es breve, el arte largo.

Clea bailaba con su padre, rígido, feliz como un ratón mecánico que besaba la mano talentosa donde los besos indeseables de Naruz se habían posado aquella noche olvidada. Una hija está más cerca que una esposa.

"Al principio -escribe Pursewarden-, tratamos de complementar el vacío de nuestra individualidad por medio del amor, y por un breve instante tenemos la ilusión de la plenitud. Pero es sólo una ilusión. Pues esa criatura extraña que creímos nos uniría al cuerpo del universo, consigue al final separarnos aun más de él. El amor une, luego separa. ¿Cómo, si no, podríamos desarrollarnos?"

¿Cómo, en efecto? Pero con el alivio de no tener una vez más pareja, he regresado a tientas a mi rincón oscuro donde las sillas vacías de los invitados permanecen erguidas como estériles espigas de trigo.

XIV

A comienzos del verano recibí una carta de Clea con la cual podría cerrar este breve monumento conmemorativo de Alejandría. Era imprevista.

"Tashkent, Siria

"Tu carta, tan inesperada después de un silencio que temí durara toda la vida, ha terminado por llegarme, después de pasar por Persia, a esta casita encaramada en una colina, entre los cedros y los pinos. La he alquilado por seis meses para adiestrar mi mano y mi pincel en estas montañas singulares -rocas de las que irrumpen frescos manantiales y flores mediterráneas-. Tórtolas de día y ruiseñores de noche. Qué alivio después del polvo. ¿Cuánto hace? ¿Dos años, más quizá? Ah, mi querido amigo, temblé un poco al abrir el sobre. ¿Por qué? Temí que lo que pudieras decirme me arrastrara por los cabellos hacia viejos lugares y acontecimientos abandonados hace mucho tiempo; viejos sitios, lugares de la personalidád que fue de Clea, la alejandrina que conociste -y que ya no es la mía, por lo menos, no lo es del todo-. He cambiado. Una nueva mujer, en todo caso una nueva pintora está surgiendo, todavía un poco tierna y tímida como los cuernos de' un caracol, pero nueva. Todo un nuevo mundo de experiencias se ha interpuesto entre nosotros... ¿Cómo podías saber todo esto? Escribías quizá a Clea, la vieja Clea; ¿qué podría responderte yo? He esperado hasta esta noche para leer tu carta. Me ha conmovido y me he sentido obligada a contestarte; aquí va la respuesta, una carta escrita de a ratos, entre sesiones de pintura, o de, noche, cuando enciendo la estufa y me preparo la cena. Este es el momento adecuado para empezar porque está lloviendo y en toda la ladera de la montaña reina el silencio de la lluvia y el rumor de los manantiales colmados. Los árboles están llenos de caracoles gigantes.

"¿Así que Balthazar te ha confundido con sus impertinentes revelaciones? No estoy segura de que haya hecho bien. Quizá te beneficies, no así tu libro o tus libros que, me lo imagino, deben de ponernos a todos en una situación muy especial con respecto a la realidad. Quiero decir, en tanto que 'personajes', más que seres humanos. ¿No? ¿Y por qué -me preguntas- nunca te conté una palabra de las cosas que ahora sabes? Siempre es así, siempre es así. Cuando uno se encuentra como espectador a igual distancia de dos amigos o dos amantes, la amistad siempre incita a intervenir, a interponerse, pero nadie lo hace. Y con razón. ¿Cómo podía decirte lo que sabía de Justine, o lo que pensaba de ti por tu conducta negligente con Melissa? La naturaleza de mi simpatía por ustedes tres me lo impedía. En cuanto al amor, es una criatura tan paradójica y hasta tal punto se basta a sí misma, que la intervención de las verdades del mundo exterior no lo hubiera cambiado gran cosa. ¡Ahora estoy segura de que, si analizas tus sentimientos, descubrirás que quieres más a Justine porque ella te traicionaba! La prostituta es el verdadero amor del hombre, ya te lo dije una vez, y hemos nacido para amar a quienes más nos hieren: Díme, hombre sabio, ¿me equivoco? Además, mi afecto por ti es de otra índole. Estaba celosa de ti como escritor, como escritor te quería para mí y lo conseguí. ¿Comprendes?

"Ahora no puedo hacer nada por ti -quiero decir, por tu libro-. Una de dos: o tendrás que ignorar los elementos que Balthazar, con tanta perversidad, te ha proporcionado, o tendrás que 'reelaborar' la realidad, como dices.

"Agregas que has sido injusto con Pursewarden; sí, pero no tiene importancia. Él también era injusto contigo. ¡Ignorándose mutuamente, los dos se reconocían en mí! Como escritores. Lo único que siento es que Pursewarden no haya podido terminar el último volumen de *Dios es un humorista,* como planeaba. Es una pérdida -aunque en nada disminuye el alcance de su obra-. Me imagino que pronto alcanzarás el mismo grado de dominio de ti mismo -quizá por intermedio de esa ciudad maldita, nuestra Alejandría, a la cual más unidos estamos cuando mayor es nuestro odio-. A propósito, llevo con mis papeles desde hace siglos, como un talismán, una carta de Pursewarden en la que habla del volumen que falta. Me ayuda no sólo a resucitar un poco al hombre, sino también a resucitarme a mí misma cuando me deprimo por mi trabajo. (Tengo que ir al pueblo a comprar huevos. Te la copiaré esta noche.)

"Más tarde. Aquí está la carta de que te hablaba, agria y retorcida, si quieres, pero típica de nuestro amigo. No tomes demasiado en serio las observaciones que hace sobre ti. Él te admiraba y creía en ti -así me lo dijo un día-. Quizá mentía. De todas manera, aquí está.

"'Hotel Monte de los Buitres
Alejandría

*"*Mi querida Clea:

"Fue una sorpresa y un placer encontrar su carta esperándome. Lectora clemente, gracias -no por las críticas o las alabanzas (uno se encoge estremecido tanto por unas como por las otras) sino por estar ahí, devota y atenta, verdadera lectora de entre líneas, el lugar en que reside la verdadera escritura. Acabo de salir disparando del Café Al Aktar después de escuchar una larga discusión sobre "la novela" entre el viejo Lineamientos, Keats y Pombal. Hablan como si toda novela no fuera sui *generis;* para mí es tan ininteligible como Pombal generalizando sobre "les femmes" en cuanto raza; porque después de todo, no son los vínculos de familia los que realmente importan. Bueno, Lineamientos decía que la Redención y el Pecado Original eran los nuevos temas y que el escritor de hoy... ¡Uf! Me mandé mudar, sintiéndome un escritor de anteayer; no tenía ganas de ayudarlos a levantar esa especie de pastel de arena.

"Estoy seguro de que el viejo Lineamientos escribirá una preciosa novela sobre el Pecado Original y que obtendrá lo que yo llamo, en privado, un *suck-egg d´estime (*[4]*)* (es decir, que no cubrirá siquiera los

[4] juego de palabras: "suck-eggs (chupasangre, tonto) y *"succés" (éxito). (N. del T.)*

gastos). En realidad me desesperaba tanto pensar que él llegaría a ser famoso, que pensé en ir directamente al burdel para expiar mi poco original sentido del pecado. Pero era temprano y además tuve la impresión de oler a sudor, pues había sido un día muy caluroso. Por eso volví al hotel a tomar una ducha y mudarme de camisa, y así fue como encontré su carta. Queda un poco de gin en la botella y como no sé dónde estaré más tarde, creo que lo mejor es que me siente y le conteste lo mejor que pueda, mientras llegan las seis, cuando los burdeles empiezan a abrirse.

"Las preguntas que usted me hace, querida Clea, son las mismas que me hago a mí mismo. Tengo que aclararlas un poco antes de consagrarme al último volumen en el cual deseo sobre todo combinar, resolver y armonizar las tensiones creadas hasta ahora. Siento que quiero dar una nota... afirmativa -aunque no en los términos concretos de una filosofía o una religión-. Debería tener la curva de un abrazo, la universalidad de un código de enamorados. Debería dar a entender que el mundo en que vivimos se funda en algo demasiado sencillo para ser descrito como una ley cósmica, pero también tan fácil de captar como un acto de ternura, por ejemplo, de simple ternura como en las relaciones primitivas entre el animal y la planta, la lluvia y el suelo, la semilla y los árboles, el hombre y Dios. Una relación tan delicada que es destruida fácilmente por el espíritu de investigación y la *conscience* en el sentido francés de la palabra que tiene, desde luego, sus derechos y su propio campo de acción. Me gustaría que mi obra fuera sencillamente una cuna donde la filosofía pudiera adormecerse chupándose el pulgar. ¿Qué le parece? Después de todo esto no es lo que más necesitamos en el mundo, sino lo que realmente pinta su estado de proceso puro. Guarde silencio un rato y tendrá una intuición de ese acto de ternura, no de poder o de gloria; y desde luego, tampoco de Misericordia, esa vulgaridad del espíritu judío que no puede imaginar al hombre sino en cuclillas bajo el látigo. ¡No, porque la ternura de que hablo es absolutamente implacable! "Una ley para sí misma", como decimos. Naturalmente, no hay que olvidar que la verdad se reduce siempre a la mitad cuando se la formula. Sin embargo, en este último libró debo insistir en que hay esperanza para el hombre, en que su vida tiene un objeto, dentro'de los límites de una simple ley; y me parece ver que la humanidad va adueñándose gradualmente de la información necesaria por medio de la simple atención, *no de la razón,* que le permitirá un día vivir de acuerdo con esa idea -el verdadero sentido de la "alegría ilimitada"-. ¿Qué otra cosa podría ser la alegría? De esta nueva criatura que los artistas perseguimos, no se dirá que "vive" sino que, como el tiempo mismo, simplemente "transcurre". Maldito sea, es.dificil expresar estas cosas. Quizá la clave esté en la risa, en el Dios Jocoso. Después de todo, las gentes. serias son las que perturban la paz del corazón con sus chiquilladas ... como Justine. (Espere. Me corresponde una ración de gin.)

"Creo que es preferible apartarse resueltamente de esas grandes palabras oblongas como Belleza, Verdad, etcétera. ¿Le preocupa? Somos tan tontos, tan débiles de espíritu cuando se trata de vivir; en cambio somos unos gigantes cuando se trata de pronunciarse sobre el universo.

Sufflaminandus erat. Como a usted, se me plantean dos problemas interrelacionados: mi arte y mi vida. En mi vida soy bastante indeciso y miserable, pero en mi arte soy libre de ser lo que más deseo parecer: alguien capaz de introducir decisión y armonía en las vidas moribundas que lo rodean. En mi arte, a través de mi arte, deseo realmente realizarme desembarazándome de la obra (que *no tiene importancia) como* una serpiente se desembaraza de su piel. Quizá por eso en el fondo los escritores desean que se los ame por su obra más que por lo que son en sí mismos, ¿no le parece? Pero esto presupone también un nuevo tipo- de mujer. ¿Dónde está?

"Estas son, mi querida Clea, algunas de las perplejidades de su omnisciente amigo, la cabeza clásica y el corazón romántico de Ludwig Pursewarden.

"¡Uf! Es tarde y el aceite ha disminuido en la lámpara. Tengo que interrumpir mi carta por esta noche. Mañana, quizá, si tengo ánimos después de las compras, escribiré un poco más; si no, no. Hombre sabio, cuánto mejor sería si pudiéramos *hablar.* ¡Tengo una pila de conversaciones dentro de mí, sin usar! Creo que es quizá la única carencia verdadera que se siente cuando se vive solo: ¡el poder mediador de los pensamientos de un amigo que uno sitúa al lado de los propios, para ver si concuerdan! El solitario se vuelve autócrata, es, lógico, y sus juicios ex *cálbedra* están en la naturaleza misma de las cosas; tal vez esto tampoco sea bueno para la obra. Pero en este caso por lo menos estaremos bien equiparados, tú en tu. isla -que no es sino una especie de metáfora, como la estufa de Descartes, ¿verdad?- y yo en mi cabaña de cuento de hadas, entre las montañas.

"La semana pasada apareció un hombre entre los árboles, pintor también, y m¡. corazón empezó a latir a una velocidad desusada. Me sentí de pronto predispuesta a enamorarme, razonando así, supongo: 'Si una se ha retirado al confín del mundo y encuentra allí a un hombre, ¿no tiene que ser él la única persona destinada a compartir nuestra soledad, no habrá sido atraído a éste lugar por el poder invisible de nuestros anhelos, no nos estará especialmente destinado?' ¡Peligrosas jugarretas que el corazón se juega a sí mismo para enBañarse, siempre atormentado por el deseo de que lo amen! Balthazar pretendió en una ocasión que él podía provocar el amor a título de verificación experimental, diciendo a cada una de dos personas que nunca se han encontrado, que la otra arde por conocerla, que nunca ha visto a- nadie tan atrayente, etcétera. Aseguraba que el medio es infalible para hacerlos enamorarse; siempre ocurría así. ¿Qué te parece?

"En todo caso la desconfianza me salvó del joven que era, debo admitirlo, guapo y muy inteligente, y que hubiera podido ser mi amante, para mi beneficio, quizá durante un solo verano y que me hubiera hecho bien,' como amante, quizá durante un solo verano. Pero cuando vi sus *pinturas,* sentí que mi alma se endurecía, se afirmaba y se separaba de nuevo; en ellas leí toda su personalidad

como se puede leer en una cara o en una página manuscrita. Leí la debilidad, la pobreza de corazón, la capacidad de hacer daño. Entonces le dije adiós ahí mismo. El pobre muchacho no.hacía más que repetir: -¿He hecho algo, he dicho algo que haya podido ofenderla? -¿Qué podía responderle? ¿Cómo podía él lavar la ofensa sino con su vida, con su pintura? Pero eso presuponía el llegar a ser consciente de su existencia en el fondo de sí mismo.

Volví a mi cabaña y me encerré con verdadero alivio. El muchacho vino a medianoche y trató de abrir la puerta. Le grité: -Váyase -y obedeció. Por la mañana vi que tomaba el ómnibus, pero ni siquiera le hice un gesto de adiós. Me sorprendí silbando alegremente, sí, y casi bailando mientras cruzaba para ir de compras. Es maravilloso poder dominar a nuestro corazón traidor. Luego volví a casa y apenas había franqueado la puerta tomé un pincel y empecé el cuadro que tenía en la cabeza desde hacía casi un mes; todos los caminos estaban limpios, todas las relaciones funcionaban. El misterioso obstáculo había desaparecido. ¿Quién sabe si no fue gracias a nuestro amigo el pintor y a la aventura amorosa que no se había producido? Todavía canturreo una canción mientras te escribo estas palabras ...

"Más tarde: Releyendo tu carta me pregunto por qué te refieres así a la muerte de Pursewarden. Me desconcierta, porque en cierto modo es una vulgaridad. Quiero decir que ni tú ni yo estamos capacitados para emitir un juicio en esta materia. Todo lo que podemos decir es que el arte de Pursewarden salta la barrera. En cuanto a lo demás, creo que le concierne sólo a él. Debemos no sólo respetar su intimidad en esas cuestiones, sino también ayudarlo a defenderla de los indiferentes. Después de todo, son sus secretos, porque lo que en realidad veíamos de él era solamente el disfraz humano que el artista usaba (como su personaje, el Viejo Parr, el sensualista incurable del segundo volumen, que resulta ser al final el autor del fresco tan discutido de la última Cena... ¿te acuerdas?).

"De una manera análoga, Pursewarden se llevó a la tumba el secreto de su vida cotidiana, dejándonos únicamente sus libros para encántarnos y su epitafio para desconcertarnos: 'Aquí yace un intruso de Oriente.'

"No. No. La muerte de un artista es absolutamente inatacable. Sólo cabe sonreír e inclinarse.

"En cuanto a Scobie, lo que dices es justo. Me horroricé cuando Balthazar me contó que se había caído por las escaleras del Quism y se había matado. Sí, he recogido su loro que, dicho sea de paso, quedó habitado durante mucho tiempo por el espíritu del viejo. Reproducía con absoluta fidelidad su manera de levantarse por la mañana cantando algunos trozos de '*Laisez-vous, petit babouin*' (¿te acuerdas?) y se las arreglaba incluso para imitar los lúgubres crujidos de huesos del viejo cuando saltaba de la cama. Pero después la memoria fue gastándose gradualmente, como un disco

usado; recitaba menos seguido y con voz más insegura. Era como si el mismo Scobie se muriera poco a poco, volviera gradualmente al silencio; me imagino que así muere uno para sus amigos y para el mundo, gastándose como un viejo aire de danza o una conversación memorable con un filósofo bajo un cerezo. Restituidos al silencio. Y por último el pájaro mismo empezó a desmejorarse y murió con la cabeza oculta bajo el ala. Me dio mucha pena, pero en el fondo me alegré.

"Para nosotros, los vivientes, el problema es de un orden enteramente distinto: ¿cómo encauzar el tiempo cultivando un estilo del alma... o algo así? Estoy tratando de expresarlo. No forzar el tiempo, como lo' hacen los débiles, porque eso hiere y entristece, sino encauzar sus ritmos y aprovecharlos. Pursewarden solía decir: Dios da a los artistas resolución y tacto, a lo cual yo solía responder con un sincero Amén.

"Pero a esta altura pensarás que me he convertido en una vieja arpía obstinada. Es posible. ¿Pero qué importa si así se puede extraer un conocimiento de uno mismo?

"Hay tan poco tiempo; las noticias cada vez peores que llegan diariamente de Europa me hacen percibir en estos días una calidad otoñal, como si condujeran a un futuro imprevisible. Y junto a esta impresión, siento también que los hilos se aprietan a nuestro alrededor, por así decirlo, llevándonos lentamente hacia atrás, otra vez al centro de la escena. ¿Dónde podría estar ese centro sino en Alejandría? Pero quizá resulte ser una nueva ciudad, diferente de aquella que durante tanto tiempo se impuso a nuestros sueños. Me gustaría creerlo, pues la antigua y todo lo que ella simbolizaba, si bien no ha muerto, va perdiendo significación para la persona que ahora creo ser. Quizá también tú hayas cambiado de la misma manera. Quizá también tu libro haya cambiado. O quizá, más que ninguno de nosotros, necesites ver la ciudad de nuevo, vernos de nuevo. Nosotros, por nuestra parte, tenemos gran necesidad de volver a verte y de reanudar la amistad que, así lo confiamos, existe del otro lado de la obra escrita -si es que un autor puede ser un simple amigo para sus 'personajes'-., Digo 'nosotros' en estilo imperial, como si yo fuera una reina, pero adivinarás que quiero decir, simplemente, la antigua Clea y la nueva a la vez, pues las dos tenemos necesidad de ti en un futuro que. .."

Unas líneas más y luego una despedida afectuosa.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Algunas notas estenografiadas de Keats donde se registran en forma fragmentaria los *Obiter Dicta* de Pursewarden:

(a)

"Sé que mi prosa tiene algo de plum pudding, pero eso ocurre con toda prosa identificada con el continuum poético; en realidad pretende dar una visión estereoscópica de los personajes. Y los acontecimientos no se presentan en forma serial, sino que se reúnen al azar como los quanta, como la vida real."

(b)

"Nessim no tiene los recursos de que disponemos nosotros, los anglosajones; todas nuestras mujeres son en el fondo enfermeras. Para asegurarse la dedicación vitalicia de una mujer anglosajona, basta con hacerse cortar las piernas por arriba de la cintura. Siempre he creído que, desde este punto de vista, el simbolismo de Lady Chatterley era poco convincente. Nada mejor que la enfermedad de Cliffords para conseguir la dedicación de su mujer. Quizá los anglosajones no se interesen por el amor como otros europeos, pero pueden enfermarse como cualquiera. Es característico que Laf orgue lance este grito a su inglesa Kate: 'Une Garde-malade pour l'amour de l'art!' Había descubierto en ella a la enfermera."

(c)

"Lo clásico en arte es lo que linda intencionalmente con la cosmología de la *época.."*

(d)

"Habría que oponerse con la fuerza de las armas, si es necesario, a cualquier metafísica o religión impuestas por el Estado. Si hemos de luchar, luchemos por la variedad. La uniformidad es tan triste corzo un huevo esculpido."

(e)

De Da Capo: "Los jugadores y los enamorados juegan en realidad para perder."

(f)

"El arte, como la vida, es un secreto a voces."

(g)

"La ciencia es la poesía del intelecto y la poesía es la ciencia de los afectos del corazón."

(h)

"La verdad es independiente de los hechos. No le importa ser refutada. Su sola enunciación la deja inerme."

(i)

"Me gustan los libros franceses con sus páginas sin cortar. No quisiera tener un lector tan perezoso que no se decidiera a utilizar el cuchillo conmigo."

(j)

En un libro de poemas: "Para tomar de vez en cuando, en el momento necesario, y dejarlo disolver en el espíritu."

(k)

"Debemos defender siempre a Platón contra Aristóteles y viceversa, pues si perdieran contacto estaríamos perdidos. El dimorfismo de la psique ha producido a los dos."

(l)

"A la representación medieval del Mundo, el Demonio y la Carne (cada uno merece un libro), los modernos hemos añadido el Tiempo: una cuarta dimensión."
"Nuevo aparato crítico: le roman bifteck, guignol o cafard."

(n)

"Las verdaderas ruinas de Europa son sus grandes hombres."

(o)

"Siempre he creído que debía dejar a mi lector que se hundiera o flotara en la superficie."

(p)

Después de leer una larga reseña de "Dios es un humorista": "¡Dios mío! Por fin empiezan a tomarme en serio. Esto me impone terribles obligaciones. Tengo que reírme dos veces más."

(q)

"¿Por qué elijo siempre un epígrafe de Sade? Porque Sade es una demostración de racionalismo puro -la época de dulce razón que hemos conocido en Europa desde Descartes-. Es la flor última de la razón y del comportamiento típicamente europeos. Espero vivir lo bastante para verlo traducido al chino. Sus libros pondrán la casa patas arriba y serán leídos como obras de puro humor. Pero su espíritu ya nos ha hecho caer la casa sobre la cabeza."

(r)

"Europa: un positivista lógico que, por deducción, trata de probarse que existe."

(s)

"¿El objeto de mis novelas? Interrogar los valores humanos por medio de una representación honrada de las pasiones. Fin digno de encomio, objetivo inalcanzable quizá."

(t)

"Los menos condescendientes de mis críticos sostienen que hago pantalla de piel humana. Esto me desconcierta. Quizá en el fondo del alma anglosajona haya una vocecita que murmura: ',¿Es realmente correcto?', y mi libro no parece pasar airosamente la prueba."

EXPRESIONES HABITUALES DE SCOBIE

La curiosa manera de hablar de Scobie, su empleo de ciertas palabras, como por ejemplo:

Vivido, en el sentido de "enojado", por ejemplo: "No se ponga tan vívido, viejo."
Malva, en el sentido de "idiota", por ejemplo: "Estaba completamente malva cuando llegó a.. . etc."
Trufar, en el sentido de "trampear", por ejemplo: "No me trufes, viejo."
Ritual, por "traje, uniforme", por ejemplo: "Todos lo usamos. Es el ritual de la policía."
Escuálido, en el sentido de "transportado, exaltado", por ejemplo: "Toby estaba escuálido de alegría cuando llegó la noticia."
Saffron Walden, en el sentido de "prostíbulo de hombres", por ejemplo: "Lo pescaron en un Saffron Walden, viejo, untado de mermelada."
Cuclillo, en el sentido de "prostituto", por ejemplo: "Budgie dice que no hay un solo cuclillo en todo Horsham. Ha puesto un aviso."

TEMAS DE EJERCICIO

"¿Cuántos enamorados desde Pigmalión han podido modelar en la carne el rostro de sus amadas, como lo ha hecho Amaril?", preguntaba Clea. El largo catálogo de narices copiado con tanto amor para que pudiera elegir -desde Nefertiti hasta Cleopatra-. La solución de enigmas en un cuarto a oscuras.

Naruz conservaba siempre en el fondo de su conciencia el recuerdo de la habitación iluminada por la luna; su padre sentado en la silla de ruedas frente al espejo, repitiendo infinitamente la misma frase mientras apuntaba con la pistola al espejo.

Mountolive se dejaba llevar por la peligrosa ilusión de que al fin había llegado a ser libre de concebir y actuar -error de juicio que decide el destino de un diplomático.

Nessim decía tristemente: "Todos los motivos se mezclan. ¿Se da cuenta? Desde el momento en que me casé con ella, una judía, todas las reservas desaparecieron y no sospecharon más de mí. No digo que fuera ésa la única razón. El amor es una planta exuberante y magnífica, pero en realidad inclasificable, que se marchita por caer, ya en el misticismo, ya en la pura lujuria."

Esto explicó lo que hasta entonces me había desconcertado: después de su muerte, la enorme biblioteca de Da Capo fue; trasladada a Esmirna, libro por libro. Balthazar hizo los paquetes y los envió por correo.

LAWRENCE DURREL SIGUE ESCRIBIENDO DESDE SU SANTUARIO FRANCÉS EN SOMMIERES
Francia, (Reuter)

El novelista inglés Lawrence Durrell sigue escribiendo, a pesar de su enfermedad, desde un tranquilo santuario francés que lo cautivó por primera vez, hace más de 30 años. El autor de "El Cuarteto de Alejandría", vive modestamente en Sommieres, un pintoresco pueblo rodeado de viñedos, cerca de Nimes, en el sur de Francia. Durrell, es un hombre pequeño, de apariencia frágil que sufre de enfisema, una enfermedad que dificulta la respiración. Se mueve con lentitud y tiene un leve jadeo al hablar. Pero sus ojos azules brillan constantemente de curiosidad y la conversación es fluida e interesante. Su enfermedad le impide escribir todo lo que él quisiera. "No escribo todos los días, tengo que estar en cierto estado de ánimo", dijo Durrell. "Es algo voluptuoso, casi me siento culpable de estar haciéndolo", agregó.

Durrell se instaló en Sommieres en 1957 y unos años después compró su casa actual. Escondida por un alto muro que rodea el oscuro jardín, bajo la sombra de los árboles, parece el tipo de casa encantada que inspira historias de terror entre los niños. "Llegué aquí casi por accidente. Estaba en quiebra. Quería vivir en Francia, a la cual consideraba un santuario, y probar suerte escribiendó",recordó. "Nadie quería la casa, así que la compré barata, dijo Durrell. Cada año el agua de las inundaciones llegaba hasta la mitad de las paredes. Pero yo sabía que estaban construyendo un dique aguas arriba. Ahora sólo se inunda el sótano", agregó. En su interior la casa brinda una agradable atmósfera de cosas desvencijadas. Hay algunas fotos de amigos: El vagabundo "Blanco", héroe de una película que hizo Durrell para televisión, y del herborista local Ludo Chardenon, sobre quien escribió "El hombre de la planta mágica". Está dispuesto a jurar sobre la efectividad de los remedios de Ludo. En la mesa del pasillo hay un busto hueco de un hombre tocado con varios sombreros y bonetes. "Es Dante en plena borrachera", bromea Durrell al desenroscar una bufanda tejida con la que envuelve su cuello antes de enfrentar el penetrante viento otoñal.

El escritor inglés se casó cuatro veces, y ahora comparte su gran casa con su compañera, Francoise Kesisman, a quien conoció cuando ella abrió, hace varios años, un restaurante en Sommieres. La conversación pasa constantemente del inglés al francés, que Durrell pronuncia con mucha elegancia, a pesar de que, según él, lo habla mal. Famoso por su obra maestra de cuatro novelas que ha sido traducida a 20 idiomas, Durrell también ha incurrido en libros de viaje -incluyendo "Limones amargos" y "Reflexiones sobre una Venus marina"- y en la poesía. También ha publicado su correspondencia con su amigo, el novelista y revolucionario del sexo, Henry Miller, muerto en 1980.

Su último libro, sobre Provenza, será publicado a fines del próximo año. Durrell expresa admiración por sus compatriotas Graham Greene y Anthony Burgess, escritores que también eligieron vivir cerca del Mediterráneo: Grenne en Antibes y Burgess en el principado de Mónaco. Durrell no ha conocido personamente a ninguno de los dos. "Graham

Greene es un heroe para mi. Su lenguaje es ciaro y honesto", afirma. El hermano menor de Durrell, el famoso zoólogo Geral Durrell, es fuente constante de bromas. Lawrence se asombr de la atención que muchos le prestan por ser el hermano de Gerald. El libro humorístico de Gerald "Mi familia y otros animales", sobre la vida de la familia Durrell en la isla griega d Corfú, antes de la guerra, fue un éxito internacional d librería, como muchos de sus posteriores libros sobre anima les, y también vive cerca de Nimes. Lawrence

George Durrell nació en la India, donde su padre trabajaba como ingeniero de ferrocarriles. Sus padres eran británicos pero vivieron siempre fuera de su patria. Durrell fue enviado a estudiar a Inglaterra a los 12 años y el resto de su familia siguió sus pasos tras la muerte del padre Al preguntarle por qué suele describirse a sí mismo como un irlandés, Durrell admitió: "Es un poco una farsa par fastidiar a los ingleses, que a veces son muy aburridos. Es más bien un estado de ánimo. En realidad no tengo parentescos sanguíneos que lo justifiquen". Nunca ha vuelto a India. "Obviamente está presente en mi en un sentido literario, y he leído mucho sobre ella. Pero no quiero volver. Me puedo llegar a desilusionar. Y en los que respecta a Gran Bretaña, sólo vuelvo como turista", dijo. Aunque no pertenece a ninguna religión confesó estar fascinado por el budismo.